3492

Novela de Raúl Lilloy

KOLON

3492

Novela de Raúl Lilloy

"¿Que parte de nosotros nos

comemos primero,

para parecernos más?"

Raúl Silanes, Nidos & Redes

"Construían imágenes colosales

de cestería o de madera y yerbas

que rellenaban de hombres vivos,

ganado y animales

de otras clases..."

James Frazer, La Rama

"¡Un muerto llama a la acción!"

Goebbels, La conquista de Berlín

"¿En qué aldea vine

a extraviarme?

¿Acaso hay aquí un castillo?"

Kafka, El Castillo

"A juzgar por las aves

de rapiña, todavía no han

quemado los cadáveres"

Ernesto Guevara, Diario.

1ra parte

capítulo I

EL RETORNO

La nave como un fragmento de desierto ambulante encalló en una playa carcomida por las sombras.

Un hombre derrumbado sobre cubierta, se elevó con el infinito desgano de un molusco náufrago. Sacudió el polvo que lo cubría y contempló en el horizonte, una torre fosforescente, fría como una lápida.

Caminó por la playa. Apenas recordaba identidad. Se vio corriendo con su hermano por las orillas de un río marrón mientras se alejaba de una madre inmóvil que desde una ventana le regalaba miradas de preocupación.

Sus ropas que alguna vez brillaron al destello del sol, ahora lo mostraban como un guerrero inmensamente derrotado, con charreteras sin flecos, pantalones carcomidos en las botamangas y pies llagados por las cortaderas de un sucio pantano.

Un cochero que encontró en una crepuscular taberna lo llevó hasta el pueblo. El carro alejó la

playa y dejó como algo remoto y quieto, entre la penumbra y la niebla a pescadores agachados, entre redes agonizantes y naves inclinadas .

El carro avanzaba en terrenos que se elevaban, quebraban o hundían, formando un paisaje desolado.

El cochero fingía firmeza al tomar las riendas con sus manos de langostino y su sonrisa, una mueca de dolor, parecía ocultar la vergüenza de ser viejo

Iberia

Orejas de Algodón

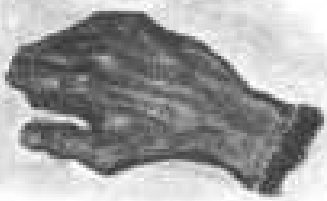
El cochero le dijo que el pueblo era como un pescado podrido rodeado de filosas escamas donde la brisa fresca de las estrellas no visitaba los ventanales y que "..algunas noches, se escuchan gritos y lamentos retumbando en los muros pero de nada vale cerrar puertas y ventanas, sellar toda hendidura o llenarse las orejas de algodón..

"Sólo los Caballeros Negros habitan la oscuridad sin temores. Ellos con sus antorchas y espadas, jinetearon en sus corceles, garantizan el sueño de los ibérianos. En la noche cuando advertimos el sordo rumor de los cascos de sus caballos, mi esposa sirve una sopa densa y humeante. En la cama apretamos nuestros cuerpos y cuando amamos, nos arrodillamos y oramos entre llantos y risas mientras contemplamos las últimas brasas encendidas de la chimenea."

El viejo cochero

En una de las lomadas del camino (ya faltaba poco para llegar), apareció de nuevo, como un ojo de luz suspendido en el vacío, la Torre Imperial y muy abajo, atravesando una densa capa de nubes verdes y amarillas, una ciudad cautivada por un elevado muro cuyos límites se perdían en la oscuridad.

Esa noche el viajero atravesó las puertas de la ciudad flanqueada por taciturnos guardianes.



Sus manos eran tentáculos secos de una raíz milenaria.

LAS RUEDAS CHIRRIABAN TODO EL DOLOR DEL ANIMAL Y SU CONDUCTOR; ERAN EL CANTO DE LAS PIEDRAS DEL CAMINO, DE LAS ESTRELLAS Y TAMBIEN DEL PASAJERO

Humo

Un humo vaporoso y fosforescente rodeaba las casas de la ciudad.

El viajero llegó hasta un hotel donde una vieja con ojos de pescado, lo recibió .

—*¡Mercedes!Mercedes!* - gritó la mujer - !0h! seguro que está durmiendo en las escaleras, a esta hora siempre se me queda dormida.

—¿Por qué hay tanto humo, señora ? - preguntó el viajero respetuosamente.

—Usted recién llega y ya le molesta el humo - contestó la mujer enojada -. Imagínese nosotros, estamos hartos del humo! Todo huele a humo y muchos han enceguecido por e s o ; hay que tener cuidado con las criaturas y los perros que son los que más aspiran esa niebla negra. El humo anuncia la Caída del Fuego y gracias a Dios ya falta poco. Hay días que no se ve nada, tanto que debemos caminar iluminados por faros en pleno día y estar muy atentos para no terminar bajo las ruedas de un carro o las patas filosas de caballos, que penetran como espadas en el cuerpo. Mire, es terrible desde una celosía oír el relincho, después el crujido de los huesos de la víctima arrollada y al final los latigazos cayendo contra el asustado animal que huye del lugar.

A estos conductores prófugos, se los considera homicidas y el

castigo es dejar existir para Iberia. Alguien se encarga de hacer desaparecer todo registro de su existencia. Los familiares deben hacer como si nunca existió. Al principio, es muy duro, pero después terminan por olvidarlo. A tal punto de creer que todo fue un sueño, una pesadilla.

Imperceptible, como un fantasma cansado, Mercedes se había deslizado hasta llegar al ultimo escalón.

—Mercedes, porque no llevas al señor a un cuarto vacío - ordenó la vieja.

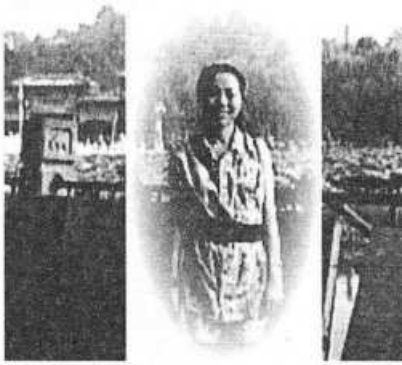
Mercedes lucía un gastado manto azul bordado con seda y su rostro lo cubría una fina ceniza, como de un incendio reciente.

Ya en la habitación, las tinieblas retrocedieron ante el avance del candil que ella sostenía . Había un lecho, un viejo ropero con las puertas abiertas, había un espejo sobre una pared, había una silla y una mesita en un rincón y en el aire un olor a húmedo, a madera fermentada, a sudor de inquilinos. Una incómoda y pequeña ventana daba a la calle y mirando por ella, el viajero advirtió que enfrente había también un hotel.

Cuando el viajero concluyo su vistazo, encontró a Mercedes sosteniendo su blanda figura en el marco de la puerta, con una sonrisa casi imperceptible .

—Se la ve muy cansada - le dijo él - ¿Trabaja todo el día en el hotel?

—Voy de aquí para allá todo el día. En las mañanas en el Castillo y por las noches hasta el amanecer en la posada. En el Castillo trato que mi Emperadora, mi amada Emperadora, no conozca la suciedad con sus sagrados miembros; también ayudo en la cocina preparando la sopa, lavando la verdura o cortando con un hacha la carne. La Emperadora sabe lo trabajadora que soy y por eso no me llevan junto a las princesas del Templo. En las noches vengo a la posada y duermo en alguna habitación o a veces en los escalones, ya estoy muy acostumbrada, y



entonces descansan mis encallecidas manos, mis adoloridos brazos y sueño que vuelo entre las nubes celestiales y allá arriba me habla Amaunac, mi Señor Todopoderoso y siento que llora por mi.

—Y al otro día todo mi cuerpo se ilumina y desaparecen mis callos, mis costras, mis dolores. Para mi Señor Todopoderoso, soy el ser que más ama y cuando en las mañanas despierto con el tañido de las campanas del Castillo, tomo mi sopa y siento el calentito recuerdo del Señor en mi corazón. Usted me va a ver siempre caminar serena con mi escoba y un balde. Y cuando llega la mañana y marcho al Castillo, me consuelo de solo ver a las Princesas del Templo volver a sus casas con ojeras azules, sus ropas almidonadas de semen y sus vientres hinchados.

¡Oh! Amaunac Señor Todopoderoso de los náufragos

—¿No tiene familia? - le preguntó el viajero que permanecía sentado en la cama, escuchando el relato, imaginando a Mercedes agachada y fregando su trapo como un esclavo remero en un barco pirata.

—Mi padre era un pescador; una mañana fui con mi madre a recibirlo, yo tenía tres años. Corría un viento frío, la niebla inundaba las calles. Mi madre me llevaba cubierta de mantas y mis ojos negros casi escarchados se alcanzaban a ver como emergiendo de una madriguera. Y todo eso alegraba a mi madre, la llenaba de ternura. Nos cansamos de esperar y al atardecer el mar vomito trocitos de madera y un náufrago moribundo al que le habían arrancado la lengua y lucía dos perlas en el cuenco vacío de sus ojos."¡Quién sabe! " suspiró mi madre."Si aquel sabor demasiado salado del mar no fuera la sangre de mi amado". Era muy raro que un pescador se perdiera y por eso mi madre desde nuestra casucha en la costa, miraba todas las mañanas, todas las noches, los atardeceres, las primaveras, los inviernos, los días felices y los tristes; como una estatua esperanzada a un mar

espeso como la lava. Esa gigan-- tesca inundación, nunca le devolvió a su amado y antes de morir, sus últimas pala bras fueron: " ahora lo único que falta es que cuando muera tampoco encuentre a Dios."

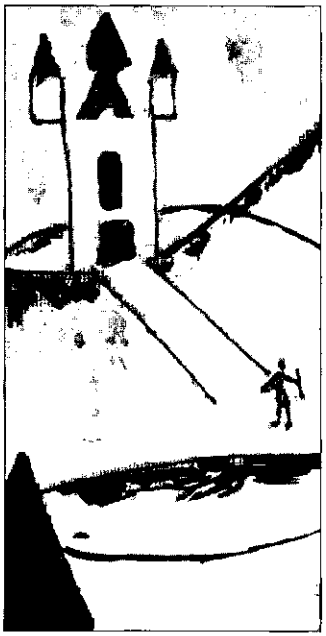
Los ojos del viajero ya se habían cerrado y Mercedes lentamente lo desnudó y cubrió con mantas. Después como una oruga se deslizó hacia la puerta.

Era de día cuando el viajero aspiraba lentamente un aire denso y abría sus ojos a un cuarto que derramaba imágenes de anónimos visitantes.

"Desde la ventana miraba y miraba...pero nada"

AL CASTILLO

"ANTE TODO PANTALÓN Y CAMISA LIMPIA."



Xul Solar

UN RATO ANTES, EN LA MADRUGADA, MERCEDES HABÍA ENTRADO AL CUARTO PARA DEJARLE AGUA Y VERTER SOBRE LA CAMA PANTALÓN Y CAMISA LIMPIA.

Al otro día, mientras la ciudad despertaba como un animal herido, el viajero sumergió su rostro en una palangana donde contempló en sus profundidades, un paisaje de naves hundidas y osamentas humanas diseminadas en el lecho marino.

Desayunó, en la taberna de la posada, sopa de remolacha y marchó al Castillo.

El viajero rondó por calles empedradas que se cortaban abruptamente o se estrechaban hasta permitir que las viejas comadres de las ventanas altas se hablaran al oído. Un olor a trapo húmedo roncaba en las paredes de la ciudad. Imposible escapar al mal olor pero era un alivio,

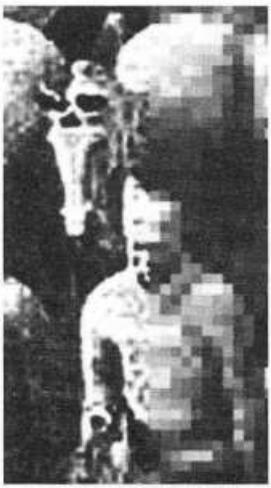
un orgullo para todos levantar la cabeza, en cualquier instante y contemplar el poderoso Castillo y sus torres que se enterraban en los cielos. Bastaba una mirada para que los rostros hacinados se tornaran puros y brillantes como el mármol que revestía las torres.

Llegó a la plaza central, colmada de parroquianos y mercaderes, niños y perros; impregnada con bullicios de campanas, balanzas, monedas y regateos; aromas a menta, lavanda, laurel e incienso. Venta de sesos de cuervo y gorriones; sangre de ganso y jabalíes; vestidos y calzados; joyerías de oro, plata y piedras preciosas; leña y carbón; hierbas medicinales y para comer; gallinas, perdices, codornices, palomas, anguilas, ocas y patos; también ciervos, gamos, liebres, temeros, bueyes, cabritos, corderos y loros que hablan, que cantan, que dicen malas palabras, que vigilan a la esposa y después cuentan todo.

Mataderos improvisados y al lado mesas para saborear un exquisito garrón de cerdo o un cabrito con un vino. Un vino dulzón para solteronas estreñidas; los carnosos, para las carnes fuertes; los brillantes, para los casamientos o para acompañar faisán; los frutados para seducir y llevar a la cama a las muchachas en flor; los turbios y decrépitos para tener dolor estomacal y olor a muerto.

Volvamos a las mesas que rodean los mataderos, en una encontramos a un hombre gordo comiendo un garrón de cerdo, con el jugo de la carne chorreando por sus brazos hasta llegar a los codos y de allí caer sobre la mesa y de allí al suelo.

"UNA LEGION DE JINETES CABALGÓ SOBRE LA MULTITUD"



¡Pobrecito! ha quedado irreconocible.

Manzanas, cerezas y duraznos abarrotan las mesas. Se venden también colores para pintores, cueros de venado teñidos en todos los matices. Seda traída del Imperio Chino es codiciada por toda mujer en edad de casarse o por toda mujer que se precie de tener bien vestido a su bebe.

Pasteles de ave y empanadas de pescado; pescados gordos y sabrosos; frescos y salados; crudos y guisados.

Y no faltan en la plaza los adivinos: los que leen las líneas de la mano, los que tiran las cartas, leen las estrellas. La adivinación por el estómago que consiste en evocar los demonios y hacerlos penetrar en él entonces el maligno contesta a cuantas preguntas se le hacen con voz ronca, sin que el endemoniado mueva los labios. Están también los que examinan las entrañas de las palomas y los que hablan lenguas con los ojos entornados.

¡Pero, qué estamos viendo! Una legión de jinetes cabalga entre la multitud, pisando jabalíes, mesas, cabezas y espaldas. Un relincho precipita la navaja torpe del barbero en el cuello de un cliente. Los jinetes ayudados por la gente persiguen a un hombre. Ya lo tienen en sus manos. El hombre está petrificado. Los jinetes lo toman por los pies y la cabeza. La expresión del hombre es asustada y feroz. Los jinetes como si reunieran muchísima fuerza, lo arrojan al piso. Lo pisotean, lo golpean... Se agachan para recogerlo. No se ha roto ningún hueso. Lo vuelven a golpear, ya es un molusco.

Kolón siguió su camino y no supo más de ese hombre. Siguió su camino hasta detenerse ante la entrada al Castillo: una puerta de hierro macizo.

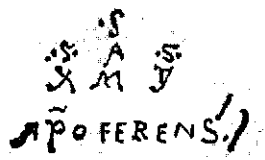
Como emergiendo de la nada, algo con enorme espada, botas de hierro, coraza y escafandra de

bronce se acercó hasta el viajero y le pidió identificación. El viajero exhibió unos papeles muy arrugados que decían:

"Kristóbal Kolón, nacido en el Reino de Pierontus. Aprendió el oficio de traductor en diversas lenguas en el monasterio del Reyno. Firma de un escribiente real dando fe. Un sello de lacra del Reino de Pierontus."

— De oficio traductor -gritó el guardián y como un eco el mensaje llega hasta la Torre Imperial.

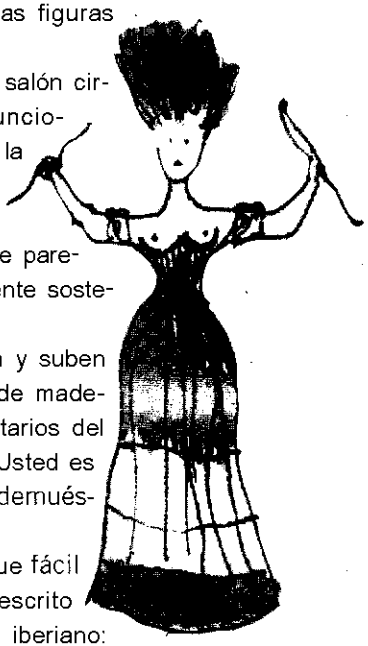
— Bienvenido al Castillo - tronó una voz en la Torre.



Facsímil de la firma de Kristóbal Kolón

En el interior del Castillo

Kristóbal, flanqueado por un guardia, camina entre lujosas edificaciones de piedra y mármol, con frentes donde se yuxtaponen círculos y triángulos; el bronce con el mármol; la columnas curvilíneas con las cuadradas; los jardines muy desordenados, donde el caos ha regido el verde y aquellos donde reina la armonía y las figuras geométricas.



Por un largo pasillo llegan a un gran salón circular donde una muchedumbre de funcionarios van y vienen con papeles en la mano. Escritorios por todos lados y hombrecillos invisibles escribiendo con largas plumas de colores cosas que parecían muy importantes y que seguramente sostenían al Imperio.

Kristóbal y el guardia dejan el salón y suben por una crujiente y oscilante escalera de madera. Arriba los recibe el jefe de los Notarios del Imperio que le dice a Kolón:" así que Usted es traductor, mmm, eso está por verse, demuéstremelo ahora mismo."

Y el Jefe Notario, hombre ya viejo, que fácil ha pasado los sesenta, le da un texto escrito en chino. Kristóbal lo va leyendo en iberiano:

" Un día estallaron los cielos y un disco incandescente cayó sobre la ciudad; adentro del disco se encontraron estatuas de terracota. El disco fue limpiado y sirvió de templo para adorar a Amaunac."

— Correcta traducción - le dice el Notario que está abrumado por la seguridad demostrada por Kristóbal, - realmente lo felicito... bueno desde mañana temprano lo quiero aquí para trabajar como traductor; la Emperadora es la que decide su nombramiento, pero con mi opinión favorable es un hecho.

La lluvia encuentra a Kristóbal, ya en camino al hotel, muy contento, al sentir su vida atada a la ordenada y segura existencia del Castillo.

— ¡Perdón señor ! ¿Lo rocé ? - le dice a un hombre que casi atropella. Y encerrado en su alegría no le importa pisar el barro y llenar sus botas de agua.

"La pantera cae sobre la ciega..."

Al llegar al cuarto se desploma vestido en la cama y sueña que navega como capitán de un barco en tormentoso mar. Ordena a los tripulantes bajar velas, pero nadie obedece.

Kristóbal ante motín en ciernes se acurruca en su camarote como una babosa en la tempestad; pero los marinos derriban la puerta del camarote, lo toman de los pies y brazos y lo lanzan a un mar de materia negra, viscosa y untuosa.

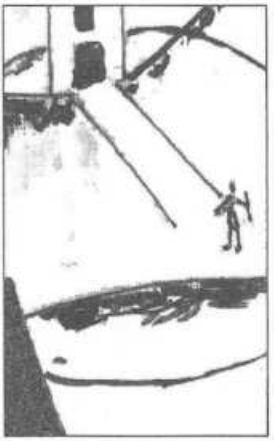
Kristóbal cae y desciende lentamente. Cuenta los peces que pasan a su lado. Sus manos son dos alas mojadas con olor a gallina quemada. El agua tibia y suave como la leche borbotea en su boca. Empujado por su cola de pez llega a la superficie y desde allí emprende vuelo con sus alas mojadas que sacude como si fuera un perro mojado. Pero un águila negra de cuello rojo lo

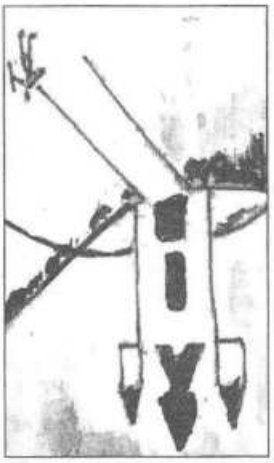
agarra y lo picotea hasta comerle los sesos. Como un pájaro sin cabeza cae en el desierto donde una serpiente lo abraza y constriñe contra un cactus hasta secarlo. La serpiente se lo come y se duerme una siesta. Despierta en la oscuridad de una pantera de grandes alas y cuerpo escamoso.

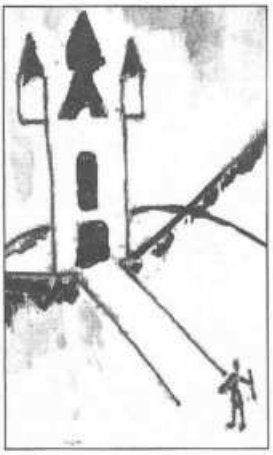
La pantera merodea una casita rodeada de maizales que la revolotean aves negras. La pantera devora a unos niños que miran por una ventanita. La madre ciega, yace escondida en un horno pero no escapará a la pantera, a sus dientes, a un detallado morder, arrancar, triturar y comer. La sangre de la ciega blanca y dulce como la leche de sus pezones, es lamida por la pantera.

La casa se hunde en las llamas y un monstruo negro de grandes pechos emerge de la casa para elevarse hasta ser devorado por una lengua del cielo.

Kristóbal despierta con sus ojos mojados por una diestra gota de luz que anuncia el amanecer.







capítulo III

TRADUCTOR

Kristóbal amaneció su cabeza de fría tortuga entre mantas almidonadas por el polvo y sudor de una legión de inquilinos. Las sabanas hechas jirones parecían haber vestido el cuerpo de una momia.

Ya en el Castillo recibió una noticia, que el daba por hecho, había sido aceptado como traductor; "... ahora deberá cumplir estrictamente las normas que se le impartan y encontrar un lugar para ubicar su escritorio.", le dijo el

Notario. Kristóbal al acomodarse en un pequeño rincón debió soportar miradas amenazantes, sordos insultos y gestos de burla. "Seguro que así, reciben a todo el mundo". Se consoló Kristóbal.

Jornada de trabajo

Y así comenzó su jornada entre escribientes pertrechados de viejas bufandas ahorcando sus cuellos y que empleaban escandalosas plumas para dejar largas líneas temblorosas en los papeles.

En el centro de la sala una estufa de hierro sostiene una olla llena de sopa. Un caño lleno de agujeros conecta la estufa con una claraboya. Por ese caño escapa el humo, danza en remolinos y cae como una nieve negra sobre los escribientes dejando sus ropas hollinadas y unas inconfundibles cejas negras.

Cuando el Notario aparecía en el Salón los escribientes debían quedar estáticos como estatuas. Aunque esto significara quemarse los labios con la orilla de una tasa de sopa o sostener una sonrisa de poco amor al trabajo. El Notario, entonces caminaba entre los inmóviles escribientes observando sus gestos, sus posturas, para ver cuan dormidos estaban. Cuando encontraba algún dormilón, se frotaba sus largos mostachones blancos, se rascaba la pelada, tomaba de la oreja al soñador y lo llevaba a su despacho. Los gritos, los insultos, los gemidos escuchados tras la puerta era para los escribientes que todavía "no habían probado al Notario" la única advertencia para estar despiertos y no convertirse en un humillado, como se llamaba a los que habían probado la ira del Notario. Esos ya no serían los mismos. Eran los alcahuetes del Notario. Su voz se afeminaba y se peleaban para lucir las plumas más coloridas para escribir o menear sus caderas cuando el Notario los llamaba.

FUE CORRIENDO EL TIEMPO, Y KRISTOBAL CRIABASE CON MUCHA SOPA Y HACIASE TAN FLACO, QUE TODOS LOS QUE LO VEIAN SE MARAVILLABAN DE SU FINURA

En realidad el Notario no era tan malo. Por ejemplo, nunca había ordenado la ejecución de alguien y a los que mas protegía era a los mas dormilones, aquellos que entraban todos los días a su despacho meneando sus colas. "Si yo me voy, "les advertía, "vendrá otro realmente cretino, así que aguántenme."

Pertenencia

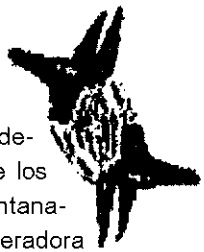
Un día Kristóbal camino por el pueblo y halló una doncella que le dijo:

— ¡Hay, escribiente orgulloso! Si supieses que no eres nada, si nada, como oyes, menos que yo, menos incluso que el último mendigo de Iberia y sin embargo caminas como creyéndote un Caballero Negros por que trabajas en el Castillo.

— ¿Por qué? - dijo él, pero no hubo respuesta.

Los Caballeros Negros lo miraban en menos, los iberianos con lástima, las mujeres con indiferencia. ¿Que más faltaba para que Kristóbal viera que trabajar en el Castillo no era pertenecer al Castillo?

La unción de la Emperadora



La elevadísima escalera de madera que cruje y oscila al paso de los caminantes, tiene grandes ventanales por donde se ve a la Emperadora en su Torre. La Torre esta tan cerca, que se la puede ver recostada en su lecho cuando unta sus pechos de cremas y ungüentos, muy suavemente, para mantenerlos jóvenes. Claro, no está permitido quedarse en las escaleras contemplándola, mirando de reojo. Mirando como acaricia su sexo enrulado de pantera negra.

Caminar por las calles de la ciudad

Hubo muchos encuentros casuales con Mercedes, pero a Kristóbal le faltaba el coraje para tender ese puente que separa el "le digo" de los tímidos, que tan fluido nos sale, a solas y el decirlo.

Una tarde, ella limpiaba la habitación. Kolón la tomó del brazo, ella lo rechazo y le dijo que tenía que irse. Pero pronto volvió y en ese momento Kristóbal la invitó para el domingo a caminar.

capítulo IV

EL HOMBRE DE LOS CABELLOS ESPESOS Y DORADOS

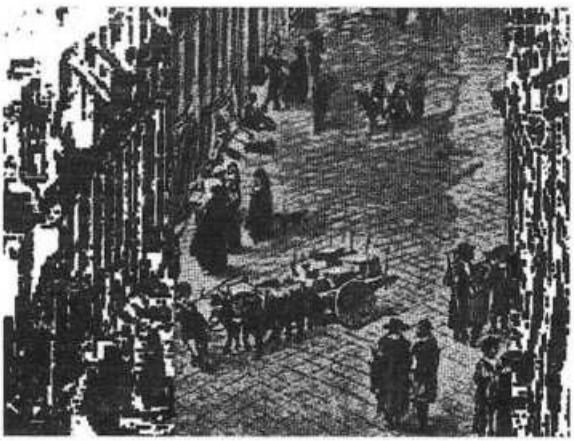
Esa madrugada mientras la oscuridad de los objetos escapaba por el horizonte, una muchedumbre de iberianos se arrastró hacia el Castillo para segar sus jardines, fregar sus pisos, alimentar a sus funcionarios y ocupar toda realidad con miradas temerosas y obedientes.

Kristóbal Kolón llegó al salón con sus manos sumergidas en los bolsillos. En la jornada tomó sopa, miró de reojo a la Emperadora por la ventana de la escalera y preparó una extensa carta dirigida al rey Houzy solicitando urgente despacho de cien monos.

Al atardecer, Hernán Cortés cruzó el salón flameando su capa negra y subió las escaleras para visitar al Notario. Lo hizo casi sin mirar a los escribientes quienes, en especial los dormilo-

nes, cuchicheaban sobre los penetrantes ojos verdes del visitante, su majestuosa barba rubia, los enrulados y negros penachos engarzados en su casco como trofeo y testimonio de sus aventuras amorosas, su gallarda postura y su cabellera ondulante como la de un león al acecho. Cortés permaneció un rato en el despacho del *Notario*. Se dice que es descendiente directo de Amaunac, el Dios de todo lo creado. Se dice también que sus huesos son de oro, su sangre un elixir que da virilidad y su pecho, abundante en pelos dorados, la presa codiciada de toda mujer. Hernán viste una armadura de hierro con brazaletes y espuelas de oro. El casco siempre lo lleva aferrado a su brazo izquierdo. Su cabeza es voluminosa y abovedada; sus cabellos son espesos y dorados y sus manos, aunque fuertes, muestra dedos finos y cónicos. Su voz al dar ordenes es dura, seca y la acompaña con gestos lentos. Nada lo desborda, pero todo su ser esta presto a responder a la provocación, como una jauría de locos rabiosos en una jaula de fuego. *En las batallas,* encabeza la legión fundido a su caballo, agitando la espada y blasfemando a su enemigo con quien su crueldad no tiene límites. Cuando Hernán Cortés se retiró alcanzó, casi de refilón, a darse cuenta que había un nuevo escribiente (Kristóbal Kolón) pero solo tuvo hacia él una mirada huidiza, indiferente. Como la que se tiene ante un paisaje aburrido.

CONTACTO CON MARCO NORDO



Mi primer encuentro con Marcos Nordo, nos refiere Kristóbal, modificó totalmente la opinión que sobre él me había formado. Esto aconteció cuando ya llevábamos unos dos meses trabajando juntos en el salón del Castillo. La cabeza de Marcos Nordo, rozaba el dintel de la puerta de entrada a la sala; en sus brazos y manos fluían venas azuladas, su cuello era fino y largo, la boca ancha y húmeda como una babosa y sus ojos se anidaban en cejas gruesas y angulosas. Se expresaba siempre con parquedad y excesivo sentido crítico, pesando cada gesto y palabra. Marcos Nordo, en los momentos de descanso, permanecía solo en su escritorio, negándose a compartir las pausas con los otros escribientes. Y ante insistentes invitaciones para que se arrimara, solía contestar: "Si me disculpan, prefiero estar solo." Recuerdo muy bien esta primera

entrevista. Llegué a una pequeña taberna situada en una bulliciosa calle aledaña a la plaza central. Marcos estaba sentado en una mesa. Lo saludé desde lejos, temiendo molestarlo. Me invitó a compartir su mesa. Parecía estar disfrazado y completamente distinto al que yo conocía habitualmente, cubierto con un abrigo azul y con un sombrero hongo. No recuerdo con certeza cómo empezó nuestra conversación, creo que hablamos de Iberia, de China y sus hermosas mujeres que se estremecen con un trueno o el arco iris, de los sacrificios de monos, de las obligaciones familiares tan tediosas como alejadas de los sueños juveniles y de un pueblo perseguido: los silonitas. Pude darme cuenta que había viajado bastante y también visitado mucho de los lugares de los que yo solo apenas empezaba a conocer por los textos que traducía.

LA LLUVIA, LAS GOTAS CHASQUEAN EN EL BARRO. LOS CARROS SE ENTIERRAN EN EL CAMINO Y LOS QUE ENTRAN A LA TABERNA, TIENEN EL CUERPO MOJADO.

La madre de los latentes son las que más sufren

Marcos sabía mucho y además inspiraba confianza. Me animé a contarle lo que pasó una noche. "Hacia dos horas, mas o menos, que estaba acostado", le dije, "cuando escuché un coro de lamentos. Al acercarme a la ventana, vi en las cornisas de la muralla que rodean Iberia, unas sombras móviles. Me asusté tanto, que volví sigiloso a mi cama y me cubrí completamente con las mantas, tratando en mi inmovilidad de hacer transparente mi cuerpo a esas sombras amarillentas que amenazaban llegar a mi cuarto y atraparme. Oculto entre las mantas y casi sofocado llegue al otro día" "Usted ha oído el lamento de los moribundos", dijo M., "son los que esperan la llegada de la muerte, arriba de las murallas. Cuando esta llega, el

moribundo se acurruca en su regazo. Entonces la muerte acaricia sus cabellos mientras le da de beber de sus pezones una leche negra que lo va durmiendo de a poquito. Cuando el moribundo cierra los ojos, la muerte le arranca el corazón y bebe su sangre. Después arroja el cadáver al vacío. "Algunos moribundos, llaman a sus seres queridos o piden agua, pero nada se les concede, sería absurdo prolongar su agonía. Además ellos están sobre el muro por una gracia concedida por la Emperadora. Una gracia que han estado aguardando ellos y sus familias, a veces por largos años. "Brindada la *gracia*, una carroza negra tirada por doce caballos los lleva desnudos hasta las cornisas junto a la mitad de los bienes del elegido (bienes que pasan al Imperio, la otra parte corresponde a los herederos).

"Ya en la cornisa, se los viste con una túnica blanca. Los elegidos, la mayoría muy viejos y débiles, suelen pelearse entre ellos y no falta el que tropieza y muere al caer. Los que mueren arriba son arrojados por el guardia. Con el frío de la madrugada el sepulturero en su carro, recoge a los muertos escarchados, diseminados a lo largo de la muralla y los lleva al cementerio."

—¿Pero si alguien muere por una enfermedad o un accidente, antes que llegue la gracia de la Emperadora? —le pregunté.

"Por favor, sepa que nadie muere por una enfermedad o lo que sea, sino que queda en estado de vida latente y así permanecerá hasta la llegada de "*la gracia*". Muchas familias acuden a los embalsamadores para mantener lozanos a los que han caído en vida latente. Usted va a encontrar '"latentes" en todos lados. Creo que no hay hogar donde no haya uno. Los latentes conservan todos sus derechos y siguen

ocupando la cabecera de la mesa o acostándose con su esposa. Y algunas familias hasta los bañan y peinan cuando reciben visitas".

Cómo se empieza a morir

"Hay algunos iberianos condenados a ser siempre latentes, son los que han agraviado a la Emperadora. Las madres de los latentes son las que mas sufren. Por eso vienen todos los días a pedirle la gracia a la Emperadora. Ellas sienten el dolor de sus hijos existiendo en una franja donde no se puede hacer ni esperar nada".

"La Emperadora detesta la vejez y la muerte. Cuentan que hace mucho tiempo, ella fue a la playa a pedirle a Amaunac eterna juventud. Amaunac le hizo el amor bajo la forma de un perro vagabundo durante toda una noche. Al otro día permanecieron unidos con sus dos sombras sobre la arena. Y se produjo el cambio: ella que había llegado a la playa con pechos fláccidos, con arrugas latigando su cuello y rostro, volvió con sus pechos turgentes y su piel como la de un bebé . Y Amaunac quedo tan satisfecho, tan gozoso que le concedió la gracia de dar la muerte a sus súbditos."

"Muchos sabemos que la gente oculta a sus latentes entre ramas y basuras"

Le pregunté si todos estaban dispuesto a

guardar sus "latentes" hasta que llegara el permiso Imperial.

"La verdad que mucha gente oculta a sus latente entre la basura, es gente a la que no le interesa que sus seres queridos penen eternamente en el limbo, a ellos solo les preocupa no entregar la mitad de los bienes del latente a la Emperadora. Ellos arreglan todo dando algunas monedas o su hija al sepulturero. El sepulturero lleva en su carro al latente, oculto entre ramas y pegado a su asiento una niña que se servirá. "Ya veras hijita," les suele decir, '"cómo te convertiré en mujer mientras tu pariente brilla en la oscuridad de la tierra."

¡Por favor! sepa que nadie muere por una enfermedad o lo que sea, sino que queda en estado de vida latente y así permanecerá hasta la llegada de "la gracia". Muchas familias acuden a los embalsamadores para mantener lozanos a los que han caído en vida latente. Usted va a encontrar "latentes" en todos lados. Creo que no hay hogar donde no haya uno. Los latentes conservan todos sus derechos y siguen ocupando la cabecera de la mesa o acostándose con su esposa. Y algunas familias hasta los bañan y peinan cuando reciben visitas.

¿Pero si alguien muere por una enfermedad o un accidente, antes que llegue la gracia de la Emperadora?

Los latentes expulsados

"Los latentes son enterrados en una fosa común" Dicen que el área de entierro es una

tierra caliente y en las noches arroja una luz amarilla. Cuando llueve se sienten los gemidos de alivio de los latentes. Con respecto a la niña negociada, el sepulturero la posee apenas cae la ultima pala de tierra. "Quiero hablarte también de los latentes expulsados. Son los que merodean las orillas del Imperio donde solo hay montañas de arena, culebras, silonitas y monos resentidos que siempre están aguardando la expulsión de algún iberiano para devorárselos y convertirlo en huesos blancos y pelados que en la noche arrojan luces sobre los muros de la ciudad.
Son latentes condenados a soñar eternamente que algún día la Emperadora los perdonará y dejará volver.

A partir de entonces todo seria diferente

Me acosté y recordé lo conversado. Dijo cosas que no podía aceptar, que eran muy fantásticas. Otras por el contrario, coincidían con lo que yo pensaba.

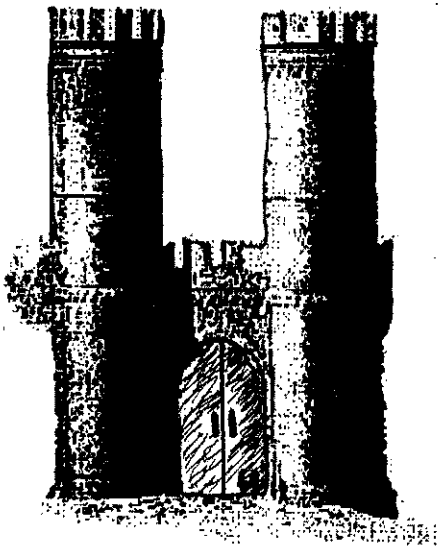
La taberna estaba por cerrar cuando nos retiramos. Marcos vivía frente a mi hotel, su ventanitadaba justo frente a la mia y yo podía verlo casi todas las noches a través de un vidrio brumoso, caminando de un lado para otro.

Me acosté y recordé lo conversado. Dijo cosas que no podía aceptar, que eran muy fantásticas. Otras por el contrario, coincidían con lo que yo pensaba. Mis preguntas y dudas esa noche no tuvieron respuesta pero estaba intimamente convencido de que en mí, algo adentro se había quebrado, y que ahora las cosas que desfilaban frente a mis ojos eran muy diferentes a las de siempre.

Mis preguntas y dudas esa noche no tuvieron respuesta pero estaba íntimamente convencido de que en mí, algo adentro se había quebrado, y que ahora las cosas que desfilaban frente a mis ojos eran muy diferentes a las de siempre.

LAS ARENAS ACUNARAN SUS CUERPOS

¡¡TRON!!
¡¡TRON!!
¡¡TRON!!



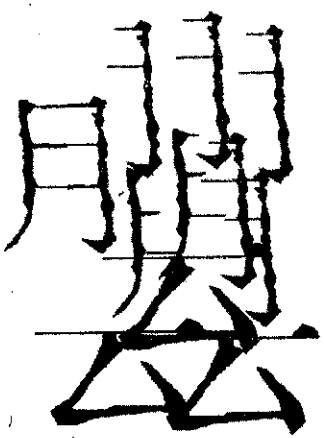
Cuando en los atardeceres suena el estampido que hacen las puertas del castillo al cerrarse, un silencio cae sobre pájaros e iberianos. Y estén donde estén, apuntan sus miradas a la Torre con la esperanza de ver a la Emperadora aparecer en sus ventanales. Señal que la ancestral ceremonia, establecida en el Libro Sagrado de los Monos, se cumplirá esa noche cuando la arena de la playa y los desconocidos que ambulan la costa, reciban el cuerpo de la Emperadora. Los hombres infectados de placer no vivirán para contarlo. Las arenas incubarán sus cuerpos hasta convertirlos en babosas que avergonzadas de su condición se arrojarán al mar en búsqueda de un caracol donde morar.

Los niños que la Emperadora pudiera parir como fruto de estos encuentros, deberán ser enterrados antes que den su primer bocanada de aire. Esto es terrible, pero estos niños pertenecen a Amaunac. Esto se cumplirá hasta que un día Amaunac hable a la Emperadora diciendo: "Deja con vida lo que palpita en tus abismos, pues es mi hija, la que te concebí convertido en un perro negro. Desde su nacimiento no pasarás la navaja por su cabeza y le dejarás crecer libremente su cabellera hasta que se cumpla el tiempo de su mandato; no se acercará a ningún cadáver; no se contaminará ni con el cadáver de su madre, puesto que lleva sobre si la consagración a Amaunac.

Hace mucho tiempo una Emperadora murió cuando su hija, destinada a sucederla, era una niña. Esa noche los sacerdotes sacaron al balcón de la torre su cadáver y con disimulo movieron sus brazos inertes. Pero qué le iban a decir esa noche a los hombres que marchaban a la playa esperanzados a encontrar su cuerpo. No hubo mas remedio que embalsamarla para cumplir la ceremonia. Claro que si alguien se daba cuenta que estaba haciendo el amor con una muerta, las espadas de los guardias se encargaban que el secreto no saliera de su infortunada boca.

Cuando la niña heredera manchó de púrpura sus sábanas y sus pechos crecieron hasta ser dos lágrimas voluptuosas, los sacerdotes la prepararon para la ceremonia de la playa. Se anunció que la Emperadora había muerto y su sucesora ocuparía su cetro. La niña llegó a la playa, apoyó su cuerpo en la arena e iluminó con su inocencia una luna quebrada por las nubes. Amó hasta el amanecer, primero con dolor, después con placer y finalmente cuando el sol quemaba su garganta, con indiferencia. En la mañana, con algunos grillos festejando, se alejó de la playa derramando a su paso el placer blanco de los hombres que yacían sumergidos en la arena.

"ILUMINADA POR UNA LUNA TRUNCA, AMÓ HASTA EL AMANECER"



Los que terminaron su viaje en los labios del mar

capítulo VII

NAVEGANTES DE PAPEL

Se estiraba hasta el límite de su equilibrio. Olfateaba el mar... la sal en la lengua... el yodo...La arena cerrándole los ojos. Pero como una hormiga, seguía aferrado a tierra. Aterrado a la sola idea de verse cayendo al fondo marino como un pez al que le han quebrado las alas.

A la salida del Castillo, Kristóbal invitó a Marcos a tomar un vaso de vino en la taberna. Cruzaron la atardecida plaza. Los mercaderes desarmaban sus improvisadas tiendas. Unas niñas colocaban flores y ramas en torno a otro pequeño cubierto de piedras quien daba indicaciones de cómo debía ser su entierro. Caminaron estrechas calles flanqueadas por precarias casas apiladas como caóticas torres. Cada tanto una nueva morada se construía sobre el último piso y cada tanto las torres estallaban para convertirse en una montaña de escombros, víctimas y llantos.

Los pasos de Marcos y Kolón crujieron las arruinadas maderas de la taberna donde encontraron una mesa vacía en medio de las risas, conversaciones entrecortadas y relatos fragmentarios de tifones y monstruos marinos. Los ojos de Kristóbal iban y venían atravesando cuerpos, manos y un humo viscoso que opacaba a los parroquianos. En una mesa cuatro latentes con barajas en sus dedos congelaban una partida brillante, un momento memorable. Los dos ganadores están en silenciosa carcajada, otro se rasca la cabeza y un cuarto frunce el ceño. Todavía no les dan la gracia para morir y esperan haciendo lo que más les gusta.

Envejecer en puerto. Saber mucho, pero no animarse

En una mesa pegada a la de Marcos y Kolón, unos ancianos peinan sus pelucas verdes y untan sus rostros arrugados con capas de afeites y ungüentos. Ríen y cuchichean de pociones mágicas, hechas con sangre humana, que convierten a un viejo decrépito en una bella joven. En una mesa Fernando Pinzón luce su calvicie, sus manos de piel de pescado seco y un rostro replegado sobre si mismo. El vino es su afición. Fernando siempre quiso ser navegante, pero envejeció en puerto. Sus intentos de trepar un barco eran paralizados por temblores, náuseas y vómitos. En sus ojos vidriosos hay tifones de vino. De tanto imaginar los mares, su cuerpo hiede a tiburones y sus manos dibujan las cicatrices de los viejos marinos. Es muy querido por todos los pescadores y tiene la virtud de inflamar entusiasmo y bravura a los que anhelan lanzarse a lo desconocido. Fernando seguro que se comprometerá con la aventura pero en la ultima madrugada faltara a la cita.

Es el hombre que mas ha leído sobre navegación y por eso la Emperadora lo consulta en temas de agua y lo ha nombrado Almirante Imperial de Ultramar." Todos cuando jóvenes soñamos con viajes imposibles," les dijo Fernando a Marcos y Kolón, estirando su cuello como un ganso asustado. "Nuestros padres, nuestros abuelos, y llegando a nuestros primeros antepasados; anhelaban convertir sus vidas en largos viajes." Fernando apenas terminó de hablar arrasó el vino de su vaso y se desplomó sobre la mesa.

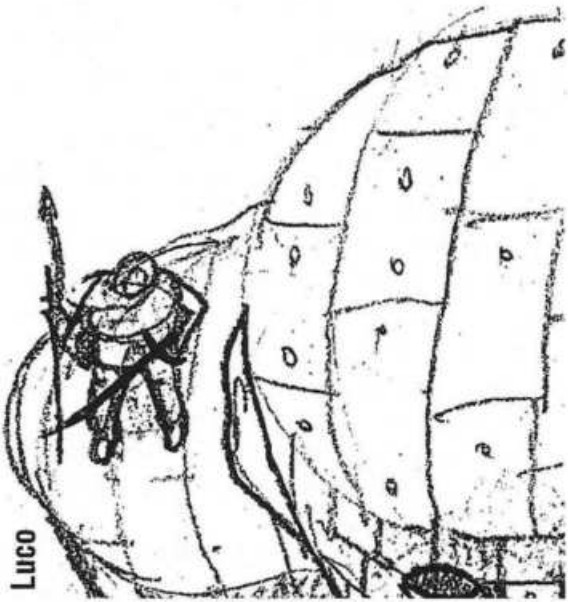
Apagar una vela con los dedos mojados

Kristóbal ya está en su cuarto. Una vela enciende su cuerpo de espectrales colores y deja en sombra, en una negritud absoluta, todo. Abre y cierra su mano sobre la mecha de la vela. Hay un humo final y la combustión rojiza de la vela. Moja sus dedos y aprieta con ellos la mecha. Abre la ventana para dejar que la Luna palpe su cuerpo y derrame sus rayos como leche espumosa en el vacío de la habitación.

capítulo VIII

TIEMPOS ANTIGUOS

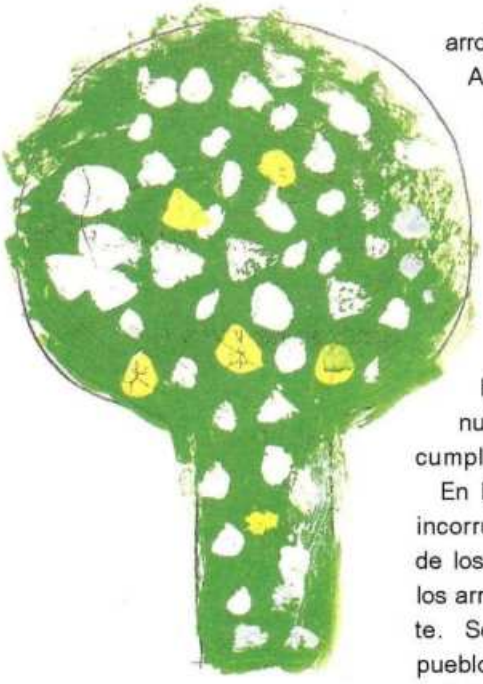
(HASTA NUESTROS TIEMPOS)



Antes que a los iberianos se les ocurriera siquiera pensar en habitar estos valles, vivían allí los silonitas; pueblo que tenía la inquietante costumbre de beber la sangre y comer las vísceras de los muertos. En los comienzos, los jóvenes silonitas gustaban escuchar historias de sacrificados. Impresionados por los relatos, los jóvenes se desvanecían y sus espíritus desprendidos del cuerpo navegaban en abismos de huesos y truenos. En esos abismos, sus espíritus eran víctimas rituales de un mago que los cortaba con el cuchillo de pedernal para devorarlos con fruición. Y los jóvenes convertidos en trozos de carne sentían como la Luna negra los pene-

traba, la Luna que solo ven los muertos y las hienas. Algunos jóvenes nunca volvían de esos abismos y entonces sus cuerpos se secaban lentamente hasta tener el aspecto de un bebe arrugado. Los magos sumergían estos pequeños cuerpos en alcohol y se los entregaban a los familiares dándoles la esperanza que algún día el espíritu del joven volvería de los abismos y habitaría nuevamente su cuerpo. Los que regresaban de los abismos, tenían sus rostros ásperos y eran elegidos para la magia, la espada o el sacrificio. Pero con el tiempo el ritual se fue debilitando hasta convertirse en algo fingido. Ya nadie sabía a ciencia cierta quién había estado en los abismos y quién simulaba. Los jóvenes marchaban temerosos a las batallas. Los elegidos para el sacrificio se lanzaban inseguros a la boca del volcán, cerrando sus ojos, gritando como mujercitas e imaginando no tener corazón para ahuyentar el miedo que les subía por sus venas desoladas. Y las ricas familias enviaban a sus hijos, llamados al sacrificio, a un viaje lejano mientras un esclavo disfrazado cumplía el deber de su progenitor.

Los magos y guerreros comprendieron que era hora de multiplicar los sacrificios y edificar un gigante de madera cuya cabeza rozara el cielo. Demoró muchos años la construcción del gigante. Fue necesario talar el inmenso bosque que rodeaba Silón y ocupar miles de cautivos de guerra en la tarea. Ya terminado se lo emplazó a orillas del mar, con su rostro horrible y espantoso mirando al volcán. Una noche tembló y el volcán



arrojó sangre calcinada sobre Silón.

Amaunac, entonces, habló por boca del mago:

" Dile e a mi pueblo que deberán llenar el gigante de farsantes, corruptos y prisioneros. Si hacen lo que les digo, convertiré estas tierras en un gran paraíso de árboles verdes que sonreirán al paso de la gente, habrá muchas aguas mágicas, de los manantiales fluirá sangre humana el volcán crecerá tan alto que las nubes adornaran su cintura" Y el pueblo cumplió el mandato divino.

En los días que vinieron, los jóvenes guerreros incorruptos montados en sus corceles, sacaron de los escondrijos a los bufones y simuladores y los arrojaron vivos a las profundidades del gigante. Se emprendieron exitosas expediciones a pueblos vecinos

Hubo noches que no se podía dormir escuchando a las víctimas asfixiadas pidiendo aire. Pueblos enteros fueron diezmados; cuando los hombres se terminaban, seguían las mujeres y al final los niños.

Cuando la aldea era absoluto silencio, se procedía a su incendio y borrado de su nombre de l los mapas y libros de historia.

Resistir

Y con todo, Amaunac no se saciaba y pedía más y más sacrificios. Ya no quedaban pueblos en varias millas a la redonda. Fue necesario organizar remotas expediciones en búsqueda de nuevas víctimas.

Pero las ciudades se les adelantaron. Formaron un ejercito común y marcharon a Silón. "O vamos nosotros ahora o ellos vendrán por nosotros", se dijeron.

Las armas silonitas perdieron la batalla ante un inmenso ejército y en las noches los vencedores arrojaban con sus catapultas las cabezas en llamas de los silonitas prisioneros, sobre los techos de la ciudad vencida. El sitio de Silón quebró su soberbia. Con humillación, con terror, los conductores de ese pueblo comprendieron que pronto serían una apariencia; que pronto las ruinas consagrarían el lugar y sus nombres borrados de mapas y libros de historia. Como prenda de sumisión los jefes silonitas enviaron al campamento enemigo, las vírgenes sagradas del templo. Durante varias noches, las muchachas fueron violadas por los soldados hasta que lentamente como las alas manoseadas de una mariposa, los cuerpos de las favoritas de Amaunac, fueron convirtiéndose en un polvo amarillo que una ráfaga de viento esparció por los cielos.

Ellos salvados a último momento, aguardaban una muerte segura en los intestinos del gigante.

Ha llegado la hora, dijo el jefe de los vencedores y un furioso ruido bajó por las laderas y miles de rosas cayeron sobre los guerreros. Embarrados por la lluvia avanzaron hasta la plaza mayor donde el mago supremo, sus consejeros y lugartenientes firmaron la rendición. El gigante de madera se sumergió en las arenas al caer derribado por los invasores. Lo único visible, su cabeza, fue mordida por el fuego. Igual destino tuvieron los ídolos de piedra y madera, los manuscritos sagrados y las inmundas espadas usadas para desangrar prisioneros.

Fundación mitica de Iberia

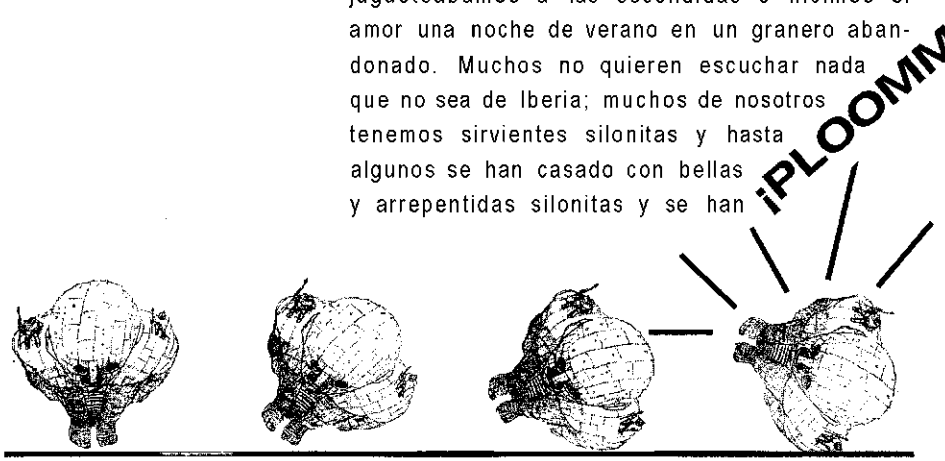
"Y escaparon"

Después del fuego purificador, la ciudad fue refundada: *"Desde ahora te llamarás Iberia, así lo quiere Amaunac"* dijo el sacer-

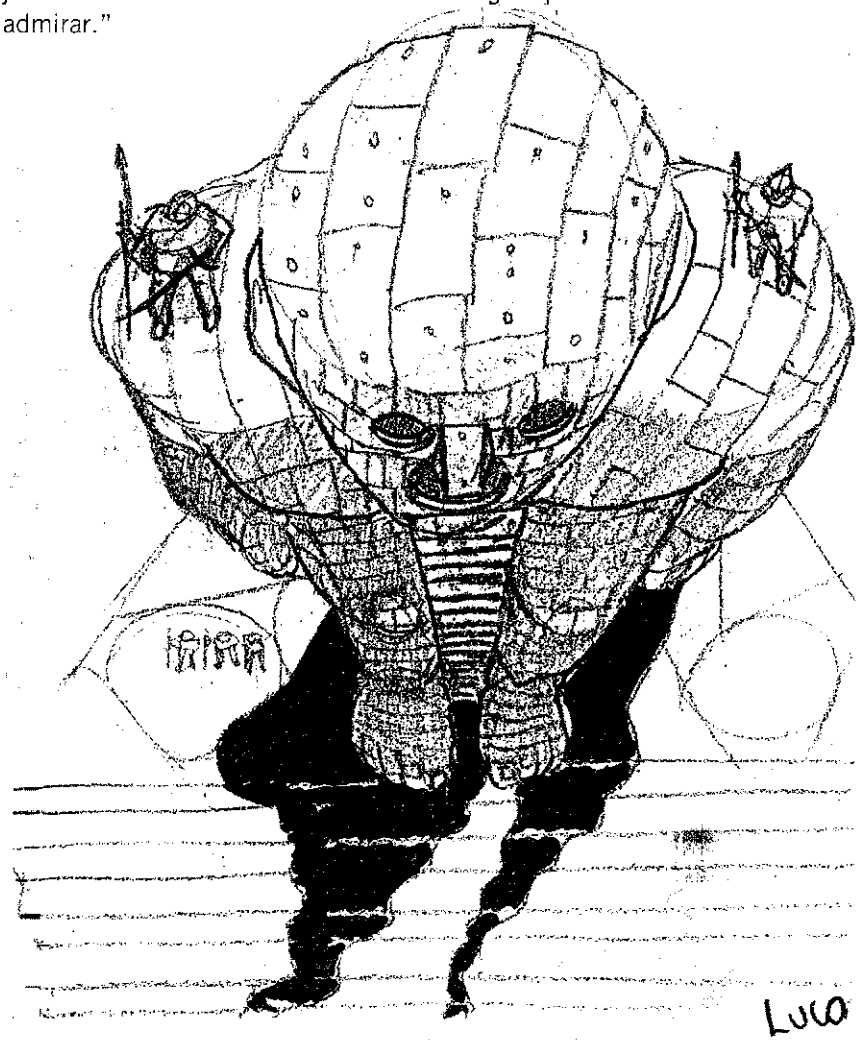
dote hincado en el centro de la humeante ciudad. Los sobrevivientes de Silón fueron forzados a construir una muralla en torno a la ciudad. Con grandes piedras, ladrillos y argamasa edificaron una sólida cicatriz negra. Cuando el muro fue terminado los silonitas, expulsados de la ahora Iberia, refundaron Silón, es decir una manzana de ranchos trémulos, en las tierras secas y sin Sol de la ladera norte del volcán. Pero no todos lo silonitas se quedaron a esperar la decadencia y un puñado de ellos marcharon, dicen, a una tierra de suaves brisas, cantos dulcísimos, praderas multicolores, bosques perfumados e infinidad de monos.

Nadie sabe cuándo los iberianos arrojaron el primer mono a un lecho de fuego, pero a las pocas semanas de la fundación, en el fuego de los altares de los templos reconstruidos, ardían decenas de monos.

Muchos vencedores volvieron a sus tierras de origen pero también muchos se arraigaron a su nueva condición de iberianos. Después de muchos años de vivir en esa nueva ciudad, así escribia un hombre a sus amigos del pueblo matar: "Yo ya no soy de Salónica, ahora me he vuelto iberiano; nosotros ya no extrañamos a nuestros pueblos de origen, los lugares donde jugueteábamos a las escondidas o hicimos el amor una noche de verano en un granero abandonado. Muchos no quieren escuchar nada que no sea de Iberia; muchos de nosotros tenemos sirvientes silonitas y hasta algunos se han casado con bellas y arrepentidas silonitas y se han



rodeado de suegros y cuñados silonitas. Aquellos que fueron pobres en sus países, Amaunac los ha enriquecido. El que tenía unas pocas monedas de oro, Amaunac le ha dado un arcón lleno de joyas preciosas ¿Por que debemos retornar a nuestros pueblos natales, cuando en Iberia hemos encontrado todo favorable? Amaunac no quiere que pasen necesidades aquellos que han impuesto su justicia en Iberia. Todo esto es un milagro que todo el mundo debiera admirar."



EL LIBRO SAGRADO DE LOS MONOS

En el Salón de escritura, un coro de plumas aletea sobre los papeles, registrando entradas y salidas de monos (¿Qué entra? ¿Qué sale?). Redactando autorizaciones de muerte a latentes. Y transcribiendo copias de ordenanzas y sentencias.

Al final del día, el Notario leyó un pasaje del Libro de los Monos. Los escribientes, sin moverse de sus escritorios, escuchaban con los ojos puestos en un Sol que borbotea en el filo del horizonte. "Había una vez un cuidador de monos muy laborioso que tenia la tristeza pegada en su rostro. Un día lo visitó la Emperadora para pre-

guntarle por su tristeza. El le dijo que hacia muchos años que no visitaba a su querida madre, muerta en un cementerio muy lejano. La Emperadora masajeó la espalda adolorida del cuidador y le aconsejó que olvidara a su madre. "Una mañana, cuando el cuidador preparaba la comida para los monos, encontró sobre la mesa un bulto cubierto por una sabana blanca. Adentro encontró un cadáver de carnes secas y enjutas. Por el vestido, descubrió que era su madre y echó a llorar. La Emperadora escondida en la cocina, salió en ese momento, abrazó al cuidador y lo acompaño al cementerio para que enterrara a su madre."

Cuando el Notario terminó el relato, entregó a los escribientes una túnica blanca deciéndoles que era semejante a las mortajas que cubría a la madre del cuidador y es "para que no olviden a los que le dieron vida y la vistan para los festejos de la Caída del Fuego."

El Libro sagrado de los Monos

"La nueva edición del *Libro Sagrado de los Monos* corrige errores históricos de las versiones anteriores y agrega nuevas palabras y hechos de la Emperadora" Todo iberiano posee un ejemplar del L i b r o . Con la caída del fuego, el Libro debe entregarse al Castillo (¡Mucho cuidado! porque cada poseedor del libro está registrado). Con el Retorno del Fuego, el Castillo devuelve el Libro revisado y aumentado por los Consejeros del Imperio.

Edición revisada y aumentada

Edición revisada y aumentada

Edición revisada y aumentada

Edición revisada y aumentada

Edición revisada y aumentada

capítulo X

LA SEDUCCION

Kristóbal inventó una rápida conversación cuando encontró a Mercedes fregando los escalones del hotel. Después de un rato, la invitó a caminar el domingo por la tarde, pero no se limitó a eso sino que también se animó a tomarle la mano. Ella estaba sonrojada o escandalizada, y solo atinó a decir que debía terminar de fregar. Eso dejó a Kristóbal sin saber que hacer pero con el alivio de haberse animado a un acto desafortunado. Pero al rato, ella llamaba a la puerta para decirle a Kristóbal que sí.

Una gran mancha púrpura

El viento perturba su vuelo y debe mover las alas con más vigor. Una fragancia a humores calientes impregna el cuarto. El alado gira en torno a la presa. Cuando llega la hora, camina sigilosa-

mente sobre la víctima y entierra su espada hueca. De pronto el cielo se oscurece y el alado no alcanza a ver una garra que lo aplasta. Sobre el campo de combate quedan alas destrozadas, la espada enterrada y un cuerpo convertido en una planicie púrpura. Kristóbal se levanta, cierra la ventana y rasca su cuello herido por la picadura de un mosquito.

Un lugar remoto en el corazón

Esa mañana, K. se vistió seductoramente con una amplia capa roja, una chaqueta de seda verde, calzas amarillas y unos incómodos zapatos de cuero con punta metálica.

Contiene su ira, al descubrir pelusas en su chaqueta. Arquea el dedo índice y lo sostiene con el pulgar mientras mantiene los otros tres dedos abiertos como un abanico. El índice sale catapultado barriendo las pelusas adheridas. Kristóbal permanecerá en su cuarto hasta la hora del encuentro con Mercedes (tratando que su ropa no arrugue) y después irá despacito a la plaza, gozando de antemano el encuentro. Las piedras del camino resplandecen ante su presencia y las aguas de las acequias navegan rumorosas. Unos niños dibujan con tiza el contorno de una mancha roja y otro desde la rama de un árbol agita su espada de madera. Por una ventana, dos viejas asoman sus cabezas de tortuga

Llegó a la plaza. Mercedes lo esperaba sentada en un banco. Sus ojos apenas se notaban bajo unas largas pestañas arqueadas.

¡Se veía tan hermosa, con el sol sumergido en sus cabellos y reflejándose en miles de luciérnagas! Vestía una seda ceñida a su cuerpo exaltando sus caderas, sus suaves y finas caderas y marcando, sin desparpajo, sus pechos, sus delicados pezones.

—¡Mercedes, estás hermosa, no tengo pala-

bras para decírtelo! ¡Esa túnica que bien te queda!, le dijo Kristóbal, sintiendo un acuciante deseo de llevarla a la cama.

—Gracias, contestó Mercedes sonrojada, fue la túnica que amortajó a mi madre, aun se puede oler el incienso de la ultima noche y el delicado perfume que emanó de su piel al expirar. Sólo la uso para los momentos más importantes y confío así en la bendición de mi madre.

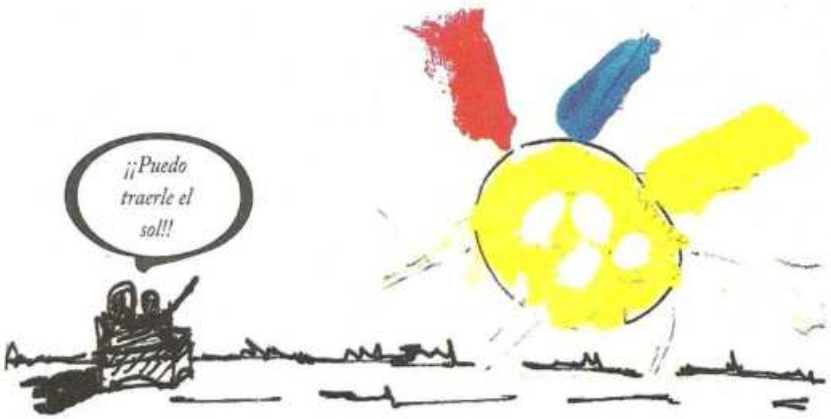
Caminaron por la plaza y después se sentaron en un banco.

Mercedes habló de las duras jornadas limpiando y limpiando en un lugar que no era su hogar. Kristóbal, de su vida como escribiente, pero también de sus sueños. Un viejo vagabundo les acercó una canción con su guitarra . Tenia viejos zapatos donde dormitaban como gusanos sus dedos negros. Kristóbal dejo una moneda en la mano extendida del viejo.

—"Usted no es iberianos,", dijo el viejo mientras se guardaba la moneda, "...este es el peor lugar para un joven aventurero como usted, que tiene los ojos llenos de tifones y motines. "

—"Si sus palabras se cumplen le voy a traer de regalo los dientes de oro de los amotinados," le dijo Kristóbal socarronamente.

—"Muy irónico, pero sepa que le habla un



viejo sabio, le habla alguien que duerme en las calles frías y desoladas. Alguien que oculta la vejez para evitar el escarnio y la muerte."

El guitarrista se alejó insultando mientras desafiaba su sombra hasta ser una mancha negra apenas visible.

Ahora o nunca, pensó Kristóbal y acunó las manos de Mercedes y le recitó:

"Mercedes, la amo y he vivido soñando este momento "

Mercedes intentó débilmente zafar sus manos que como palomas asustadas permanecían aferradas a las de K.

"Si me acepta, agregó Kristóbal, iremos a un lugar remoto a vivir, un lugar donde nuestros hijos se críen sanos, donde corra una brisa fresca, donde las estrellas calienten las noches heladas; me imagino el ruido cantarino de las aguas, el murmullo de los álamos, el silencio arrullado por el trino de los pájaros. "

"Ya no hay lugares remotos, todo esta incendiado, en ruinas. Los árboles se han podrido y supuran olores inmundos. ", dijo Mercedes.

"Los descubriremos, contestó Kristóbal con tono misterioso, anhelo emprender un viaje donde encontremos hojas de color rosado y amarillo; inextricables selvas habitadas por antiguos dioses, monos, pájaros multicolores, árboles aromáticos y templos derruidos cubiertos de enredaderas. "

"Esto no me lo esperada, le dice Mercedes, así tan de improviso, primero me tomo la mano, luego pidió mi amor y ahora me hablas de irnos a una tierra desconocida.

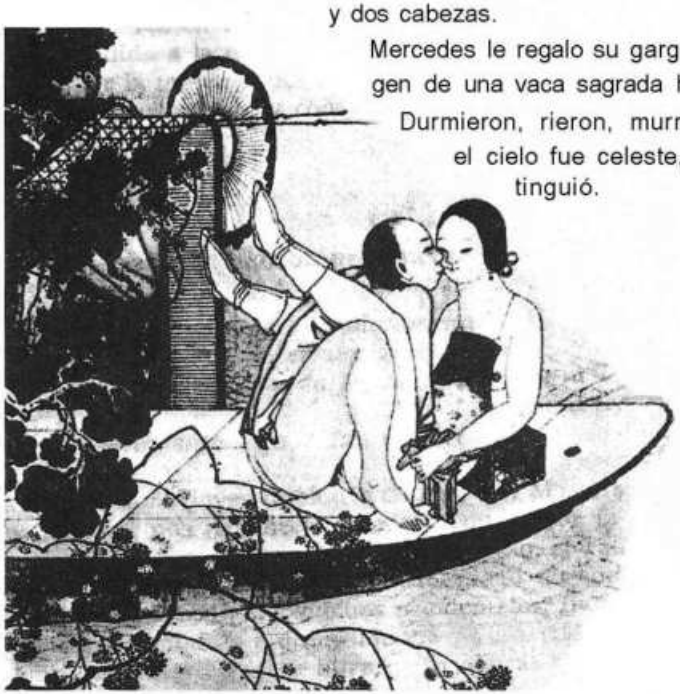
" Si nos amamos, no debemos perder tiempo," le dijo Kristóbal. Los minutos transcurrieron en helado silencio; una remota nube fue la distracción de ambos; después Kristóbal, sintió que lo estaban rechazando; contuvo las lágrimas y con paso incoherente se alejo de ella. La voz de Mercedes lo detuvo. Ella corrió a sus brazos. El

la aferró y le dio un torpe beso con los ojos cerrados.

"Quiero ser como un cálido estanque de pantanos, con orillas resbalosas por donde puedas caminar y sumergirte en mi. Quiero sentirte bien adentro, como te siento ahora en mi corazón." le dijo Mercedes. Volvieron a sentarse y con la manos enlazadas esperaron que las primeras sombras desvanecieran el día. Una remota brisa de incendios lejanos los cubrió. Lentamente, en forma casi transparente ellos se alejaron. Sin hablar y en complicidad fueron a la posada.

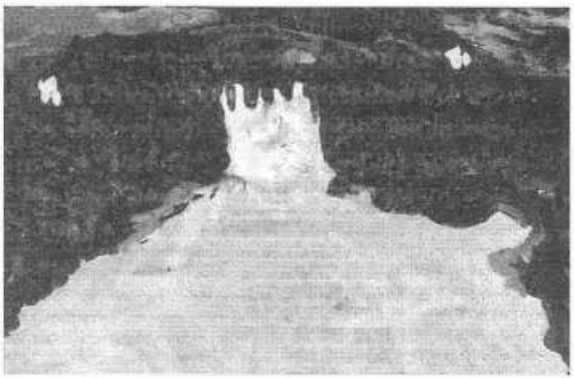
Dejar caer el pico de jade

Los dos convertidos en fuego hicieron estallar sus corazones; sin saber de quien era el sudor, de quien los gemidos, de quien las palabras, los llantos y las risas. Por unos instantes fueron un extraño cuerpo de muchos dedos, cuatro brazos y dos cabezas.



Mercedes le regalo su gargantilla con la imagen de una vaca sagrada hecha de oro fino. Durmieron, rieron, murmuraron y cuando el cielo fue celeste, Mercedes se extinguió.

LA CAIDA DEL FUEGO



"Un humo blanco cubre a Iberia, emergiendo solo la Torre Imperial"

Se avecina la Caída del Fuego, cuando Amaunac devora los calores del mundo para emprender un largo viaje por las cavernas del volcán a la tumba del Universo. Muchos lloran ante la soledad del frío, de los días donde solo ronda por las calles un humo blanco y sulfuroso.

Cuando el fuego ha caído, todos se preguntan:

"¿Dónde esta Amaunac, dónde se nos ha ido, cuándo volverá?"

Mientras tanto Amaunac, incuba en su vientre de fuego el pescado sagrado que crece y crece quemando sus entraña. Amaunac ruge y golpea las paredes de los abismos y una sangre de parturienta derraman sus intestinos.

Comienzan en Iberia los preparativos para la caída del fuego. Se construye el campo de combate en la plaza (se ocupan los materiales usados del año pasado) . Se permite el libre ingreso del pueblo al interior del Castillo, incluso a las catacumbas y a la alcoba Imperial.

Se demarca con cal, el camino al volcán.
En el Templo de los Monos, las mujeres adoran a Amaunac y acarician su largo pene sumergido en si mismo.

Amaunac esta representado por un ídolo de bronce sentado en un trono de jaspe. Es mitad hombre y mitad bestia mitad macho y hembra; tiene filosas garras de hierro donde los monos son sacrificados y los creyentes poseídos desgarran sus vientres. Tiene alas de águila y un rostro solar de mirada inaccesible.

A la salida del Sol, cuando la luz se mezcla con las tinieblas tornando los objetos turbios e incoloros, un jinete en caballo blanco toca la trompeta desde la cumbre del volcán. Es el anuncio del ultimo día del fuego.

El mensaje desciende por las rocas y penetra por los escondrijos de las moradas iberianas. Es hora de bañarse, untar los cuerpos de aceites aromáticos y esperar como una esposa ardiente la ultima noche de Amaunac entre los mortales. Hombres y mujeres visten túnicas blancas y aguardan como hembras en celo, que Amaunac los haga sentir un inmenso agujero, una suprema pasividad, un instrumento al servicio de su gozo.

El ultimo día, no se debe afligir a huérfanos y viudas. Se deben perdonar viejos ofensas y estrecharse en abrazos con los enemigos. El amor a Amaunac consigue todo esto y todo vale para seducirlo, complacerlo. Pero a los pocos días de su partida, vuelven los rostros agrios, las miradas rencorosas. Ya es medianoche. Una estrellase detiene en los cielos de Iberia, estalla su caparazón (el estruendo se oye hasta en lugares muy remotos) y se derrama una neblina babosa, blanca sobre el Imperio. El fuego ha iniciado su caída.

capítulo XII

PALABRA DE DIOS

De lo que no se puede hablar, hay que callar, por que las palabras son de los dioses.

La palabra en un principio no estaba entre los hombres; sí las risas y los gritos. Cuando Amaunac apareció en lo alto del volcán, el hombre escuchó palabras por primera vez: "Las palabras son de los dioses" dijo Amaunac y luego corrió un viento caliente y denso que dejo nuestros cuerpos lubricados. Un viejo gritó, pero su grito se transformó en una voz ronca y profunda que dijo: Las palabras son de los dioses. Después el viejo tomó una filosa varilla y azotó a unos hombres que copulaban bestialmente a la luz del día. Los fornicadores convertidos en monos fueron ofrendados a Amaunac.

Amaunac dijo, por boca del viejo: "Desde ahora, habrán cosas prohibidas". Ese día todos repetían: *las palabras son de los dioses*. Y entonces los mas viejos del pueblo comenzaron a

señalar las cosas y las cosas susurraron su nombre. Pero la voz del hombre era más potente y las cosas quedaron apresadas a un nuevo nombre. Al otro día, las cosas gemían de dolor. Cuando alguien imaginaba una palabra, la arrojaba sobre las cosas y se convertía en un hacedor de palabras. Solo los sacerdotes atesoraron las palabras que los dioses habían puesto a las cosas, las que ellas mismas susurraban. Nombres que habían sido suplantados por los hacedores.

Estaba prohibido revelar las verdaderas palabras de las cosas. El que lo hacía sufría el castigo de Amaunac. Con la caída del fuego, Amaunac autorizó a revelar sus palabras y en agradecimiento, los hombres queman vivos decenas de monos llenos de horror. El sueño es otra forma de llegar a las palabras sagradas, pero los que han retenido la revelación, comienzan a ser vigilados hasta por sus mejores amigos. En el ansia de conocer estas palabras los que rodean al soñador son capaces de practicar las mas crueles torturas como trepanarle el cráneo o sacar al sol su estómago.

Hay que saber guardar el don de soñador de los dioses, incluso ante la esposa (una esposa codiciosa, para arrancarle una confesión, puede obligarlo a presenciar una abominable acto sexual entre ella y su amante). Es muy fácil saber quienes reciben misteriosas comunicaciones en sueños, ellos suelen caminar rodeados de ami-

"MONO LLENO DE HORROR QUE SUEÑAS UNA Y OTRA VEZ QUE TE QUEMAN VIVO".

Palabras de las cosas, lenguaje indescifrable del bosque de la playa

gos atentos. Amigos que esperan que la palabra sagrada salga con vino o suplicios. Muchos soñadores viven solos en los bosques, vigilando día y noche cualquier ruido o paso, blandiendo en la mano el terror de una espada desnuda y vigilando cautelosamente, con sus ojeras azules. Así, presienten en cualquier ruido, como el crujido de las hojas secas bajo el pie de alguna alimaña, el viento silbando entre las alas de una mariposa o las densas nubes rozando la copa de los pinos, la ferocidad de un frío cuchillo acariciando su cuello. Algunos soñadores se han cortado la lengua y las manos para no ser obligados a confesar las palabras sagradas. Los poseedores de palabras deben esperar el día indicado, cuando Amaunac les ordene revelarlas al pueblo. Ese día subirán hasta la cumbre del volcán y dirán todas las palabras hasta que vacíos de sonidos se arrojen como pájaros huecos sobre la multitud. Todos querrán tocar sus cuerpos moribundos y untarse con su sangre. Las Madres de hijos moribundos llenarán pequeñas alforjas con la sangre de un soñador hasta que su cuerpo se torne blanco y delgado. Los sacerdotes prohiben beber sangre humana, pero nada pueden hacer contra la fuerza que se apodera de la muchedumbre cuando un evocador demolido borbotea sangre. En los inicios bastaba escuchar lo que las cosas susurraban pero ya hace mucho tiempo que ellas callaron.

capítulo XIII

LA RETIRADA

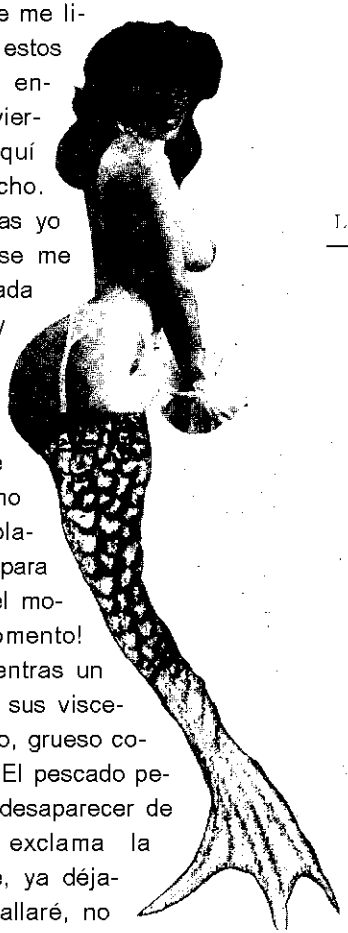
UNA GRIETA, UN LABIO PALPITANTE, LUBRICO Y PEGAJOSO

Los vapores perfumados fluyen por las ventanas del cuarto de baño de la Emperadora, navegan rumorosas por las habitaciones del Castillo, ocupan sus patios, escapan del castillo y recorren las calles del Imperio. Toda la noche hasta el amanecer permanecerá sumergida en aguas humeantes y perfumadas.

Al amanecer la Emperadora se levanta y camina desnuda por el cuarto de baño ante la mirada de los eunucos y las doncellas del templo. Ella camina lentamente, pequeños collares de piedras preciosas cascabelean en sus tobillos. Se recuesta en una banqueta donde eunucos y maricas masajearan su espalda, sus caderas, sus pechos. La visten con una fina túnica carmesí que traslucen sus blandos y moluscos pechos,

sus pezones sedientos de una boca rodeada de barba y allá abajo un pantano de aguas calientes, paraíso de peces sin escamas. La Emperadora llega a la terraza de la Torre, se recuesta en el piso, abre su túnica y deja que el efímero sol, caliente su oscuro y velloso pubis. Tirita, se exalta ante una fuerza invisible que la aferra despiadadamente.

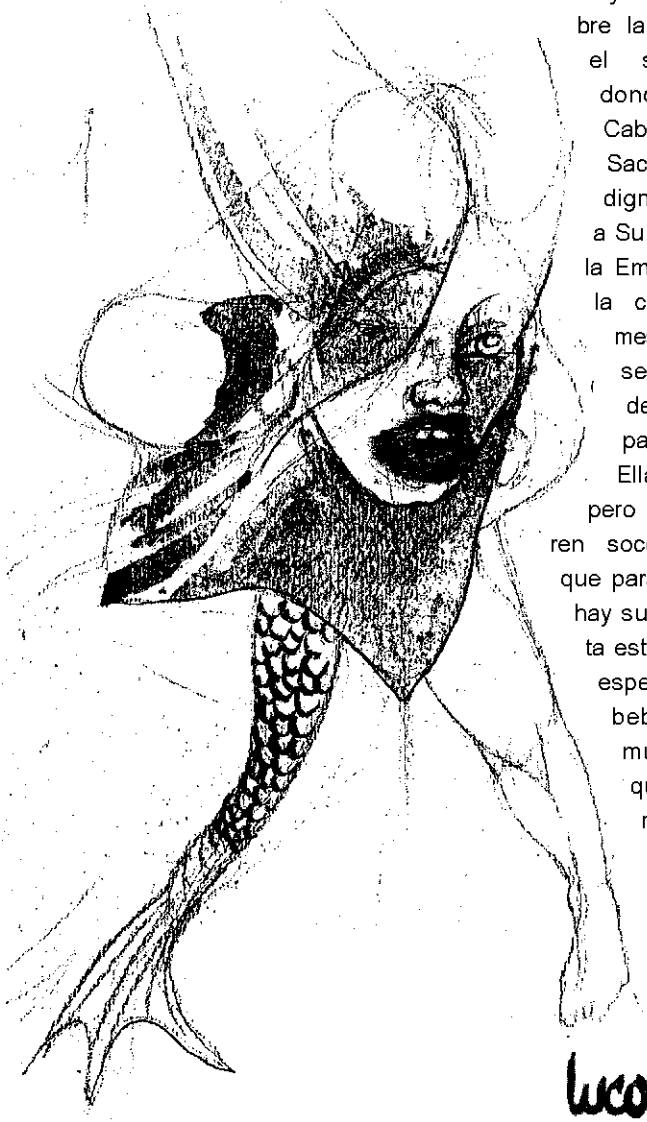
"¡Oh Amaunac! ¡Tu Señora te saluda!, exclama ella, Yo Emperadora de este mundo, te saludo y ofrendo todo mi cuerpo para que lo penetres y fecundes, para que me liberes de esta cárcel y estos hierros. Sólo espero tu entrada para que me conviertas en tu amada. Aquí quiero darte mi pecho. Gocémonos, Amado. Mas yo no hablo y tu virilidad se me enterrará como una espada filosa; mas yo no hablo y me bañarás con leche caliente y quedaré saciada; mas yo no hablo y mi cuerpo sangrará de placer y dolor; mas yo no hablo y tus jadeos de placer serán una música para mis oídos. ¡Ha llegado el momento, ha llegado el momento! gime la Emperadora mientras un eunuco le introduce en sus visceras un pescado lubricado, grueso como el falo de Amaunac. El pescado penetra más y más hasta desaparecer de la vista. "¡Amaunac!, exclama la Emperadora, ¡Ya déjame, ya déjame, si sigo gozando estallaré, no me lleves todavía!. ¡Deja de poseerme, deja de penetrarme!". Los eunucos y maricas, sus fieles servidores, comparten el dolor de su Señora y



LOS EUNUCOS SACRIFICARON SU VIRILIDAD AL DIOS AMAUNAC EL "DÍA DE LA SANGRE". LLEGADOS AL PINÁCULO DE LA EXCITACIÓN SEXUAL SINTIENDO AL DIOS VIRIL EN SUS TRASEROS LANZABAN LAS PARTES CORTADAS DE ELLOS MISMOS CONTRA LA IMAGEN DE AMAUNAC

" EN LOS CONTORNOS DE LA PULPA DE SU BOCA: UNA ESTELA ROJIZA."

lanzando gritos femeninos le dan de beber en una copa de oro, inmundicias y abominaciones de su lujuria. El pescado es una presencia incómoda para la Emperadora.Pero ella goza cuando en las noches las escamas lastiman sus visceras y la sangre baña sus sábanas. Ella le dará un hijo marino a su Dios y entonces el dolor se convierten en dulce espera. Los primeros rayos del sol caen sobre la vasta mesa, en el salón imperial donde consejeros, Caballeros Negros, Sacerdotes y otros dignatarios esperan a Su Majestad. Llega la Emperadora, ocupa la cabecera de la mesa y al sentarse, las escamas del pescado raspan sus entrañas. Ella es todo dolor, pero cuando la quieren socorrer, les dice que para una madre no hay sufrimiento y hasta este eso es dicha y esperanza. "Es mi bebito que se mueve, que ya quiere salir". Un mono atado a una silla mira intranquilo para todos lados. El sacerdote con su espada rebana la tapa de la cabeza



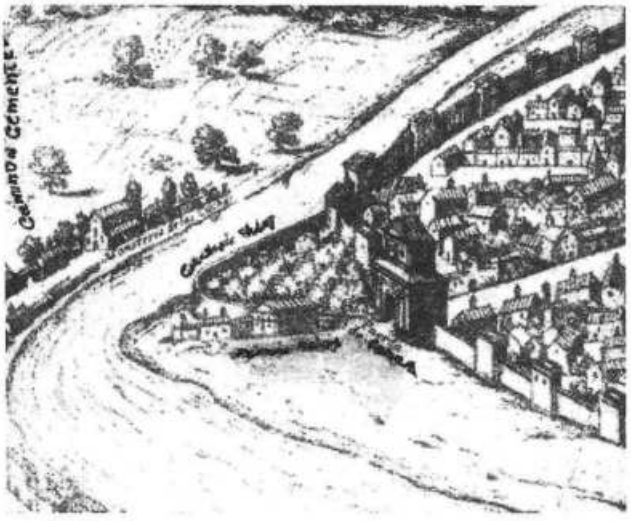
luco

de la bestia. Palpitantes sesos quedan a la vista.Cuando el sacerdote entierra la cuchara en los sesos y va dejando una pequeña porción en cada plato, el mono deja de tiritar y sus ojos se vuelven brillantes. La espada corta el cuello del mono, la cabeza rebanada rebota en el piso, en la pared y detiene su viaje en un pasillo.

Dos sirvientes ponen al mono patas arriba y exprimen su sangre en un tazón. La Emperadora arranca el corazón al mono y todavía palpitante lo come con fruición. A ella le gustan todos los órganos internos del mono en especial preparado como sopa de menudos, las ricas mollejas asadas que saben a nuez, el hígado preparado con limón, enebro y orégano. La sangre hecha morcilla. Pero el mayor placer es beberse dos tazones con la sangre caliente y espesa del mono.

Después del desayuno, la Emperadora se viste con especiales ropajes para recorrer las calles de Iberia. Todo el pueblo con sus túnicas blancas aguarda su presencia. Vestirse Imperialmente, le lleva más de dos horas. El peinado debe ser delicado, la corona colocada de manera que quede firme, el maquillaje es una gruesa pero flexible máscara; después hay que pintarse las uñas y los labios y colocarse la pulsera, el anillo, el collar, los aros. El vestido debe estar siempre impecable; hay que cuidar cada movimiento en las recepciones, fiestas, ¿Se imaginan una Emperadora con una mancha de sangre o grasa en su capa? "Ya estoy lista, piensa la

Emperadora. La capa pesa cinco kilos, el vestido, dos y los zapatos tienen un taco bien alto. Ya en el pueblo, habían miles de personas, como si Iberia hubiese ganado una gran batalla. "Ojalá nunca me olviden", piensa la Emperadora, " siempre los llevaré en mi corazón." Al verla pasar se incendian los corazones de los enfermos y sus pieles gangrenadas y heridas purulentas no se sienten si ella los acaricia o simplemente mira. Pero nadie puede hablar o tocar a la Emperadora. Por supuesto que nadie osaría tal atrevimiento. El odio de los silonitas hacia ella, es todavía muy fuerte. Ya la Emperadora anterior en su paseo por las calles fue arteramente acuchillada. Las ultimas palabras de la E. fueron: "No lo maten, tortúrenlo hasta la próxima Caída del Fuego, cuando deberán quemar su cuerpo y arrojar sus cenizas al volcán. Y por ningún motivo se le deberá dar la gracia de morir, así vivirá como latente hasta el fin de los tiempos, multiplicado su dolor en cada grano de ceniza." El odio sigue, pero el castigo aterró tanto a los silonitas que nunca más osaron tocar a una Emperadora. Ellos la odian por prohibir sus abominables sacrificios humanos; la detestan por que antes eran los amos y señores de estos valles y ahora son nuestros sirvientes. En realidad el odio nació con ellos, hoy la excusa es la Emperadora y mañana será cualquier otra cosa.



El placer de la Emperadora, después de recorrer Iberia y besar a los enfermos, huérfanos y viudas es sentarse con las piernas estiradas en el palco (de ser posible sacarse los zapatos y pedirle a un eunuco que le masajee las piernas) para ver el combate

de un silonita con un gorila en las arenas de la plaza.

El silonita es un gigante de cabeza cuadrada, piel dorada y una tremenda potencia en sus puños que le ha permitido vencer a sus rivales con un solo golpe.

El gorila lleva una larga lista de victorias, todas por muerte. Esta cebado, bebió una vez sangre de sus rivales y eso es lo único que quiere. Si logra vencer, clavará sus colmillos en la yugular de su rival y no dejara de chupar hasta desangrarlo completamente. Hace varios días que lo tienen sin comida y tiene su lomo lleno de cráteres que el aceite hirviendo le ha producido.

LA MUERTE, EN EL COMBATE, ES UNA EXTRAÑA TRANSACCIÓN

Como un rinoceronte ennegrecido, el gorila se lanza sobre el silonita, quien lo golpea con sus puños en la cabeza y el lomo purulento hasta derribarlo. El gorila gime como un niño, ya no puede más con el dolor en su espalda. El silonita enlaza sus dos puños y como un martillo lo precipita sobre la cabeza del gorila varias veces hasta que una flecha nace en su espalda. Corre con la flecha clavada, salta el cerco del campo de combate y corre y corre entre la muchedumbre que le abre paso. Debe llegar a Silón antes de la muerte. Pero su andar es cada vez más lento hasta que cae de espaldas. Se distrae contemplando a nubes que dibujan gigantes en lucha y escucha la voz de su hija, la de su madre. Allí esta el agujero hecho en el tronco caído donde guardaba tesoros; allí esta la tarde que con sus padres se fueron de la casa, el burro cansado tirando un carro donde sobresalía una cama y unas cuantas sillas, el grillar de las ruedas, su hermana mas chica subida al carro, la larga fila de carretas, los fuegos por todos lados, la nueva casa de barro, sin sol, los nuevos amigos, las siestas arriba de los cerros, las escapadas a la otra ladera para ver la nueva ciudad que crecía sobre las ruinas de Silón, la enfermedad del padre, su lenta muerte. Ya no están las

nubes, solo una gran mancha oscura que ya nadie mira. La Emperadora le dio la gracia de muerte al silonita; tanta valentía se lo merece; pero no logra entender el porqué de la flecha. Cierto que el favorito era el gorila, que costó mucho entrenarlo, pero el combate debía ser de igual a igual. Un carnicero arranca las carnes y visceras del gorila y las entrega en pequeños cortes a huérfanos, viudas y vagabundos. El corazón, como una copa de sangre, se le entrega a la Emperadora. El gorila vaciado por dentro será embalsamado y colocado junto a otros, como una muchedumbre estática en los murallones del castillo. Ya es mediodía y el sol agoniza como un animal herido.

YA ES MEDIODÍA Y EL SOL AGONIZA COMO UN ANIMAL HERIDO

En la plaza, durante todo el día se recibieron ejemplares del Libro de los Monos. La noche se les viene encima a los escribientes encargados de la recepción y todavía hay una larga cola. Con todos los libros se hace un gran monumento que la Emperadora prenderá fuego. Ella no se quedara a ver como el viento eleva las cenizas y las derrama sobre Iberia. Es ceniza sagrada, palabra de Amaunac, lluvia negra a la que todos se exponen para tiznar sus rostros y el de los bebes recién nacidos para que sean reveladores de palabras.

El ascenso

Con una lluvia de cenizas cayendo, los iberianos inician la procesión al volcán. El ascenso es por estrechos desfiladeros donde se pisa roca podrida no muy confiable. Lo mejor es ir despacio, atento, disfrutando del ultimo día de fuego. La Emperadora, llevada en andas por sus sacerdotes, encabeza la procesión. Ya han comenzado sus dolores de parto y las hemorragias que borbotean de las llagas abiertas por las escamas del pescado.

Rodeando el cráter, un anillo de humo sulfuroso, que no se deberá respirar. Es la barrera que separa el mundo de los hombres del de Amaunac.

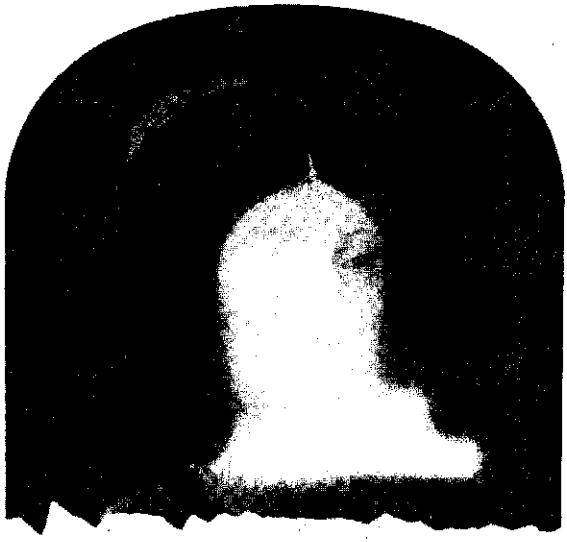
Un caballo que aspira el picante humo, se desbarranca con su jinetes hasta llegar al bajo, convertido en una bola de huesos, espinas, piedras y barro. La gente se sienta alrededor del cráter, cuidando que los niños no se acerquen mucho a la garganta de fuego. Los sacerdotes arrojan al cráter los simios destinados al sacrificio. Algunos, quedan aferrado a alguna roca, pero la gente los apedrea hasta que caen a la lava.

La Emperadora es depositada sobre una gran piedra, al borde del cráter. Ella abre sus vestidos, se pone de culo y hace fuerza. Grita su dolor, mas fuerte que el ruido del volcán. Un viento caliente emerge de los abismos y como un latigazo la desnuda. Los sacerdotes, haciendo de parteros, extraen al pescado. Lentamente va saliendo mientras sus escamas a contrapelo se clavan en los intestinos de la Emperadora. Ya esta todo el pescado afuera; es suave, dorado, cubierto de heces y una baba verde. El sacerdote levanta en sus manos al pescado, invoca a Amaunac y lo arroja al centro del volcán. El sol se oscurece y se precipita convertido en sangre negra en la boca del volcán; su misión será incubar con su calor el pescado que Amaunac anida ahora en su vientre.

Los Caballeros Negros jinetean alrededor del cráter festejando el nacimiento del hijo de Amaunac. En el resto de la noche, los iberianos dormirán en la cumbre del volcán, felices de haber presenciado el nacimiento del hijo de Amaunac.

Los sacerdotes curan las llagas de la Emperadora mientras los músicos imperiales, con sus voluminosas panzas, anchas papadas y duros codos le guitarrean canciones de cuna.

Kristóbal y Mercedes buscaron un lugar en una gruta donde manaba agua caliente, sulfurosa. Allí sumergieron sus sexos e hicieron el amor hasta el amanecer.



Siguió Kristóbal como un gorrión qu picotea sobre el arroz desparramado, mientras Mercedes con sus dos manos abría más su puerta femenina.

Después Kristóbal lo hizo como una oca salvaje jugando sobre las olas. Después Kristóbal arremetió como un castillo móvil, mientras Mercedes le acariciaba los dos guardianes de la puerta de jade

Después Kristóbal fue como una piedra que se hunde en el mar y Mercedes como una anguila buscando la boca de su amado.

capítulo XIV

FRIO Y NIEBLA

Kristóbal primero la poseyó como un dragón salvaje que corcovea a través de un torrente mientras ella jadeaba y le pedía que presionara mas fuerte.

Después de la caída del Fuego, Mercedes y Kristóbal treparon una noche al volcán. Desde su cumbre vieron las luces de Silón y escucharon los cantos y plegarias de sus habitantes. Kristóbal anhelaba conocer ese lugar pero Mercedes le advirtió que los Caballeros Negros velaban las afueras de Silón para que nadie se acercara. En una noche fuertemente estrellada, Kristóbal y Mercedes, desde lo alto del volcán, contaron las estrellas fugaces que caían entre los cerros. Se besaron y dijeron que se amarían para siempre y K. sintió un sol en sus entrañas que Amaunac no le había podido robar. Tomaron por un sendero hasta llegar a la gruta. Allí se hicieron el amor en medio del agua caliente que nacía de las piedras.

Kristóbal siguió como un ratón asustado que se mete en un agujero mientras Mercedes con murmullos de voz ahogada, viendo que la marea se venía, intentaba retener el roedor en su vulva, llenándolo de flujo para que nunca se fuera. Kristóbal fue como un águila que atrapa una liebre mientras Mercedes era una cintura arqueada, una transpiración, una hembra, un hoyo transparente. Kristóbal siguió como un velero enfrentado al temporal y toda ella, sensible

como una vulva, con la dulce sensación por llegar. Y Kristóbal terminó como una serpiente que se introduce enrr un agujero mientras el cuerpo de Mercedes estaba caliente, sudoroso, empapado en ungüentos, con sus manos y pies relajados y satisfecha por completo.

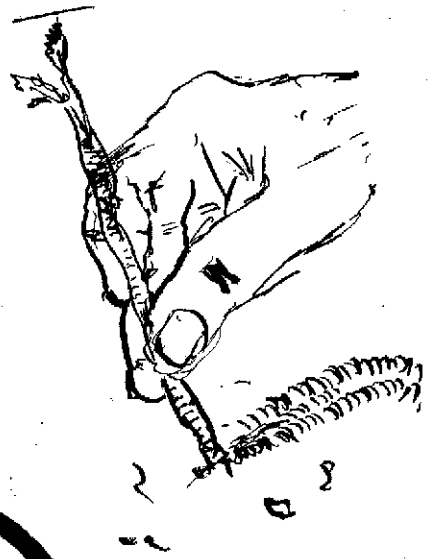
Se durmieron en la cálida gruta, sin importarles los gemidos de dolor de Amaunac que como un dragón náufrago llevado por las olas, golpeaba contra las rocas.

capítulo XV

DESPERTAR

"LO QUE MARCOS LE CONTO A KRISTOBAL"

Vivos caían en los encofrados de las columnas y sobre ellos se vertía la cal, el ripio y las piedras. Esta obra es una gran fortaleza militar, orgullo de los iberianos; cada cien metros hay una torre vigía y por sus cornisas giran y giran los soldados



'Ellos' tienen la ilusión que es inexpugnable; temen el retorno de los Silonitas; en sus sueños ven a miles de Silonitas derrumbando el muro, incendiando el Castillo y tomando venganza con cada iberiano. Creo que esos sueños, son lo que más los une y los hace sentir parte de un mismo pueblo.

Inclinaba la tarde cuando Marcos me invitó a caminar por calles desconocidas. Así, casi por instinto, tomábamos una u otra de las infinitas calles de Iberia. Al final, nos sentamos a descansar contra los muros que rodeaban la ciudad. Marcos me contó la historia de esa pared.

Esta muralla fue hecha por los iberianos cuando todavía humeaba el monstruo de madera, habían ejecuciones de Silonitas en cada esquina y las rondas nocturnas de los Caballeros Negros aterraban incluso a los iberianos. Los Silonitas fueron obligados a construir la muralla y los que se resistían, pasaban a formar parte del muro.

Conozco un camino seguro para llegar a Silón pero debemos ir ahora, cuando los caballeros Negros estan todavía en trance con sus espíritus en el vientre del volcán. Le juro que no se va arrepentir . En Silón todas las noches se hacen fiesta para recibir a sus dioses y honrarlos.

"ABREN LAS TUMBAS Y SUS LANZAS DENIGRAN NUESTROS MUERTOS"

No sabía que contestarle, me estaba invitando a conocer un territorio prohibido. Permanecí en silencio y cerré los ojos. Pensé en los sacrificios de monos, en Amaunac y en el peligro que era creer en algo distinto.

Después de un rato Marcos me habló: "El mono no es un buen alimento para los dioses, pero debemos sonreír y hasta ayudar a que siga esta farsa de sacrificar monos a nuestros dioses. Un día, Amaunac vomitará sobre las calles de Iberia a todos los monos que le han metido a la fuerza. Y entonces, los iberianos comenzarán a dudar de su fe y a interesarse por la nuestra. El asco por la carne de mono acompañará esos cambios. Deberemos, en esas circunstancias, actuar con mucha paciencia, tratando que la conversión a nuestros dioses sea real y como prueba deberemos llevarlos a nuestros cementerios y hacerles oler la carne humana en putrefacción; si ellos caen en éxtasis, sabremos que están preparados para la ceremonia de sacrificios humanos. Pero si todavía no estamos convencidos de su nueva fe, deberemos pedirles un hijo para la ceremonia de! sacrificio. Pero por ahora debemos callar nuestro amor por la sangre humana; callarlo hasta el ultimo suspiro, pues los iberianos nos persiguen aun después de muertos. Abren nuestra tumbas y raspan con sus lanzas los cadáveres tullidos, cubiertos de raíces y tierra. Los dioses, algún día se compadecerán de Silón y conducirán nuestra venganza. Bueno creo que ya le he dicho mucho por estaba noche. Solo le pido que trate de recordar en todo momento, lo que hemos hablado."

Ya era muy tarde, empezaba a nevar. Regresamos cada uno por su cuenta. Caminaba tratando de recordarme y recordar lo hablado, pero a cada instante perdía el hilo, lo volvía encontrar, lo volvía a perder. Me di cuenta que en las calles silenciosas era más fácil no olvidarme de mi. Ya casi llegando al hotel comencé

a sentir como si me desplazara en una alfombra y los árboles, las construcciones se veían con mayor color y se arqueaban a mi paso hasta desaparecer en los lados de mis ojos. Volví a quedarme "dormido" y desperté en mi cuarto, abrí las ventanas para que el viento frío nuevamente me despertara. Desde allí pude ver a Marcos (su ventana en la posada de enfrente, daba justo contra la mía) que iluminado por una vela, escribía y escribía.

A LA LUZ DE UNA VELA, MARCOS ERA INCANSABLE PARA ESCRIBIR

¿QUÉ PASÓ CON SILÓN?

(SEGUNDA PARTE DE LA HISTORIA DE IBERIA Y SILÓN)

Los iberianos suprimieron los sacrificios humanos, profanaron los santuarios Silonitas y sobre sus altares ardieron monos inmundos. Los Caballeros Negros fueron el brazo armado del nuevo culto. La espada que caía sobre el hereje.

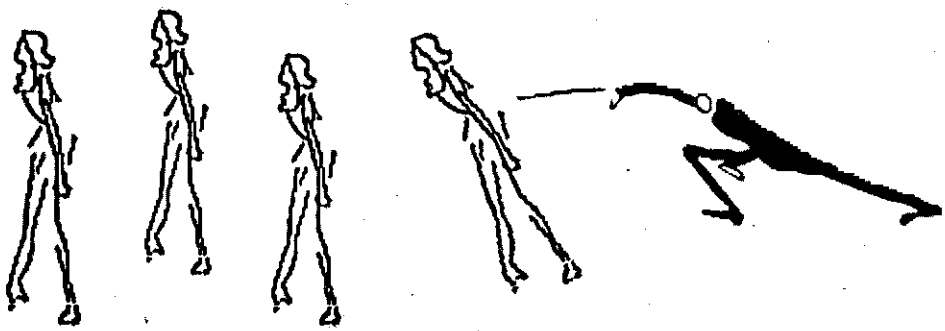
¡Cuántos niños salvados del sacrificio! Enviados por la misma madre a la mesa de un carnicero que ellos llaman mago. Y se cortó por lo sano. Su madre fue lanzada al mundo de los latentes y el niño hacia una verdadera familia y una sana educación. Así, aprendieron a hincarse ante el verdadero Amaunac y a no inmutarse ante la persecución de un Silonita. Los Silonitas fueron deportados. Solo unos pocos permanecieron en Iberia: los buenos sirvientes, los niños

desamparados, las Silonitas convertidas en esposa de un iberiano (a veces sus familiares) y las princesas del templo.

Silón fue refundada, en la ladera sin sol del volcán, sobre una meseta de arena. Ciudad que fue precaria desde su fundación, con sus techos de cuero, caña y pasto, sus paredes de piedra y barro. Secretamente construyeron su templo en catacumbas. Al terminarla, Amaunac habló a los Silonitas y les pidió que se mantuvieran en el amor a su dios.

Silón es una ciudad cautiva. Los Caballeros Negros rondan sus calles y advierten a sus pobladores que algún día solo quedaran las cenizas. Nadie contesta a los provocadores; los Silonitas solo aprietan sus puños y nunca se olvidan de Amaunac. Pero hay muchos descendientes de Silonitas, sirvientes en Iberia, que mantienen en secreto sus convicciones. Ellos peregrinan Silón durante la caída del fuego. Allí imploran a sus dioses y practican el arte de injuriar a la Emperadora, ¿cómo? Disfrazan a una Silonita renegada de Emperadora, la ultrajan y después la apedrean. Llenan su cadáver de barro caliente hasta dejarla convertida en una estatua de terracota. Muchos Silonitas han olvidado su fe. Son los que viven la doble vergüenza de ser renegados y siervos.

"MUCHOS SILONITAS HAN RENEGADO DE AMAUNAC Y ODIAN LOS ESPEJOS QUE REFLEJAN SUS RASGOS SILONITAS".



capítulo XVII

EL SENDERO

Nadie los vio salir al atardecer por un empinado sendero arrasado por la nieve y el desierto. Marcos (el guía) y Kristóbal hacen cumbre en el volcán durmiendo entre espesas nubes. De cara a estrellas flotantes. A la madrugada descendiendo la ladera prohibida, aparece Silón. Reciben a los visitantes un manojo de hombres estáticos y pegados unos a otros como un relieve en la roca.

"¡Buenos días, cómo les va!" los saluda un hombre joven pero de cara trabajada por el frío y la miseria. "Me llamo Rafael, continua diciendo, soy enviado por nuestro Rey para darles la bienvenida."

Pasados los saludos y las sonrisas de la diplomacia, arreciaron las quejas: Que tenemos mucha hambre, que no tenemos que comer; esta tierra es piedra y cuando escarbamos aparecen piedras mas grandes... ya hace mucho que no comemos pescado pues los iberianos nos prohiben la pesca en sus playas, ¡ja! en sus playas (repite deletreando)...a nuestras mujeres se le caen los dientes y a los niños se les hincha el estómago. Ellos nos dicen que pesquemos en el río, pero esas aguas pasan primero por Iberia y aquí llegan podridas y si las sorbemos, al otro día nos salen ronchas en todo el cuerpo. No podemos ni siquiera dejar a los niños que jueguen con barro. A los chanchos, vacas y caballos, no les podemos dar esa agua por que se mueren. Todos los animales que toman esa agua se enferman y a los pocos días se mueren.

Kristóbal entiende que todo es una confusión. Creen, conjetura, que yo soy funcionario importante de Iberia; me tienen que haber visto alguna vez con la túnica blanca de escribiente o con mi traje negro caminando Iberia. Deben pensar entonces, que tengo influencias, no saben si ante la Emperadora, pero por lo menos con algún Caballero Negro o Consejero (K. prefiere que el malentendido, continúe, le gusta sentir ese buen trato, tanta deferencia; en fin: lo hace sentir importante). Marcos esperanza a los quejosos diciendo que Amaunac promete días de abundancia para los Silonitas y que dejen "...las lágrimas para otro momento y hablemos como hombres."

Aprendiz de hombre

En el camino les salió al paso algo que caminaba, de andar sin rumbo, de ojos de perro. Sonriente, la cosa, amigó su mano a Kristóbal, quien con ternura la aferró (era una mano fría y

pulida). Es un muñeco de palo, dijeron, hecho a imagen del gigante de madera que los Iberianos incendiaron. Amaunac creó cientos de ellos para aliviar a los hombres de la servidumbre; pero son torpes y caminan sin rumbo; tienen un entendimiento muy raro y no saben lo que es la vergüenza. Conocen el misterio de la niñez que para los adultos es siempre un recuerdo y para los niños algo que viven como los animales. Quedan muy pocos; son muy frágiles. Antes había cientos por las calles de Silón pero lo siberianos en una sola noche los quemaron a todos*. Los muñecos gemían y abrazaban a sus esposas para que el fuego los llevara juntos; otro huían despavoridos por las laderas con sus cuerpos en llamas.

Unos pocos se salvaron y salieron de la vieja Silón con nosotros, escondidos en el fondo de nuestras carretas. Los iberianos codician sus cabezas y manos como adornos de sus hogares y se divierten obligándolos a hacer el amor en la taberna mientras le hacen ronda. Nunca falta el sádico que quema sus cuerpitos, mientras los muñecos agitan su amor. Nuestro Rey prohibe dañarlos y castiga severamente a quien lo hace.

" Si **la justicia no impera, una filosa nube cortara nuestros ojos y vaciara su masa blanca y** vítrea."

El Rey recibió a los visitantes en su casa. Era un viejo casi pelado y vestía solo un taparrabos

** Ver Capitulo 8. Amaunac les insufló vida, pero fueron construidos por magos silonitas.*

de seda amarillo. Su piel tatuada por Rafael, registraba la historia de Silón. Sus batallas, el gigante de madera (que ocupaba casi toda la espalda), escenas de sacrificios humanos. En su pecho estaba tatuado el volcán en erupción, con una columna blanca de vapores que llegaba a las estrellas. Alrededor del volcán andaban los hombres ciegos, buscando alivio a sus cueros lacerados. El anciano nos advirtió:

"Ese día como lo ilustra mi pecho, no habrá donde esconderse, ni escapar. Ese día llegara demasiado pronto, si la justicia sigue faltando o acaso Sr. Kristóbal Kolon, Sr. Marcos Nordo ¿ Hay alguna esperanza para que nuestro pueblo recupere sus tierras en mano de los iberianos o que al menos nos dejen pescar ?"

Marcos contestó que era muy difícil ambas cosas, que los iberianos cada día tenían el corazón más duro y que hasta se corría peligro de perder las tierras que ahora se ocupaban. La casa del Rey era un poco mas grande que las otras, sus paredes de adobe y el piso de tierra recién regado. Los techos eran de caña y barro. Ocuparon los visitantes, una habitación grande, preparada para las recepciones. No habían sillas, ni mesa y todos permanecían en cuclillas. Había una puerta que daba a otros ambientes en penumbras de donde salía el llanto de un bebe. Se alcanzó a ver a su madre acunando al niño, mirando con ojos blancos hacia los visi-

tantes. Aferrada al brazo del Rey estaba una bella adolescente que le reía insinuante a Kristóbal, turbado por las insinuaciones. Quiero ofrecerle le dijo el rey a Kristóbal, esta hermosa joven. Es un princesa del Templo, los Caballeros Negros le arrancaron los ojos para violarla sin ser reconocidos. Amaunac se compadeció de ella y le dio hermosos pechos y abundantes leche ¡Oh Señor Kolón! ya verá que distintos somos lo Silonitas. Nosotros apenas tenemos educación pero nuestra escuela es la naturaleza y lo primero que le enseñamos a un niño es a distinguir, porque si no distingue va a ser un hombre que mire, pero no vea. Si aprende a distinguir no habrá laberinto para sus caminos y cuando escuche el trino de un pájaro le gustará analizarlo y saber si está contento o enojado, dado al amor o a la caza. Al ofrecimiento del Rey (cuyo nombre era Anastasio) siguió un complicado silencio. La joven ayudada por un Silonita se retiró y llegaron otros súbditos con conchas marinas, bolsas tejidas, abanicos y cinturones como regalos para los visitantes. Después de los agradecimientos to-

SE DESLIZARON COMO DOS PECES ASUSTADOS

Algunos silonitas llegaron con sus botes llenos de regalos

dos volvieron a callar y al final los visitantes fueron conducidos a una hostería.

Pez blanco

En la hostería los recibió una joven que amamantaba a un anciano. Ella destetó al viejo, ocultó sus húmedos pechos en el vestido y con aire cansado condujo a los huéspedes a sus habitaciones. Kristóbal cerró los ojos e intentó el sueño. Pero como si los tuviera allí mismo, oía al viejo mamar y a la joven que le decía que su boca tenia la suavidad de un niño. Sería medianoche, cuando la joven ciega, enviada por el Rey, entró al cuarto de Kristóbal. Sus pies hacían el ruido de un pez saltando en las arenas de la playa. Se desnudó y venció sus pechos sobre el de Kristóbal, rozando y acariciando con los pezones el pecho tupido de Kristóbal, divirtiendo y jugando, sintiendo que sus pezones se estremecían de solo acercarlo a la boca de Kristóbal. Mientras lo amamantaba, ella le contó que las princesa del templo siempre tenían los pechos inundados de leche, que esto, fue una gracia de Amaunac para salvar a su pueblo del hambre. Que lo de ella fue más reciente, la violación... y una mañana sus senos manaron leche y que si no encuentra un hombre que se los beba, le empiezan a doler mucho. Mientras Kristóbal liba una leche dulce, suave; ella le abre su cuerpo. El gozo llega misteriosamente, como un cosquilleo, un vaciarse, un caer en un mar blanco y caliente donde Kristóbal pecea con sus aletas y sus escamas lubricadas. En el fondo el océano, oscuro y verdoso lo espera una mujer con corona, lo espera en la cámara de una concha marina, con las piernas abiertas y acariciando su pubis, abriéndolo con sus dos manos para que Kristóbal entre, presione y se deslice suavemente hasta llegar a sus entrañas.

PRIMERA PARTE CEREMONIAS

A la hora del crepúsculo, Kristóbal es arrancado de las entrañas del sueño. Hombres sin rostro lo encapuchan y apenas le dan tiempo para vestirse. Lo arrastran por largas galerías y jadeantes escalones hasta arrojarlo en una sala de piedra, fría y sin muebles. El recinto donde Kristóbal ha sido dejado como si fuera una piedra más, tiene su historia: fue una estrella que cayó del cielo en los días del éxodo. Ella ha recorrido el universo y sus ojos, arrugados como los de un viejo elefante, han contemplado infinitos cielos y soles. Tal vez el cansancio de ser un eterno viajero sideral la llevó a encallar como una piedra náufraga en las arenas de Silón. Amaunac ordenó horadar la cansada estrella hasta convertirla en caverna de veneración con una escalera secreta para llegar a su interior. El

"COMO UNA MEDUSA ENCERRADA EN UNA PECERA."

altar con una hoguera preside el salón. Mujeres y niños que van llegando se sientan en cuclillas adelante; los hombres atrás. Los músicos con tambores, flautas y guitarras al lado del altar ejecutan un himno. Sirven una sopa roja y densa. A los niños les dan un sorbo y a los adultos les llenan el tazón. Kristóbal, como uno más, se acomoda entre la gente. Un suave cántico estremece la piedra.

Hijos de la niebla

Ya está el mago en el altar. Viste túnica lino púrpura y una máscara de toro . El Mago calienta el cuchillo en la hoguera, mientras sus ayudantes acuestan un niño de unos ocho años sobre una mano gigante de bronce. El pequeño es hijo de padres-muertos, como también lo fue el niño sagrado.

El mago cabeza de toro estrangula al niño hasta desvanecerlo; le abre el pecho con un cuchillo de cuarzo, extrae su corazón (todavía palpita) y se lo come con fruición. La sangre del pequeño, juntada en un cuenco, llueve providencialmente sobre los feligreses, para que sus cuerpos y vestidos empapados de sangre, goteados y enrojecidos se purifiquen con la muerte de un inocente. El cuerpo del niño es sumergido en un frasco lleno de alcohol. Una princesa de sacrificio sube al altar. El niño, sumergido en la botella parece mirarla como una triste medusa de labios hinchados. La princesa cubre su hermosa desnudez de finas caderas y pechos sensibles a la caricia con la fina piel de un héroe de Silón. Exquisito regalo del embalsamador enamorado, que ha convertido una piel tosca en un suave y transparente vestido .

El mago cabeza de toro, desnuda a la princesa y arroja la piel del héroe al fuego. Emerge una

Glosario e historias de los silonitas

•cuchillo de cuarzo: piedra volcánica dura, brillante como vidrio y usado por los silonitas para cuchillos o puntas de flechas. Puesta contra el viento hace el susurrar de la caña.

•Comunicación con los muertos: Los niños hijos de padres muertos tienen el don de comunicarse con los muertos

• Niño sagrado: Fue un hijo de padres muertos que nació una noche nevada, cuando los silonitas todavía vivían en la ladera fértil y todavía podía contemplarse la imponente figura del gigante de madera y oir la caída de prisioneros en sus entrañas y el rechinar de sus dientes. Esa noche de nieve, en el Templo Sagrado, el Mago zanjó

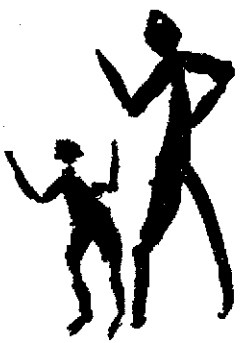
AHORA EL EMBALSAMADOR EJERCE SU OFICIO, HASTA CONVERTIRLA EN UNA PIEL TRANSLUCIDA.

con una piedra de cuarzo el vientre del niño. Todos bebieron la sangre que borboteaba por la herida hasta que el cuerpo quedó seco como un pergamino. La osamenta del niño permaneció toda la noche en el Templo junto a otros muertos como panes sin hornear. Al mediodía mientras el Mago y sus discípulos comían carne humana, el niño revivió pero el mago ordenó de nuevo su sacrificio. Convocó al pueblo para que bebiera su sangre, comiera su cuerpito y quemara sus huesos. El niño milagrosamente volvió a la vida. Los que lo habían comido vomitaron su carne y ante sus ojos vieron recomponerse las piernas, los brazos y vieron como flotando, cada órgano llegó al templo para ser nuevamente

desnudez soberbia, fruto de especiales ritos sagrados y de un deseo de posesión sabiamente contenido, sabiamente azuzado. Se recuesta sobre el mesón de mármol cubierto de una seda negra, boca abajo, con su cuerpo armonioso de formas llenas redondeadas y blancas de alabastro.

En el silencio, el corazón de la princesa late con ardor agitando sus pechos, haciéndolo mover como las palmeras por la brisa. Cabeza de toro vacía la sangre del niño recién sacrificado sobre las espaldas de la princesa y mancha de púrpura la impúdica desnudez. El Mago con la furia de un toro le aferra sus pechos y posee a la niña mientras invoca a Amaunac.

La joven extasía un momento por el que esperó toda su vida. Amaunac la hará su esposa para siempre. Ella anhela abrirse, arquearse, ser un eterno agujero, donde su amado pueda manifestarse. Anhela llegar a la fuente escondida de su amado aunque tenga que atravesar la noche oscura de la muerte. Anhela entregarle su pecho florido que para él solo guarda. Y un cuchillo de cuarzo enrojecido por las llamas, aterra las manos del toro . El fuego del cuarzo abre en dos el cuerpo de la princesa. El Templo se oscurece y resalta más la luminosidad del cuchillo navegando entre las transparentes visceras. El Toro negro extrae el reluciente y todavía palpitante corazón de la princesa.



el niño. El niño estuvo mucho tiempo viviendo en el Templo hasta que un día se fue con un resucitado.

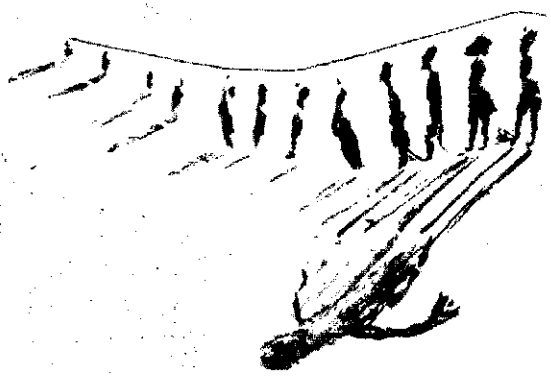
• Padres muertos: Son los progenitores de los niños usados para sacrificio. El hombre elegido por el Rey, debe ser delgado como una caña, derecho como una columna y no tener estrías en sus piernas. Se lo encierra en un jaula de recias rejas en medio de la plaza. Allí aguarda como una pantera en celo la llegada de su compañera. Su esposa, elegida por Amaunac, es de arqueadas caderas, senos que a la mínima caricia derraman leche muy dulce. Amaunac siempre elige una mujer que pueda con la virilidad del enjaulado. Cuando llega la noche de boda, se prepara la sala nupcial en el Templo. La esposa se recuesta en el mesón del altar. Ella ciñe sus sienes con una guirnalda de flores y otra guirnalda rodeando sus caderas. Campanillas de oro tintinean sus piernas a cada paso. El esposo, soltado de su jaula es conducido hasta el templo entre una fila de silonitas que lo insultan y escupen. Harán el amor sin frenos y cuando llegue el delicado instante, el Mago agonizará la espada en el esposo quien seguirá moviéndose. La mujer llora y abraza a su esposo mientras la sangre de la herida inunda su ombligo. El esposo es sacado cuando el acto se ha consumado, lo que generalmente sucede al poco rato de su muerte. La mujer vivirá su embarazo con mucha paz, muy cuidada por todos los silonitas. Y cuando se acerque el día del nacimiento, el Mago abrirá el vientre de la madre y sacará a su bebé. Mientras la madre agoniza, deberá amamantar al bebé. El niño será educado en el Templo y tendrá el don de comunicarse con los muertos, hablar con sus padres y recibir sus consejos. **Las badas negras de los ahorcados** *serán siempre la vigilancia invisible que tendrá el niño.*

Princesa de sacrificio: *Son jóvenes elegidas para el sacrificio en su pubertad. Primero se las hace venir en las mañanas con sus padres al templo. Allí el Mago las desnuda en presencia de sus padres. El mago les acaricia sus pechos, sus pequeños pechos. Si los padres se indignan y piden a su hija, se considera que la niña viene de un buen hogar y entonces está preparada para el sacrificio. Otra prueba es acariciar el pubis de la niña. Si el cuerpo de la niña se arquea de placer, si sus labios se tornan lúbricos pero su corazón dice no, entonces ha pasado la prueba final. Cuando la virgen es sacrificada, los padres son los depositarios de sus vísceras. Su madre lucirá orgullosa la piel de su hija y sentirá todos sus deseos pudiendo revivir la noche de copulación con el toro. La madre se dará al amor de los jóvenes vestida con la piel de su hija y será muy deseada; pero algún día esa piel perderá su alma, entonces ese día la madre será lapidada y moribunda, arrojada a los cerdos.*

Resucitado y niño: *Un día el embalsamador del templo preparaba un muerto para su vaciamiento. el niño hijo de padres muertos, que un milagro de Amaunac lo había recompuesto, le gusaba acompañar al embalsamador en sus tareas. Ese día tocó al muerto en su frente. El muerto resucitó y devoró al niño para que este visitara a sus padres en el reino de los muertos. Cuando el niño regresó de la visita, el resucitado lo*

volvió a la vida. Lo tomó entre sus brazos y se lo llevó a las profundidades marinas.
Dicen que emergieron en una lejana playa donde brilla otro volcán. Los náufragos que llegan a esas tierras no escapan del apetito de esta pareja. Primero le comen los ojos y los reemplazan por bellas perlas. Arrancan la lengua y dejan que mane la sangre para alimentar los monos que abundan en ese paraíso. Después devoran las entrañas de los náufragos mientras estos agonizan.
Terminada la cena, limpian la piel de las víctimas con agua de mar y se las deja secar al sol durante quince días. Después se raspa con un cuchillo de madra para quitarle el pelo. Dejase luego secar en la sombra durante ocho días. Después se tiene un pergamino donde el niño jugará dibujando a su madre.
Algunos náufragos han logrado escapar de esas tierras en medio de su propia cena. Como fantasmas deambulan por las playas luciendo bellas perlas en sus ojos que a veces cambian por un poco de vino.
Esta pareja es el terror de los marinos. De haber un naufragio, es a lo que más le temen. Por eso siempre se mantienen cerca de la costa.
***Templo Sagrado:** Lugar donde los silonitas se comunicaban con Dios. Fue incendiado por los siberianos, pero sus bellos mármoles, sus escalones de cuarzo y el silbido del viento murmurando "Silooooon, Silooooon" cuando acaricia sus columnas, han sobrevivido (para desgracia de los iberianos) y ahora es templo donde se inmolan inmundo monos.*

CABALLOS VOLADORES...



Nadie sabe que Hernán Cortés y sus jinetes galopan el camino a Silón, sumergidos en sus corazas negras.

Entre los Silonitas hay un delator con cara de niño.

Estallan las puertas del Templo secreto, irrumpen las cabalgaduras, brillan las espadas y rugen los Caballeros. Ya es tarde para ocultar los cuchillos con sangre, las visceras aquí y allá. Es muy tarde para salvar a la princesa que con ojos de vitrina contempla a Hernán. Kristóbal se ha desvanecido y ve entre brumas a caballos voladores y hombres de acero.

Todos son atados a una soga y llevados a la cárcel de Iberia. Una familia de monos en la ladera del cerro detienen sus pasos para ver el lento avanzar de la caravana de prisioneros llevados por los Caballeros Negros. La Luna golpea el cuerpo de los prisioneros y mancha de sombras gigantes la orilla del camino.

Luco

DISCO GIRATORIO

Los Silonitas capturados en la ceremonia sangrienta son llevados a la cárcel. Todos, en la sala central, están como pegados a las paredes; las mujeres acariciando a sus hijos, los hombres de espaldas y en cuclillas ocultando sus rostros. Miradas de miedo, huidizas, pidiendo perdón, diciendo ¡Soy inocente! Llanto, arrepentimientos, castañeo de dientes. Unos jóvenes piden al Rey que se declare culpable, así, sospechan, liberan a todos. "En esta, estamos todos subidos", les contesta el Rey. Y por ese comentario recibe golpes, amenazas, e insultos de reblandecido.

LOS SILONITAS FUERON DESPOJADOS DE SUS TIERRAS. AHORA ELLOS SON TORTURADOS POR SUS CREENCIAS.

Interviene la esposa del Rey, parece que para defenderlo, pero nó, se suma a los insultos.

Llega la Emperadora luciendo una pantera de mantón. Hernán exhibe a los prisioneros como botín de caza.

—Estos son madrecita, todos los que participaron de la ceremonia,le dice Hernán Cortés, a

1. Disco giratorio: Disco que gira a gran velocidad gracias a un ingenioso juego de engranajes y manivelas.

2. Beber sangre de mono: Suplicio para los Silonitas. Usado como confesor

3. Potro: Son cuatro maderos, a través de los dos del medio pasan dos palos que se atan a las manos del reo, a través de los exteriores pasan dos palos que atan los pies. Los palos se abren lentamente quebrando y agrietando las coyunturas.

22. Tacho: Bruscamente se eleva al atormentado, haciéndolo caer en un tacho lleno de inmundicia.

21. Molino: El molino gira con el reo atado a su circunferencia y en cada vuelta se sumerge en aguas llenas de sanguijuelas y serpientes marinas.

20. Garrucha: Consiste en izar al reo, con pesos atados a los pies, dejándolo luego el verdugo caer con violencia.

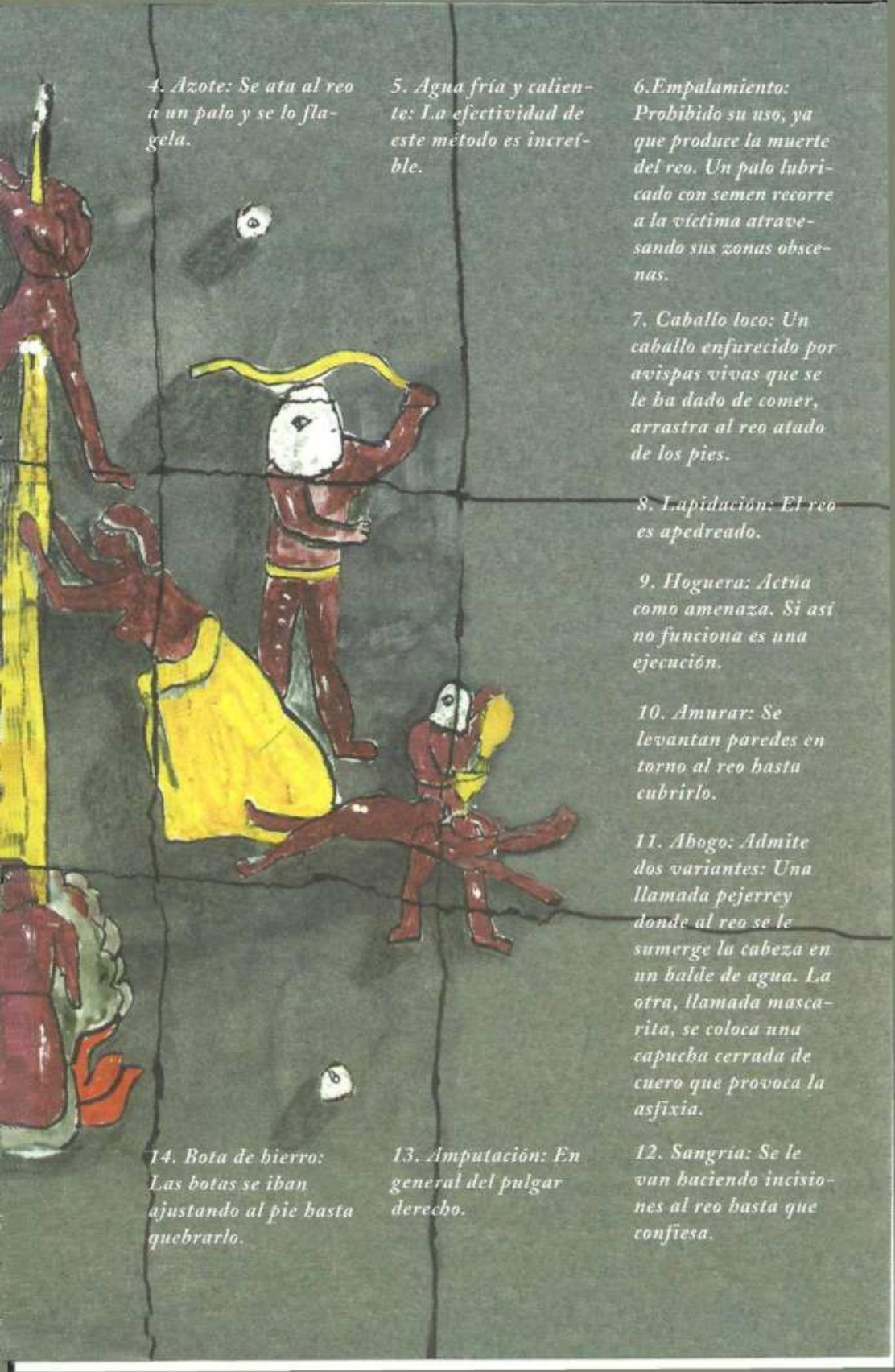
19. Estaqueado: Se acuesta al reo en el suelo atado a cuatro estacas de pies y manos.

18.Castración: Funcionaba primero como amenaza.

17. Ratones: Se le introduce un ratón macho por el ano y la hembra en celo por la boca.

16. Rayo: Se ataba al reo a un árbol que atrae los rayos. Muy efectivo.

15. Canto rodado: Se "amasa" al reo con un pesado barril desde los pies hasta la cabeza.



4. Azote: Se ata al reo a un palo y se lo flagela.

5. Agua fría y caliente: La efectividad de este método es increíble.

6.Empalamiento: Prohibido su uso, ya que produce la muerte del reo. Un palo lubricado con semen recorre a la víctima atravesando sus zonas obscenas.

7. Caballo loco: Un caballo enfurecido por avispas vivas que se le ha dado de comer, arrastra al reo atado de los pies.

8. Lapidación: El reo es apedreado.

9. Hoguera: Actúa como amenaza. Si así no funciona es una ejecución.

10. Amurar: Se levantan paredes en torno al reo hasta cubrirlo.

11. Abogo: Admite dos variantes: Una llamada pejerrey donde al reo se le sumerge la cabeza en un balde de agua. La otra, llamada mascarita, se coloca una capucha cerrada de cuero que provoca la asfixia.

12. Sangría: Se le van haciendo incisiones al reo hasta que confiesa.

13. Amputación: En general del pulgar derecho.

14. Bota de hierro: Las botas se iban ajustando al pie hasta quebrarlo.

la Emperadora, creo que esto es más que suficiente para que arrasemos con Silón.

—¡Yo doy las ordenes en Iberia!... ¡No vamos a exterminar un pueblo por unas cuantas manzanas podridas! se exalta la Emperadora con una voz gruesa que apenas disimula su alma femenina.

—¡Como Usted diga madrecita! —retrocede Hernán con voz quebrada y afeminando su voz, dándose cuenta del miedo que sentía, de lo ridículo que estaba quedando y por sobre todas las cosas, de que ya nada ni nadie consideraba que no fuera ese tono malhumorado de la Emperadora, entonces ensayando su mejor voz gritó: ¡Pero a estos, ni justicia!

—¡Hernán! guárdese los resentimientos ya sabe donde... aquí vamos a hacer un juicio., como Dios manda, les vamos a dar la oportunidad para que se defiendan, terminó diciendo la Emperadora.

Hernán desautorizado ante sus Caballeros Negros no sabía donde meterse y optó por bajar la cabeza y retirarse .

—Carcelero, aquí quedan a su cuidado estos prisioneros, q-u-i-e-r-o las confesiones, remarcó la Emperadora .

—Mañana, madrecita, sabrá todo, dijo el carcelero, un viejo de ojos rollizos, pelo negro y sucio, desdentado, largos pelos brotando de una nariz torcida, un vientre ancho y un ombligo negro y oloroso.

—No quiero prisionero muerto por los suplicios ¡Por favor! que no se le vaya la mano. Todos deben estar vivos para el juicio. En especial el Rey y el Mago. A este ultimo no quiero que le saquen la máscara de toro. Arrójelo a la cueva de los muertos y llénela con sangre de monos, cuide que no se ahogue, eso lo irá ablandando para el juicio — ordenó la Emperadora.

—Pierda cuidado madrecita y vaya tranquila,

"MIRE, SI USTED LOS ESCUCHA HABLAR, SI USTED LOS DEJA HABLAR, AQUÍ SON TODOS INOCENTES... NADIE HA HECHO NADA, NI LASTIMADO A NADIE."

le dijo el carcelero, sorprendido que una mujer pudiera dar ordenes.

—El carcelero ayudado por los caballeros negros y sus asistentes acomodó en los calabozos a los prisioneros. La cárcel reinaba en las catacumbas del Castillo con intrincados pasillos, que terminaban en trampas mortales o escaleras que no conducían a ningún lugar

Carcelero y confesor

El carcelero duerme orgulloso con su almohada rellena con los pelos de los asesinos de su esposa e hija. El carcelero ama su oficio, su afinada habilidad para llegar a la verdad. Vive para ese instante cuando el preso con los ojos morados baja la cabeza y confiesa.

No tiene títulos nobiliarios como los Caballeros Negros, tampoco la academia de los consejeros, pero sin su firmeza todos los presos serían inocentes.

Da gracia escucharlos, aquí son todos inocentes, nadie ha hecho nada. Pero para eso esta su paciencia, su conocimiento de las almas.

El sabe semblantear y hasta puede saber cuánto tardará un preso en hablar.

Por todo eso, es muy difícil que abuse de sus máquinas.

Noche en la cárcel. Hay toses, llantos, hay un retumbar de los quejidos del hombre cabeza de toro, sumergido en sangre hasta su torso.

Pesadilla

El carcelero sueña con el lamento de los empalados, de los flagelados, los despellejados, locos, castrados y destalonados.

Ellos en legión rodean su cama. Le reclaman sus ojos, sus huesos quebrados, sus cuerpos gangrenados, sus rostros entumecidos, sus almas quebradas.

Los reos fueron invitados a decir toda la verdad y nada más que la verdad en una sala cargada de máquinas confesoras. Ya no caben más instrumentos en el confesionario. Algunos todavía no desenvueltos (los Caballeros siempre le traen de sus campañas algún nuevo aparato). No todos los "confesores" pueden ser usados de inmediato, primero deben ser aprobados. Para ello el carcelero primero eleva una nota dirigida a Hernán Cortes, dando las características principales del instrumento, dibujos del mismo, procedencia, tiempo que es necesario mantener al reo en la maquina y daños permanentes que podría ocasionar. Con un dictamen de H. Cortés pasa a la Emperadora que toma la decisión final. Aprobado el "confesor" hay un periodo de prueba para ver su eficacia .

¡Cuidado! la Emperadora no permite el uso de los "confesores" para obtener conversiones religiosas (las razones son obvias). Sí se permite el uso de los "confesores" como medio de castigar las faltas muy graves, aunque la preferencia es al uso del azote en plaza pública por su efecto ejemplarizador. Habitualmente no son los mismos los instrumentos usados para la confesión que para el castigo. Los primeros son prolongados y los otros breves. Los aparatos confesores admiten una gradación, los de castigo generalmente no.

LOS "CONFESORES" NO DEBEN PRODUCIR DAÑOS IRREPARABLES EN EL REO, SALVO EN ESTADO DE GUERRA, QUE SE TRATE DE UN PRISIONERO Y QUE CON SU VERDAD SE PUEDA GANAR UNA BATALLA O SALVAR VIDAS IBERIANAS.

La confesión de Kristóbal Kolón

Kristóbal cuenta así, su participación: Que todo empezó con una curiosidad por Silón. Así fue invitado a visitar dicho lugar. Estando allá dice que lo obligan a participar de una ceremonia donde le dan de beber de beber un narcótico.

"DEBO CONVENCERME, MÁS ME VALE, QUE NO CREO EN TODO ESTO, CUIDARME POR SOBRE TODO, MÁS ME VALE, DE LOS QUE PIENSAN QUE A LOS SILONITAS HAY QUE MATARLOS A TODOS, PUES NO SOLO SON INSANABLES, SINO QUE CONVENCEN AL QUE TIENEN MÁS CERCA."

A partir de ahí no recuerda nada. Si bien está arrepentido, deberá convencer de eso al carcelero. ¡Ojo con meter la pata o contradecirse en las declaraciones! ¿Fue el arrepentimiento inducido por escuchar de las celdas contiguas el lamento de los torturados? ¿Obró en su conversión, el imaginar una y otra vez su propia muerte? Kristóbal se decía: ahora estoy vivo, ahora respiro, pero si me matan ¿Dónde estaré? Lo cierto que el estaba convencido de lo atroz que era comer un corazón de hombre. Renegó de todo y de todos y hasta se hincó ante el Dios iberiano para pedirle su salvación.

¡Pase Usted, Señor Rey!

El Rey de Silón es invitado a recostarse en un disco que gira a gran velocidad. Cuando el disco se detiene, el Rey muestra un rostro pálido y las piernas sangradas por las várices. Asistentes, paredes y carcelero manchados por la fina lluvia de sangre.

Sacan al rey del disco . Lo sientan y abruman de preguntas. Entre las náuseas y los mareos, apenas puede hablar. Baldes de agua fría lo traen a la vigilia. Todo es inútil, no confiesa. El carcelero probará con su "confesor" preferido: El potro, una tabla acanalada de dos metros de largo apoyada a manera de mesa sobre patas de madera. Encima de la mesa ubican al rey con dos garrotes en cada brazo y en cada pierna que luego se estiran con un gato de hierro y un torniquete... pero no sale palabra del viejo. Le colocan sobre el rostro un lienzo muy fino y sobre el se vierte lentamente agua. El lienzo se adhiere a las ventanas de la nariz y no lo deja respirar. Viene el ahogo, el rostro de la víctima se tumefacta y hace señas con sus dedos que confesará. El carcelero despierta al escribiente, dormido sobre la mesa. Deben ser como las tres de la

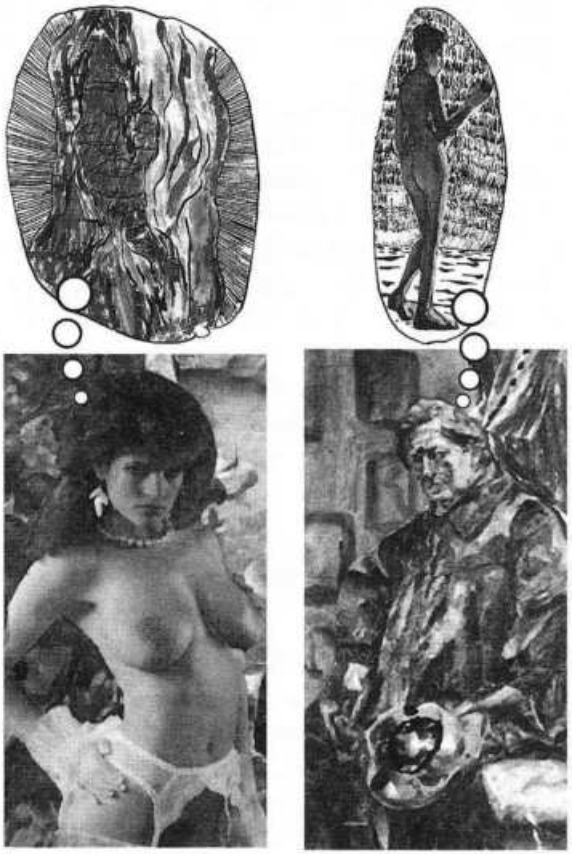
madrugada. En todo momento el escribiente simula naturalidad y simula tedio pero en su alma guarda el repudio a todo lo que presencia y cuando camina solo, por alguna calle nocturna, le replica a los fantasmas acusadores que el nada puede hacer, que tiene una familia que alimentar, que solo cumple órdenes.

Cabeza de vaca

Ordena la Emperadora no usar "confesores" con el Mago cabeza de Toro. El mago es abrumado por un continuo interrogatorio por el carcelero. Cuando cabeza de vaca cae al piso (apodo que el Mago recibe en la cárcel), vencido por el sueño, lo despiertan con baldones de agua fría o se lo obliga a beber sangre de mono. Al tercer día llega la confesión. Su voz es apagada, pero clara y durante varias horas un escribiente registra sus palabras. El carcelero pierde la paciencia y lo castiga con los puños, sabe que la confesión no ha sido completa. Llega la confesión cuando el mago es una cara hinchada, como un mondongo, unos cabellos llenos de pelotones de sangre seca y grandes moretones en cuello y brazos. El Mago ha perdido su mirada desafiante, solo pide que no lo castiguen mas y confiesa que cuando niño había robado dinero a sus padres. Apenas puede moverse por lo que el carcelero y sus asistentes lo desnudan y lavan su cuerpo. La comida se le da en la boca. El carcelero esta preocupado por la salud del mago y le pide a la Emperadora que posponga una semana el juicio. Tiempo suficiente para que se restablezca. Prohibe a sus asistentes que se lo sigan "sirviendo", como hacían todas las noches. La noche previa al juicio, los reos toman una sopa callente, se les da un baño y provee de ropas limpias. Algunos no llegarán a Juicio, la tortura

los ha convertido en monstruos que han olvidado el habla y se defecan como los bebés. Ellos no pueden llegar a juicio en forma tan indecorosa. Les espera una noche fría y oscura, un ruido de palas, una tierra húmeda, arenosa y un eterno silencio.

LOS JUICIOS



Los juicios fueron en la Plaza central. El Juez se ubicó en su sillón dorado, en medio del escenario y pidió silencio a la muchedumbre que llenaba la plaza. Era un anciano que frisaba los ochenta, vestía una toga roja y su cuello lo rodeaba una chalina blanca cubierta de insignias y distintivos. Su voz delataba un alma frágil y cautiva en una osamenta de capas y afeites. Su rostro se prolongaba como los cuellos de tortuga por

una larga y arrugada papada. Los reos, grillando sus cadenas ocuparon una larga banqueta. *El Juez inicio el proceso diciendo: "Hoy 12 de Diciembre de 3491, a las 10 de la mañana, en estas tierras de nuestra Emperadora, Señora y madrecita de todo iberiano, declaro abierta esta sesión para juzgar a hombres extraviados que se dieron a sacrificar un niño y una joven. Estos hechos fueron corroborados por los Caballeros Negros. Y además obra en mi poder las confesiones escritas y firmadas por los reos. Declaraciones que deberán ser confirmadas en esta jornada por sus propios autores. "Para terminar, quiero decirles que en minutos más, se rebelará el alma que yace bajo la mascara de un toro."*

Un murmullo se extendió por la plaza cuando debajo de la bestia apareció el rostro de... Marcos Nordo. Con un ojo vaciado y una llaga que arrasaba su rostro.

Marcos Nordo. Con un ojo vaciado y una llaga que arrasaba su rostro

"Después me da mucha sed"

Marcos Nordo, sentado frente al Juez, tiene su cuerpo arqueado y una expresión de infeliz, pero que a veces resulta dura y despiadada y otras veces recuerda la sensualidad de un león. Su boca alimenta deseos lúbricos . Cuando ríe alarga su mentón y el labio superior, junto a su nariz, hace contracciones propias de las cabras. Nadie puede creer que los suplicios no hayan podido quebrar ese mago mitad hombre y mitad bestia.

El interrogatorio:

Juez: ¿Ha dormido bien tranquilo, al parecer?

Marco Nordo: Ahora duermo bien.

J.: Pero después de haber sacrificado a un niño y una joven.

M.N.: ¡ Ah...! la primera noche del sacrificio estoy con Amaunac, siento tanta paz, tanta

"EL CORAZÓN ME LATE FUERTE, ES DURANTE LA SIESTA Y TIENE QUE HABER UN SILENCIO MEDIO RARO, ENTONCES O ME ENCIERRO POR AHÍ Y ME AGITO IMAGINANDO MIS VÍCTIMAS ANTERIORES O SALGO A BUSCAR A MIS PEQUEÑAS VÍCTIMAS, SI ASÍ SE LAS PUEDE LLAMAR."

tranquilidad mientras el niño me sigue gritando dentro de mi cabeza.

J.: ¿Cuántos asesinatos ha cometido?

M.N.: Sacrificios, once.

J.: ¿Que siente cuando estrangula o mata?

M.N.: No se ... me gusta, me da todo un temblor por el cuerpo que me sacude... siento ganas de morder. A esa joven mientras le enterraba el cuchillo la agarre con los dientes, cerca de la boca y la sacudía como hacen los perros con los gatos; después me da mucha sed; la boca, la garganta se me secan, me arden como si tuviese fiebre... debo beber mucha sangre para saciarme. Después al ver su cuerpo tan quieto me dan ganas de poseerlo, entonces abro sus piernas y me la sirvo mientras gozo viendo su indiferencia, su tranquilidad, su falta de deseos.

J.: ¿Porque usa un cuchillo incandescente para abrir a las víctimas?

M.N.: La fragancia que chirrían las carnes asadas es único; también he sacrificado hombres enterrándole hierros candentes... sentir como se les hunde y retuerce entre sus carnes me agrada.

Cuando hablaba sus dientes se apretaban y la nariz se ensanchaba como si aspirase el olor característico de la matanza.

J: ¿Terminó su declaración?

M. N: Sí.

El rey declara

Nuestro próximo acusado dice el Juez : es el Rey de Silón; que fue encontrado dice aquí la declaración, en la ceremonia colaborando con el toro negro, preparando los cuchillos y lo más grave avaló con su presencia esta horrenda práctica de comer carne humana; también se lo acusa de romper el pacto con la Emperadora de no hacer sacrificios humanos. El anciano Rey apenas

puede moverse, un hedor sale de sus brazos atormentados. Su nariz destrozada está en carne viva.

Juez: En su confesión firmada por Usted, declara que las prácticas realizadas esa noche fueron hechas con su conocimiento y participación. ¿Por favor me confirma lo que le estoy diciendo.

—Señor Juez, -dice el Rey-, solo me queda confirmar mi confesión escrita y decirle que nuestras ceremonias no son orgías de sangre sino celebraciones en honor de nuestro Dios; respecto a la joven sacrificada no solo fue esa su propia voluntad sino que contamos con el expreso permiso de sus padres. Ella era una de las princesas del templo; las que limpian el altar, mantienen la sangre fresca y colaboran con el embalsamador. Las princesas duermen todas juntas en la terraza circular de mi casa, a la luz de la luna. Allí gimen e invocan a Amaunac. Cuando él las visita, se escucha un ronroneo que hace templar a Silón, un viento caliente se precipita sobre la terraza y luego se vierte sobre la ciudad; este viento que enloquece a las mujeres, las pone furiosas y si el marido no las hace sentir mujeres como lo haría Amaunac, entonces salen desnudas a ofrecerse a cualquier caminante.

—No le he pedido una minuciosa apología de su religión, lo interrumpe el Juez, así que retírese y por favor guarde silencio hasta que le llegue el veredicto.

"¿DIOS? ¡COMO PUEDE HABLAR DE DIOS ESA MALDITA BASURA! "

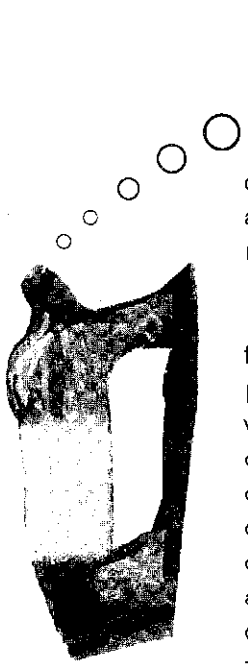
Un Dios cansado

A las cinco de la tarde hubo un cuarto intermedio. Una de las princesas acusadas, se acercó tímidamente al juez mientras este ordenaba sus papeles.

—Es verdad lo dicho por el Rey, Señor Juez -le dijo ella-, Amaunac, nos visita por las noches. El

es como una fuerza invisible que estremece mi cuerpo, arquea mis caderas hasta que, señor juez, no doy más de placer y debo pedirle a Amaunac que se vaya.

Tal vez ese viejo justiciero le ha recordado a su abuelo y por eso ha querido contarle lo que siente... y el viejo juez ha temblado, se ha sentido un hombre, ha bastado escuchar esa voz, ha bastado entrever sus móviles y detallados pechos. O simplemente imaginar ese rostro sobre una almohada; ese rostro tan distinto al de su esposa. " ¡Oh, niña mía, piensa el Juez mientras contempla a la princesa, si supieras como deseo poseerte, con más furia que Amaunac, si supieras como anhelo enredarme en ese cabello negro tan largo mientras tomo tu cuerpo desnudo; si supieras como anhelo dormirme como un viejo moribundo a tu lado, sintiendo tu aliento y tus ojos cerrados ; pero no puedo, está mi toga roja cada día mas pesada, esta la Emperadora; mi familia... en fin."



Con los otros acusados el Juez se limitó a leerles sus propias declaraciones. Kristóbal Kolón dijo que había sido engañado y que con mentiras fue llevado a la ceremonia y que allí se le dio de beber un narcótico, después no recordó más. Kolón parecía convincente.

El juez dio por terminada la sesión del día. Mañana estarían los veredictos. Cuando todos se fueron, llamó a la princesa. La abrazó en tono paternal, le dijo que la aguardaba una hermosa vida embelleciendo a la Emperadora y dándole de beber su leche, que al parecer eran abundantes pues una aureola cifraba el vestido. "Es que hoy no le he dado a nadie el pecho" se defendió ella con vergüenza. Antes de despedirla, la aferró con mas fuerza y besó su mejilla . La princesa intuyó en ese abrazo, en ese beso, la fuerza de un dios cansado. Lo mismo la conmovió y

tal vez por eso sus pechos derramaron tanta leche. Excitada recordó a un Dios sumergido en las ruinas de un templo, devastado por la selva y la lluvia.

capítulo XII

LAS CONDENAS

En las primeras horas del 13 de Diciembre, el Juez Guillermo Ruy de Peralta daba a conocer estas sentencias: Cárcel de por vida a los autores espirituales de la ceremonia (esto incluía a todos los religiosos del templo, excepto las princesas, con futuro como sirvientas de la Emperadora); libertad vigilada a los iberianos llevados con engaños a la ceremonia, ellos conservaban su empleo; trabajos de servidumbre a los silonitas arrepentidos a cumplir durante un año en casa iberianas (reducción de penas si hay un genuino rechazo de las prácticas silonitas y un ferviente abrazo a las iberianas).

El Rey de Silón fue condenado a la castración. Realizada la extirpación, se le permitió volver a su tierra. Cuando su pueblo escuchó un rey de voz aguada y gestos amanerados; cuando vio que entre las piernas del monarca corría una llanura; los insultos, y las piedras arreciaron contra el rey.

No hizo falta perseguir al rey y como un rinoceronte lacerado, al que le han arrancado su unicornio pidió la muerte y agradeció la lluvia de piedra que borboteaba sobre sus carnes vivas.

Rafael le dijo mientras el monarca levantaba los brazos y apaciguaba la furia, " ¡Qué puede agradecer este Rey castrado, con ese tono

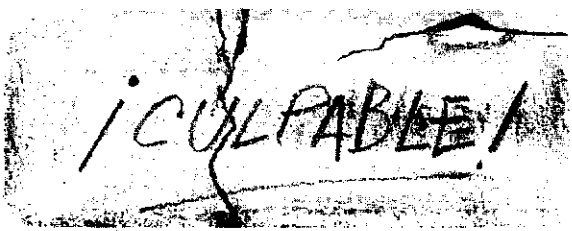
asqueroso de mujercita abandonada! ¡Miren lo que parece, ya sin nada entre las piernas! Una suave y delicada niña que dan ganas de servirse." Por cierto que Rafael recordaba cuando el rey le decía despectivamente: "¿Ves? Siempre estás en las nubes."

El rey fue obligado a usar ropas femeninas y lapidado hasta que echado de panza en el barro era solo un vasto lomo de carne y sangre pero con una sonrisa, con una dicha como si hubiera encontrado la cascada escondida o escuchado la fantasmal palabra de su hijita pidiéndole el dibujo de un castillo. Marcos Nordo fue declarado culpable. El veredicto que transcribimos, es proclive a caer en juegos literarios aunque no desprovistos de patética belleza; es que las bellas letras y la pintura son fuertes vocaciones en el Juez. El destino, la vida, lo fueron alejando del oficio de artista.

" Algún día," reflexiona el juez, "dejaré las sentencias y la toga roja y entonces mis manos dibujarán letra a letra bellos poemas para las princesas del templo; traficaré un verso por una noche de amor; estaré bien provisto de poemas en las noches frías, cuando mis pies helados necesiten acurrucarse entre los pechos de alguna princesa".

Sentencia de Marcos Nordo

"Marcos Nordo, siendo iberiano de nacimiento y educado por sus padres en la verdadera y sana doctrina de Amaunac abandonó enteramente



sus obligaciones de iberiano y en especial la prohibición de comer carne humana con grave ruina para su alma y lamentable escándalo para el pueblo de Iberia; conociendo por su propia boca lo que el ha hecho, dicho, creído y cometido y lo que el ha visto hacer, decir y cometer contra lo que tiene prédica y enseñanza en nuestra sagrada religión basada en el sacrificio de los monos; pasándose de las purísimas y santas filas del sacrificio de monos al feo, cruel, impuro y abominable acto de devorar con fruición la sangre, los ojos, las entrañas y el corazón de un hermano.

Que este reo no solo ha hecho, dichos y proclamado contra la persona sagrada de la Emperadora, sino que ha participado en repugnantes fiestas en ¡las que disfrazan a una princesa de Emperadora y la vejan hasta causarle muerte.

Que este reo con engaños y falsas promesas arrastró a iberianos a la practica silonita. Cabría entonces la pena de muerte, en el mejor de los casos la prisión perpetua pero... en ambos, falta la misión ejemplarizadora de la Justicia.

Por ello en uso de sus funciones, el Juez Guillermo Ruy de Peralta condena al Sr. Marcos Nordo a a la expulsión de este Castillo de por vida, no pudiendo por lo tanto trabajar más en el, ni visitarlo. pero esto no basta, como decía recién, es necesario lo educativo, lo ejemplar, ante todo para los niños: *por lo que se condena también a Marco Nordo a* la humillación pública con los procedimientos conocidos.

Registrese

Marcos no se arrepintió, eso hubiera evitado la humillación publica, y mantuvo su dignidad hasta cuando lo vejaron, en plaza pública, algunos funcionarios del Castillo y los hombres rudos de la ciudad. Una noche, duró la fálica flagelación.

En la madrugaba yacía sobre la arena, manando sangre y semen, como la sábana de una prostituta. Soñó que habitaba un desierto blanco en los bordes del Universo y que esa blancura cubría su cuerpo.

Un hombre del color de la sangre y formas ululantes llegó hasta él y dibujó en su rededor, un círculo lleno de líneas y estrellas. Sin hablar, el visitante se recostó a su lado.

A la noche, Marcos se diluyó en la bestial oscuridad. Kristóbal y Mercedes se llegaron a él, lo cubrieron con una manta y llevaron a su hotel.

Si es necesario hay que hacerlo... yo, ya me estoy yendo, le susurro K. a Mercedes y los dejó sólos.

Mercedes bebió el semen y la sangre que manaban las adoloridas entrañas de Marcos. Lo nutrió con la leche de sus abundantes pezones cuando él le dijo: "Tengo sed." Mercedes lo besó y como un molusco caliente le hizo el amor hasta que Marcos inclinando la cabeza, se entregó a un devastador sueño.

Un ejército de botellas vacías

Marcos fue un llanto nocturno, un amanecer de vapores alcohólicos, una cama sitiada por botellas vacías, la Juanita que meneaba su culo aceitoso en las letrinas de la taberna a un ejército de hombres, un harapiento dormidor de cunetas y respetables pórticos, un pendenciero de taberna, una cuenta sin pagar en el hotel, un torpe equilibrista, un anhelo de morir.

COMO UN **ANGEL** EN LA **MANSION** ESCONDIDA

"YO SÉ COMO ÉL
QUE A VECES
ENLOQUECEN
LOS ASTROS,"

Víctor Hugo Cánto

El fuego ha caído. Los moribundos abandonados en la calles de nieve se convierten en estatuas encerradas en vitrinas de hielo. Tras los vidrios se ven como turbias figuras eternizadas en su ultima expresión. Un perro ladra y aúlla la noche desde el encierro de una caja abandonada. Su lamento acompaña al de los moribundos y retumba en la silenciosa oscuridad. Marcos primero miró fijamente por la ventana, sintiendo la muerte muy remota. Luego se alejó de la ventana, espantado de la idea de caer. Después volvió a la ventana cubierta de escarcha, ahora con-

vertido en una figura fantasmagórica, una sombra trasparente . "Es fácil imaginarlo, pero si hasta mujercitas lo han hecho; claro, se necesita humildad," pensó.

Estallan los vidrios del ventanal y aparece Marcos con los brazos abiertos, como un ángel de alas trizadas. Permanece ingrávido unos instantes, se eleva y contempla la aldea, sus muros, allá el Castillo rodeado de nieve y bruma, lejos las montañas, el volcán humeante, rodeando todo: un mar oscuro y muy lejos un fuego esperanzado. Desciende lentamente. La frente choca el piso, cruje el cuello y el cuerpo trepida un ruido seco. Su corazón sigue trabajando. Un hilo de sangre mana del cuello quebrado. Las ratas que habitan los resumideros se preparan para el festín. Algunas, las más audaces, liban el cuello de Marcos.

Kristóbal, que desde su ventana lo ha visto caer, se precipita por las escaleras del hotel y corre a socorrerlo. Ahuyenta a las ratas y descansa la cabeza del amigo en su rodilla.

"Amigo querido," murmura Marcos,"...en mi mesa está el mensaje de Amaunac, están mis pequeños recuerdos y el cuchillo de cuarzo, todo es tuyo. También te entrego mi corazón para que en los abismos no me sea arrebatado por los demonios con cabeza de cocodrilo; para que lo tengas junto al tuyo y cuando haya llegado el día esperado, abras tu pecho y dejes que el Sol lo caliente ¡Oh! Pero ahora mi corazón esta helado, frío como el cuarzo, no he sido feliz, querido amigo, no he buscado la felicidad, solo tuve una obsesión: llegar algún día a las tierras que Amaunac nos prometió y aquí me ves ya sin vida. Un humo espumoso como la saliva se desprendió de Marcos y empujado por el viento se hundió en el cielo. Kristóbal beso la frente del amigo, derramó algunas lágrimas, le colocó en el cuello su gargantilla con la imagen de la vaca sagrada(regalo de Mercedes) y recitó: "¡Oh

Amaunac! ¡Amaunac! ¡Tú que miras la tierra desde los abismos! ¡Vuelve tu rostro radiante hacia este cuerpo inerte de tu hijo bienamado! ¡Vuélvelo vigoroso y temible en tu mundo!" Luego, corrió a buscar su herencia. Los pies de Kristóbal se enredaron en el desordenado cuarto de Marcos. Y las botellas vacías tintinearon su torpeza. Por el vidrio roto entraba el aliento frío de Marcos. Sin perder tiempo, Kristóbal tomó todo lo que pudo: los pergaminos sagrados, el cuchillo de cuarzo, libros, una estatuilla de tres cabezas (una de halcón, otra humana y de enano panzón la tercera). Como un avergonzado violador de tumbas, le dio la espalda al cielo negro, y ocultó entre sus ropas todo el legado. Cuando cruzó la calle apenas podía moverse y al toparse con su amigo le dio el ultimo saludo.

capítulo XXIV

OFICIOS TERRESTRES

En la noche los muertos del cementerio murmuran sus nostalgias. El hogar infantil en el silencio de las siestas, una madre asomada por una triste ventana, niños arrojando piedras a un río marrón. Los recuerdos son espectros nocturnos que juegan como niños entre las lápidas.

Antes los cementerios no existían. Los ancianos, los enfermos sin esperanza eran el sacrificio de la cena familiar. Esa noche se le preparaba al desahuciado su plato favorito. La víctima comía morosamente. Todos los comensales aguardaban el "no quiero más, gracias"; entonces recostaban al abuelo sobre la mesa; sus nietos lo desnudaban y las mujeres le masajeaban

el cuerpo con aceites aromáticos, jengibre y vino dulce. Luego el viejo era comido lentamente mientras sonreía desdeñoso y ocultaba su dolor. Primero le comían los ojos, después la lengua, seguían los brazos y para el final se reservaba el corazón.

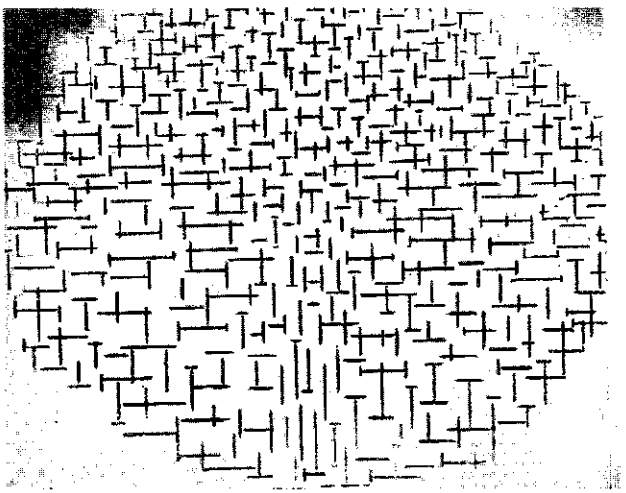
Los pueblos conquistados también eran devorados, pero no conocían la mesa familiar, ni sus cuerpos los masajes. Los primeros que tenían derecho a comer un sacrificado eran los guerreros. La ejecución de los cautivos debía ser un tránsito rápido de la vida a la muerte. La carne así obtenida ponía a los guerreros irascibles y sanguinarios.

Aunque se demorara años, los pueblos conquistados, todos, tarde o temprano, terminaban en un cuchillo de cuarzo o arrojados al vientre del gigante de madera.

Todo pueblo sometido era censado y cada habitante marcado con una señal en su vientre. Vedado les estaba salir de los límites de la ciudad. Por la señal se sabía el origen del cautivo.

En Iberia, mientras fueron solo los guerreros y los gobernantes los que formaban fila ante al gigante de madera no hubo alboroto pero

Bailar: A algunos viejos se los dejaba bailar en su última noche. Y la música los hacía olvidar que eran viejos, y ellos sonreían y sus cuerpos de moluscos secos parecían iluminarse como si hubieran tragado cientos de luciérnagas.



"PORQUE LOS SILONITAS AMAMOS LA MUERTE , PARA NOSOTROS UN CADÁVER ES LA VIEJA ARMADURA DE UN GUERRERO CONVOCADO POR AMAUNAC. "

cuando se empezó con los niños y las mujeres, entonces los iberianos se rebelaron, el gigante fue derribado y los cuchillos de cuarzo prohibidos; así los cementerios silonitas dejaron nuestros corazones y se cobijaron en la tierra.

Como ningún iberiano aceptaba para si o sus descendientes el oficio de enterrador, me convocaron... y lo ejercí con orgullo, a pesar de no ser mi gente. Por que los silonitas amamos la muerte, para nosotros un cadáver es la vieja armadura de un guerrero convocado por Amaunac.

Los sepultureros somos hombres sagrados en Iberia, sin importar nuestro origen y aquel que nos ofende es expulsado de la ciudad. Nos aman y veneran por hacer lo que a ellos les daría vergüenza realizar.

Pero ¿Qué sería de sus muertos sino fuera por nosotros? Dejados al sol o enterrados en la nieve. Así, pronto los iberianos conocerían la venganza de los muertos abandonados.

Cada vez hay menos sepultureros y por eso muchas de las luchas contra otros pueblos, es para raptarles a sus enterradores.

Antes habían una docena de sepultureros, pero ahora yo sólo hago el trabajo de todos. Y le aseguro que no doy abasto, cavando y cavando. Diga que a uno le gusta el oficio, que lo hace de corazón, si no...

Yo me niego a renunciar a mi vocación de enterrador y mucha noches las pasé en vela para no morir asesinado por mis hijos que me querían sustituir. Afortunadamente fui más rápido y allí están sus tumbas que ellos mismos cavaron. La madre me abandonó la misma noche que le maté a sus hijos. Huyó, cuando quise acordarme, era una sombra perseguida por la Luna. ¡Mejor! me dije. Mas vale estar solo que mal acompañado. Y desde esa época no digo que me sobran las mujeres pero nunca me ha faltado alguna para apagar el vicio.

Hay varios cementerios abandonados en

Iberia, con las tumbas abiertas y los huesos yendo de aquí para allá por los fuertes vientos.

¡Ah! pero mi cementerio esta muy buen cuidado y cada tumba tiene su flor y su pastito. Ya le dije a la Emperadora, que ni loco me hacia cargo de esos cementerios y así se arregló, para que se trajeran todos los muertos aquí.

"Con ella soy el hombre más dichoso de la tierra."

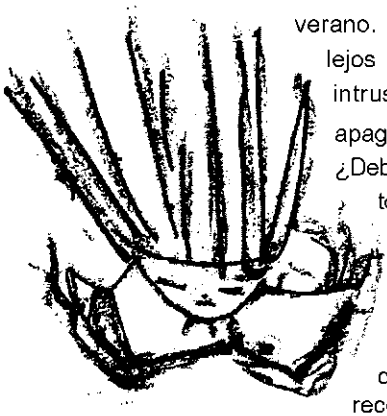
No voy a negar que en los primeros tiempos extrañé el calor de mi esposa, pero al mes ya tenia otra en mi cama, ¡Qué hermosa hembra! Realmente la tome medio a la fuerza un domingo a la tarde. Ella gritó. Intervinieron unos guardias, pero al saber que era el enterrador hasta me ayudaron a salir de la ciudad sin que nadie me molestara.

¡Pobrecita! ella tenia solo 16 años, temblaba entera en la cama, tuve que sacarle todos los trapitos(por si sola no quería desnudarse), todavía veo como se tapaba las tetas con la sábana, como no quería por nada del mundo que se las tocara y menos besarlas. "Mi niña no te voy hacer daño"le decía, pero lo mismo lloraba y pataleaba. Actué con la mayor suavidad y demoré varios días en servírmela.

Fui su primer hombre. Con el tiempo, cuando la fui amansando, le enseñé (sabiduría silonita) a que sus pechos manaran néctares. No me puedo quejar, ella me ha dado un hijo y viene otro en camino. Ahora me ama y no hay hombre sobre la tierra que le interese más que yo.

Falta poco para el crepúsculo. Mi esposa y mi hijo duermen. Yo aquí, desde la cocina, contemplo mi cementerio diseminado al pie de la ladera. Debo decir que mi casa está sobre la ladera del volcán y realizada por constructores de la Emperadora mucha antes que yo llegara. Es una

"EL A SU MANERA, ME HACE FELIZ. ¿QUÉ MÁS PUEDE PEDIR UNA MUJER QUE SENTIRSE AMADA Y PROTEGIDA POR UNA VOZ RUDA Y UNA MANO ÁSPERA QUE SE SABE HACER OBEDECER."



casa sólida, abrigada en invierno y fresca en verano. Desde la ventana, mi vista llega muy lejos y así puedo advertir la presencia de intrusos. Tomaré mi ultimo traguito de té, apagaré el fuego y empezaré mi trabajo. ¿Debo decir que en estos momentos me siento muy sólo? ¿Qué me quedaría en mi casa, contemplando las lápidas, imaginando a los muertos sumergidos en la tierra, abrazando a mi mujer, acariciando su vientre donde el bebé da patadas de tanto en tanto.? No me gusta recoger muertos y moribundos en este pueblo, pero debo hacerlo. Me siento humillado cuando huidizas miradas se esconden tras las cortinas, tras una vela recién apagada, mientras yo hago lo que a ellos les da tanto asco. Por eso debo aprovechar la impunidad del crepúsculo y llevar siempre un sombrero que oculte mi rostro de la luz lunar o de los pálidos crepúsculos. Algún día me acostumbraré al fantasma de las miradas y si no... espero volver a mi querida Silón, ¡algún día!, ¡algún día!

PEZ DE PALO

Un pálido resplandor navegó en el rostro del sepulturero cuando abrió las ventanas. Se alejó de la opaca luminosidad y sacó del fuego el agua hirviendo. María, su esposa (su querida esposa), dejó de plumerear el dormitorio y fue a la cocina a prepararle un té con algunas rebanadas de pan. El sepulturero dejando a medias el desayuno (se le hacía tarde) marchó al establo para preparar el carruaje. Dio pasto a la bestia (que lo saludó con un bufido vaporoso), la ensilló al carro, abrió el portón, rebenqueó a la bestia y salió al trote. Mientras bajaba la ladera recordó el sueño de esa noche: Avanzaba montado en un pescado de madera por pueblo de muertos y los muertos al verlo, levantaban sus cuerpos cansados contra las paredes y se arrojaban por un agujero abierto en medio de la calle. Por el agujero salía un olor a montaña nocturna y estrellada. Los muertos caían por el agujero a un abismo negro hasta ser nada. Algunos, aferrados a las orillas del agujero lo invitaban a darse un chapuzón. El sepulturero les decía amablemente que nó y evitaba mirarlos de frente (los muertos

MARÍA ROZABA SUS PECHOS EN EL MARCO DE LA VENTANA, IMAGINANDO QUE ERAN LAS MANOS DE SU AMOR.

sentían mucha vergüenza) y él como si nada estuviera pasando seguía con su pescado de madera por el pueblo.

El sepulturero descendió lentamente una ladera rugosa como la piel de un elefante mientras frotaba sus manos y dibujaba con ellas un nido imaginario para inundarlo de aliento. Ya en lo bajo, saludó a María, apoyada en el marco de la ventana. Por el camino, el sepulturero condujo con prudencia para no pisar a los hombres sangrantes que se arrastran por la senda. Los hombres sangrantes van al cementerio, donde María los espera con una sopa humeante y de postre el néctar de sus senos. María ama a los ancianos, en especial los desdentados que no le agrietan los pezones. Los hombres sangrantes salen de sus hogares a la medianoche, después de haber conseguido la gracia de muerte. Ese día hacen un inventario de sus bienes y los reparten entre familiares y amigos. Durante la ultima cena, se habla de un largo viaje que"... va a emprender el abuelito" y todos rezan lanzando incienso sobre el fuego para que pase por todas las regiones estelares como mejor le parezca; para que Amaunac lo libere de los demonios que se nutren de lo podrido y las basuras, y para que habiendo terminado el viaje se abran las puertas del mas allá y Amaunac y sus hembras los reciban alborozados.

Andando de rodillas, llegan los hombres sangrantes al cementerio, donde los recibe María con la sopa y, si sus familiares le dejaron alguna moneda entre sus ropas, la ternura de sus pezones.

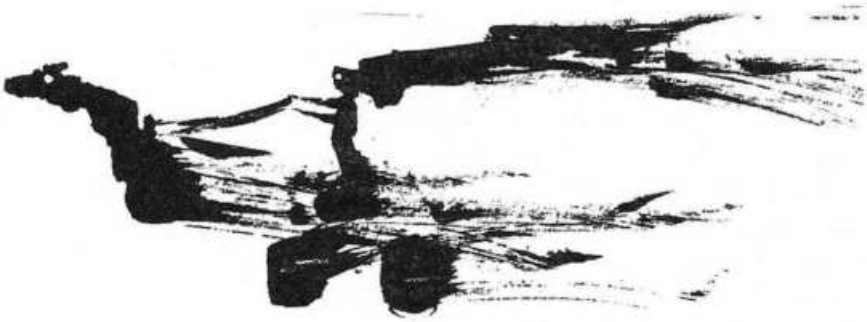
Cuando el sepulturero vuelve de trabajar, invita a los viejos sangrantes a cavar sus propias fosas y arrojarse a ellas. La tierra húmeda cae en sus cuerpos mientras María les canta una canción de cuna y después reza una plegaria para que el difunto pueda cruzar sin peligro la zona de fuego y resistir a los voluptuosos demonios

que pululan las fronteras del reino de Amaunac.

Cuando los hombres sangrantes ya están cubiertos de tierra levantan sus brazos . Con el tiempo esos brazos se convierten en huesos que brillan y blanquean la noche .

Algunos piden ser enterrados hasta el cuello, para que la muerte les llegue de a poco. Horadan sus cabezas las heladas, el granizo, la nieve hasta convertirlas en rostros de piedra con largas cabelleras grisáceas movidas por los vientos.

DESAYUNO DE AMIGOS



CATAPULTADO POR SU CARRO Y FLAMEANDO UNA CAPA NEGRA, EL SEPULTURERO TRASPASÓ LAS PUERTAS DEL IMPERIO. LOS CASCOS ENFURECÍAN LAS CALLES MIENTRAS EL LÁTIGO CAÍA Y CAÍA SOBRE EL LOMO DESGARRADO DE LA BESTIA.

Los muertos que no estén a la vista ¡No los llevo! Se ordenó a si mismo, el sepulturero. La cuestión es terminar rápido y aprovechar la invisibilidad del crepúsculo. El caballo corcovea frente al cadáver de Marcos Nordo, que le entorpece la calle. El sepulturero levanta a Marcos y lo arroja al carro. Luego con cadáveres entrelazados unos con otros como los pulpos en el mercado, regresa al cementerio.

El entierro de los muertos

"Dejad, si, dejad que ellos se las arreglen solos."

Debo ir detrás del sepulturero, es necesario que sepa donde lo van a enterrar, piensa Kristóbal mientras lo sigue a hurtadillas.

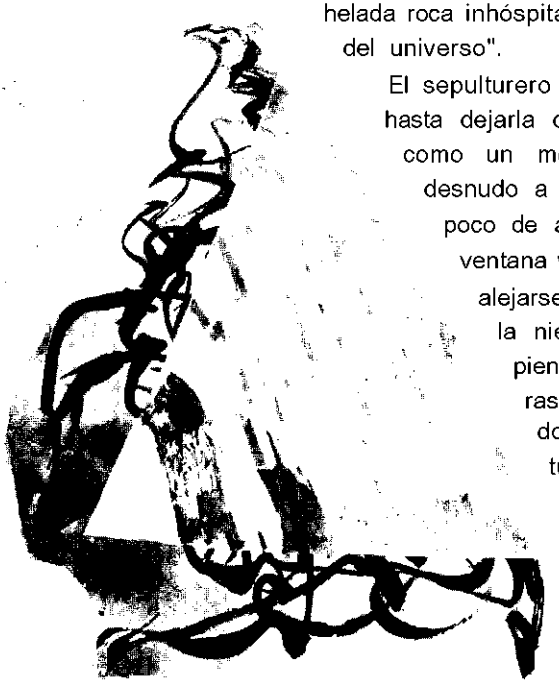
En el cementerio, el caballo se va sin riendas por un sendero que parece una huerta de cabezas de repollo y estacas de hueso. Detiene su andar en un cuadro de tierra vacío donde el sepulturero cava cuatro fosas. Podría enterrar a los cuatro en un solo hoyo... menos trabajo... al

fin y al cabo ¿Quién me ve? ¿Quién? El enterrador se pregunta ¿Alguien puede reclamar por un loco abandonado, un anciano sin plata, por un vagabundo congelado, un delincuente muerto por arreglo de cuentas... nadie, sí nadie... pero es mi obligación darles un feliz entierro, cada uno en su fosa. La luz solar va revelando rostros amarillos, barbudos, cuerpos lacerados, pies hinchados, inflamados, gangrenados, envueltos en medias viejas. Son muertos respetables, sigue pensando el sepulturero, aquí todos son iguales y por eso los desnudos... ¡Que sientan la húmeda tierra! ¡Que sepan cuándo está lloviendo y cuándo el Sol calienta! Los muertos ya están incubando la tierra. El sepulturero con un manojo de ropas se aleja (María las remendará para su venta en el mercado).

Cuando la puerta se cierra tras el sepulturero, Kristóbal sale de su escondite y corre a la tumba de su amigo.

El sepulturero toma un té en la cocina, goza contemplando objetos dormidos, quietos, mudos, todavía no arrancados de su pasividad, su vida latente por una laboriosa mano o un rayo de sol. Enseguida hará el amor con las uñas llenas de tierra y un olor inconfundible a muerto y tierra húmeda. María adora esos olores y para sentirlos mas intensamente lo espera desnuda, muy limpia y sin perfumes. Y él ama la fragancia que sale de la piel de María, ama su limpieza y siente un extraño placer cuando ella grita extasiada, llena de vida. El deja las ventanas bien abiertas para que esos gritos de satisfacción, de extrema vitalidad haga eco en las lapidas y envidie a los muertos. El sepulturero sabe que si los muertos resucitaran vendrían por María para acostarla con ellos entre frazadas de tierra. Pero antes, Amaunac los va a destrozar con un rayo de fuego. Y con sus carnes humeantes van a correr eternamente por la faz de la tierra.

Kristóbal remueve la tierra húmeda en la tumba de su amigo, aparecen los brazos y después el torso hasta llegar el rostro. "¡Oh! querido amigo," le dice K. Juro que tu ejemplo guiará mis pasos". Con un cuchillo le abre el pecho hasta encontrar el corazón. Para extraerlo corta venas, nervios, ligamentos. Ya lo tiene en sus manos, tiene la suavidad y se mueve como un pez recién salido del mar. Lo alza y brinda su apetito al bendito Sol antes de comerlo lentamente. Cuando solo quedan sus manos ensangrentadas, vuelve a enterrar a Marcos y le implora al Señor: "¡Oh Amaunac, mi padre divino! Te pido por el cuerpo de Marcos Nordo, para que no se pudra, ni sea festín de gusanos, para que no se hinche como una pelota; no se descomponga, ni caiga a pedazos, ni emane olor a putrefacción, ni los rasgos de su rostro se borren bajo una masa liquida y te pido también mi Padre Divino que su cuerpo permanezca inmutable y estable en toda la eternidad, incólume cuando la tierra sea una helada roca inhóspita vagando por la oscuridad del universo".

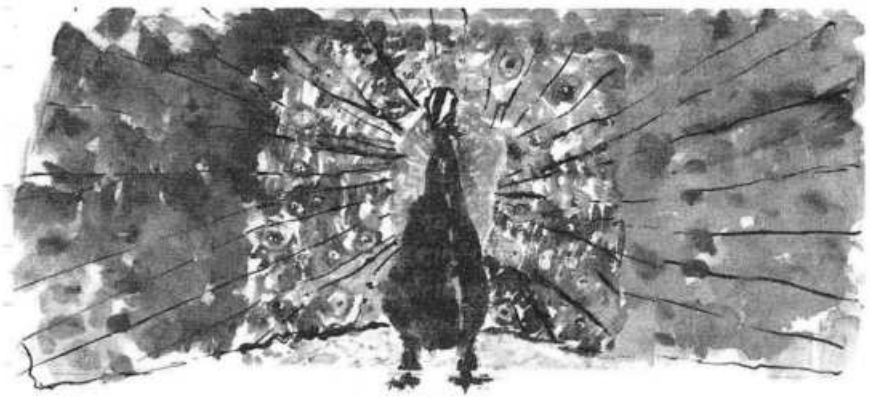


El sepulturero después de amar a María hasta dejarla derramada sobre la cama como un molusco lujurioso, marcha desnudo a la cocina para poner un poco de agua en el fuego. Por la ventana ve a un extraño (Kristóbal) alejarse hasta ser un puntito en la niebla parda. Seguramente, piensa (sentado en una silla y rascando su pecho transpirado), que es un ladrón de tumbas, un traficante de esqueletos, por eso cada día quedan menos cabezas.

capítulo XXVII

LA OBRA

(CREANDO LAS CONDICIONES)



A la luz de una vela, Kristóbal interpreta el manuscrito y mapamundi legado por Marcos que señalan la ruta marina hacia tierras aburridas por el bullicio de los monos y dan las claves para sortear tempestades, aguas calientes y monstruos marinos. Kristóbal, entre las cosas de Marcos, ha encontrado un extraño libro titulado "La Línea" . Este libro como el manuscrito de Marcos, también habla de un lugar invisible al sentido común donde se llega dando un salto para atrás, hacia lo replegado. Antes de llegar a ese sitio se debe atravesar una noche muy oscura, pero no hay ninguna garantía de llegar a ningún lugar, solo la felicidad de caminar una noche fresca con olor a montaña.

Para poner a la Emperadora y sus consejeros en deseo de saber de aquellas tierras y así crearles duda y curiosidad, todo debe ser presentado atractivamente, especula Kristóbal, exagerando si es necesario. Kristóbal trabaja duro con un

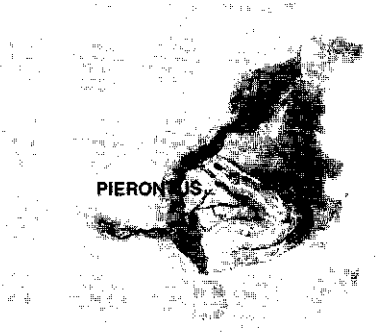
caos de libros, cartas y documentos. Como golpe de efecto memoriza pasajes enteros del libro de los Monos, citas de sabios antiguos y fragmentos de libros inexistentes.

Debe encajar todo en un rompecabezas al servicio del viaje (que lo da por hecho). También prepara las respuestas a posibles preguntas de los consejeros. Tanta cama con Mercedes le ha engendrado una voz aplomada y un "Hay mosquitos ¡Enormes mosquitos! que pican en los ojos y succionan todo su jarabe blanco y cuando amanece el viajero cree que todavía es de noche."

Caminar seguro

"¡Bravo mi amor!" lo alienta Mercedes cuando lo ve andar de aquí para allá, replicando a fantasmales cosmógrafos y astrólogos repartidos en su cuarto, a los que mira en los ojos mientras desenrolla un enorme mapamundi y señala con un largo y preciso dedo la ubicación de las tierras bestiales.

Lenta y prolijamente inventa su árbol genealógico con nobles, magos y guerreros en todas las ramas. Por supuesto no faltando hombres de gran fortuna, sabios, pintores y músicos. Fabricará una carta de presentación firmada a puño y letra del Rey del fascinante e imaginario Pierontus. La carta ira lacrada con el símbolo de ese Reino. Acompaña un mapa con la ubicación precisa del Reino rodeado de inaccesibles montañas. La ruta para arribar estará abrumada por frágiles puentes, turbulentos ríos, feroces toros negros que violan a los viajeros, insectos gritones que no dejan dormir las noches y



una tribu que se divierte obligando a los forasteros a ejercer el amor con un pavo real.

Carta

La carta de presentación de Kristóbal a la Emperadora comienza así: *Muy alta y poderosa Emperadora, descendiente de Amaunac.*

Sigue a continuación el relato de cosas reales de Kristóbal Kolón: "Yo Kristóbal Kolón, estudié lenguas, aprendí a meditar y amar a Amaunac en el Monasterios de Pierontus situado en las colinas del Reino homónimo. Demostré mi valentía cuando con una espada vengué la muerte del monje Vulich, degollado con el filo de una botella rota, en un burdel cercano al Monasterio donde el monje solía visitar en búsqueda de alguna lasciva entretención que lo aliviara de sus pesados deberes. En premio por mi valentía fui gozado diez noches seguidas por el abad del monasterio quien me preparaba después de espeluznantes jornadas: trocitos de manzana freídos en un baño de leche, harina, azúcar y huevos batidos y el garrón de un jabalí mortificado en el fuego y bañado en una salsa negra, roja y blanca. También recibí agasajos de todo el pueblo por haberme animado con ese asesino y durante un mes sacié la virginidad de toda doncella en edad de casarse. Los últimos días ya no había deseo y escape del cuarto convertido en semental, dejando desnuda y derramada sobre la cama a un ballenato que decía ser viuda y virgen.

"Después de tan intensos placeres, se me dio por la navegación. Y sin pasar examen me alisté como marino raso en un viejo barco de un viejo capitán. Mi trabajo consistía en subir y bajar velas, sacar el agua de cubierta, barrería...pero aprendí también a navegar contra la corriente, enfrentar las tormentas, interpretar una carta

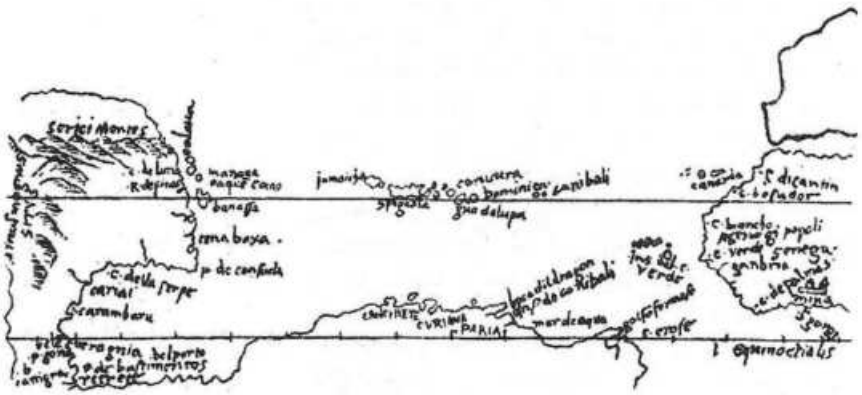
marina, leer las estrellas, defenderme con una navaja de la ley del más fuerte o esconderme en un ropero cuando me buscaban como víctima propiciatoria de una noche de truenos. Aprendí también a darle al Capitán buenos consejos en temas de trafico de pimienta, nuez moscada, azafrán, esclavos y prostitutas aromáticas. Le hice ganar tanto dinero fácil al viejo Capitán que me puso como socio del barco. Siendo yo también dueño, las cosas mejoraron más aún, por ejemplo: empezamos a robar las prostitutas (¡¿Para qué pagarlas ?!) y ablandarlas hasta hacer de ellas moluscos cálidos y perversos.

"De empezar con un viejo barco, llegamos a contar quince naves con poderosos cañones que no solo amedrentaban a barcos corsarios sino que permitían dar buenas lecciones a los pueblos que querían a sus mujeres solo para ellos. En especial a las vírgenes de los templos que por su educación eran muy cotizadas en el mercado. Me retiré de la sociedad con un cofre lleno de monedas de oro que cambié por un barco pequeño pero equipado con veloces velas y cuatro cañones de gran alcance y precisión. Contraté al mejor artillero y una tripulación experimentada .

"Me especialicé en visitar remotos lugares, sitios que desconocían la existencia de otros pueblos. Intercambie cuentas de vidrio y promesas de monedas de oro por las adolescentes de

"TANTAS PIERNAS ABIERTAS ESCANDALIZABAN LOS LUPANARES."

traseros lúbricos, y bocas carnosas. Cuando algunos pueblos no entregaban a las niñas, en la noche tronaban los cañones sobre sus templos. Ellos apagaban una y otra vez los incendios pero yo los volvía a cañonear hasta no dejar muro en pie. Después del ataque, el artillero lanzaba al aire fuegos de artificios. Eso los espantaba más que mil cañones. Al otro día desparramaban sobre la playa a sus jovencitas, las que después de varias corrupciones en el barco estaban preparadas para el oficio de abrir las piernas y mirar el techo. Y así llegué a enriquecerme, llevando de pueblo en pueblo, de lupanar en lupanar una bella entretención. Pronto sentí lastima por ellas, note que poco a poco iban perdiendo su rostro y adquiriendo el imaginado por los clientes. Ver como algo se corrompía día a día podía ser placentero pero no bueno para mi conciencia. Sintiendo mucha culpa, devolví a las muchachas que aún no habían perdido completamente su rostro o este se superponía al imaginado por algún degenerado. Ellas querían seguir conmigo; les gustaba esa vida ambulante, por cierto cómoda de abrir y cerrar las piernas. Yo las trataba con mucho cariño y siempre en el día de sus cumpleaños había regalito. Debí a la fuer-



za bajarlas del barco y nunca quise saber que paso con esas niñas convertidas abruptamente en prostitutas. Y viviendo ahora en casas de hombres aburridos, abrumadas por las obligaciones del hogar.

"Una noche mientras el espejo me devolvió un gesto bestial, Amaunac me habló: "Debes internarte en el Mar Occidental y encontrar la Tierra de los Monos". Al otro día me lancé al Mar donde el sol se sumerge todas las noches en sus aguas haciéndolas crepitar. Un tifón me ahogó a todos los marinos. Mi salvación fue atarme al palo mayor. Perdí el conocimiento y al otro día, yacía a mis pies un cilindro de cobre con un mensaje de Amaunac en su interior. Este hablaba de la ruta secreta para llegar a la tierra de los monos. Me advertía el mensaje, que todavía no era tiempo para emprender el viaje, que debía esperar la ayuda de una Emperadora de profunda sabiduría. Pude llegar a puerto seguro, donde abandoné la nave en ruinas. Los manuscritos junto al mapamundi se volvieron polvo cuando los memoricé. En ese punto cambió mi vida y decidí una vida austera, lejos de los inmundos ruidos del vicio y la grosería. Trabajé en diferentes lugares como mercader de libros de estampas o pintando cartas de navegación (las cuales sabía muy bien hacer) y vendiéndolas a los Navegantes, hasta que di en Iberia con la Emperadora predestinada por Amaunac. Señora Emperadora, creo que estas tierra habitadas por miles de monos pueden ser la salvación del Imperio (sabemos como escasean estas bestias).

"Señora Emperadora se que no bastan mis palabras para tomar como verdad lo que Os digo, en especial cuando se trata de palabra sagrada y por ello adjunto los fundamentos del viaje por la ruta que atraviesa los mares de Occidente.

"De esta forma podrá poner este proyecto a consideración de los hombres mas sabios y doctos del castillo. A cambio de encontrar Tierra de

Monos, que significará convertir a Iberia en el nación mas poderosa del urbe solicito:

I. Ser gobernador de las tierras a descubrir.

II. Capitán de la expedición.

III. La tercera parte de las riquezas halladas.

"Desde la gran ciudad de Iberia, 23 días del mes de enero de 3492. De vuestra majestad muy humilde siervo y vasallo, que los reales pies y manos de vuestra majestad besa. Firma: Kristóbal Kolón."

Hasta leones verdes

(Fragmentos del texto de Kristóbal Kolón fundamentando su viaje a la Tierra de los Monos.) "La Tierra de los Monos ha sido buscada también por Silón. Así hubo una expedición secreta de siete Silonitas a estas tierras de las que nunca regresaron. " El Libro Sagrado de los Monos en su versículo 34 nos dice acerca de la Tierra de los Monos: "... en esas tierras hay árboles muy azules con frutos deliciosos. Hay leones verdes con ojos de pescado, muy mansos .Hay oídos que se hartan de los cantos dulcísimos de las aves. Hay suaves brisas lunares y en la espesura de la selva hay incontables monos con hermosos cuerpos y sabrosas carnes. Monos sin garras, ni dientes afilados que se entregan mansamente al sacrificio, babeando la mano del verdugo. Sus hembras son incansables para el amor, tiene un habla muy dulce y son irresistibles sustitutos para los marinos nostálgicos.

"En el versículo 39, el Libro Sagrado refiere un mensaje divino que escuchó nuestra primer Emperadora después que el pescado salió de sus entrañas: Veras que yo soy Amaunac y quiero decirte que habrá una Emperadora de oscuros y grandes pezones, afectuosa con su pueblo y sanguinaria con el enemigo. A ella le será dado descubrir la tierra de los monos que se halla al pie

de un volcán. " Si algo es destacable en Vuestra Majestad son sus pechos redondeados, frágiles y carnosos como una torre y en cuyo centro luce un erguido y oscuro pezón; y por otra parte, esto dicho por todos, es la primera Emperadora que con unas manos puede ser una suave caricia en un momento y luego la garra que destroza a un enemigo.

"Conservo en mi poder el mapa con la clara indicación de la ruta por el mar Occidental.

" Todos los sabios y astrólogos consideran atrevido atravesar el Mar Occidental. Yo creo posible cruzarlo por una ruta desprovista de tifones y monstruos marinos, esa ruta es como un tranquilo río que atraviesa un mar tempestuoso.

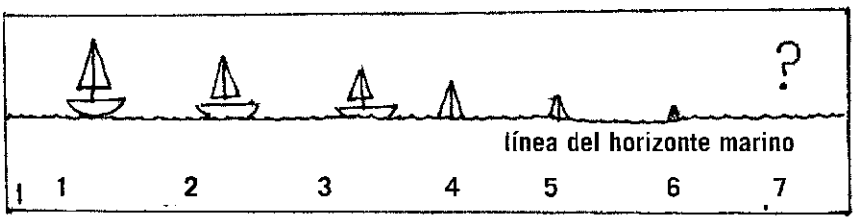
" Yo creo que el mundo no es una inmensa planicie sino una esfera, lo que así fundamento:

"I. Cuando un barco se aleja, lo último que se avista es el palo mayor para luego desaparecer, pero el barco sigue existiendo ¿O acaso no retornan los marineros? El barco cuando no se ve, está tapado por la misma redondez del mundo, como indico en esta ilustración

Dejad caminar una hormiga por una manzana apoyada en la mesa y colocad vuestra vista en el fruto; en un momento dado se dejará de ver el insecto, que no ha desaparecido, sino que está en la otra cara de la manzana (ilustración).

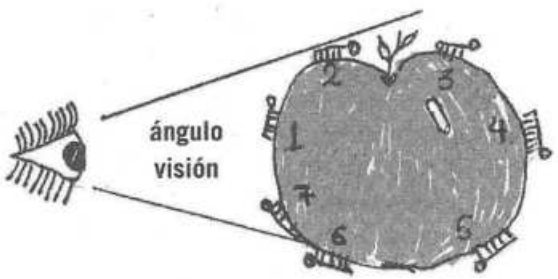
" II. Pero es imposible caminar "patas para arriba" dirán los sabios. En ese reino "patas para arriba" la gente, los animales, sus cosas caerían en los cielos golpeando sus cuerpos contra las nubes o en el fuego solar. La explicación que doy, es que

Nota: Kolón presentó la carta en la guardia del Castillo recibiendo la promesa de una pronta consideración.



la Tierra de los Monos efectivamente está "patas arriba" aunque es tierra Santa y por tanto con un don especial para caminar, estar y crecer aferrado a la tierra como si fuera esta un imán.

observación	
1	ve
2	ve
3	no se ve
4	no se ve
5	no se ve
6	se ve
7	se ve



capítulo XXVIII

VOLAR SOBRE ESCORPIONES

Los dedos del secretario de actas del Consejo desanudaron el expediente caratulado: "Kristóbal Kolón. Ruta por el Mar de Occidente al país de los monos". Acto seguido, el funcionario procedió a dar lectura de las actuaciones, en la reunión extraordinaria del Consejo del Imperio (no olvidar que estamos en receso por la Caída del Fuego). El secretario de actas consideró que Kolón era un gran hablador, un delirante. De igual opinión era el Presidente del Consejo y lo demostró con estruendosas carcajadas que entorpecían la lectura del expediente. Varios consejeros adherían a los comentarios meneando la cabeza; después escondían sus cuerpos (los alejaban de la mesa) y murmuraban entre ellos. Otros consejeros hacían como que escribían y uno dormía furtivamente, apoyado en la espalda de otro. Ya es muy de noche y mi señora no me va dejar entrar, así que cerremos el caso dijo un consejero, pero los insultos y

discusiones siguieron temblando en el recinto. ¡Cómo votar a favor de nuestro Presidente, si nuestra paga ya no alcanza para nada, ni para comprar leña ahora que Amaunac yace en los abismos y las cosas se vuelven frías! ¡¿Cómo apoyarlo si damos vergüenza con nuestras ropas remendadas?! Si ya no hay diferencia entre mis ropas y la de mis vecinos que barren las calles o limpian las caballerizas protestó un consejero. El secretario de actas balbuceó una pálida defensa del Presidente ante su mirada amenazante, pero en un gesto de complicidad con las quejas por ios salarios. En la reunión habían dos bandos y en el medio flotaban varios consejeros indecisos, sin querer o sin poder tomar partido, con gesto y respuestas ambiguas, tratando de salvar el pellejo, la tranquilidad familiar; viendo que dirección tomaba el asunto y así apoyar a! vencedor. Los gritos furiosos escapaban por las ventanas y aturdían la torre Imperial donde la Emperadora peinaba sus cabellos bellos frente a un espejo opaco. Ella podía callar a los consejeros...¡Pero si eran como pequeñas hormigas peleando por una ramita! Esa diferencia entre ella y las hormiguitas le producía un placer corporal. Era placer pero también deseo por la carencia de algo que exacerbaba su cuerpo de mujer y que crecía al contemplarse en el espejo. Comprender que ningún vasallo la podía hacer sentir mujer. Que tampoco gozaba las ceremonias en la playa, que allí simplemente era un objeto de otros objetos. En fin, una lágrima la calmó un poco. Ella necesitaba un hombre en serio, que apartara delicadamente sus plumas de cisne y que como un león la poseyera.

Volviendo al Consejo... El Presidente pidió silencio y cordura en nombre de la Emperadora y habiendo tratado todos los temas del orden del día, dio por cerrada la sesión, quedando en invitar para la próxima a Kristóbal Kolón para que de cuenta de sus actuaciones. Todos asintieron

levantando la mano y literalmente se arrojaron por la puerta de salida.

II.Precipitación. Kristóbal concurre a la sesión del Consejo

"Corríjame si me equivoco, por favor", le dice el Presidente del Consejo a Kristóbal Kolón, "¿Usted afirma que la Tierra de los Monos está mas allá del Mar Occidental o Tenebroso y no en los dominios de Amaunac?".

"Sí, Señor Presidente, asiente Kristóbal".

"Usted, como buen marino que dice ser, sabe que mientras mas uno se aleja de la costa, más calientes se tornan sus aguas. Usted también sabrá que pronto comienzan a verse monstruosas serpientes marinas que lanzan leche por sus narices, atacan los barcos que osan acercarse y luego matan a sus tripulantes chupándoles todos sus fluidos para dejarlos como un pergamino. En las paredes de este recinto tenemos pegadas las pieles de varias víctimas de la serpiente; solo las mujeres se salvan de este monstruo, a ellas, él les hace el amor hasta inundarlas del semen que sale de su nariz; lamentablemente estas mujeres quedan enamoradas de la serpiente y todas las noches, sin importarles sus hijos y su buen nombre, van a la playa para que el monstruo las posea; pero lo peor son los hijos

de esas uniones: son seres de forma humana pero fríos, escamosos y que gozan matando ... bueno pero me fui del tema, en síntesis: ¿Que tiene que decir a estos peligros a que me refiero? Y segundo: ¿Dónde esta el texto que Usted cita de Amaunac, con las referencias a la ruta secreta y la tierra redonda? Como usted sabrá el Libro sagrado de los Monos ha sido quemado y la nueva versión todavía Amaunac no la ha revelado". "Señor Presidente, si tiene buena memoria recordarán los pasajes que cito; de última solo resta que aprecien las pruebas que doy para afirmar que la tierra es redonda. Y lo mas importante, es que puedan intuir la importancia que tendrá para Iberia el descubrir tierras donde hay monos para hacer sacrificios a Nuestro Amaunac para los próximos mil años y por supuesto tierras fértiles para nuestros campesinos, para que se asienten nuestras familias y así extendamos nuestro Imperio. Y si Ustedes aprueban esto, serán recordados en la historia como los que contribuyeron a la grandeza de Iberia y si no... ahí se interrumpió Kristóbal, sintiendo que estaba por "meterla pata".

El efecto de las palabras de Kristóbal fueron negativas, "¡Es un irrespetuoso! ¡Es un soberbio y no se que se siente." Condenaron unos y otros cuando Kristóbal se retiró. El Presidente no dejaba de insultarlo, de acusarlos de farsante a Kristóbal (que ya se había retirado) mientras su cuerpo se movía como un espantapájaros sorprendido por el viento. La mayoría del consejo votó el rechazo del proyecto, pero para evitar suspicacias se propuso la formación de una comisión de expertos para analizar el asunto y expedirse ese mismo día. Esa comisión estuvo formada por los consejeros versados en astrología, astronomía y cosmografía y uno que dijo haber sido marino en su juventud. Pasada la medianoche salió el dictamen de la comisión que se aprobó sobre tablas antes de cerrar la

sesión. Ya en los pasillos, los consejeros habían olvidado la ruta secreta o si la tierra era redonda o chata y entre bostezos y risas bromeaban acerca de las tetas de la Emperadora.

III Los escorpiones escriben con sus garras. El dictamen

Visto el expediente caratulado: "Kristóbal Kolón: Ruta por los mares tenebrosos al país de los monos", el que ha sido examinado por este Consejo y

Considerando:

Que dicho expediente contiene tres afirmaciones:

Que la tierra es redonda,

Que existe una tierra desconocida poblada por miles de monos,

Que hay una ruta segura para llegar a ese lugar.

Que el fundamento que da el Señor Kolón para llegar a esas tierras es el *Libro de los Monos,* el que ahora no existe y por tanto es un fundamento que carece de validez.

Que si la tierra fuera redonda e Iberia situada en su parte superior, todo rodaría por la pendiente al abismo, en especial las carretas y los objetos muebles.

Respecto a los que vivirían en el hemisferio de abajo, Kristóbal Kolón demuestra una gran imaginación al afirmar que sus habitantes pueden caminar "patas arriba" como las arañas debido a que es Tierra Santa. QUE al Reino de Pierontus nadie en el Castillo lo conoce y tampoco figura en los libros de geografía. Que ningún marino, incluso los mas viejos, conocen ruta segura por los mares tenebrosos.

Que el Señor Kolón actúa de mala fe al citar el *Libro de los monos* considerando que ahora con

la caída del fuego, nadie dispone de dicho libro.

Que dicho expediente propone una costosa expedición que el Imperio no puede afrontar.

Que lo que pide el Señor Kolón a cambio de las tierras a descubrir no guarda proporción con su condición de simple vasallo de la Emperadora.

Que resulta prioritario erradicar de este Imperio la mentira y las causas que favorecen su existencia; Que consecuentemente, debe sancionarse adecuadamente a aquellos funcionarios que, por las actividades que han desarrollado, se los considere elementos mentirosos o factores reales o potenciales de perturbación del desarrollo de Iberia; Por ello, en uso de sus atribuciones,

El Consejo Imperial de Iberia dictamina:

primero: Rechazar en su totalidad la propuesta de Kristóbal Kolón por considerarla falsa en sus fundamentos y contraria a los Intereses del Imperio.

segundo: Sugerir a Su Majestad la Emperadora la expulsión de este Castillo del funcionario Kristóbal Kolón.

tercero: El reingreso del funcionario expulsado, solo podrá considerarse cuando hubieran transcurrido cinco (5) años desde la fecha de la resolución Imperial.

cuarto: A los efectos de su resolución definitiva, elévese las presentes actuaciones a V/Mg. Emperadora. (siguen firmas y aclaratorias de los Consejeros)

El segundo caos

Kristóbal Kolón esa tarde, cuando el notificador imperial le informó que había sido expulsado de su trabajo, vivió junto a Mercedes su segundo caos, su segunda noche y oscuridad de los tiempos. Todo se produjo(para Kristóbal por lo

menos), al pasar el notificador una puerta, al entrar en el recinto en que Kristóbal y Mercedes fueron muertos por la noticia. Era una oscura tarde (así la rememoró mucho tiempo después). Ahora estaba sin trabajo ni ilusiones. La notificación terminaba con un "saludo a Usted atentamente" y la firmaba el Oficial Mayor Jefe de Despacho Hugo Altar.

¿Y que le quedaba a K.? Tal vez Mercedes, por lo menos allí estaba, sentada sobre la cama, con la cabeza gacha, sin saber que hacer, sin entender mucho lo que estaba pasando.

Se fue haciendo la noche de tal modo que el mirar ya no distinguía formas. Ellos eran partes de la oscuridad, de la sombra del cuarto. Seguían estando sus formas y lo que ellas contenían; pero la condición para verse era la luz, el sol; ellos seguían siendo para ellos (tenían tal vez un sol interior), pero para los demás eran invisibles.. ¡eso! se dijo Kristóbal, ahora soy invisible para el Imperio, ya no soy, por que lo que me permitía ser, lo que me daba forma, era mi trabajo en el Castillo. He muerto para el Castillo, pero, siguió pensando, esto no es solo una metáfora, de alguno modo soy un hombre muerto, soy un "latente".

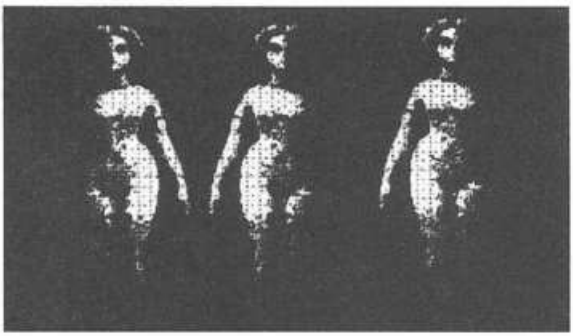
La última Diosa del Universo

Pero no está muerto quien pelea, pensó Kristóbal, la tengo que ver a la Emperadora

directamente; ella me tiene que escuchar y saber del proyecto que la convertirá en la ultima Diosa del Universo. Y juro que si esta me sale bien, solo quiero darme un gusto: Enterrar vivos a los consejeros, en una fosa común. Ver las palas arrojando tierra sobre sus altas investiduras y por supuesto nada de lápidas, nada de recordatorios.

Y la inmóvil noche fue apagando su rencor hasta convertirlo en un sueño: Kristóbal camina por una ciudad desierta. De pronto ruido de cabalgaduras en la oscuridad de angostas calles y aparecen jinetes. K. debe ver sus rostros pero estos lo ocultan.

PRIMERA PARTE
RESURRECCION



I. Unicornio 12 de marzo de 3492

La Emperadora yace desnuda en una carpa a orillas de un mar lechoso. Con su cabellera roja cubriendo su espalda de alabastro. Como un volcán que mana flujos viscosos y calientes. Estática, como las ruinas de una estatua invadida por la selva y el moho. Adentro de la carpa encontramos una gruesa alfombra de piel negra para que la Emperadora no pise la arena y una princesa que mantiene viva la llama de un caldero.

¡Dios mío! ¡Qué olor a vino!

En la carpa Imperial los hombres entran de a uno para bestializar a Su Majestad y decirle con aliento a vino que la aman. Algunos intentan estúpidamente enamorarla, de conquistarla. Pero todos al salir de la carpa son ensañados por las espadas. Y enterrados en la arena serán fes-

TODOS SE VAN CON EL MISMO SECRETO A LA TUMBA

tín de los cangrejos (de los más grandes, de los que tienen potentes pinzas y van seguidos de otros pequeños y mal alimentados pero que esperan su oportunidad, sin por ello sentirse culpables, de asesinar al cangrejo mayor que los domina y humilla).

Mientras Kristóbal hace antesala frente a la carpa de la Emperadora, memoriza las artes amatorias que ejercerá dentro de un momento. La espera lo angustia, pero es la angustia del temerario, de aquel que se enfrenta al todo o nada.

Siente que no puede fallar. Siente que está por escapar de una cárcel imaginaria que el mismo ha creado, pero que con el tiempo sus barrotes hechos del mismo material que los sueños se han cristalizado. Si Kristóbal dejara de imaginar esa cárcel todo sería mas sencillo, no haría ni falta escapar de la cárcel, no habría guardias que temer, no haría falta un héroe. Le llega su turno. Se desviste rápidamente sobre la alfombra. Increíble, piensa, estar mirando a la Emperadora de carne y hueso, desnuda, sin sus pesadas capas de plomo. Aquí la tengo sola para mi, se dice. Ella esta de espaldas con los pechos hincados sobre la alfombra.

Entre las piernas de la Diosa se insinúa un follaje de abundante savia caliente, una serpiente agazapada dispuesta a devorar su presa. Kristóbal le susurra palabras de amor a la Emperadora y besa su cuello.Un gesto de asco es la respuesta. Afuera los cuchillos preparan sus filos para Kristóbal. Hay un tiempo establecido para cada sesión y este ya se termina. Una crema amarilla, fragante, es la preparación para ingresar al templo en medio de una selva de pelos negros. Kristóbal le pide a su Majestad que tome las dos mitades de su cola y los abra como si fueran alas blancas de una paloma. Y ya adentro bien adentro de la garganta cálida y marrón de la serpiente, adentro de una laringe

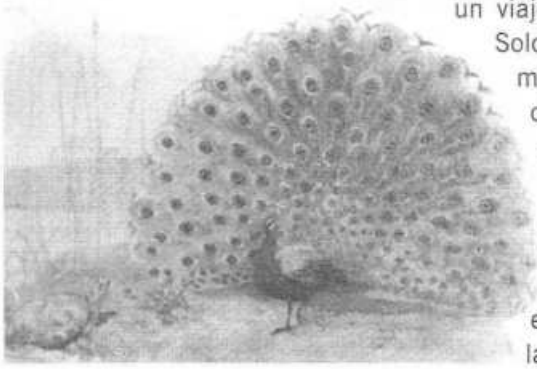
fuerte y sana. Convertido en un toro poderoso abre los obstáculos gracias a los fluidos del templo. Y ella siente un poco de ardor, pero después hay felicidad.La Emperadora, que no puede ver a su amante, pregunta si es Amaunac, pero Kristóbal no responde.

"No se quien sois, pero me has hecho sentir de nuevo mujer; de nuevo una diosa. le dice ella y agrega: Llegué a la carpa como una tortuga y me has transformado en una ave fénix de plumas doradas y voz de niño. Por cierto que por vos ha obrado Amaunac. Ahora cuando contemple mi desnudez y seduzca mis pechos con alabastro, volveré a sentirme una hembra de plumas doradas. Estoy cansada de estas ceremonias en la playa, donde los hombre más hermosos hacen el amor con las jóvenes princesas del templo mientras yo me tengo que aguantar a viejos desdentados de pies fríos, manos frías y nudosas, penes reblandecidos, piernas varicosas y cuellos de tortuga. Mas de uno ha muerto arriba mío o peor se ha quedado dormido y he tenido que llamar a los guardias para que me lo saquen de encima ¡Pero tu me has hecho muy feliz y por eso te perdono la vida!"

—Gracias Majestad, pero os quiero pedir otra cosa, le dice Kolón.

—Pide y si está en mi, seguro que os lo daré.

—Yo soy Kristóbal Kolón, traductor del castillo. Sufrí expulsión por haber ofrecido al imperio un viaje a la tierra de los monos. Solo os pido que volváis a leer mi plan de viaje a un lugar donde hay monos suficientes para llenar las bodegas de cientos de barcos.



La Emperadora le da esperanzas, desde luego muy tenues, de volver a examinar su asunto más adelante, sin fijarle una fecha

precisa, diciéndole simplemente (mientras ella ¡¡hay, hay!! siente un elixir abundante, ofrenda de Kristóbal, que derraman sus traseros y corre entre sus piernas) que cuando estuviese más desocupada.

La Emperadora en la despedida le arroja besos al aire, mirándolo con ternura y ¡¡AY, AY!! sintiendo que sigue el aceitoso elixir manando de sus traseros y corriendo entre sus piernas. Kristóbal no quedó muy contento de la respuesta mientras camina al hotel con la nieve demorando sus pies.

SEGUNDA PARTE II. Retorno del Fuego

16 de Abril de 3492

Hoy, que se festeja el retorno del fuego, toda doncella rica o pobre tiene que prostituirse a un forastero y lo recaudado en ese comercio debe ofrendarse al Dios Amaunac. El Templo de los Monos está repleto de mujeres que esperan obedecer el rito. Este año han arribado para esta celebración muchos extranjeros y no hay sala del templo donde por lo menos seis o siete parejas estén traficando el gozo. Los prisioneros y deformes son soltados ese día y se les permite hacer el amor con la mujer que ellos elijan (al otro día los espera la ejecución). Pocas mujeres salen a la calle esa jornada. Solo lo hacen las prostitutas disfrazadas de ingenuas amas de casa. A ellas les tocará caer en los brazos de algún jorobado en medio de una ronda popular, ellas harán el amor con los forasteros una y otra vez hasta el amanecer . Los eunucos también participan de estas ceremonias. Ellos se disfrazan de mujeres y aguardan, también en un salón del Templo, a los forasteros agitando y levantando sus faldas como alas de una gallina en celo. Entre ellos juegan a ver quien es mas veces sodomizado en

un solo día. El amanecer del otro día los encuentra durmiendo uno encima del otro, sobre un charco blanco, como friolentas serpientes. Algunos ríen felices y otros, pálidos, deliran sangre.

Estatuas de fuego

En la noche la Emperadora y sus princesas del templo se acuestan como pétalos desnudos en torno a la boca del volcán. El pueblo aguarda con las antorchas encendidas y los sacerdotes preparan los monos. Las princesas, cuando Amaunac se acerca, arquean sus cuerpos y lloran de placer. Tiembla la tierra. Un fuego exaltado sale del volcán cuando son arrojados los monos a sus entrañas. Y el fuego se eleva hasta perderse en los cielos en búsqueda del Sol. Algunas vírgenes amanecen carbonizadas. Son las que intentaron aferrar con sus piernas la pasión de Amaunac o Thamur su ángel favorito. No se conformaron con el goce momentáneo, querían el éxtasis permanente y cuando Amaunac quiso salir cruzaron sus piernas hasta que Amaunac se abrió paso quemando las entrañas de la princesa. Los cuerpos de las princesas

carbonizadas son llevadas al Templo de Los Monos. Allí untadas en alabastro reciben el cariño y la adoración de muchos fieles.

TERCERA PARTE Ave Fenix 24 de Abril de 3491

Ave con voz de niño

El funcionario imperial subió las escaleras del hotel de Kristóbal con el sombrero gris en la mano izquierda y la notificación en la otra . Su capa de rojo plomo, arrastraba el polvillo de los escalones y caía sobre el pelo de la encargada del hotel. Cuando el funcionario golpeó la puerta de Kristóbal, Mercedes, recostada en la cama, ordenaba a K. sus ropas en una valija mientras este le acariciaba sus pechos. Ya están en abril y novedades ningunas respecto a su proyecto.
"Al final," le decía Kristóbal a Mercedes,"lo único que he logrado en mi encuentro con la Emperadora fue salvar mi vida, lo demás fueron puras promesas". Probará suerte en otros reinos,"... lamentablemente no me queda otra..." dijo Kristóbal.

Alquilar un burro

Para la encargada del hotel, Mercedes estaba limpiando la habitación de Kristóbal. Y cuando Mercedes entró al cuarto para limpiarlo no pudo con el deseo, tiró la escoba y se recostó " solo un ratito" . Kristóbal le desprendió la blusa (no hay cosa que le guste más a Kristóbal que acariciarle los pechos mientras conversan o verlos danzar como dos pequeñas ballenas blancas cuando ella ríe o respira emocionada) mientras el pedía que le fuera ordenando la ropa en una pequeña valija.
Antes de abrir la puerta al notificador, K. esperó

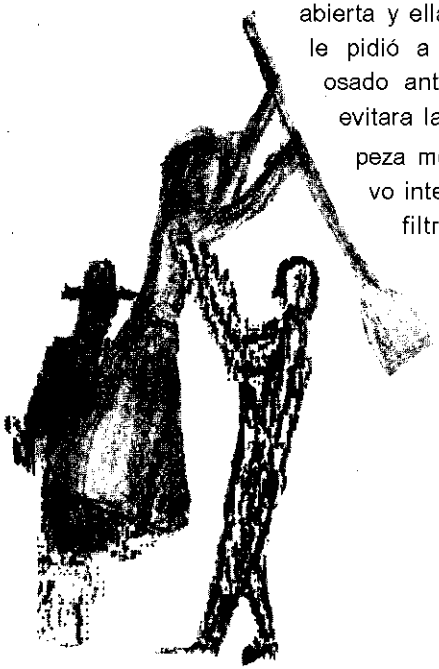
un tiempo para que Mercedes se vistiera y ejerciera la escoba.

El funcionario de sombrero gris saludó muy ceremoniosamente y notificó a Kristóbal de:

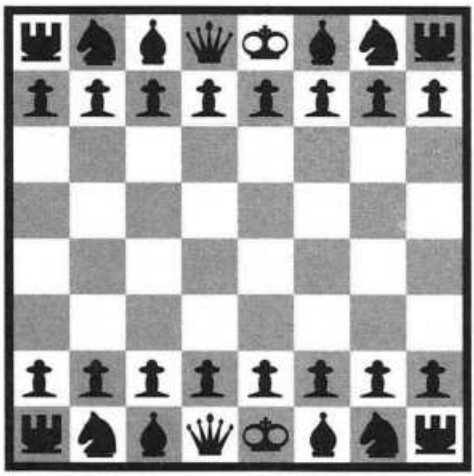
I. La Anulación del acto Imperial por el que fue expulsado de su trabajo como traductor. (Kristóbal goza imaginando la cara de los Consejeros)

II. El envío de la Emperadora de 20.000 maravedíes para que se vistiese honestamente y rentase una bestezuela para llegar dignamente ante su Alteza.

El funcionario hizo firmar la notificación y un recibo por el dinero entregado, luego instaló su sombrero gris, abrochó su vieja capa pegajosa y se alejó velozmente por la calle peregrinado por una jauría de alevosos perros abandonados. Kristóbal levantó en andas a Mercedes, festejando la buena nueva y ya sin importarle que viniera la encargada del hotel, le hizo el amor a medio vestir, rápidamente, él con la bragueta abierta y ella con el vestido levantado. Después le pidió a Mercedes un elixir que lo hiciera osado ante la Emperadora (en especial que evitara la transpiración en las manos y la torpeza mental que se producen por el excesivo interés por algo). También le solicitó un filtro amoroso para que su Majestad lo deseara ardientemente. Mercedes le prometió la leche de sus pechos para la madrugada,"... así podrás estar suspicaz en la audiencia y como un toro en la noche."



UNA PARTIDA DE AJEDREZ O JUGAR EN LA CAMA



Imponente, vestida solo con una bata desbordada de pechos blancos como la espuma de un mar turgente, apareció la Emperadora en lo alto de la torre. Kristóbal miró la oscura escalera de caracol y atrevió el ascenso. Arriba lo aguardaba su majestad en una bóveda de metal (regalo de antiguos dioses) con ventanales para contemplar un volcán humeante que emergía de un mar violento y gelatinoso.

La Emperadora saltó de la cama y corrió a vestirse para saludar a Kristóbal que aguardaba tímidamente en la puerta. Ella lucía en su cabeza una jaula verde de madera que protegía sus cabellos de pulgas, piojos y liendres. Sus hombros, brazos y senos con oscuros pezones están desnudos. Alrededor de la cintura lleva un ancho cinturón de malla de escamas. Un manto forrado con piel de tigre cae por detrás de sus hom-

bros. Su mano izquierda se apoya en un bastón largo y pesado.

Sin que ella lo advirtiera, Kristóbal arrojó bajo la cama el filtro mágico amoroso que Mercedes había conseguido. Receta del filtro mágico que preparó Mercedes.

Preparación

Un viernes de madrugada colgar entre las piernas desnuda de una mujer (que en este caso fue Mercedes) un sapo rancio y dejarlo allí hasta que el sapo sude por sus verrugas. Refrescar. Tomar luego el sapo y cocinarlo a fuego moderado mientras se revuelve de tanto en tanto . Agregar tres pelos de los genitales del infernal Amaunac y tres de su sobaco izquierdo. Agregar luego una pequeña cantidad de polvo de cantárida, seso digerido de lagarto y té frío que haya dejado un ahorcado instantes antes de ser llamado por la soga. Seguir cocinando hasta que la preparación vuelva a hervir y espese ligeramente mientras se revuelve con cuchara de madera. Retirar y condimentar con semen cremoso de un ahorcado y el testículo calcinado de un toro enfurecido por una jauría de perros en Luna llena y sacrificado en cuarto creciente. Espolvorear con la matriz disecada de una perra aulladora.

Cuando K. lanzó el filtro mágico recitó mentalmente: Por la virtud de estos ingredientes y con la ayuda de Eurinome, la Emperadora deseará a un sólo hombre: Kristóbal Kolón.

Sobre la cama hay un juego de ajedrez. Su piezas son pequeñas estatuillas de madera. La Emperadora y Kristóbal están sentados en la cama. Ella con la cabellera extendida sobre sus inflamados . Un espejo adornado de pámpanos con frutos devuelve su espalda de mármol a la que no le faltan ungüentos, polvos y líquidos. Ellos están a esa exacta distancia donde se

percibe el aliento, los perfumes y la voz quebrada por cierta agitación que la incertidumbre y el deseo producen.

Las piezas negras representan a los Silonitas, le dice la Emperadora, las blancas a los Iberianos. La reina blanca, es mi imagen, mis tetas, caderas y hasta el ombligo. EL rey negro, la de un viejo y encorvado rey Silonita y tallada en un hueso de ese rey. La Reina negra fue tallada en el hueso de la pierna de una ramera Silonita quien posó para el tallador con la pierna amputada.

Los oblicuos alfiles Silonitas son los jorobados y contrahechos que a veces asisten los rituales o se encargan de secuestrar niños para las ceremonias. Las torres negras son una miniatura del gigante de madera. Los peones aferran en sus manitos de madera las estropeadas valijas que nuestras víctimas dejaban antes de morir en el gigante.

Comienza el juego

Peón cuatro Rey, mueve la Emperadora (E.) que juega con las piezas blancas. Peón cuatro Rey contesta K. con las negras.

Siguen estas jugadas:

2 Blancas: Caballo tres alfil Rey. Las negras contestan peón tres damas. 3.Blancas : peón cuatro dama; Negras: alfil 5 caballo Rey. 4.Blancas: peón por peón; Negras: alfil por caballo. 5.Blancas: Dama por alfil; Negras: peón por peón. Balance del juego: La reina ha salido del castillo y dos peones han muerto en la batalla. 6.B. A4AD; N: C3AR (K. escapa con el caballo). 7: B D3CD; N:D2R (K. sigue a la defensiva frente a una reina que busca el jaque mate). 8: B: C3A; N: P3AD (las blancas sacan la caballería y las negras, siempre a la defensiva, mueven peón para defender a otro con la dama).

9:Blancas:Alfil cinco caballo rey; Negras: Peón cuatro caballo dama. 10: Blancas: caballo por peón; Negras: peón por caballo .¿Cómo puede ser, se pregunta K. que la E. sacrifique un caballo por un soldado?. La E. se estremece al rozar su pecho al Rey de las blancas. Es Amaunac, representado con infinidad de llagas y pústulas en sus ojos. Su boca abierta es como una furiosa ensenada de filosos y agudos espigones en sus orillas con los que muerde bestial y ávida la carne podrida.

11.B AXPC+ (jaque); N CD2D (K. sale del jaque airoso pero preocupado por su actuación como amante). 12. Blancas: OOO Enroque Largo.; N: T1D. 13:B: torre por caballo; N": torre por torre (las blancas han preferido cambiar una torre por un caballo, inexplicable).14. B T1D; N D3R (K. no hace caso a la provocación, no se va a comer la torre y prefiere amenazar a la dama); 15: B Alfil por torre y Jaque; N :caballo por alfil. 16: B Dama 8 caballo.jaque; N caballo por dama . Este jaque le ha costado a las blancas la encarnizada reina; K. esta contento por que ya casi le ha podido demostrar a la E. que es un macho invencible y que grande es su vigor. 17:Blancas: Torre 8 Dama Jaque (K. no esperaba ese jaque y estudia salida honorable, pero no la hay... es jaque mate. Y la virilidad de K. desciende y permanece agarrotada).

Un maricón que junto a los eunucos vivía en el templo, Mariana se hacía llamar, vistiendo un corpiño cubierto de encajes sirvió a los jugadores un licor ámbar que destellaba fosforescencias. No pudo, no debió pero los ojos de Kristóbal quedaron cautivados con Mariana, con sus cabellos ligeramente rizados, con su boca lasciva, amiga de las orgías, las pestañas tupidas y arqueadas, el ovalo perfecto del rostro y la atractiva redondez y voluptuosidad de su culo

"SU CABEZA ERA ROJIZA CON ALGUNAS TONALIDADES PARDAS.

desnudo que movía descaradamente y el misterio de una masculinidad que ocultaba en una bombachita amarilla .Y sin que nadie lo notara el maricón apretó con fuerza la mano erizada de Kristóbal.

Este licor es sangre de monos con perlas disueltas, explica la E., solo lo bebo con mis amantes y por unos momentos me da pechos turgentes, un rostro lozano, un cuello sin papada y brazos sin colgajos de grasa. Queda muy poco elixir, ya no hay pescador que se atreva a meterse mar adentro, donde abundan las perlas. Yo estaba con los últimos pescadores de perlas que devoró la serpiente gigante. Su cabeza era rojiza, con algunas tonalidades pardas, sus dientes eran como cabezas de serpientes y el interior de su boca blanquecino. Sus ojos eran de un verde muy claro y las pupilas bien negras. Cuando la serpiente me miró desde la superficie del mar, sentí un fuerte deseo de acariciarla. Mientras le decía que no matara más pescadores le acaricié su piel que era como la de un tiburón caliente; me animé a montar en su lomo y me llevó a la costa. Cuando jugábamos en el agua intentó hacerme el amor pero comprendió que si lo hacia, podía matarme y con caricias lo consolé, mientras yacía su inmenso y largo cuerpo sobre la arena, hasta que arrojo, un flujo blanco que quedo en la arena mucho tiempo. Después la serpiente se perdió en el mar tenebroso y cada tanto asoma su hambrienta cabeza en búsqueda de algún navegante.

LOS BUCLES DE SU PUBIS ERAN MÁS NEGROS QUE LA PUERTA DE LA MANSIÓN DE LOS MUERTOS

Preparada como una joven esposa vestida solo con un collar de piedras de jaspe transparente como el cristal, Mercedes entró a la alcoba imperial. Las dos mitades de su culo parecían dos huevos de cristal, sus hombros eran transparentes y sus manos cubrían la impudicia de sus pechos (que se insinuaban entre sus dedos como dos moluscos náufragos). Su ombligo era el centro de un estanque sagrado lleno de plan-

tas acuáticas y nidos de pájaros. Mercedes esquivo la mirada de K. y se recostó en la cama. La E. desprendió el collar de Mercedes y cubrió su desnudez de caricias y ungüentos. Mercedes convertida en una estatua acuática de palpitantes sensualidad claudicó a un profundo y pudoroso gozo. Al tintineo de una campanilla acudió un guerrero desnudo, disfrazando una cabeza de toro. Sus musculosos pechos eran la gloria de la perfección y sus muslos, los de un animal feroz. Su pene era como una larga barca de oro sobresaliendo de un nido de pájaros. El guerrero lavó sus pies en una aljofaina de oro mientras gozaba de antemano a su presa . Luego persiguió a Mercedes por la habitación hasta capturarla en un irresistible abrazo. Las piernas de Mercedes se enlazaron como los brazos de una araña a la cintura del musculoso toro, quien la levantó con sus garras, mordió sus pechos y la poseyó con furia. El toro después de dejar a Mercedes dormitada y en esa nadidad de haber logrado el goce completo, avanzó, como cumpliendo un ritual, contra K. quien se negó a la demanda (eran necesario oponer algo de resistencia, como parte del juego de la dignidad), dijo varias veces que no, rechazó sus manos ásperas, sus musculosos brazos hasta que cayo de boca, rendido en la cama, ofreciendo como un lobo derrotado al lúbrico vencedor, su labio de esmeralda que yacía en un fiordo cubierto de pelos. El guerrero suavizó el goce con pomada de antimonio y después penetró su virilidad convertida en un flujo sedoso y caliente que navegó por los intestinos de Kristóbal. Mercedes no podía creerle a sus ojos (de alguna manera, justificaba ella, K. no se podía resistir y si algo se moría por adivinar en los gestos de su amado, era alguna sombra de gozo reprimido, mientras lo poseía aquel guerrero viril).

Cumplidas sus misiones, el guerrero y Mercedes se retiraron. Ahora K. debía hacer el

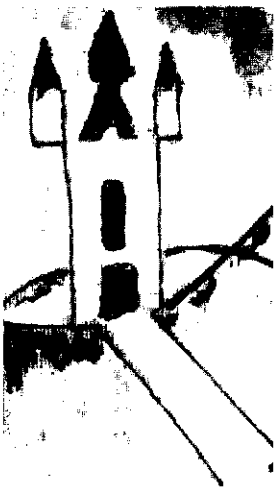
amor con la Emperadora, pero ella lo dejó dormir, comprendía que él estaba muy cansado, inmóvil, ya sin deseo pero aliviado. Además ella había gozado y reído mucho viendo al guerrero doblegar los traseros de su viril Kristóbal.

Kristóbal dormido, acarició sus propios pechos sintiéndose una diosa poseída por Amaunac. Y en un momento de la noche, K. medio dormido levanto por la cintura a la E., que por momentos parecía Mercedes, por momentos una lasciva mujer de bucles negros, cubierta de ungüentos y ocultando su rostro con una mascara blanca. Pero ninguna imagen se fijaba y otros espectros femeninos se montaban sobre K. mientras este las poseía a todas y a ninguna. Y cuando el placer se derramó, el espectro convertido en pavo real remonto vuelo en un espacio vacío, sostenido solo por el viento que sus dos alas procuraban.

Después llegó la última marea de placer y luego el vacío y la frialdad de un cadáver.

capítulo XXXI

EL HUESPED



Prisionero de honor

Bajo la cúpula de la Torre, el huésped Kristóbal lleva varias semanas de dorados peces y cangrejos, de tibios pelicanos bañados en jugos de ciruelo. Todo preparado por Pedro, el cocinero.

Un tiempo para olvidar humillaciones y desiertos. De lucir papada, labios siempre húmedos, carnosos y un vientre que se mueve como el cuerpo de una oruga. Un tiempo donde Mercedes ve en puntillas a Kristóbal.

Y la Emperadora cuando la sorprende, llena de comprensión, más feliz que nunca, con su bata roja siempre desprendida, exhibiendo con orgullo la obscenidad de su sexo, le pide a Mercedes que no se vaya mientras le acaricia los suaves contornos de su figura, su vientre liso como el marfil y goza degradando su inocencia.

Mercedes por orden de la Emperadora, vive en Castillo y en absoluta disponibilidad a Su Majestad. Sea la hora que sea Mercedes debe subir a la torre y cumplir órdenes.

Cuando Mercedes fue al hotel por sus cosas, la encargada le arrojó sus bártulos a la calle mientras le gritaba que era una cualquiera al aceptar vivir en el Castillo, que además era una trepadora, una desagradecida y que ya no la quería ver nunca más en la vida. Mercedes avergonzada (nunca sintió tanta, como cuando recogía sus cosas repartidas en la calle ante los ojos que salían a barrer la calle).

La encargada, mientras Mercedes recogía sus cosas, salió a la calle a golpearla. Tuvo que intervenir un vecino y separarlas porque la vieja la estaba por poco matando .

Mercedes limpia en las mañanas la Alcoba Imperial. En las tardes recostada en un diván se la prepara para la ceremonia nocturna.

Cubren su cuerpo en barro y la sumergen en agua caliente y luego recibe masajes de una princesa del templo para despertar el deseo.

Esos masajes, esas caricias la llenan de voluptuosidad y uno que otro encuentro con la mirada cómplice de la masajista, despiertan su deseo, pero Mercedes es fuerte, tirita entera y no se deja caer, mientras las manos de la princesa sobornan sus pechos y se deslizan sobre su pubis.

Basta que se lo pida y la princesa deslizará miel sobre su pubis para libar después lentamente, pero ella es fuerte y jura esperar, jura esperar hasta la noche, debo ser fuerte, se dice, mientras cierra los ojos y la miel cae sobre sus pechos, sobre su pubis y todo se oscurece y el corazón tirita y se siente que lame un goce infinito, donde cae y cae.

Kristóbal y la Emperadora desayunan caldo de mono en el Salón Imperial. Hay flautas que invocan bosques y trinos de pájaros. Hay una olla con una ofuscada cabeza de mono borboteando el caldo. Hay conversación sobre lo rica que esta la sopa, el ultimo jaque mate (formas de haberlo evitado) y del viaje. El presidente del Consejo, convocado por la Emperadora, comparece ante ella con los ojos apenados (K. y la E. toman sopa).

—Estoy a vuestras ordenes madrecita .

—Así que Vos y los otros consejeros estáis celosos de Kristóbal y por eso rechazaron su plan, sin interesarles la grandeza del Imperio... los acusa la Emperadora. ¡

—No madrecita mía, no, no! suplica el consejero hincado y babeando la mano de la Emperadora que la retira bruscamente.

—Pero Ustedes creen que no los escucho en las noches llorar como mujercitas o creen que me engañan cuanto entro a vuestro dormitorio común y me sonríen y ocultan sus lágrimas. Pero esto que han hecho no se los voy a perdonar. Y no va a ser lo mismo que cuando estaban a mi lado y yo los sentía como si los hubiera parido. He esperado un mes vuestro arrepentimiento, pero nada. De aquí en mas serán simples funcionarios del Castillo ¡AH! Y les prohibo que me llamen madrecita. Comunique todo lo que le he dicho a los otros consejeros ya mismo.

El Presidente se aleja corriendo. Abre y cierra puertas. Peregrina pasillos interminables y atraviesa salones vacíos hasta caer en un rincón donde gimoteará toda la noche como una muchacha engañada.

—Kristóbal, he aceptando el plan, estoy convencida que estas tierras existen, le dice la Emperadora mirándolo a sus ojos.

Y parida por una inmensa ternura ella agrega:

"Ahorita debemos formalizar todo en un Acta de Capitulación; ordenaré a estos inservibles del Consejo que elaboren el texto del acta. Quiero tenerte a mi lado hasta vuestra partida, así que mis sirvientes te prepararán la cámara de huéspedes. Es una pequeña habitación, pero muy cómoda y lo más importante, una puertita conduce a mi cuarto."

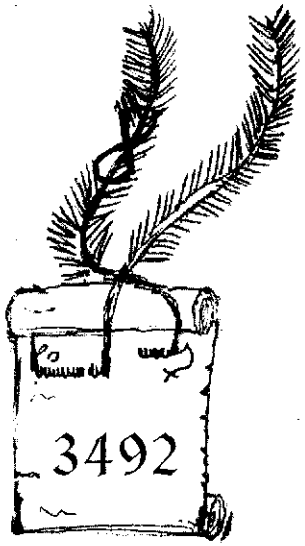
¿Cómo le caerá todo esto a Mercedes?, se preguntó Kristóbal, no muy mal, al fin y al cabo, ella también está viviendo en el Castillo y para que la llama del amor no se apague podrían verse secretamente.

Niños panzones

En la noche, la Emperadora hizo el amor con Kristóbal. Jugaron en un mundo de sábanas y besos desordenados. Kristóbal le acarició los pechos con una mano mientras con la otra sus cabellos. Y los dos sintieron la presencia de niños fantasmas desnuditos y panzones, que susurraban lascivas palabras de amor. Mercedes ahora que está a solas, se mira frente al espejo y se pone un clavel rojo, como una mariposa de cristal, entre los labios de sus posaderas y así se cree más iberiana que la misma Emperadora. Ahora yace desnuda en su pequeña cama, con el clavel emergiendo de su delicado culo. Con su vientre derramado sobre una sabana amarilla verdosa. Con su dorada espalda dividida por una línea de fuego que nace en el cuello, sigue por la columna y luego da forma a su cola ovalada, que como un delicado florero sostiene el fino clavel. Con sus cabezas y sus manos sobre la almohada. Con sus ojos insomnes consagrados a imaginar a Kristóbal y los gozos de la Emperadora. Con sus celos creciendo y arrebatando esperanzas. Con un deseo de no estar, de desaparecer y así dejar al dolor sin cuerpo donde anidar

capítulo XXXII

SANTA FE



En menos de dos semanas los consejeros tuvieron redactadas las Capitulaciones. Inseguros de si mismo, temerosos de cometer algún error los consejeros arreciaban con los borradores del texto a la Emperadora donde la encontraran, hasta llegar a importunarla cuando hacía el amor con Kristóbal.

17 de Abril de 3492

El 17 de Abril de 3492 la Emperadora y Kristóbal Kolón firman, en medio de las aplausos, las Capitulaciones de Santa Fe. Afuera hay una temperatura muy baja y el día es gris. En el Salón central, donde tuvo lugar el solemne acto,

la tibieza del ambiente invita a dejar la ropa de abrigo.

Bocadillos de apio y queso

Se cuenta con la digna presencia de los Caballeros Negros, Consejeros, Notarios, figuras destacadas del quehacer imperial, esposas de funcionarios y público en general. Después de la firma del documento, los concurrentes de nivel fueron invitados a degustar bocaditos de apio y queso y exquisitas masas preparadas por el cocinero Pedro. Todo acompañado por un vino blanco seco y frío. A los concurrentes de menor jerarquía los esperaba un sabroso te caliente acompañado con pan recién horneado. Mercedes que no se animó a estar al lado de Kristóbal se quedó en la mesa de menor jerarquía junto al maricón y las princesas Silonitas.

Cuando llegó la música, Kristóbal fue el hombre más solicitado de la noche y bailó con casi todas las mujeres incluso con Mariana. Kristóbal, pensando que no era ni Don, bajaba la cabeza y sus manos transpiradas mojaban a las danzantes de cuello y graznido de nobles gansas. Sentía una humildad que lo confundía pero pensando en la grandeza de su proyecto lograba ahuyentar el miedo y la vergüenza que le secaba la boca y lo hacía imaginar de continuo como lo estarían juzgando aquellos que él ni se atrevía a mirar.

Mercedes no te he olvidado, le decía Kristóbal mentalmente, mientras le pegaba una mirada cada tanto. Los consejeros trataban ya a Kristóbal Kolón de Don, lo que enfureció especialmente a los Caballeros Negros quienes recibían ese tratamiento honorífico. "Lo de Don Kolón esta cayendo muy mal." le dijo Hernán Cortés al oído de la Emperadora. Ella tuvo que intervenir para recordar que Kristóbal no era Don

todavía y que para disfrutar de tal distinción él y sus sucesores primero debía hacer el descubrimiento. Eso apaciguó los ánimos de aquellos que andaban diciendo haber visto sastres, Silonitas y albañiles con Don.

El texto de las Capitulaciones

Las capitulaciones empezaban así: Vuestra Emperadora brindará toda la ayuda necesaria de que disponga para que Kristóbal como Capitán Mayor, expedicione hacia tierras desconocidas.

El resto de las Capitulaciones establece las obligaciones de las partes siendo estos los puntos más importantes:

1. El Oficio de Almirante del mar que rodea a las islas y tierras firmes que por su mano se descubran. Dicho oficio será vitalicio y hereditario.

2. Kristóbal Kolón es nombrado Virrey y Gobernador de todo lo que el descubriere o hallare en dichos mares que serán de propiedad exclusiva de la Emperadora.

*3. Kristóbal Kolón recibirá la décima parte de todas las ganancias habidas dentro de los límites de su almirantazgo.**

*4. La administración de justicia quedará en manos de un alcalde mayor designado por la Emperadora.***

5. Kristóbal Kolón dispondrá de un ejército al mando de un Caballero Negro quien deberá obediencia a Kristóbal, siempre y cuando esto no vaya en contra de los intereses de la Corona Imperial.

6. Se le concede a Kolón y a otros que así lo desearán a contribuir con los gastos de la expedición, por lo que recibirán a cambio el titulo de Don y una octava parte de los beneficios.

7. Los monos encontrados en las nuevas tie-

** Kolón había pedido la tercera parte.*

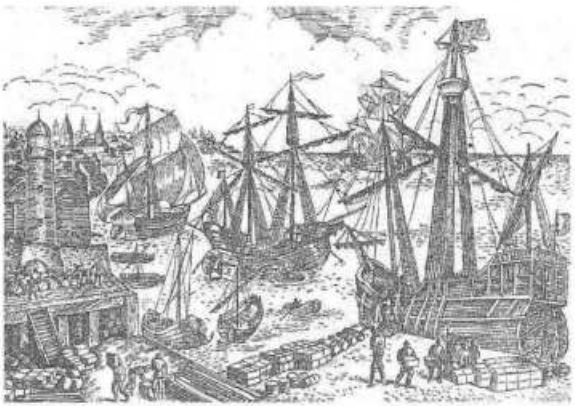
*** Kristóbal Kolón pretendía manejar la justicia con absoluta autonomía pero la Emperadora, con buen tino, le condicionó ese ejercicio.*

rras serán de propiedad exclusiva de la Emperadora aunque se permitirá a criterio del sacerdote de la expedición ocupar algunos para sacrificios religiosos o sustento diario si el hambre lo hace necesario.

8. Descubierto el nuevo mundo, se le dará a Kristóbal Kolón y sus descendientes el titulo de Don y concederá un escudo de Armas con su timbre y divisa.

capítulo XXXIII

PREPARATIVOS

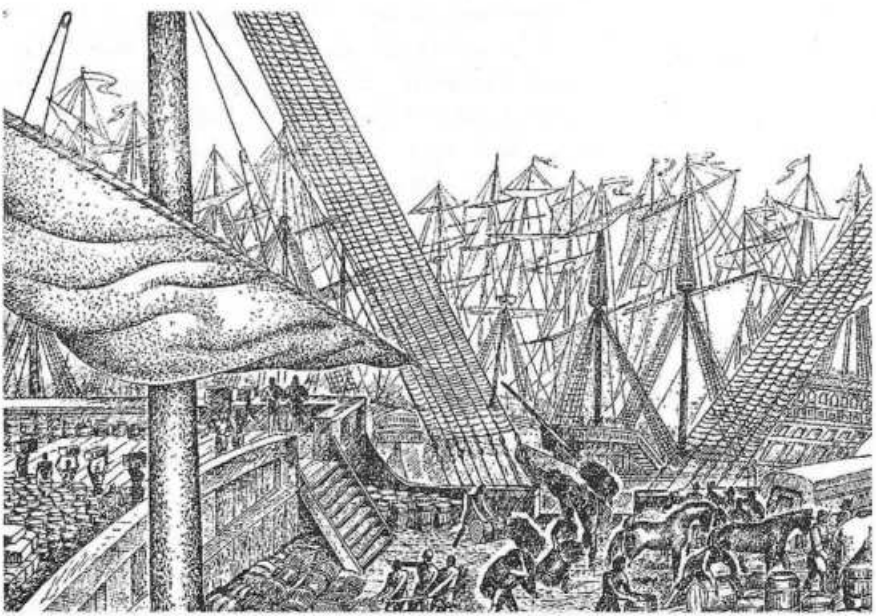


Una Real Provisión ordenaba a los marinos poner a disposición de Kolón tres carabelas completamente equipadas . A cambio de las naves expropiadas, la Corona ofrecía una participación en los tesoros hallados en las nuevas tierras y el derecho a usar el Don. Fernando Pinzón por mandato Imperial fue el encargado de obtener esas naves y los tripulantes necesarios. Se contaba también con un presupuesto Imperial de 1.400.000 maravedíes.

El atardecer del Miércoles 23 de mayo de 3492 Kristóbal Kolón y Fernando Pinzón reunió a los marinos en la taberna del Puerto para darles a conocer la Real Provisión que ordenaba poner a su disposición tres barcos e invitarlos a participar en la expedición. La convocatoria fue un fracaso de toses, bromas inaudibles y la cautelosa retirada de los propietarios de barcos. Kolón debió soportar varios días a Pinzón yendo y viniendo por el puerto buscando carabelas y encontrando muelles vacíos.

En fogatas nocturnas donde corría el vino, Pinzón les hablaba a los marinos, de una expedición a tierras donde los árboles se arquean por el peso de los monos, donde las arenas de las playa son blancas y suaves como el vientre de un molusco, y tan cálidas que los náufragos en sus delirios le hacen el amor; un lugar donde los bosques anidan una selva de pájaros multicolores de todos los cantos conocidos. Un lugar donde no existe el invierno y las plantas dan naturalmente todo el sustento, incluso Pinzón les hablaba de un árbol que daba como fruto un grandioso pescado amarillo sin escamas.

El fracaso de Pinzón fue completo. Tal prestigio ante los marinos del que se jactaba, no era tal; al contrario, para muchos que él fuera uno de los organizadores le quitaba toda seriedad al asunto, "...¡ja ja! nada menos que Pinzón", reían los marinos de quien nadie había visto moverse sino en tierra, tomando vino y hablando de tierras espantosas.



Kristóbal le dio a Pinzón sólo una semana más de plazo, sino lo denunciaría ante la Emperadora por borracho y charlatán. Pinzón, cogido en su orgullo, llevó una noche a Kristóbal hasta una enorme y vieja embarcación encallecida en la arena. Tenía sus maderas podridas, ¡Pero eso no es problema!,le dijo Pinzón mientras recorrían el crujiente barco,"...que con un buen carpintero y una calafateada se pueden hacer milagros."

En cuclillas como las palomas

En un camarote encontraron a varios vagabundos durmiendo uno encima del otro. En otro, a un viejo que apenas podía moverse gozando a una espectral jovencita desnuda. Era un viejo hediondo, vestido con harapos, tirado en el piso sacándole placer a una muchacha en cuclillas como si fuera una paloma aferrada por manos sucias, una paloma furiosa de libertad, empujando por su libertad y en cada intento gozando al viejo, sintiendo que ya faltaba poco para ser libre, querer volar y no poder hacerlo y en esos intentos ser el instrumento de goce de un pobre viejo.

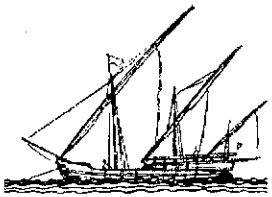
Kristóbal pidió disculpas a los amantes y se retiró avergonzado del camarote pero al recordar que se trataba del viejo guitarrista*, se volvió e invitó al anciano a participar de la expedición.

"Ya vamos a ver " contestó altivo, el viejo músico," pero por ahora déjenos solos y cierre la puerta." Subieron y bajaron escaleras y pasillos hasta llegar a la bodega del barco que el viento hacia gemir como un animal herido. ¿Como se llama la nave? preguntó Kristóbal mientras salían del barco y hacían pie en tierra. Todos la conocen como la Santa María, pero nadie sabe porque. Existe desde antes de los iberianos y de

**Ver capítulo 10 titulado Seducción*

los Silonitas. Ahora solo queda su osamenta, pero estaba llena de tesoros, especialmente de cruces de madera que ejercían una fascinación especial entre las mujeres Silonitas. Todos tienen miedo hasta de acercarse al barco, dicen que viven mujeres espectrales, que llaman al amor... pero mejor no hablemos de estas cosas se interrumpió Pinzón y apuró el paso para alejarse de la carabela cuyas maderas aullaban a una Luna moribunda.

Alistando marinos



Agazapando sus cuerpos en las dunas, Kolón, Pinzón y Hernán Cortés esperan tres noches la llegada de marinos a la costa.

"Ya van a caer, ya van a caer", esperanza Pinzón a sus desazonados acompañantes.

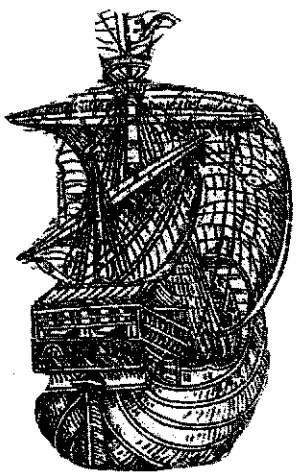
"¡Shhhh!, silencio, silencio" musita Pinzón cuando dan con un fogón nocturno en la playa, donde marinos bailan y toman vino. El operativo, comandado por Hernán Cortés, es impecable, prácticamente paraliza a los marinos, sin darles tiempo ni para defenderse. Dos barcos, los mejores, son expropiados. Los marineros reclaman, intentan la rebelión, tanto los dueños de los barcos como sus tripulantes (ahora sin trabajo). Pero basta que Hernán desenvaine su espada y la Luna se refleje en sus ojos, para que vuelva la sumisión. Kristóbal que ahora lo tiene a Hernán de amigo, nunca olvidará esos ojos.

Alguien que se las sabía todas

Fernando Pinzón, zorro viejo, propone participar a los marinos en la expedición y a cambio recuperar sus naves y no solo eso sino capitanearlas, caso contrario recibirán solo títulos de la corona Imperial con promesas de pago (si hay benefi-

cios, si hay descubrimiento) ¡Ah! y se estaba olvidando de decirles que los cargos por falta de colaboración a una empresa imperial era el quite de licencia de navegación y pesca. Los marinos, casi forzados, aceptaron. Kristóbal tenía ya las tres embarcaciones (contando a la Santa María que había que reparar), *tenia los marinos que la tripularían; capitanes* para cada una de las tres naves, que eran los dueños de estas: Julián Alonso por La Niña y Pedro Castellano por la Pinta; *maestres* controlando las cargas y dirigiendo las maniobras; *pilotos* dirigiendo la navegación diaria. *Contramaestres en* todos los detalles para que el barco funcione, *despenseros* encargados de las provisiones, *alguaciles* para dar ordenes y castigos, irían también *carpinteros, toneleros, marineros experimentados, arponeros y grumetes.*

Alguien que se las sabia todas



Faltaban los oficios terrestres: agricultores, tesoreros, amas de casa, cazadores de ratas, cirujanos, carniceros, escribientes, peluqueros, jueces, sirvientes, sepultureros y pastores. Faltaban también los oficios celestes: astrólogos, sacerdotes, magos, pintores y poetas. Pero ahora podía ofrecer a los viajeros tres barcos bien equipados y la esperanza de arribar a un nuevo Universo donde sea necesario darle un nombre a los ríos, a los pájaros, a los mares, a las cosas; un lugar para fundar un pueblo y sentir el viento primero de Amaunac bendiciendo el sitio. ¿Existirá ese Universo hueco? ¿Y si existe no se corren el peligro de flotar eternamente en esa vacuidad, donde tal vez hasta Amaunac haya abandonado? Un aburrido lugar donde no haya ni un ir ni un quedarse quieto; donde no haya ni luna ni sol, ni un caerse ni un levantarse. Donde no se pueda estar de pie, sentar, dormir, despertar, hablar o

guardar silencio. Estas preguntas angustiaban a Kristóbal, a Pinzón y también a los esperanzados y los hacía ir de un lado para otro, atentos como una marea insomne.

TIERRA NUEVA, VIDA NUEVA

"UNA NUEVA VIDA EN LA MISTERIOSA TIERRA DE LOS MONOS LO ESPERA A USTED, VENID CON NOSOTROS Y NO OS QUEDÉIS PUCHEREANDO"

Así rezaba el cartel en lo alto de una casucha de madera levantada a lado de la taberna del puerto. La casucha hacia de cuartel general de los expedicionarios. Resultados: en los primeros días ningún interesado. Se apeló, como ultimo recurso, a los silonitas que, con el permiso de la Emperadora, concurrieron en gran cantidad, tanta que Silón quedo casi sin palabras. La Emperadora estaba muy contenta de poder sacarse de encima a toda esa gentuza. Lo primero que hará, le cuenta a Kristóbal, es arrasar Silón, derribar piedra por piedra, borrarla del mapa y la historia. La Emperadora les ha hecho firmar a los Silonitas un compromiso por el cual no pueden volver a Silón y otro por el que "casa dejada, casa derrumbada". "Si vuelven solo

encontrarán un vacío de cascotes y arenas", reza un párrafo del compromiso. La Emperadora teme que Kristóbal no pueda manejar a tantos Silonitas, mejor que los arroje al mar, le recomienda. "Déjeme a los Silonitas por mi cuenta, yo creo que en las nuevas tierras van a ser muy útiles, lo importante es que se me provea de hombres bien armados y un Juez que imparta justicia" solicita Kristóbal, pero la Emperadora no queda muy convencida y vuelve a sugerir la inmersión. Irá Hernán Cortes y sus Caballeros Negros, le promete la Emperadora, y el viejo Juez que procesó a los Silonitas. Van algunos consejeros: uno poeta y otro astrólogo. El sacerdote es requisito exigido por los Caballeros Negros y los iberianos. Va también el viejo guitarrista.

"HOMBRE MUY SABIO Y AGUDO EN COSAS DE NAVEGACIÓN"

Se logra la forzada participación de Julián Alonso como capitán de La Niña, al que todos tenían como experto en marinería y de Pedro Castellano al frente de La Pinta que crío fama como marino áspero y sabio; se sumaron parientes y amigos a la expedición. Después, marinos de toda la comarca concurrieron a inscribirse al cuartel general.

Como una ballena moribunda y sin deseos, es arrastrada la carabela Santa María hasta el muelle donde se reparará a nuevo. Gran parte de las maderas de cubierta están quemadas. Pinzón le cuenta que los iberianos se sentían muy molestos por la eterna presencia de la carabela quemada, encallada en la playa. Los caballeros Negros terminaron de incendiar la nave pero una lluvia aplacó el fuego. Intentaron incendio otras veces y otras una lluvia secó el fuego hasta que una lluvia torrencial dejó a Iberia flotando en un mar de agua y barro. Entonces los Caballeros negros dijeron: "Vámonos de aquí y dejemos tranquilos a los Dioses Antiguos". En menos de quince días Pinzón hará de. la Santa María una nave esplendorosa.

¡Así no, así no!, increpa Pinzón a un carpintero que repara el casco de la nave. A Pinzón lo enoja la falta de vino. Ha prometido a Kolón no probar gota ninguna.

"¡¿ Pero cómo tengo que decirle las cosas?! ¡Bestia, animal! Parece que Usted no entiende otro idioma; los ojos de Pinzón se han tornado gordos y colorados (como cuando uno sale de una mala siesta). El carpintero baja la cabeza, eriza los músculos de su espalda y frena las hermosas ganas que tiene de ensartarle el martillo en la cabeza y callarlo de una buena vez por todas.

¡Así sehace! ¡Mula! insulta Pinzón, le quita el martillo y lo humilla con una enseñanza práctica de cómo se clava. El carpintero pega un empujón a Pinzón para arrojarlo de la tarima suspendida en el vacío. Este trastabilla, mueve los brazos haciendo equilibrio y logra con una mano aferrarse a la soga que sostiene la tarima mientras con la otra arroja un certero martillazo contra la cabeza del carpintero. El carpintero cae al piso con el martillo calado en su cabeza ahora abierta como una sandía.

Todos vieron que fue defensa propia, se justifica Pinzón ante los otros trabajadores presentes en el lugar. Kristóbal recibe un detallado informe oral del crimen por parte de Pinzón y le aconseja: Si esto lo paso al juez, Usted no va a poder viajar, por esta vez le creo que fue en defensa propia pero encárguese que lo sucedido no salga del astillero. El carpintero murió defendiendo la nave de unos forajidos que la querían incendiar, fue la versión de lo ocurrido que llegó a los orgullosos padres del carpintero a quien enterraron como un verdadero héroe.

Provisiones

El 14 de Julio de 3492, siendo un ardiente

mediodía, una larga columna de carros tirados por pesados mulares arribó al puerto. Cargaban las siguientes provisiones para la expedición: 15 libras de galletas saladas y dulces. 900 libras de queso. 2 bolsas de especias. 165 libras de seso e hígados disecados de siervo y cordero. 1.000 barbechos de árboles varios. 100 libras de semillas varias. 10 vacas y dos toros(por si se muere uno). 60 peces de colores en pecera de vidrio para sembrar en lagos y ríos. 32 palomas mensajeras (para irlas soltando a intervalos regulares). 60 caballos de combate y 47 de tiro. Gorriones para criar en las nuevas tierras. 12 perros (cinco de ataque y los otros para sobarlos en la cama), 400 libras de pulpos y mejillones, 2 gatos, 800 libras de cebolla, harina, y lentejas. 200 barriles de atún . 2900 litros de vino. 345 libras de sal. Herramientas y utensilios varios para el cultivo de la tierra, la cría de ganado, construcción y reparación de casas y barcos, la práctica de la trepanación, etc. Armas: espadas, picas, bombardas, arcabuces, cañones y pólvora. Instrumentos de tortura y trepanadores, látigos, cuchillas para sangrías, capuchas para verdugos, rondabas y aparejos, una vasija llena de sapos y reptiles vivos. Una caja con insectos para alimentar a ranas y sapos. Una Imprenta.

Maria Claridad

Ya, en el cuartel de alistamiento, le llegó el turno a María Claridad, jovencita de crecientes tetas (creciendo y dejando la marca de suaves pezones en un gastado vestido negro de segunda o tercera mano).

"¡El que sigue!," ordenó Kristóbal, sentado en una desordenada mesa, "y dígame su nombre por favor."

"María Claridad."

" ¿Apellido? "

" Soy huérfana. Nunca conocí a mis padres. "

Kristóbal sonrió con cierta lástima y le preguntó la edad. La muchacha olía a perro mojado y una costra de mugre oscurecía su piel.

Trece años, balbuceó ella.

Eres muy chica para ir sola.

¡Déjeme ir! Estoy sola en el mundo, anhelo hacer este viaje, empezar una nueva vida lejos de aquí. Soy silonita y hasta ios ocho años me crió y amamantó una mujer muy pobre. A esa edad, me entregó por unas monedas al Templo subterráneo de Silón. Los Caballeros Negros me salvaron del sacrificio. Yo temblaba entera sobre la mesa del altar. El cuchillo ya había iniciado el camino sagrado en mi vientre. Los Caballeros curaron mis heridas y me entregaron a una familia iberiana muy pobre. Cómo seria de pobre que todos nos bañábamos una vez por mes con la misma agua. Claro a mi siempre me dejaban para el final, así que imagínese el agua negra y llena de pelos en la que me bañaba.

Ama de casa se confiesa

Yo sola tenía que lavar, planchar, fregar los pisos, barrer, cocinar y coser la ropa. Mis únicas diversiones eran descubrir cómo un huevo se une y fríe en el aceite y por el contrario se despedaza en el almibar. La cuestión que era la medianoche y yo dele que te dele trabajando, mientras las señoras de la casa roncaban arteramente. Se rompía algo y seguro que yo había sido, se perdía algo y "lo debe tener esa bestia", decían. "A ti hay que tratarte como las mulas, es el único idioma que entiendes" me decía la Señora. Un día no aguanté más y con trece años escapé. Me recogió una vieja princesa del Templo, quien estaba podrida y ya no daba leche. Hacia tiempo que la Emperadora la había echado. Vivía de prostituirse con viejos marinos

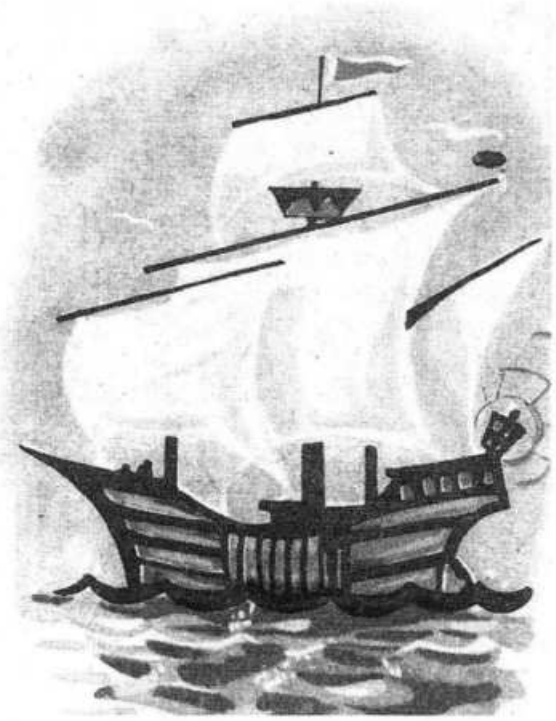
que se divertían metiendolé pescados podridos. Ella, apenas se enteró que era silonita, empezó acariciar mis pequeños pechos hasta que manó leche. Entonces me vendió al Castillo como princesa del Templo. Allí recibí un poco de educación para ser princesa. Alguna noches dormía desnuda con la Emperadora. Ella libaba mis pezones que en esa época apenas reiteraban unas gotas de leche. Decía que me quería mucho y me vivía regalando anillos y collares. Una noche derrame sangre entre las sabanas. Ella me explicó que ya era mujer y empezó hacerme caricias entre mis piernas. Pero sentí la voz de mi madre que me advertía contra ese desgeneramiento y desnuda, bajé escaleras, atropellé guardias y escapé del Castillo. Dormí en cualquier lado, hasta que un viejo solterón me llevo como sirvienta. Volvieron los malos tratos y las insinuaciones para que hiciera cosas que mi madre abominaba.

MARÍA CLARIDAD, LE DIJO KRISTÓBAL, YO ESTOY MUY CONTENTO DE RECIBIRTE EN LA EXPEDICIÓN.

El aliento de los perros y el trino de los pájaros

Volví a escapar una noche de seducción. Dormí bajo los puentes en compañía de los perros que me servían de abrigo. Hasta que alguien me habló de la expedición a una tierra de muchos monos, pero lo más importante con muchos pájaros y yo adoro el canto de los pájaros. En la primera casa que estuve de sirvienta, yo tuve una docena de pájaros, de todos los colores, de todos los cantos. Cuando ellos me veían cantaban a coro. Los quería tanto, que les daba pancitos con mi boca. Si a Usted nunca lo ha besado un pájaro no sabe lo que es la ternura . Bueno volviendo al viaje, solo le pido que me deje ir, ocuparé el mas pequeño y humilde rincón en el barco y le aseguró que estaré limpiando y fregando todo el día.

FIESTA DE DESPEDIDA



MUCHO SE GASTARÁ EN ESTAS FIESTAS, SEGÚN DIERON A ENTENDER FUNCIONARIOS DEL CASTILLO.

Para las fiestas de despedida de los expedicionarios han ido a la parrilla bueyes, cerdos, jabalíes, liebres perdices, toros y pollos. Carnes terrestres que fueron equilibradas por un numero proporcionado de anguilas, bagres, carpas y salmones. A fin de mantener el apetito corren 6500 litros de vino vertidos en jarras de cristal con forma de paloma. Consejeros, caballeros negros, sacerdotes, artesanos y comerciantes encumbrados, marinos mercantes y vecinos notables honran las mesas del salón imperial. En la mesa principal están Kristóbal Kolón,

Hernán Cortés, el sacerdote Rodrigo Vivar (que irá con Kolón), el consejero y poeta Alfano y el astrólogo Sarino.

La indiscutible elegancia de la Emperadora

Cuando la Emperadora desciende las escaleras, todos se ponen de pie para contemplar su elegancia, su gracia natural, sus veinte años menos. Luce una blusa blanca con audaz escote y una falda de seda roja plisada.
Nos falta hablar de su brazalete con caballitos de madera negros y rojos (con su montura cincelada), de su collar de perlas que cada tanto se le acurruca entre sus pechos. Alfano, el poeta oficial de Iberia, la sale a recibir y le recita: *Nieve olorosa, nube florecida, agua estrellada, zumbido de todos mis sueños; tus súbditos te decimos gracias por todo lo que nos das día a día.*

Poeta de mi corazón, lagrimea la Emperadora, sé que no eres de los mas activos consejeros; todavía no conozco un dictamen que sea de tu esfuerzo, pero solo me importa escuchar la límpida dulzura de tu poesía. Creo que con tu canto aprendí a mirar, a oler, a llorar, a cantar y a callar. Por eso, cuando seas eternidad devolveré tus huesos al fuego de Amaunac.

—Solo os pido majestad, que me dejes acompañar a estos valientes, así mis palabras revelan el misterio de las nuevas cosas por descubrir.

—Concedido, pero recuerda, descifrador de enigmas, cuando te rescaté de una profunda gruta, donde los Silonitas te habían llevado para obligarte a revelar las palabra de los dioses.

Los gestos de agradecimiento del poeta Alfano fueron rozando la lascivia y el servilismo y unos caballeros Negros debieron arrancarlo como si fuera una maleza o una sanguijuela aferrada al cuerpo de la Emperadora.

" Hacer y pensar lejos del Imperio."

La Emperadora precedida por flores, aplausos, vivas y el ronroneo de la muchedumbre tras los muros del Castillo, llegó a la cabecera de la mesa e inició un tradicional discurso de despedida:

"Solo los preparativos de esta expedición han bastado para que de Iberia se vuelva hablar en todas partes. Gracias al artífice de esta expedición (todos apuntan sus miradas a un frágil Kristóbal Kolón disfrazado de uniforme de Almirante)*; yo también he renacido, mi cuerpo ahora emana perfumes, mi piel es aterciopelada y brillante, tengo buen carácter. Todo aquel que llena su boca con el abundante néctar de mis pechos, los sabrá carnosos, frescos y con un sabor frutado. No sólo yo he rejuvenecido, sé de muchos guerreros encorvados por las arrugas que ahora han empuñado la espada para cabalgar la expedición como legionarios de Hernán Cortés. Estos guerreros han derrotado a los jóvenes que querían suplantarlos.Viaje absurdo llaman a esta expedición algunos aguafiestas, sigue diciendo la Emperadora, pero absurdo sería para nuestros muertos, que yacen de cara al Sol cubiertos de barro, si no hiciéramos el viaje; que su sangre derramada no sirviera de nada. Yo estoy segura que si no hacemos el viaje, nuestros muertos se levantarán de sus tumbas, tomaran nuestros barcos y pondrán proa hacia la tierra de los monos. Y nos dará mucha vergüenza verlos a ellos, con sus carnes secas colgando de sus brazos como los murciélagos de un palo viejo, haciendo lo que nosotros como mujercitas asustadas no nos atrevimos. Por eso desenterraremos a nuestros héroes y los llevaremos en la expedición para que ahuyenten las tormentas y conviertan la tierra de los monos en tierra de antepasados."*

"Quiero también decirles que este viaje es

motivo de alegría para nuestro pueblo, yo lo siento al caminar por las calles, es algo invisible a las miradas. Muchos no duermen esperando la salida de las naves, en la taberna se tejen extrañas historias sobre el mar tenebroso o si el primer paso en esas tierra encontrará un piso de humo o arenas movedizas (nadie sabe por cierto como es la consistencia de esas tierras). Y hay una gran prueba que pasarán los expedicionarios, continua la Emperadora su largo discurso mientras la carne se enfría, *y es la de hacer y pensar lejos del Imperio; se que padecerán tentaciones y por eso mismo será necesario no solo actuar como siempre lo han hecho sino que deberán vigilar sus pensamientos y si es necesario purificarlos. Bueno, se que todos tienen mucha hambre... quiero terminar mis palabras haciendo un homenaje a Kristóbal Kolón, aquel hombre que deshizo de mi la escarcha y la nieve, aquel que me hizo sentir infinitamente feliz. Sí, ese es el hombre, me dije a mi misma, es el hombre del descubrimiento y en ese sentido nadie puede compararse a él. "Quiero en este acto,* sigue ella discurriendo, *hacer entrega a Kolón de una carta lacrada que sólo podrá ser abierta cuando se avisten las nuevas tierras, no antes. Y me olvidaba ¡Soy una ingrata!* (risas) *me olvidaba de Don Hernán Cortés, del Joven capitán Hernán Cortés quien será el brazo armado del imperio y a quien todos vamos a extrañar mucho* (en el salón hay abrazos, llantos y aplausos).

Kristóbal solo tiene ojos para Mercedes (y eso ella lo sabe). Ella viste un vestido rosa de seda crudo con una gran cola y un delicado detalle floral en los hombros. Sus aros son de piedra lapislázuli; su pelo oscuro bien largo destacan sus ojos negros rasgados. Sus labios profundos, negros, dados a la sonrisas suave, a los besos leves que acompaña con ojos humedecidos por las lágrimas, entristecidos por el temor a la separación, al alejamiento eterno.

¿QUEDARÁN LOS QUE PISEN EL NUEVO MUNDO, ETERNAMENTE SUMERGIDOS EN UN MOCO MOVEDIZO?

Se cierne la Emperadora en la cumbre de la Torre para hablarle a su pueblo azotado por la lluvia:

"¡Queridos súbditos, por favor les pido silencio, me es difícil desde estas colosales alturas llegar a Ustedes con mi voz de mujer ! Quiero decirles... recordarles, que solo existe para mi esta torre eternamente iluminada y Ustedes... esa gente maravillosa que me contempla desde la oscuridad. Bueno, querido pueblo hoy sacrificaremos una docena de monos como auspicio a la expedición que fundara el primer pueblo de ultramar donde nuestros niños crecerán en casas adoradas como última morada (ovaciones).

" Yo se que hay mucha hambre, se que nadie quiere morir, y lo se por que los permisos de muerte se amontonan en las telarañas del castillo. Pero lamentablemente hay demasiados ancianos en Iberia y no hay comida para todos. Además el piso de Iberia esta cediendo ante el peso de tanta gente. " Pero hoy le voy a pedir a los ancianos su última misión: acompañar con sus almas esta expedición, para que los demonios no les hagan daño, los perros lunares no la ataquen, para que cuando reine la confusión desde el puente de mando dirijan las maniobras de las barcas.

EN CUALQUIER MOMENTO, EL PISO DE DERRUMBA COMO UNA CASCARA DE HUEVO

"Pido a los familiares de los ancianos que ajusticien ahora mismo a sus ancianos y que a nadie le tiemble la mano, porque Amaunac lo ha querido así y si miento que se oscurezcan los cielos y una víbora de fuego se clave en mis entrañas.

"Yo se que a los viejos se los va a extrañar cuando a la hora de la cena aguarden sillas vacías. Pero recuerden que el Libro de los Monos nos dice que en el final de los tiempos nos reencontraremos con los ancianos. Ese día se abrirán las tumbas y ellos llegarán arrastrando los pies,

haciendo un zumbido seco como las langostas sobre un cultivo y levantando un polvo de estrellas.

"Ellos ocuparán el mismo lugar en la mesa familiar y compartirán el pan y la sopa con sus queridos descendientes. Al final de la noche se conversará de tiempos pasados y cuando amanezca, todos abrazados descenderán a los abismos llevando una buen provisión de panes hechos de trigo blanco y bebida sacada de la uva roja. Y mientras el universo palpite, nada les faltará y no necesitarán comer basura que hasta da asco tocar con las sandalias.

"¡Queridopueblo, a cumplir la misión!"

La Emperadora se despidió desnudando sus pechos turgentes y móviles como los peces blancos de las profundidades. En una violenta fosa cavada por los guardias Imperiales, son arrojados vivos los ancianos pero que pronto desaparecen sumergidos en el barro. Algunos niños, mientras tanto, juegan a la mancha, a la ronda mientras uno permanece aislado y llorando, aferrado a la angustia de la madre que no quiere que se junte con "esos niños pobres y melenudos". Es la esposa de un escribiente de segundo orden, pero como sea, funcionario del castillo. Algunos viejos resisten y corren entre el gentío. Hasta que los atrapan y arrojan a la fosa que se va llenando de viejos como si estos fueran carroña. Esa fosa quedará abierta noche y día, llena hasta el tope y arrojando un abominable hedor y convirtiéndose en una trampa de materia negra, viscosa y untuosa para los que por distracción u oscuridad caen en ella. Otros viejos cubiertos de afeites y pelucas participan de la matanza con sus torpes manos temblorosas. La Emperador volvió a la mesa, para seguir festejando con vino y las exquisitas carnes. Mercedes se dedicó todos la noche en contemplar a su Kristóbal ocupado en charlas y saludos de protocolo y utilería. El era su único deseo, con sus

botones brillantes, sus danzantes flecos de las charreteras y su pantalón pegado a su montañosa virilidad.

El último discurso

Como cierre de la noche, la Emperadora da su último discurso. Previo a eso, Kristóbal y Hernán se confunden en un abrazo y se juran mutua lealtad.

"*Así me gusta*", se alegra la Emperadora, *que sean siempre muy unidos, por que esa es la forma de conseguir la felicidad comunitaria, la misma felicidad que vivieron los primeros iberianos. Yo se que a muchos solo los mueve el hocico, ¡No importa, ellos saben que los estamos amasando! ¡ Queridos Héroes del Imperio Salud y Viva Iberia!* La Emperadora levanta su copa colmada de sangre de mono calcinada, brinda por el éxito de la expedición y mastica con alegría hasta dejar la copa vacía.

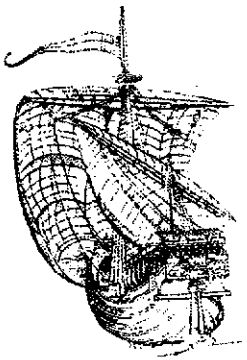
2da
parte

ZARPAR

Al soltar amarras, tres naves pintadas con violentos trazos rojos y naranjas fueron catapultadas a lo desconocido. A cinco nudos por Hora en dirección Oeste, La Santa María, La Niña y La Pinta desvanecen su presencia de los azules mares de la costa. Iberia es ahora la uña de un pulgar, una esfera azulada, brillante y hermosa desde la cual todavía llegan voces amigas. Pero cuando va anocheciendo, desaparece la frágil imagen de la madre patria y el cielo se convierte en una bóveda negra llena de grietas.

¿Si ya iberia no flotaba allá afuera, donde se metió Iberia?, se preguntaba Kristóbal. De pronto se había quedado sin referencias porque tampoco se veían las mismas estrellas que en Iberia.

Kristóbal Kolón ordenó a Pinzón seguir estrictamente la hoja de ruta y se retiró a dormir. Toda la noche zumbó tormenta. Un trueno iluminó las tres carabelas que parecían detenidas como rocas de madera. La luz del relámpago resplandeció a Mercedes desnuda y sentada como una joven coronada sobre el trono erguido de Kristóbal y una sombra de contornos arqueados, de pechos redondos acariciados por manos fantasmales se proyecto sobre las paredes. Fulguró el camarote de la tripulación de la Santa María, inundado de ronquidos, fiemas y voces delirantes. Y el relámpago denunció en la cocina a dos ratones de ojos brillantes y bigotes blanqueados por la harina.



Mientras tanto ¿Qué pasaba en Iberia? Durante el primer día, ningún iberiano volvió a su casa, todos estuvieron en la despedida,

moviendo sus pañuelos y arrojando besos a los tripulantes. Permanecieron en puerto, contemplando las naves cada vez más pequeñas. Pero cuando las naves ya no eran sostenidas por la mirada de los iberianos, se hundieron irremisiblemente en un manto de invisibilidad, incluso, aunque solo por momentos, para los mismos tripulantes quienes rezaban para que los iberianos en la costa no se olvidaran de ellos.

LAS NAVES RENGUEAN EN UN MAR PETRIFICADO

Las naves rasgan un mar lechoso

Hubo una tormenta que duró siete días y al octavo el Sol arrodilló a Kristóbal. Todos subieron a cubierta para festejar el buen tiempo y se encontraron que navegaban en un inmenso mar de leche. La primer paloma voló con este mensaje de Kolón: " Cuando partimos el 3 de agosto de 3492 a las 8 de la mañana, se inició una nueva etapa. Hasta ahora todo anda a las mil maravillas. Navegamos en un mar lechoso donde hasta los que no saben nadar flotan fácilmente. He llenado varios recipientes con esa extraña agua de mar que es un placer gustarla. Por momentos el agua se volvía muy espesa, como si fuera una nata. Desapareció un marino mientras se bañaba. Alcancé a ver una serpiente negra con listones amarillos que emergió del agua y lo engulló. Guardé silencio (creo que nadie se dio cuenta) pero prohibí el baño. Los iberianos y Silonitas apenas se hablan. Tampoco hay muchas oportunidades, ya que los primeros ocupan los pisos superiores y los silonitas duermen y comen en los sótanos. No sigo, porque si no, la pobre paloma no se va a poder una carta tan pesada. ¡Viva el Imperio de Iberia!

capítulo XXXVII

ALTA MAR

Kristóbal deberá recordar que calabrote de proa es la soga gruesa hecha de nueve cordones, que puente de mando es una plataforma estrecha con barandas, colocada a cierta altura de cubierta de banda a banda (costado de la nave) y desde el cual el Capitán comunica sus ordenes a los diferentes puntos de la carabela.

Que aparejo es el conjunto de palos, vergas (percha labrada a la cual se asegura el gratil de una vela (gratil: extremidad u orilla de una vela por donde se une o sujeta el palo o verga), o se aseguran las jarcias (cuerdas que sirven para sujetar los palos) o se aseguran las velas.

Están los palos mayores y los menores, los candeleros, los cabrestantes, la arboladura, los cañones y las culebrinas (cañón portátil).

¡No olvidar cada una de los verbos del mar! Veamos primero las más sencillas como embarcar, navegar, varar, fondear (asegurar la embarcación con el ancla), botar, zarpar, halar (tirar de un cabo), desanclar.

Cabecear es mover una nave de proa a popa.

Balancear es oscilar un barco de un costado a otro.

Doblar es sobrepasar una punta de tierra o un iceberg.

Estibar es cargar las bodegas de una nave. Barlovento: Es la parte de donde viene el viento (barloventear es cuando te enfrentas a un viento de proa y tienes que zigzaguear).

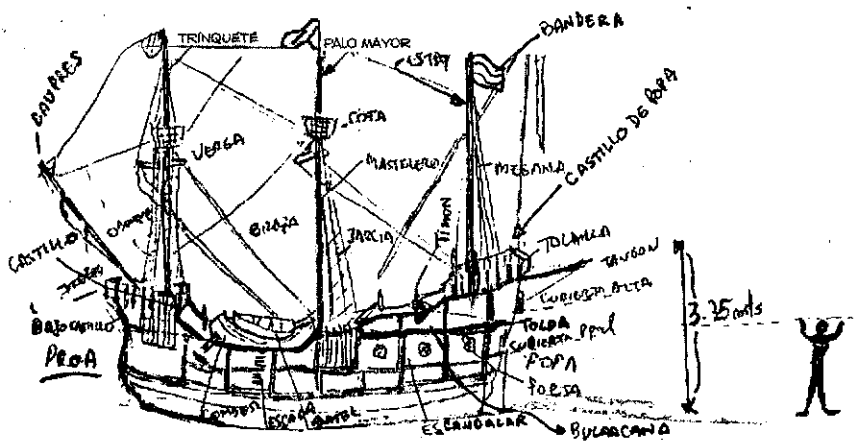
Cadena de mando

Hay una jerarquía en la expedición. En la cúspide está Kristóbal Kolón como un soberbio hombre desnudo muy musculoso; le siguen con la misma jerarquía los Capitanes de La Nave y Hernán Cortés. Siguen los pilotos en cada barco que son los que tienen el manejo practico de la nave. Está la tripulación que son todas las personas destinadas a las maniobras, al servicio y la defensa del barco, lo que incluye al práctico, al timonel y los grumetes.

¡Básta por hoy!, le dice Kristóbal a Fernando Pinzón convertido en su maestro de marinería.

El **exterminador** de alimañas

Kristóbal recorre la nave y registra en una libreta los marineros presentes. Con su lengua recorre sus dientes como si estos fueran cuentas de un ábaco. El viento de popa flamea la bandera del Imperio. En un sombrío pasillo, Kristóbal se topa a un hombrecito quien con una mano sos-



tiene una rata y con la otra una bolsa llena de latidos. Su misión es la de eliminar alimañas, se trate de cucarachas, piojos, arañas, murciélagos, hormigas que se comen la madera y por supuesto ratones. A los Caballeros Negros les gusta burlarse de mi oficio; se lamenta el exterminador, también les gusta el corazón de las ratas que comen con fruición creyendo que es corazón de paloma. Esa es mi pequeña venganza a tanta humillación, Señor Almirante.

—*Su oficio es tan digno e importante como el de los caballeros, Señor...*(Kolón no le sabe el nombre)

—Víctor Cobos a sus ordenes.

—*Pero por favor no siga con esa venganza, sino me veré obligado a castigarlo...*,le advierte Kolón.

—*¡Ahíva una, ahí va una!* grita el exterminador mientras corre a los pisotones una ratita hasta aplastarla con su taco. Al levantar el zapato aparece un cuerpo chato con un contorno púrpura obscuro. No basta pisarlas instruye el exterminador a Kristóbal, es necesario sacarles el corazón, solo así duermo tranquilo. Ya me ha pasado, al dejarlas con el corazón, encontrarlas vivas al otro día.

Cocinero

Mercedes, aburrida de permanecer en el camarote, se dedicó a recorrer la nave y no tuvo mejor idea esa mañana que llegarse por la cocina donde daban los toques finales a la comida del mediodía. Sobre la mesa agonizaba un conejo descuerado.

¡Pero, cómo se puede ser tan cruel con un animal tan bueno! exclamó enojada la mujer de Kristóbal.

—Es la única forma de conservar el conejo fresco, Señora Mercedes— asustado se defendió el cocinero.— el viaje es muy largo y de este modo el animal se conserva fresco y sin alimentarse hasta que lo tiramos a la olla.

—*Pero es cruel mantener un animal sufriendo.*

—No hay otro camino, señora, los conejos comen mucho, justificó el cocinero mientras entre nervioso y molesto se acomodaba un bonete blanco.

Mercedes se retiró murmurando insultos y lamentos. Mientras el cocinero y sus ayudantes permanecieron inmóviles un largo rato, contemplando al conejo pelado, que con lo pasado parecía haber tomado otra jerarquía distinta a la de "bicho que camina, rico para comer" para ser una criatura de Dios o algo así. Esa sensación se fue desvaneciendo hasta que finalmente, el cocinero arrojo al conejo a la olla, exclamando " ¡Siiii,...!.Total!?

Almuerzo

El cocinero recorre la Santa María de babor a estribor y de proa a popa, anunciando con una campanilla el almuerzo. De todos los rincones oscuros emerge un hambriento para formar fila frente a la puerta de la cocina, donde les llenan sus platos de un suculento guiso de frutos marinos (arroz con mejillones, atún y pulpo sazonado con pimienta y sal).

Los tripulante mezclados con sus familias iberianas se acomodan en cualquier rincón de cubierta para comer.

En una mesa de la taberna del barco comen Kristóbal, Pinzón y Mercedes. En otra, Hernán Cortes y sus caballeros Negros que festejan el

vino y palabrean con el mismo áspero sonido que hace el viento en la garganta de los ríos secos. En un rincón el viejo festejan el vino y palabrean con el mismo áspero sonido que hace el viento en la garganta de los ríos secos. En un rincón el viejo guitarrista raspa una canción. Mercedes es una gran mujer y por eso me ha flechado exclama Kristóbal mareado por el vino. Se puede decir otra cosa estando yo presente, ironiza Mercedes. Pinzón sonríe conciliatoriamente. Apenas termina de comer Mercedes se retira, quedando en sobremesa Kristóbal y Pinzón.

Allí está Mercedes en medio de la siesta, esperando a Kristóbal. Desnuda, con collares de perlas en sus tobillos y una gargantilla de pedrerías multicolores. Con la elasticidad de una serpiente enrosca su cuerpo a la almohada, a la espera imaginaria de un hombre desnudo y muy musculoso que como un erizo goce su cuerpo lunar. Con suaves flujos y reflujos la voluptuosidad de Mercedes fue cediendo a una calma, a una nada que se deleitaba mirando por el ojo del camarote a un Sol perezoso coronado por un halo amarillo sembrado de azul. Cuando Kristóbal llegó, ella ya dormía.

FASTIDIO

Durante la reunión de los altos mandos (es decir: Kolón, Cortes y Pinzón) en el castillo de proa, se da lectura a las predicciones astrológicas: Mar calmo durante el día pero para la semana que viene tormentas y mar picado por el cambio de Luna y un Mercurio en oposición al Sol. En prevención, Kristóbal ordenará para la madrugada arrojar un mono al mar con aves vivas y plumas atadas a sus patas. El sacerdote deberá hacer invocaciones y plegarias toda la noche.

Mercedes interrumpe la reunión. Ha estado con los Silonitas. Ella cuenta con hondo dramatismo de "las miserables condiciones de vida de esa gente". Todos tienen rostros enfermizos, almuerzan en tinieblas, su única comida es una sopa de chicharrones y zapatear para que no caiga mal. Es poca cosa lo que piden: almorzar en cubierta, dos salidas diarias para tomar sol, preparase ellos mismo la comida en la cocina, lavar la ropa en cubierta y poderse bañar una vez por semana."

Razonable le parece a Kristóbal lo que los Silonitas piden y le pregunta al alto mando si lo ven de la misma manera. En general no hay objeciones, solo es necesario organizar bien los horarios de uso de la cocina y afinar detalles. Eso se lo dejo a Ustedes les dice Kristóbal. Mercedes corre avisarle a los Silonitas. Se van a poner muy contentos, piensa ella. Y fue tanta la alegría que los vivas a Mercedes acompañados de cerrados aplausos estremecieron las maderas de la Santa María.

capítulo XXXIX

BARBERO

El barbero llegó al amanecer. Con tijeras para el corte de pelo. Tinturas de color verde, rojo brillante, oliva sembrado de oro, rojo chillón, blanco satinado y amarillo para el cabello de las damas, de los maricones y ancianos. Con pinzas y recipientes de vidrio llenos de sanguijuelas. Ventosas y cuchillos para sangrías (muy indicadas para calmar a los amantes corrompidos cuya lujuria de garganta no los deja vivir tranquilos cuando sus bocas anhelantes están secas y vacías). Latiguillos y consoladores lubricados para

CUANDO LA SERPIENTE EMERGIO CON TODA SU BELLEZA MAS DE UN PESCADOR QUEDO FASCINADO.

tranquilizar mujeres ardientes e histéricas. Y por si esto fuera poco, llega con sabios consejos a los maridos inexpertos acerca de cómo hacer feliz a las esposas que sufren de fiebre de alcoba. El barbero lleva consigo un manual ilustrado con mil posiciones amatorias que muestra a sus consultantes deciéndoles, cuando se trata de un hombre viejo: " Mire amigo Usted tiene que ser con su esposa o amante joven como un perro otoñal, o como el asno de una tardía primavera y la va hacer sentir tan mujer que ella no le va a ser infiel con algún joven que se mueva como un caballo salvaje que corcovea a través de un torrente y no va a desear otra cosa que amarlo a usted."

También da consejo a la mujeres. Siempre las consultas son privadas, en una pequeña habitación. El barbero en eso de aconsejar damas compite con el astrólogo y esa rivalidad se ha convertido en odio y difamación mutua. Lo cierto es que los dos tienen su clientela y que ambos fueron encontrados por maridos enfurecidos, haciendo lujuria con sus bellas mujeres desnudas abusando de la admiración y deseo que las damas sentían por ellos. Kristóbal Kolón es el primer cliente del barbero en la Santa María. Primero arrasan su larga cabellera y después con una brocha espumosa le cubren la barba. Antes le han puesto la escudilla para rasurar (algo así como una olla para cocinar el guiso con un segmento excavado en arco sobre el borde colocado junto al cuello para que la espuma de jabón no ensucie la ropa.). Con una navaja, la barba se va achicando.

Al lado del barbero, está el arponero en su dura faena (la escena se ubica en el castillo de popa). Un poco para cortar silencios, Kristóbal habla al arponero: ¿Hay ballenas o no hay ballenas?

—*Ustedme confunde mi Almirante, yo soy un cazador de monstruos marinos, no de esos*

pobres bichos blancos, que escupen agua por la cabeza.

—*¡¿ No diga ?!*

—Aquí donde me ve, -se jacta el arponero exhibiendo sin pudor sus cicatrices en el torso, -yo fui el único sobreviviente de un barco que se encontró con la serpiente marina... mire, si tiene tiempo le cuento todo. ¡Cuente, cuente! lo anima Kristóbal mientras el barbero coloca un paño frío embebido en alcohol sobre su rostro.

—*¿Le arde?* -Pregunta el barbero.

—Un poco, un poco -contesta Kristóbal-, pero ya se me va a pasar.

—*Estábamos bien metiditos en el mar, -cuenta el arponero-, era pasado el medio día y yo caminaba por cubierta con la panza bien llena, cuando el barco comenzó a zarandearse hasta que emergió de las aguas una enorme cabeza de color amarillo brillante y unos ojos verdes donde podía ver reflejada mi imagen. A mi mujer, que estaba en el camarote, le dije que no se moviera de allí. Un marino intentó llegar al arpón pero a mitad de camino la serpiente le hincó los dientes, chupo su sangre y lo soltó seco como una alfombra. Se ve que tenía sed pues fue secando a los marinos uno por uno. Yo no me quedé a esperar mi futuro, así que tomé a mi mujer y nos escondimos en la bodega de la nave. Recuerdo que nos tuvimos que tapar los odios para no sentir dolor ajeno. Con mi mujer no queríamos ni hablar y yo me distraía sintiendo las pataditas del bebe en el vientre de mi mujer, ya por nacer. El barco anduvo toda la noche como un loco descarriado, girando y girando. Al otro día, por las dudas, salí yo primero. Todos los tripulantes parecían higos secos. Los lancé a todos al mar antes que mi mujer saliera y se pudiera impresionar. Usted sabe, ¿Vio? Las mujeres encinta no están para emociones fuertes..Mire ¿Si quiere paramos acá y le sigo contando otro día?*

—*¡Por favor! ¡Siga, siga, que está muy interesante!-, lo*

anima Kristóbal, que a todo esto ya tiene al barbero trabajando sus patillas.

—Bueno... me perdí ¿Donde habíamos quedado? ¡Ah! ya me acordé; después que tiro a mis pobres compañeros al mar, pongo el timón rumbo al puerto y me voy a la cocina a prepararme un té. El barco se movía medio raro y yo no acertaba con el agua de la tetera en la taza. Cuando salgo de nuevo a cubierta está la serpiente con la cabeza metida en la la bodega. Y sale de ahí con mi mujer gritando en sus entrañas. Pasa una hora terrible, en la que no hay forma que el animal suelte a mi mujer. Pero finalmente la vomita. Eso me alivia un poco, hasta que escucho el llanto de un bebe que sale de los abismos de la bestia. Es nuestro bebe, me dice mi mujer. Nació en el vientre de la serpiente, no me pude contener, allí era todo paz y corría una brisa húmeda y caliente y donde me apoyaba sentía una textura suave y ronroneante y no me aguanté más y sentí un deseo muy fuerte de que naciera, de tenerlo y fue en un momento que el bebé dio a la luz. Y allí mismo corte el cordón y le hice un nudo y lo deje durmiendo sobre una cuna de carne viva. Traté que mi mujer se diera cuenta que había dejado su hija en las visceras de una serpiente; cuando ella reaccionó, corrió hacia la bestia, que todavía yacía con la boca abierta y la cabeza apoyada en cubierta. Ella le implorópor su hija, lloró y se arrodilló hasta que la serpiente arrojó al bebe pero sin decir palabra, como si hubiera firmado un pacto, ella apoyó sus pies en la lengua del monstruo extendida como una alfombra roja y lentamente fue entrando a las fauces de la serpiente mientras me saludaba con su mano y me decía "Quiero que se llame María Claridad ¿!!Verdad que es bonito nombre? Nunca mas volví a ver a mi esposa y desde ese lamentable día juré que no descansaría en paz matando serpientes y monstruos marinos. A María Claridad

la dejé en manos de una nodriza Silonita y nunca más la vi. Es difícil para el que se gana la vida en el mar criar un hijo. Cuando quise volver a ver a María Claridad, la nodriza había muerto y nadie en Silón sabía nada de ella.

Mire,le dice Kristóbal, *si mal no recuerdo, yo alisté a una muchacha de esa edad y ese nombre que decía ser huérfana es posible que ella venga en "La Niña" o en "La Pinta"*, deme *un poquito de tiempo y se la voy a encontrar.*

¡Oh, Mi Almirante, como se le voy agradecer!, le dice el arponero. Mientras tanto el barbero que ya casi ha terminado su trabajo, le coloca un espejo en la espalda y otro adelante de Kristóbal para mostrarle el corte de pelo.

Es un buen corte, me gusta, pondera Kristóbal, *por qué no me dice lo que sale por favor.*

¡Pero *ya se sabe que le voy a cobrar!*, se ofusca el barbero, *lo importante es, si le gusta el corte de pelo que le he hecho.*

¡Pero claro que me gusta!, replica Kristóbal mientras el barbero con un cepillo le sacude los pelos caídos en el cuello y el hombro.

Escupir para arriba

Hay una larga hilera de clientes esperando servicios de peluquería. Allí están, en los primeros lugares, los Caballeros Negros y sigue una variada gama de personajes: el guitarrista, el Juez, el poeta, el arponero, el cocinero y sus ayudantes. Luego siguen las familias iberianas. A los silonitas también les cortarán el pelo, no ahora, pero Kolón ya le dijo al barbero que fuera buscando un día para cortarles el pelo y desempiojarlos. La idea de atender a los silonitas no le gusta al barbero pero ¡Qué se le va hacer! ordenes son ordenes, además el Almirante tiene razón, hoy los piojos los tienen ellos pero maña-

na los tiene todo el barco. Al fin y al cabo, se resigna el barbero, escupir para arriba siempre ensucia, además uno nunca sabe si mañana puede necesitar de ellos en estas vueltas que da la vida.

capítulo XL

CORAZON

Criaturas doradas de seis patas. Con alitas que solo los habilita para vuelos en descenso desde las paredes lilas del camarote de Kristóbal al piso. ¿Dónde encontrarlas? En la cama. Lugar encantador para una cucaracha. Meterse en la cama y sentirlas caminar por nuestras piernas con sus cuerpos fríos y sus patitas coqueteando sobre nuestra piel, no sabiendo si se trata de una rana venenosa o una cucaracha. La cucaracha entre las sábanas, encuentra para comer pelos, escoria de piel (invisible para nosotros) y la acumulación seca en las sábanas de fluidos nocturnos.

Seguramente no serán las cucarachas las primeras en pisar la nuevas tierras, pero sí que llegarán allí como larvas en el zapato roto de un funcionario obsesionado por su ascenso o en lo más escondido de una bolsa de pescado seco. Y cuando ninguna escoria con vida titile en este mundo, las cucarachas crecerán y se multiplicarán por doquier. Hasta formar una capa negra, móvil, ronroneante. Y con sus cuerpos petrificados, gangrenados formaran negros pasillos, galerías y castillos. Y cuando ya no quede alimento, harán puentes con sus esqueletos negros que penderán de los cielos como murciélagos y lanzaran vastas sombras sobre la tierra. Y desde lo alto del puente, se lanzaran las cucarachas ingrávidas, nadando el aire en búsqueda de otro mundo para poblar.

Cuando Kristóbal llega en la noche a su camarote lo espera Mercedes llorando ¿Y por que 'lora? ,pregunta Kristóbal. Por las cucarachas

que no hay forma de batirlas. Kristóbal corre a buscar al exterminador pero no da con él. Pero al elevar su mirada encuentra su cabeza enterrada como una aceituna en un palillo en la punta del palo mayor. En la taberna pide explicación a Hernán Cortes que conversa con el sacerdote iberiano de ojos grandes y rechonchos, muy abiertos y centelleantes; de cuerpo corto y vientre de toro, con uñas largas y afiladas en sus pies, con voz ronca y desentonada (en tono bajo e iracundo completa siempre las palabras de Hernán) y semblante melancólico y enojado.

En nombre de los Caballeros Negros, yo lo ajusticié, le confiesa Hernán Cortes. *En realidad ya estaba muerto cuando puso arteramente su primer corazón de rata en nuestras comidas. Sé que Usted hubiera preferido la intervención del Juez, pero ya tenía a los caballeros medio insubordinados y si yo no lo hacía, ellos iban "chuparlo" y mandarlo para arriba. Primero lo recostamos sobre la mesa de la taberna y le hicimos comer varias ratas vivas,* cuenta Hernán, *era muy gracioso ver como se le movían en la panza. El exterminador me miró a los ojos y cuando me pidió perdón ¿Perdón? creo que le dije, "que te perdone* Dios".Mi *espada le rebanó la cabeza. De su cuello eyaculo sangre que mancho a las ratas cuando estas salían del exterminador. La cabeza la* enarbolamos *en el palo mayor a manera de advertencia.*

Bueno ya mismo me saca esa inmundicia del palo, le ordena Kristóbal con las venas hinchadas en las sienes.

Pero..., dice Hernán,intentando quemar o atenuar la orden.

¡Pero nada, el que manda soy yo!

Entendido mi Almirante, contesta un Hernán no muy convencido.

Ya mismo quiero un nuevo exterminador de alimañas, termina de decir Kolón.

Oficio de alimañas

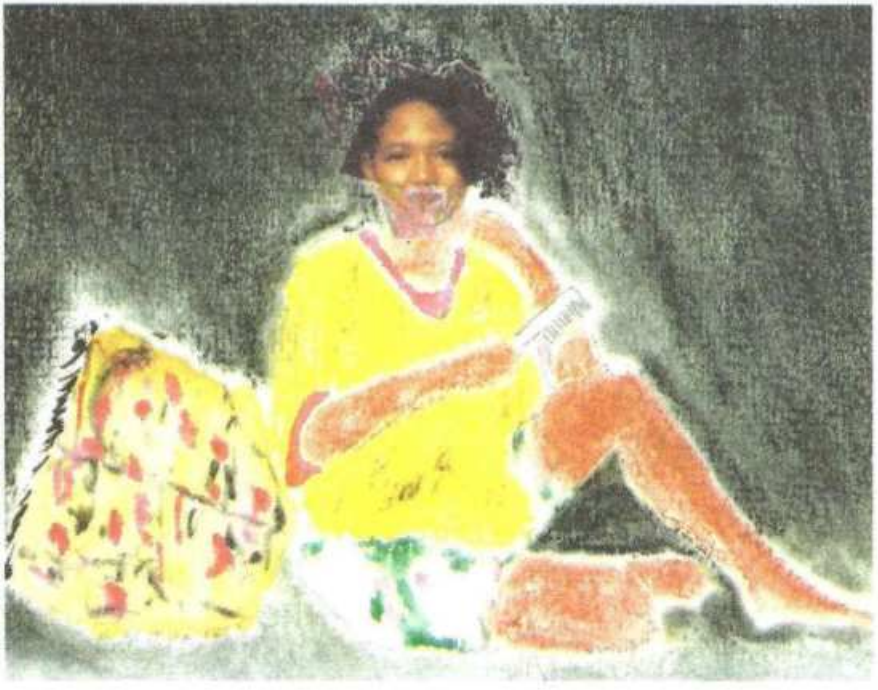
Cuando Kristóbal se retiró, Hernán le comentó al sacerdote que va a ser difícil encontrar un exterminador de bichos ya que a nadie le gusta ese oficio. Y por eso no habría más remedio que ofrecer el cargo a un silonita.

Viento azul

Esa noche, el exterminador de ratas volvió a ser niño. Después de cenar, caminó hasta el ciprés nocturno. Se apoyó en su viejo caparazón y contempló un viento azul que al pasar entre las estrellas la hacia girar y fulgurar como carbones enfurecidos.

capítulo XLI

MOLUSCO DE DORADO PUBIS



El bote, con María Claridad oculta en una bolsa, rema la noche furtiva sin luces que lo denuncien.

¡Vamos muchachos, vamos, que las marinos están ya esperando!, alienta el barbero a los remeros pensando que una sola noche, esa muchacha le va a rendir por todos los cortes de pelo y todas la sangrías que pueda hacer en todo el viaje.

El bote se arrimó a la Santa María y descargó la bolsa donde venía la muchacha. El mesón de la taberna, convertido en santuario, recibió la húmeda desnudez de esa Diosa de las profundi-

dades. Fruto acuoso y vivo. Reptando sus pechos frágiles y turgentes. Ostentando un blanco de alabastro y una delgadez de días sin comer y permanecer oculta en un armario, comiendo salteado. Allí está María Claridad colmando los ojos vacíos. Borrando todo tedio y espera. Tornando ridiculas las actividades de marinería. Allí está María Claridad, aquí y ahora, gozando su propia sensación. Exhibida sobre la mesada, cubriendo su pudoroso pubis con un pequeño encaje transparente. Cerrando los ojos, como dormida en el altar de los sodomizados, abriendo su fruto negro en dos gajos a los Dioses y marinos insaciables.

Señores, anuncia el barbero como si fuera el presentador de un circo, *aquí la tienen, es toda de Ustedes, pueden besarla, amarla, poseerla... siempre y cuando paguen el precio.*

Hay un Jergón tirado en el piso de la taberna donde María Claridad recibirá sexo. Un biombo separa la zona de amor del pudor de la espera. El primero es el Juez, indecifrado en una mascara de toro. El juez arremete contra el cuerpo de María Claridad y lo levanta en vilo. Pero rápidamente, sin darle tiempo a disfrutar la espera, ella lo lleva a derramarse. Un ultimo manoseo sobre el dorado trasero de María Claridad cierra la noche. El juez se alejará saciado pero sabiendo que no había descifrado ni el alma de la muchacha y menos la suya y cuando días después se de cuenta que vive como una lápida sin sombra, sabe que volverá magnetizado a la muchacha; como un clavo herrumbrado y vacío que tiembla ante la cercanía de un imán redondo e indiferente. Y desde ese día solo le interesará volverla a poseer, celarla, volverla a tener a su lado y así escapar al vacío, a la no vida. Y entrará sin saberlo en un juego en el que María Claridad lo ira degradando lentamente y cuando ya no sea nada, ella se lo sacará de encima como si fuera un bicho molesto.

Uno a uno van cayendo sobre el jergón. Muerden, besan, chupan, sofocan, penetran, hasta que la ternura de María Claridad escapa por sus ojos cerrados y camina por nubes oscuras y espesas junto a su madre que tiene el rostro cubierto por una sabana negra.

El Juez pedirá la muchacha por una semana.

Eso es muy caro, le advierte el barbero que cuenta las monedas de la recaudación, *¿Usted le ha mirado bien el cuerpo a esta joven cuando está amaneciendo? ¿Usted sabe lo que es despertar con esta muchacha en ancas y llegar al goce antes de despertar? ¿Usted acaso ha probado el néctar de sus pezones? Además es muy fina y delicada en el trato. No tiene aún boca lasciva o esa mirada perdida y paspada de las pobrecitas que se prostituyen por un pedazo de pan. No está degenerada y el privilegio de degradarla, de convertir su pudor en osadía y desparpajo lo va a tener Usted.*

Estoy dispuesto a pagar lo que vale, desafío el Juez, sacando de sus bolsillos varias monedas de oro.

Si es así trato hecho.

Kristóbal Kolón irrumpe en la taberna, sin dar tiempo a escapar.

¿Esto quieren mis marinos? ¿Esto quiere la Emperadora? , los amonesta Kristóbal.

¡María Claridad! ¿Qué estas haciendo con tu vida?, le dice Kristóbal a la muchacha que yace desnuda sobre el colchón.

¡Oh! Mi Almirante, yo fui engañada, ayer por primera vez en todo el viaje me sacaron sol y me arrojaron un pedazo de pan. El barbero sin que yo se lo pidiera me cortó el pelo y cuando le dije que mañana cumplía catorce años, se ofreció para festejármelo en La Santa María. Me dijo que me llevaría desnuda pues allí, en la Santa María me esperaba el *vestidito de la fiesta y además un regalo, el que yo quisiera y yo le pedí un prendedor con una mariposa de alas de vidrio y*

nácar; porque yo siempre quise volar. Después me dio de beber un vino muy dulce que me durmió y cuando desperté yacía desnuda sobre la mesa de la taberna. Intenté escapar pero el barbero comenzó a golpearme un largo rato hasta que sentí que le pertenecía.

Por esta vez vaya y pase, les advierte Kristóbal a los marinos, *pero la próxima la van a pagar muy caro, en especial Usted Señor Barbero. Y a Usted Señor Juez se le debería caer la cara de vergüenza actuando como viejo baboso.*

Kristóbal se lleva a María Claridad para que Mercedes la bañe y cure las heridas. Kristóbal le cuenta a María Claridad que su padre la anda buscando, ella llora de alegría, pero quiere estar mejor para verlo, con las heridas curadas y algún vestido bonito. Mercedes la llevará al otro día con los silonitas para que la cuiden y protejan. Esa noche dormirá en la cama junto a Mercedes y Kristóbal, colmada de la ternura que tanto le falta, con sus piernas abiertas a frágiles caricias y besos que apenas rozan su pubis. Mercedes le pide a Kristóbal que trate a María Claridad con mucha suavidad, recordándole que la niña está adolorida, humillada y que apenas puede moverse.

capítulo XLII

PALOMAS HUECAS

¿ALGUIEN SABE DONDE VAN LAS COSAS PERDIDAS, AQUELLAS QUE NUNCA SE ENCUENTRAN? ¿ESTARÁN ARRUMBADAS EN UN GIGANTESCO Y TENEBROSO DESVÁN JUNTO A MUÑECAS DEGOLLADAS Y PALOMAS EMBALSAMADAS?

La escena transcurre en el camarote de Kristóbal. Un mediodía. Hay ruido de mar distinto, pero no como para intranquilizar. El cielo: diáfano. Por la escotilla del camarote llegan las voces y los sonidos que los marinos hacen en un día cualquiera.

"¡Pero, grandísimo borracho! ¿Dónde has puesto la carta de navegación?" le reclama Kristóbal a Pinzón.

Ellos han estado toda la mañana buscando la carta y... nada. Kristóbal se agarra de los pelos como temiendo que le salgan canas verdes.

¿ Y ahora ? ¿Qué hacemos? ¿¡Me quiere decir que hacemos!? ¡Oh maldigo el día que lo conocí! ¡Para que lo traje, me pregunto! ¿Para qué? ¿Para qué?"

A todo esto Mercedes ya no sabe donde pasar el plumero y esta tan nerviosa como Kristóbal, si fuera por ella le enterraría el plumero a Pinzón en el traste.

Hacerle esto a mi maridito, piensa. Pinzón le ha arruinado el día a Mercedes, a ella que vive cada día como un viaje.

"Señor Pinzón, Usted es un monstruo"

"Mire Almirante, no quiero pensar mal de nadie, pero ayer yo tenía la carta en mi bolsillo y hoy no tengo nada, para mi, que alguien me la sacó" se defiende Pinzón con la voz quebrada, moviéndose de un lado a otro y sintiéndose muy culpable.

"Sabe lo que pasa Pinzón, que cuando Usted

se va a dormir, se olvida de todo, mientras que yo me muevo en la cama de un lado para otro pensando en la expedición. A veces cuando estoy gozando a mi mujer me apresan las preocupaciones y entonces se encoge lo que hace feliz a Mercedes. A veces es peor y no tengo ni ganas de hacer el amor, solo quiero dormir y dormir. Pinzón Usted se desentiende de todo y eso no puede ser. Además, a quien se le ocurre llevar la carta de navegación en un bolsillo. ¡Sólo a Usted! ¡Sólo a Usted!"

"Mire Almirante, yo tengo la solución, pero primero cálmese un poquito, no se tome las cosas así, por que nada soluciona y deme papel y lápiz".

Pinzón dibuja una esfera e intenta una explicación. *Aquí está Iberia ¿Correcto?,* Pinzón marca el punto más alto de la esfera supuestamente la Tierra de los monos estaría en las antípodas, es decir el punto mas distante del Imperio (aquí interrumpe Kristóbal y le dice: *¡Bueno, pero hágala mas breve!)*

¡Tenga paciencia, caramba!, lo modera Pinzón, *fíjese que si nosotros siempre seguimos la dirección contraria a las palomas mensajeras, que vuelven a Iberia, llegaremos seguro a las nuevas tierras y para asegurarse, cada tanto debemos lanzar una paloma y confirmar rumbo.*

Kristobal totalmente convencido

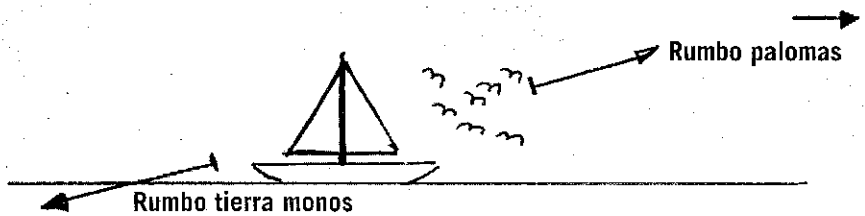
Kristóbal quedó convencido y mientras saboreaba el té que Mercedes había servido, se preguntó que hacía ahí, en medio del mar, en una frágil embarcación. Después cayó a un instante vacío. Desde ese lugar su mirada se encontró con la de Mercedes. Ella parecía intuir algo feo y Kristóbal sintió que la podía perder. Por primera vez en mucho tiempo, el la volvió a mirar. Ella era maravillosamente imperfecta, con su

frente abovedada, sus infinitas trenzas que terminaban en cuentas de pequeñas piedras de todos lo colores que tintineaban al mover la cabeza. Y por que no hablar de su boca siempre al borde de insinuar algo, en el filo de la dulzura y la sensualidad.

Estamos vivos

Las palomas sin mensaje, lanzadas en los días siguientes (por idea de Pinzón) eran como cartas huecas, enigmas que parecían solo decir: estamos vivos. Costaba que las palomas tomaran rumbo, ellas se quedaban dando vueltas y vueltas en torno a las carabelas y algunas caían incendiadas por el fuego siempre encendido en mástil. Era necesario arrojarles humo desde la torre del palo mayor para que se fueran y entonces el astrólogo con un instrumento de madera trazaba la línea de destino a Iberia y la proyectaba en sentido contrario.

Exactamente seis días después de seguir el consejo de Pinzón, la expedición estaba más perdida, el mar más picado y la gente más asustada que nunca. Por si todo esto fuera poco, cada vez eran más frecuentes las visitas de la serpiente rondando las sombras de la velas. En la noche, los marinos acurrucados unos con otros y los ojos afiebrados de terror, rezaban plegarias que como figuras aladas invisibles eran succionadas por los cielos. Y a veces hasta la madrugada, los marinos permanecían de rodillas



esperando que una mano estelar apareciera por alguna de las grietas del cielo negro como respuesta a las plegarias. Pero el mar, cada vez más quisquilloso, los maldecía arrojándoles olas con infinitas garras en sus puntas. Algunos juraban haber visto como dedos rasguñando el cielo; como si el mundo fuera una pequeña tienda en medio del desierto y el cielo el velo que lo cubre.

Reunión altos mandos

Hay un proverbio que dice que cuatro ojos ven más que dos y bueno por eso los he convocado, para que me den sus opiniones sobre el rumbo de la expedición; sé que les esta costando manejar la tripulación y no es para menos con las olas que ya parecen castillos derrumbándose sobre las naves. Con estas palabras empezó Kolón la reunión en la sala de mandos que contó con la animada presencia de: Pinzón, El barbero; Sarino de Marchena el astrólogo; Julián Alonso (cap. de la Niña), Pedro Castellanos (Cap. de la Pinta), Alfano Ortega, el poeta y Rodrigo Vivar, el sacerdote.

Pedrito

Mercedes está preparando para los altos mandos, un mediodía de lomo de ternera con el que se quiere lucir. Mercedes ha dejado la carne una noche sumergida en vino tinto, aceite de oliva, orégano, pimienta, tomillo y espigas de martirio. Al cocinero, ella lo tiene rebajado a un autómata y por cierto que esto no le gusta al hombre.

"Pedrito tráigame esto; Pedrito páseme aquello; ¡No Pedrito, a esa carne todavía le falta cocción! Sáquela del fuego cuando esté jugosa, rosada por dentro y negro profundo en la costra", se ensaña Mercedes.

Hernán Cortés sugiere seguir, sin importar las consecuencias. "Tenemos una misión", dice él, "y la tenemos que cumplir".

El sacerdote Rodrigo Vivar dice que ha tratado de llevar tranquilidad espiritual a los marinos, les ha pedido que recen más seguido y con más fiereza. Sugiere para el domingo celebración especial con sacrificio de diez monos.

Sarino de Marchena, el astrólogo, despliega sobre la mesa un horóscopo con un circulo cruzado por líneas en sextil, cuadratura y oposición. Aquí viene su explicación: *Me duele decirlo, pero la Luna negra en Escorpio para dentro de unos días traerá tempestades y caos en los barcos. De todos modos si consideramos que esta expedición fue concebida en Aries con la firma de las Capitulaciones y zarpamos en Leo un 3 de agosto, tenemos dos signos de fuego, tenemos junto la perseverancia de Leo y el espíritu emprendedor de Aries. En una palabra, pasando la Luna Negra, creo que los astros están de nuestro lado.*

El barbero afina sus mostachos blancos y se rasca la calvicie y después saca una aparato de madera circular con una ranura en su diámetro por donde se desplaza una guía. Hay dibujado un triángulo y varios puntos del círculo unidos entre si. El barbero explica que se vienen momentos difíciles y que para superarlos va a ser necesaria una ayuda externa y señala una de las puntas del triángulo. Lo importante es estar atento, sugiere y si viene la adversidad apretar el puño y no olvidarse de si.

Los Capitanes de La Niña y de la Pinta están asustados, tienen a la gente media soliviantada y lo que más remarcan es que " estos barcos nos han costado toda una vida tenerlos y no lo vamos a perder en una noche de tormenta;" "... antes", dice Pedro Castellano, "prefiero arrancarme los

ojos, arrojarme en enagua al mar helado y nadar hasta que mi corazón estalle".

Archifilote Platinea

El poeta desenrolla sobre la mesa los planos de un nuevo reino y explica: *He sentido el aliento de los fantasmas en mi nuca. Ellos me han murmurado que no dejarán llegar la expedición a la tierra de los monos;* estos *fantasmas quieren vengarse de los marinos, sus padres;* ¡Sí! *cuesta creerlo pero cuando los marinos hacen el amor consigo mismos con una mano aferrados a la babosa que les nace en la entrepierna y la otra en la baranda, no saben que esos fluidos blancos que regalan al mar se convierten en cuerpos blancos y alargados que rencorosos merodean las naves nocturnas. Esos fantasmas pegajosos solo tendrán paz cuando mueran sus padres. Por todo esto es que propongo encontrar un islote que sirva de cimiento a un nuevo mundo donde los fantasmas no puedan entrar en su interior. Este reino se llamará Archifilote Platinea y estará aislado del universo por una inmensa bóveda construida de piedra o granito. Adentro habrán campos de cultivo, un pequeño océano, ríos, lagos, pantanos, selvas y desiertos. Una pequeña ciudad a orillas del océano será la sede del reino. Allí nacerá el primer Rey de Archifilote. En el pequeño centro de la ciudad se construirá un templo con una terraza, donde la reina madre amara a todos los hombres de Archifilote y así tendremos una dinastía* sin *favoritismo familiares. Nadie sabrá quien es el padre del príncipe y este ante la duda gobernara para todos. Propongo a Mercedes como Reina Madre ella tiene la voz adecuada para criar a un príncipe y ¡Un trasero, un culo! ¡Madre mía! que despertará los deseos de ser padre de todos los habitante de Archifilote.*

Kristóbal ordena que retiren al poeta del recinto, "antes que lo saque yo a las patadas", se enoja Kristóbal. Nunca más podrá participar de las reuniones de los altos mandos. Y desde ese día fue común encontrar al poeta conversando con fantasmas, con su cantimplora llena de vino o pegando los planos de su Archifilote en todos los palos del barco. Un día ya no estaba más. Se tejieron mil historias sobre su desaparición. Alguien juró verlo una noche trepar una soga hasta desaparecer en el firmamento. Los planos pegados en la puerta del camarote de Kristóbal podía dar la clave de su desaparición: el poeta proponía edificar Archifilote Platinea en el fondo del mar para lo que seria necesario aprender a respirar como los peces.

Kristóbal imaginó al poeta convertido en un monstruo oceánico, rodeado de fantasmas pegajosos y caminando por un lecho marino en busca del lugar mas adecuado para su ciudad de las profundidades.

Redondos...suaves...

Se vino el mediodía y Mercedes sirvió el lomo dorado en la Sala de Mandos y todos por primero vez (gracias a la primer mirada del poeta) se dedicaron a ponderar secretamente el suave, enorme y redondo culo de Mercedes que se traslucía bajo el vestido. Kristóbal quedo conforme con la reunión, de alguna manera contaba con el apoyo de los notables para continuar la ruta opuesta a las palomas.

EL VIENTRE DE UNA SERPIENTE

(¡ARRORRO MI NIÑO! ¡ARRORRO MI SOL!)

Días después de la reunión cuando todo parecía más calmo, el piloto le gritó a Pinzón:
—¡Señor, arrecife a la vista!
—¡Alerta, arrecife a la vista! ordenó Pinzón ¡Todo el mundo a cubierta! ¡Suban esas velas! ¡Vigilen las cuerdas! ¡Hombres a la arboladura!

Kristóbal Kolón, también en cubierta, se admira de la maestría de Pinzón para manejar la nave en peligro. ¡Eso no es un arrecife! grita el arponero ¡Es la serpiente, es la serpiente!

La flecha del arpón da en el cuerpo lleno de la serpiente que al tratar de escapar arrastra la estremecida nave, con sus maderas crujiendo, casi estallando. Luego llega la calma. La serpiente rodeada de sangre que flota en el mar es subida a cubierta. Hernán le clava una espada entre los ojos. Pero será necesario ensañarle cuanto fierro oxidado se encuentre para matar a la serpiente.

Pedrito, el cocinero comienza a trozar al monstruo "Aquí tenemos carne para varias semanas" se alegra. Le acaricia el sexo a la serpiente hasta que lanza un flujo amarillo, "se lo voy a regalar las mujeres para que unten sus pieles y seduzcan la mirada de sus machos, además hace que la lujuria se deslice sin dolor y los machos se sientan más machos." En el vientre de la serpiente se encuentran decenas de seres (por darle algún nombre), seres de sesenta centímetros a un metro de altura, grandes ojos saltones y cabezas sin pelo, cuerpos semejantes a los de

un hombre pero sin genitales y piel gris que al tacto parece goma o cuero. Tienen algo de vida y se arrastran por cubierta como moluscos. Algunos tienen alas negras todavía pequeñas y humedecidas como las de una mariposa en la crisálida. Las mujeres que se atreven a mirarlos les aparece una sustancia gelatinosa y pegajosa entre las piernas y moretones. Como si alguien invisible las hubiera querido violar.

El arponero descubre entre los cuerpos a su esposa, pero empequeñecida, casi una miniatura; la toma entre sus brazos, la besa y le habla. Pronto los moluscos humanos van ocupando la nave y el que los toca queda cubierto con un moco fétido. Kristóbal ordena arrojar al mar a los horribles seres junto a la serpiente. Prohibe comer la carne de la serpiente. Kristóbal sacrifica un pescado fosforescente que también se hallaba en el vientre de la bestia.

—*¡Es el pescado sagrado, el hijo de Amaunac!*- exclama el sacerdote mientras acurruca al pescado fosforescente- ¡Y está muerto! ¡Está muerto. Oh Amaunac, hemos matado a tu hijo, por favor, perdónanos, perdónanos !

"Ese no es el hijo de Amaunac, no es el pescado que la Emperadora acunó en su vientre," asegura Kristóbal ante los desorbitados tripulantes aterrados ante la que ven como un asesinato sagrado.

¡Rosalia!

A todo esto, el arponero corre como un loco por cubierta con su esposa-molusco. Se resiste a cumplir la orden de muerte dada por Kolón. Cuando logran apresarlo, sacrifican al molusco y lo lanzan al mar. Pero el arponero también se arroja a las aguas pronunciando el nombre de su amada: ¡Rosalía, Rosalía!...hasta que las olas ahogan su voz.

Encinta

Son como las tres de la madrugada cuando Kristóbal encuentra al sacerdote en cubierta con el pescado fosforescente en su regazo. Hay un olor a pescado podrido que cubre como una nube toda la nave. Kristóbal le ordena arrojar de inmediato al pescado al agua y le advierte: *Si Usted sigue llorando y diciendo que es el pescado de Amaunac lo voy a pasar por las armas ¡Usted me esta sublevando la tripulación y eso no se lo voy a permitir!*

Tiene razón mi Almirante, tiene razón,, gime el sacerdote mientras besa al pescado, se baja los pantalones y lentamente comienza a introducírselo hasta que este desaparece. *Le prometo mi Almirante que nadie sabrá que el hijo de Amaunac se anida en mi vientre, donde quizás logre revivir.*

TIFON CALIENTE

"UN MIEDO A QUE ... DESPUES DE ESTO NADA"

El día amanece con un viento frío y nubes negras que preparan la tempestad. En la tripulación hay un molesto " nada que hablar". Una desagradable penumbra aquieta las cosas, las vuelve densas. Al atardecer viene el primer rayo. El fogonazo ciega las retinas. Cae una densa lluvia y las pesadillas se ensañan con los que duermen.

—*¡Todos alertas!* ordena Pinzón. A su lado, un Kristóbal de brazos cruzados no sabiendo que hacer, evocando un pánico infantil, un miedo a que después de esto...nada; ni nadie para contarlo, que después de esto repentinamente el vacío.

—*¡Tengan calma!* pide Pinzón a los marinos cuando una famosa ola los derriba ¡*Y cierren las escotillas! ¡Al suelo! ¡Todos a cubierta! ¡Vamos, de prisa! ¡Sujeten el timón!*

—*Almirante, a mi me parece que debemos seguir, no me ha enviado la Emperadora para que vuelva, yo me tengo confianza por un año, soy un caballero de las causas perdidas y creo que con la ayuda de Dios vamos a salir bien... y si alguno se quiere volver, mi humilde consejo es que lo haga nadando,* le dice Pinzón.

—*Pierda cuidado Pinzón, las naves van a resistir, me tengo mucha fe* asegura Kristóbal que parece hablar desde una alucinación. ¡*Claro que resistirán!* se autoconvence.

Los que ya no dan más, son los marinos, que han improvisado un altar en cubierta con una

vieja mesa y por cada rayo, el sacerdote rebana una cabeza de mono. La sangre derramada tranquiliza por momentos a los cielos. La olas se detienen como si fueran paredes de un glacial; pero si no hay otro degüello, las olas revienta contra la quilla de la Santa María.

Se ofrenda al Dios de las tormenta a los héroes muertos. Se sobrevive, pero a cambio de perder antepasados que iban a consagrar las nuevas tierras.

—*¡Tenganfe! ¡Tengan fe!* -los alienta el aterrado sacerdote.

—*Sí, mucha fe, mucha fe, pero cuando se acaben los monos y los héroes muertos como vamos a tranquilizar la tempestad?* -dice un marino.

—*¡Todos de rodilla, todos de rodilla!* -ruega el sacerdote.

Los marinos rezan, imploran, comprometen sus almas, sus futuras costumbres, prendan sus vicios... en fin...

Todas las voces corean un himno a los cielos. La tormenta amaina un poco. Hay un delicado equilibrio. Las nubes negras siguen estando bien bajas, casi rozando el palo mayor, con sus panzas llenas de agua. Flameando como una sabana tendida empujada por los vientos. Aprovechando la tregua, la tripulación se va a dormir. Y con el silencio se advierte el ruido Silonita en los sótanos de la nave. Ellos están en plena ceremonia, con el agua en los tobillos. Gritan, lloran y se desmayan. Los gritos retumban en todo el silencio ¡Son gritos horribles! Mercedes se pone tan nerviosa que le cuesta dormirse y le pide a Kristóbal que por favor vaya a fijarse que está pasando.

Esa noche los Silonitas han ungido a Rafael como su nuevo mago. Rafael fue el muchacho que recibió en la entrada al pueblo de Silón a Kristóbal y Marcos (ver Capitulo 17, Sendero).

Es un muchacho alto de cuerpo y gran espal-

RAFAEL FUE EL MUCHACHO QUE RECIBIÓ EN LA ENTRADA AL PUEBLO DE SILÓN A KRISTÓBAL Y MARCO (VER CAPÍTULO 17. SENDEROS). ES UN MUCHACHO ALTO DE CUERPO Y DE GRAN ESPALDA. LA CARA LA TIENE LARGA Y COMO HOYOSA Y ROBUSTA. Y TIENE UNOS 22 AÑOS Y EN EL PARECER MUESTRA EN SU PERSONA GRAVEDAD.

da. La cara es larga y como hoyosa y robusta. Y tiene unos 22 años y en el parecer muestra en su persona gravedad. Rafael fue también uno de los principales cabecillas en la ejecución del viejo y prostituido Rey Silonita. Y Rafael quería ser mago y desde la muerte del viejo Rey que se estaba preparando, purificando. Ya su alma estaba armonizaba con Amaunac. La bondad en su comportamiento, la pureza de sus modales montados en una piel castiza y transparente y su devoción por Amaunac no hicieron dudar mucho a los Silonitas sobre la elección.

Cuando Rafael, subido sobre unas cajas de madera se puso la cabeza de toro, la alegría y la esperanza retornó a los semblantes silonitas. El próximo paso, y eso lo sabía muy bien Rafael, era el reinado. Pero para el nuevo rey hacia falta una tierra.

María Claridad es la víctima de la ceremonia. A todos les duele pensar que apenas tendrá trece o catorce años; pero por otra parte las nubes como vejigas gigantes aguardan una respuesta.

María Claridad, te hemos elegido como mensajera de nuestro pueblo; solo te pido que cierres los ojos y te tranquilices un poco, cuando menos lo quieras pensar ya vas a estar montada en el potro de los abismos, le aconseja Rafael a la muchacha que se resiste a morir. Ella llora, patalea y le implora a Rafael que la perdone. *Yo no tengo nada que perdonarte, solo cumplo la voluntad de Amaunac, le* dice Rafael sumergido en su mascara de toro. María Claridad quiere resistir, pero dos hombres la toman de sus brazos y desnuda la apoyan en las cajas de madera. El mago cabeza de toro mientras la posee por atrás, le abre sus senos con el cuchillo sagrado (la muchacha deja caer de sus manos una muñeca de trapo) y emerge una pulpa rojiza y palpitante. Y el cuchillo llega al vientre.

Se consumó el sacrificio. María Claridad yace

son sus ojos brillantes que miran desde ningún lugar. Allí esta arrojada sobre los cajones vacíos, con sus pechos abiertos como sandías, con su espalda pelada y las vértebras a la vista. El mago ordena subir a María Claridad a cubierta, así Amaunac devora el alma de la muchacha.

Luz de Luna

La Luna da al cuerpo de María Claridad un color nácar. Ella ha sido colgada como una ballena en el palo mayor. Le arrancaron la lengua y sus ojos. El frágil cuerpo, de un frío color lácteo, golpea contra el palo que la sostiene salpicando con sangre a Kristóbal que ha llegado demasiado tarde. Es una lluvia caliente, salada. Kristóbal le ordena a Rafael bajar el cuerpo mutilado. La muchacha es envuelta en mortajas junto a su muñeca de trapo y arrojada al mar.

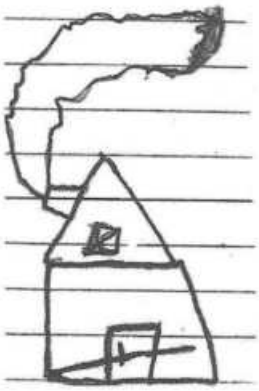
Rafael da sus razones del sacrificio a Kristóbal. Ella era una princesa de Amaunac, lo mas sagrado que teníamos los silonitas, incluso yo la soñé, le dice Rafael, como mi esposa. María Claridad intercederá por nosotros; evitará que la expedición naufrague, argumenta Rafael.

Rafael, no quiero que hayan más sacrificios humanos a bordo, así estemos viviendo la peor tormenta, ¿Entendido? ¿Soy claro, no?, advierte Kristóbal.

Palomas mensajeras

Esa noche Kristóbal arroja unas palomas con un mensaje que dice: " No hay mas que olas, grandes colinas de olas entre las que corren canales de agua. Las velas hechas jirones con sus cuerdas flotan en el aire. Hay un palo caído (anoche un rayo lo partió en dos)" La paloma de alas de vidrio y plumaje de nácar, resiste su misión y

"La abogada tiene un dedo de pie mordido."
Fernando Lorenzo



queda revoloteando alrededor de Kristóbal mirándo con los ojos de María Claridad.

Después, el ave se sumergió en el mar y fue cada vez mas hondo hasta llegar a las osamentas de sus padres y allí, en las blancas cavernas, como cuando era niña, en una gloriosa mañana, jugó a las escondidas.

"ALETAS COMO LAPIDAS"

¿Cuánto habrá durado la tregua con los dioses? ¿Unos días? ¿Una semana? La cuestión que ahora no se daba abasto apagando fuegos en la arboladura o sacando agua de las bodegas del barco. Las tormentas torcieron los palos y muchas veces ¡Cuantas!, el viento del océano rompió las blancas velas. Pero allí, siempre, mirando a la lejanía, estaba Kristóbal Kolón, el gran navegante. Los tiburones rondando las naves eran tantos que sus aletas parecían las lapidas de un gran cementerio marino. Abundaban también pequeñas serpientes marinas, que en las noches subían a bordo y se metían en los traseros de los marinos. Costaba mucho extraerlas ya que hincaban sus dientes en las entrañas y al hacerlo salían con intestinos y todo.

La carne estaba faltando (o alguien la hacía faltar) y la galleta se comía en la noche para no ver a los gusanos salvajes danzando en sus porosidades.

Ya la gente no quería saber nada con seguir. "Esto no da para más", deducían entre ellos. Hasta que un día se animaron en multitud a verlo al Almirante. El marino más viejo tomó la palabra: *Mire Almirante, nosotros lo respetamos mucho a Usted pero acá está en juego la vida de mucha gente y perdóneme por lo que le voy a decir, pero yo llevo cuarenta años arriba de un barco barcos y es la primera vez que la paso tan fea.*

Los marinos eran unos veinte y Kristóbal lo atendió en la entrada de su camarote. El ya se la veía venir, así que tenía preparado el discurso:

¡Muchachos no me bajen los brazos ahora,

cuando falta tan poquito para llegar! les dice Kristóbal, disfrazando sus dientes con una sonrisa, les pido dos semanitas de paciencia, nada más y les aseguro, como que hay dios, que tocamos tierra, pero...¡Cuidado con quien les puede estar llenando la cabeza de mentiras! ¿Qué quieren? ¿Seguir trabajando para otros, reventándose todo el día para nada? Y esto que les voy a decir se los digo de todo corazón: en las nuevas tierras está el futuro de Ustedes, allí van a poder hacerse de una familia, de un nombre. Esta noche consúltenlo con la almohada y tranquilícense un poco, ¡Por favor!

¿Se convencieron los marinos? ¡Vaya Dios a saber! Pero por cierto que por unos días se las aguantaron calladitos. Claro que alguien estaba haciendo el trabajo fino de meterles miedo. Ese era el cocinero que no solo les hacía escasear la comida sino que era maestro en contarles historias de terror todas las noches. En un relato les hablaba de un barco fantasma tripulado por los legendarios seis Silonitas que escaparon con la cenizas del gigante de madera. Y el cocinero les juraba haber visto el barco fantasma bien de cerquita. Era, contaba, como un espectro que aparecía y desaparecía. Pero lo que más enervaba a los marinos era lo que el cocinero les decía de Kristóbal: Kristóbal Kolón no sabe nada de marinería, si no fuera por Pinzón estaríamos perdidos y si no me creen hagan la prueba de preguntarle algo sobre navegación. Además no se hagan ilusiones con las tierras nuevas. Allí la que va a mandar es esa mosquita muerta de Mercedes ¿Y saben a quienes le van a dar voz cantante? A los Silonitas. Esos la van a pasar muy bien. En cambio Ustedes, y yo también me incluyo, vamos a ser los burros de carga de la historia. Kristóbal sabía que el cocinero andaba calentando cabezas. Pero como él decía: *"Ya me las va a pagar, por ahora lo voy a dejar que se siga agrandando a ver hasta donde le da el cuero llegar"*.

MOTIN

Pero... ¿Qué pasa con los Caballeros Negros? Ellos están muy bien armados, advierte un marino al cocinero.

No he hablado con Hernán Cortés, pero si con varios Caballeros Negros que me han dado a entender con guiños e indirectas que van hacer la "vista gorda" a todo lo que hagamos; lo que no pueden es participar ellos directamente. También he hablado con lo siberianos y ellos de una u otra forma nos van a apoyar.

Suponiendo que nos vaya bien ¿Qué hacemos después? Primero, especula el cocinero, vamos a vengar cuentas con Kristóbal Kolón y también con Pinzón, al que yo creía mi amigo; respecto a Mercedes, me la dejan a mi.

"DEBEMOS ACTUAR RÁPIDO MUCHACHOS, CREO QUE TENEMOS VIENTO A FAVOR"

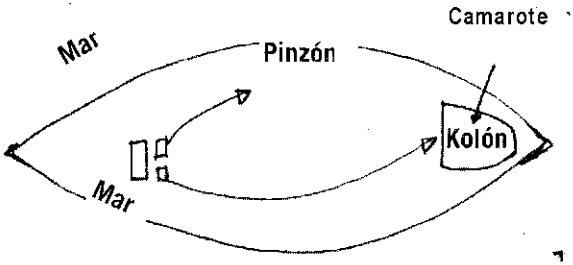
PALABRAS DEL COCINERO ARENGANDO A UN GRUPO DE MARINEROS LA NOCHE DEL MOTÍN. LUGAR: LA COCINA.

Declaración de una testigo

¿Y que hacemos después? Bueno regresamos a Iberia. Antes, eso sí, tiramos a todos los silonitas a las aguas. El motín se ejecuta esa misma noche. Un grupo encabezado por el cocinero, exigirá la rendición de Kolón ; otro, al frente del viejo marinero, se encargará de Pinzón. Hay un tercer grupo que queda en la cocina a la espera de ordenes. Hay también varios marineros, digamos que casi la mitad, que han visto la cosa media fea y se han borrado.

Croquis plan de operaciones

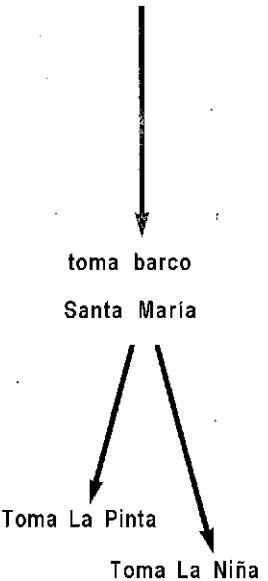
A Pinzón no lo encuentran en su camarote. Es que éste, ni lerdo ni perezoso y viéndosela venir, está durmiendo en el armario de la sala de mandos. Apenas respira mientras escucha a los amo-



1 grupo ataca a Pinzón

2 Grupo ataca Kolón

3 Grupo retaguardia



tinados hablar, maldecir. Imagina Pinzón, en cuantos pedacitos va a cortar al cocinero. A los marinos, piensa, al fin y ai cabo son idiotas útiles de un idiota inútil. Por lo único que lo lamenta es por no haberle podido avisar a Kristóbal del motín.

Kristóbal duerme aferrado a Mercedes temiendo desaparecer como la imagen de una pesadilla de astros y noches, de luces y espejismos, de relámpagos de nubes y una lluvia ácida que le lacera las piernas y quema sus rodillas desde donde le salen dos cabezas que se miran asustadas.

Golpean la puerta del camarote.

¿Quién es?, pregunta Kristóbal.

Mercedes lo abraza como si fuera un bebe. Kristóbal premonitorio, le dice a Mercedes que escape por la escotilla; pero ella quiere quedarse al lado de su hombre, pase lo que pase.

Kristóbal cubierto en un sudario que como catarata le llega al suelo, camina hacia la puerta y al abrirla los amotinados invaden el camarote pisoteando a Kristóbal que les estorba en su camino. El cocinero, ayudado por los marinos intentarán violar a Mercedes. Mejor que sea por las buenas, sino os va a doler más Señora Mercedes, le dice la voz jadeante del cocinero mientras le embadurnan con esperma de ballena el trasero que tanto codiciaba el poeta.

Y Kristóbal tirado en el suelo, con los insectos reptando sus piernas, hurgando sus uñas, sin poder hace nada, paralizado o haciéndose el

"ATADO DE PIES Y MANO POR EL MIEDO Y ENVUELTA SU CARA EN UN SUDARIO PARA QUE NO MIRE."

muerto. Solo puede contemplar la escena, sin ni siquiera gritar.

La que grita, muerde y araña es Mercedes. Mientras el cocinero en sus espaldas jadea el placer de tenerla reducida a la servidumbre sexual.

" ¡Cuánto hace que no tocaba una mujer!", se dice el cocinero tratando de agrandar ese instante o volverlo solemne, notorio, público, mientras allí esta todo ese cuerpo suave como una luna llena de plumas.

Rafael y algunos Silonitas acuden al llamado de Mercedes armados con cuchillos de madera y palos.

"¿Adonde van Ustedes? Si se puede saber," los para Hernán Cortes cuando estos emergen a cubierta.

Venimos a defender a nuestra Mercedes contesta Rafael, el nuevo mago.

Ustedes no tienen nada que hacer ni defender aquí arriba. Así que ¡Vuelvan abajo con la alimañas! les ordena Hernán con un miedo enojado.

¿Pero que pasa que Usted no hace nada? le reprocha Rafael.

Mire, ese es mi problema, no el suyo ¡ Y se me retiran ya mismo de mi vista!

Espero que hagan algo, dice Rafael mientras baja las escaleras.

Los Caballeros Negros irrumpen en el camarote. A Kristóbal lo cubren con su sudario y se ordena que nadie lo mire. Los marinos, apenas ven a Hernán Cortés deponen sus armas. Otros marinos logran escapar.

¡Déjenme, por favor! ¡Déjenme, que ya llega el gozo!, jadea el cocinero en las espaldas de Mercedes. Pero este se ha vuelto loco, es un caradura le dice Hernán a los Caballeros Negros.

La espada de Hernán penetra en el cuello del cocinero, corta ligamentos, quiebra vértebras y anuncia con un aguado silbido el fin de viaje en

el vientre. A pesar de estar el cocinero bañado en sangre sigue estremecido por Mercedes y solo se detiene cuando arriba el placer. Ya muerto, dando tiritones es sacado como una cizaña de las ancas de Mercedes.

–Aquí va haber escarmiento y grande, -truena Hernán.

–¿Qué hacemos ?-le consulta Pinzón a Kristóbal, quien todavía permanece tirado en el suelo.

--Quemen a todos los amotinados y arrojen las cenizas al mar y avisen a todos que Armada de tan alta Emperadora no ha de volverse sin descubrir tierras. No me ha enviado ella para que me vuelva. Tengo provisiones para un año y con la ayuda de Amaunac no nos parará nadie -dijo Kristóbal.

Durante lo que quedaba de noche, Kristóbal curará con ungüentos el adolorida trasero de Mercedes, sus dos suaves medialunas convertidas en sangrienta entrada al campo de batalla. A la madrugada llega el barbero que aconseja a Mercedes beber agua caliente con limón como purga. Desde ese día Mercedes sufrirá constipación y deberá permanecer larga horas haciendo fuerza.

--¡Cálmate, no es el fin del mundo! -la tranquiliza Kristóbal.

--Si cariño, pero para mi es como si lo fuera.

A pesar del agua caliente con limón todo seguirá igual. También la enemas serán un fracaso. "Cada vez que hago fuerza me acuerdo del cocinero" se lamenta Mercedes. El barbero le aconseja flexiones de pierna y enemas matinales. En la noches frías se acostara desnuda pero lo mismo despertará acalorada y agitada como un mar de azufre. Lo único que le sacara la furia caliente de su cuerpo, será el mar nocturno. Atada a una soga, Kristóbal la arrojará a las aguas todas las noches.

Dame tiempo para que se cure mi alma, le pide Mercedes a su amado Kristóbal, *lo que me*

ha pasado va contra lo que me enseñaron mis padres. Todo esto ha hecho de mí una mujer indiferente, muda y sin lágrimas. Hoy solo tengo odio hacia los que me hicieron tanto daño. Algún día tendrá calma este espíritu atormentado que quiso ser bueno y solo recibió dolor e incomprensión.

Gracias por existir, le dice Kristóbal mientras le cura las llagas.

¡Oh, no gracias a ti por existir! Gracias por tu amor. El cocinero también, bien me amaba, pero a la fuerza, sin mi consentimiento y lo peor de todo sin la ternura que hay que poner en el apareamiento amoroso; sin un por favor, un permiso o un ¿Puedo? Y quiero Kristóbal que me disculpe no poder hace el amor con Usted a pesar de que lo quiero un montonazo. Eso sí, quiero tenerlo esta noche muy cerquita mío, besarlo y abrazarlo muy fuerte. Quiero también decirle que Hernán Cortés cada vez me despierta más desconfianza. No sé...actúa *como si el Almirante fuera él. Creo que es una mala persona. Además porque se demoró tanto en acudir.*

¡Nó, *Hernán es un hombre de mi absoluta confianza!*, le asegura Kristóbal.

Yo solo te digo que te cuides de el. Creo que es el único que puede hacerte sombra. El sabe dar ordenes, tiene una voz acerada que estremece al que tiene cerca. Yo no lo miro cuando está enojado y las venas de su cuello se inflaman de furia. Es que me da miedo, respeto... no se... con esas espaldas tan anchas... bueno mi amor, solo le pido que tenga cuidado, por que yo no lo quiero perder.

PRADERA AZUL

Los cuatro prisioneros, encadenados al palo mayor se imaginaron su muerte una y otra vez hasta quedar dormidos. Y soñaron la muerte y al despertar imaginaron su muerte. El alba los encuentra consumidos por las infinitas ejecuciones. Ya están muertos o resignados. Ellos ya están en el otro lado del mundo. Aunque ese lugar no sea todavía la muerte. Tal vez por eso nadie quiere mirar los ojos de un condenado a muerte. Los prisioneros no desean ser más y en los padecimientos de la última noche, han alucinado un lugar donde la vida y la muerte, el pasado y el futuro, el estar y el soñar se reconcilian.

"Yo vi como una gran pradera azul, dice uno de los prisioneros allí estaba todo lo que se necesita *para vivir bien eternamente. Se que van a quemar mi cadáver y que la última visión de mis ojos serán las fauces de un monstruo marino, pero ¡Qué me importa! Si yo ya estoy viviendo en esa pradera."*

Juicio

El Juicio es en la mañana, en el castillo de proa. Se cuenta con la presencia de toda la tripulación, repartida en cubierta. Las otras dos carabelas han acercado sus naves para ver de cerca el Juicio.

El Juez lee los cargos a quienes ya son fantasmas, a quienes, por momentos, escapan de la vistas y fluctúan como los paisajes de los solea-

dos desiertos. Se declara a los reos culpables de motín, violación e intento de asesinato. Para tanta maldad no cabe otra cosa que la sentencia de muerte y quema de sus cuerpos. *De estos monstruos dice el Juez, no quedará nada, en el mundo, ni sus huesos para ser llorados ¿Vale la pena terminar así la vida? Y se lo pregunto a todos Ustedes. Por eso quiero darles un consejo: Vayan poniendo las barbas en remojo y lo más importante: veneren el miedo, incúlquenlo en sus hijos; dejen en ellos solo dos cosas: el miedo como ángel de la guarda y nuestro buen nombre, será la mejor herencia.*

El sepulturero introduce a los cuatro cadáveres en el horno de la cocina. Los caballeros Negros encienden el fuego y luego lo apagan para que los condenados mueran sofocados por la euforia del humo, cuando ya no se mueven se aviva la llama. Antes el sepulturero les extrae los ojos y se cerciora bien que estén muertos.

--Les voy a pedir por favor que no me dejen cenizas en el horno; si no, los muchachos no me van a querer comer -advierte el nuevo jefe de cocina.

--No se haga problema que yo de esto se mucho, -se jacta el sepulturero, muy con sus puños sosteniendo la cintura.

Y la verdad que el hombre sabía: los cadáveres fueron retirados del horno un instante antes que fueran cenizas. Eran como estatuas de carbón a las que le restituyeron los ojos. Desde popa se arrojaron las efigies que al caer al agua se convertían en espectros cenicientos, mientras los ojos descendían hasta llagar el lecho marino con sus filosas pestañas. En el silencio de los abismos azules, los expresivos ojos contemplaban como eran disputados por voraces peces ciegos.

MUJER DE MADERA

Solo por hacer daño, estos malditos soltaron a las palomas, verifica Kristóbal al encontrar las jaulas ausentes y ahora ¿Cómo nos orientamos?

—¡No hay ningún problema Almirante! Sólo debemos mantener la misma dirección y listo, le contesta Pinzón.

—Usted todo lo hace muy fácil, le dice K., como se ve que no es el que tiene toda la responsabilidad.

—Mire Almirante y perdone que lo trate mejor de Kristóbal, pero Usted es muy joven todavía para hacerse tanta mala sangre. Mejor vamos a tomarnos unos buenos vinos en la sala de mandos y aunque sea por hoy, olvidemos los problemas.

Y como amigos, entre vasos de vino, Kristóbal, Pinzón y el astrólogo pasaron la noche.

Después y con el equilibrio perdido, Kristóbal hizo el amor con Mercedes (la primera vez desde la violación). Ella no cerraba los ojos para no sentir vértigo y náuseas. ¡Con que cuidado trató Kristóbal a Mercedes esa noche! Kristóbal se durmió con la boca abierta. La pierna derecha asomando entre las mantas mientras la otra caía sobre las piernas de Mercedes. El rostro de Mercedes asomaba entre las mantas, mientras el resto de su cuerpo se aferraba al de Kristóbal y su respiración daba en el cuello de su amado.

Madrugada

Creo que ya falta poco para llegar le dijo Kristóbal a Mercedes apenas ella se levantó.

Mmmmm, *veo difícil*, presagió Mercedes con mirada de amanecida.

--Anoche soñé que dormía con un pescado, -le contó Kristóbal- la cama era muy pequeña y apenas cabíamos los dos, así que decidí empujarlo, pero mi brazo se enterró en su cuerpo que era como la cascara de un insecto. Y por el agujero salió una mujer de madera. Tenía una delicada figura con profundas caderas. Sus ojos estaban rodeados de piedras preciosas. Caminamos por una playa de arenas blancas, donde las huellas se marcaban antes de pisarse. Me detuve pero mis huellas y la estatuillas de anchas caderas se internaron en una densa y vaporosa selva.

capítulo XLIX

¡FUEGO!

Amanece. El marinero en la torre de avistaje advierte en el horizonte una luminosidad de color perlino que cambia después a un tono rojizo, como llamaradas. Rebasado por una sensación que le pone la piel de gallina, exclama: ¡¡¡ Fuego, fuego, fuego !!!

Al instante toda la tripulación de la Santa María está de pie. Las otras dos naves también han hecho avistaje del fuego.

Kristóbal aparece en cubierta vestido con su traje de Almirante y ordena: " Poner velas en dirección al fuego "

Y la luminosidad se convirtió en un volcán nevado que supuraba un humo blanco y fosforescente.

Entonces, sobrevino el minuto por el que Kolón, toda su vida y todos sus instantes habían sido hechos. Llenó sus pulmones con un aire caliente que venía del nuevo fuego y exultante grito:¡¡¡ Tierra, tierra, tierra !!! ¡Marineros, allí están, casi se pueden tocar. Allí los sueños se quebrarán en realidades."

"COMO UN CANDIL DE CERA QUE SUBÍA Y BAJABA."

La bahía de los sueños

Ya se podía ver una espaciosa bahía con blandas arenas que el viento movía como si fueran de gelatina; más arriba una selva que trepaba un volcán hasta llegar a las nieves que engordaban su cumbre. Los tripulantes festejaban el descubrimiento de diversos modos. El marino del descubrimiento* era el centro de una ronda que iba y venía por todo el barco. Otros rezaban y cumplían las promesas hechas a Dios. Promesas que iban de cortarse el dedo meñique de la mano izquierda, correr desnudo por cubierta, hasta azotarse en público.

Los Silonitas, enterados también, golpeaban rítmicamente las maderas de la bodega o iban y venían de babor a estribor haciendo oscilar la nave peligrosamente. El viejo guitarrista componía la letra y música de un himno alusivo al momento.

**Rodríguez de Triana se llamaba. Como premio por haber visto primero las nuevas tierras, Mercedes lo baño en aguas humeantes con su jabón de seda. Lo que nunca vió Triana fueron los 10.000 maravedíes prometidos por la Emperadora a quien primero viese tierra.*

¡USTED AQUÍ, NO ES DUEÑO NI DE UNA CERILLA DE FOSFORO!", LE CONTESTÓ KRISTOBAL. ASÍ HAY QUE TRATARLOS, PENSÓ.

Pinzón inundado de ínfulas y tocándole el hombro a Kristóbal le decía eufórico: "¡Ve que yo tenía razón, ve!"

Mercedes abrazada a Kristóbal y sosteniendo su alegría que ya era un recuerdo, le decía a su amado: "¡Oh mi amor, me hace tan feliz verlo contento! ".

"Aquí construiremos nuestro nidito de amor, aquí nacerán nuestros hijos", le promete Kristóbal mientras enrula su dedo en un mechón de Mercedes. Todos son abrazos, besos y saludos. Hernán lo felicita a Kristóbal pero este lo frena diciéndole, "que no lo felicite, mejor celebremos juntos por que esto ha sido obra de todos". Y en medio de la euforia, Kristóbal recordó la carta secreta de la Emperadora que debía ser abierta cuando se avistaran las nuevas tierras. Va a su camarote. Saca el lacre que cubre la carta y lee una orden de la Emperadora: ejecución de todos los Silonitas ante de tocar tierra. Kristóbal arroja la carta al mar y vuelve a cubierta. En el camino se topa con Hernán quien le pregunta:"¿Cuando quiere que empiece a cumplir el mandato?"

—No sé a que se refiere retruca Kristóbal.

—A buen entendedor, pocas palabras.

—Cuando a mi se me de la gana -le gruñe Kristóbal.

—La Emperadora me encomendó especialmente, que se cumpliera su voluntad.

—¡La Emperadora! -replicó Kristóbal— ¿Te burlas de mi? ¿Acaso nunca fuiste a las playas con ella? ¿No sabes qué criaturas son las que hacen de Emperadora en Iberia? Mal hecho si no lo sabes, pero el que manda aquí soy yo.

—Pero... titubeó Hernán -helado de horror ante una revelación que no podía digerir, ni creer.

—Pero nada y si no le gusta me lo va diciendo así pongo a otro de Capitán de los Caballeros.

Kristóbal está colorado y con las venas del cuello hinchadas.

—Me parece Almirante, que Usted me ha interpretado mal y tampoco es para que venga con amenazas.

—¡Mire, cortémosla aquí, que no quiero arruinar tan importante día discutiendo con Usted!- Kristóbal sin esperar respuesta lo deja a Hernán solo, enredado por la ira y el temor, sin saber bien que había pasado, sintiéndose un cobarde.

Y Hernán recordó la escena cuando él fue a visitar al Notario Imperial y allí había un Kolón casi transparente.. "Las vueltas que da la vida", pensó Hernán en voz alta, estando seguro que nadie lo escucharía y después se fue a sumar al ruido de los festejos.

LISTA DE INVITADOS

Kristóbal preparó una primer lista: Fernando Pinzón; Hernán Cortes; El Juez; El Astrólogo; El guitarrista, " ¿Y Mercedes? si no la llevo se me va a ofender, así que va " decidió Kristóbal. Dos remeros (que los elija Pinzón y queda bien con sus colaboradores). " ¿Y si hay tiros; mejor llevo también a dos Caballeros Negros bien armados". "¿Qué pasa con los Capitanes de La Niña y La Pinta? También los llevo."

–¿Va Rafael? -preguntó Mercedes de espaldas al escritorio de Kristóbal mientras hacía la cama.

--Usted quiere que a mi me maten, ¿¡No es cierto¡? -. le dice Kristóbal.

--¡Bueno, ya está, ya está, no importa, no dije nada -replicó Mercedes lagrimeando.

--¿Qué pasa ahora? Te has ofendido; pero ¡Mercedes! toma conciencia que no puedo llevar a un silonita y menos al mago. Bastante que le he salvado la vida.

--Claro, pero hay modos y modos de decirlo. No hacía falta que me gritaras -le dijo Mercedes arrasada por las lágrimas.

Kristóbal le acurrucó su cuerpo y le anunció que ella iría en el bote de la fundación. Mercedes no podía creerlo. "Sí, por supuesto ¡Cómo no voy a llevarla!"

Kristóbal le acarició los cabellos y besó sus saladas mejillas. Después leyó la lista de invitados.

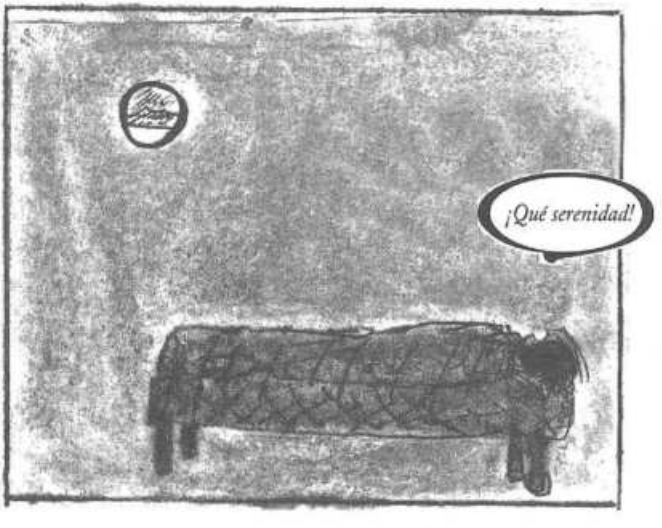
–¿No vas a llevar al sacerdote? -le recordó Mercedes.

--¡Huy¡, ya me estaba olvidando nada menos que del sacerdote...

"Y AHORA HAY QUE VER QUIEN VA Y QUIEN NO, EN EL BOTE A TIERRA", PENSÓ KRISTÓBAL, "OBVIO QUE LA PRIMER PISADA LA VOY A DAR YO Y NO HERNÁN QUE INVENTÓ LO DE UN PLAN ORIGINAL DONDE SU BOTA DEBÍA SER LA PRIMERA EN DEJAR UNA HUELLA EN LAS NUEVAS TIERRAS."

¡Hay Mercedes, que sería de mi sin Usted? Mercedes dio acuse de recibo de la ironía y de un empujón lo tiró a la cama, donde lo lleno de besos y cosquillas.

¡Que noche tan larga para Kristóbal Kolón ! Se mueve de un lado para otro sin poderse dormir. Hay un ronroneo que le va creciendo y creciendo hasta vaciar su cuerpo, inundar el camarote, la nave... el Universo. ¿No era esto lo que tanto esperaba? Ahora hay un vacío, un tranquilo vacío donde los instantes navegan sin dirección, sin soles ni deberes que cumplir. Fascinado de tanta serenidad, los instantes se le acurrucan a Kristóbal como si fueran mansos e inocentes corderos.



3ra
parte

VIERNES 12

En la mañana del 12 de Octubre de 3492, una barca cargada con Kristóbal y los notables muerde las nuevas tierras.

El guitarrista rasguea el himno que había compuesto y que todos cantaban a su manera; pero el barco se movía tanto que el Almirante rogó y advirtió para que mirasen bien por donde iban. El sacerdote no se queda quieto y se aferra el vientre inflamado.

Mercedes acaricia el cuello de un mono enjaulado.

--¡Cuidado Señora que es muy traicionero! -le advierte Hernán Cortés.

--Pero no parece, mire como se queda quietito -alega Mercedes.

¡Mmmmm! No se, yo por las dudas sacaría el dedo.

El Sacerdote pregunta a Kristóbal acerca del nombre que le pondrán a las nuevas cosas que se descubran.

--Desde ahora dejaremos que las mismas cosas nos digan sus nombres, solo hay que prestarles un poco de atención -contestó Kristóbal.

La barca encalla en las redondeadas y oleosas arenas.

"QUEBRANDO UN SILENCIO VISUAL MILENARIO, SURGIERON LENTAMENTE, EN EL HORIZONTE DE LA COSTA, LAS TRES NAVES."

Pisada

Kristóbal deja el bote y camina por las aguas sobre una arena gelatinosa que le cosquillea la planta de los pies.

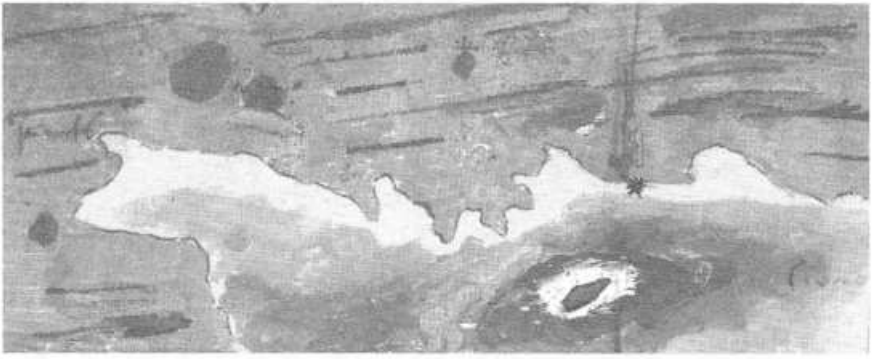
Su pie derecho, al dar el primer paso en tierra,

se sumerge en un polvo fino, negruzco como polvo de carbón, hasta tocar un suelo muy cohesionado. Ordena a sus acompañantes cortar el trozo de tierra con la memorable huella del primer paso.

Acto seguido, Kristóbal cae de rodillas y entierra la bandera verde Imperial. Es una bandera de bronce que simula flamear por un viento eterno. Cuando clavan el asta, la tierra se estremece y el volcán lanza pompas blancas de dolor.

¡Oh Señor, hemos llegado, gloria a ti y eterna grandeza para el Imperio! exulta Kristóbal y vistea hacia el mar y mas allá hasta llegar con su imaginación a Iberia, al Castillo, a la alcoba donde la Emperadora yace desnuda, untada de aceites, aguardando como una amante al nuevo dominio.

Mi Emperadora, continúa diciendo Kristóbal, que está ebrio de horror divino y de aventura, estas frágiles naves, con hombres enfermizos y débiles han vencido un inmenso mar. Hemos dado un salto gigantesco y ante mis ojos aparece un paisaje magnífico. Son tierras vírgenes, dignas de un nuevo comienzo, tierras que han temblado al posarle mis pies. Ahora nos invade un vapor cálido que ha descendido del volcán. El sacerdote hace un pozo en la arena y se pone de cuclillas sobre este y expulsa el pescado de Amaunac (un grotesco intento de la naturaleza para predecirlo o repetirlo a él mismo).



capítulo LII

DULCE NIÑO

Ese mismo viernes, Kristóbal Kolón ordenó el desembarco de las naves. Los botes fueron y vinieron trayendo gente, animales y cosas. Un bote se hundió con dos hombres y una vaca. Nada se pudo hacer para rescatarlos. Fue un golpe duro para todos, ver como esos hombres se ahogaban sin poder hacer nada para rescatarlos.

Los iberianos acamparon en un lado de la costa y los silonitas en otro y según le contaron a Kristóbal hubo un incidente donde se insultaron mutuamente unos jóvenes silonitas con dos iberianos que se decían Caballeros Negros.

"No quiero lío entre ustedes", advirtió Kristóbal a los dos grupos. Les vaticinó que se venían momentos difíciles, días de angustia moral y que debía reinar un trato amable y cordial entre todos. Finalmente les dijo:"...al primero que empiece, yo me voy a encargar personalmente de pasarlo por las armas, ¿Entendido?." Esa noche se festejó el descubrimiento. Los iberianos bebieron la sangre de un mono sacrificado mezclada con tierra de Iberia y del lugar. Después comieron, hicieron el amor y bailaron hasta el amanecer, alrededor de una gran fogata. Kristóbal y Mercedes llegaron, al final de la noche, al campamento silonita. Rafael los invitó a beber un vaso de vino y a sentarse a compartir una comida que habían preparado especialmente para la ocasión. Rafael, el mago, le dio a Kristóbal un cuchillo y lo invitó a que cortara el cuello de un niño recién sacrificado o "la parte que a Usted más le guste".

Kristóbal se quedó temblando con el cuchillo

en la mano, sin saber que hacer. Entonces Mercedes se apropió del cuchillo y lo clavó en un ojo del niño. La cabeza del pequeño se quebró como si fuera una cascara de huevo y de su interior emergió un vapor amarillo. Adentro de la cabeza había como una pasta blanca que Mercedes tomo con sus manos, mezcló con la leche que manaba de su pechos y comió con avidez. Rafael cortó en trozos al niño y lo fue repartiendo entre los silonitas, quienes antes de comerlo se frotaron con los trozos la cabeza y el cuello.

--¡No se asuste Almirante!, es solo un niño de pan, está hecho con harina y un poquito de sangre que le sacamos a cada niño de sus cejas. Así que coma tranquilo que los iberianos no le van a decir nada -lo ironizó Rafael.

--Antes de hacer estas bromas, todos Ustedes deberían recordar que están vivos gracias a mi -tronó Kristóbal.

--¡Oh! perdone Almirante, pero no es una broma, este pan con forma de niño es un sacrificio que le hacemos a Amaunac y queríamos que Usted fuera el primero en probarlo. Si hay alguien por el que sentimos devoción es por Usted y sepa que puede contar con nosotros siempre.

A Kristóbal se le fue el enojo y quedó un rato silencioso como una sombra, comiendo el pan infantil, tomando vino y contemplando a unas jóvenes que danzaban con antorchas encendidas mientras gritaban con toda su fuerza: "Mi Rey Kristóbal, mi reina Mercedes, a ellos venero, a ellos obedeceré."

Me gustan los Silonitas, su manera de ser, su sencillez le dijo Mercedes a Kristóbal, cuando recostados en la arena después de los festejos, intentaban dormir.

Ella tenía la cabeza apoyada en el pecho desnudo de Kristóbal.

Inmediatamente lo cubre con arena. Luego abre la jaula y saca el mono quien le da varios mordiscos. El sacerdotes con rabiosa indignación le quiebra el cuello al mandril, extrae sus sangre y la vierte en la tumba del pescado.

Fundaciòn

Una bandada de pájaros consagra el lugar con gigantescas sombras. Su inquietante presencia impone silencio en los expedicionarios y algún amague de abrir fuego contra sus cuerpos de mármol negro donde el sol se refleja.

"Que nadie les haga daño", es la orden de Kristóbal. Un pájaro se posa en la playa, con su pico escarba la arena desentierra al pescado lo agarra y se eleva hacia la cumbre del volcán.

"¡Somos bienvenidos por Amaunac!", exclama Kristóbal hincado en la arena y casi al unísono con el sacerdote, a quien alguien, muy discretamente, le pide que se calle.

"Estos pájaros negros, -exulta Kristóbal- son mensajeros de nuestro Dios y ahora le llevan su hijo ¡Cóndores! Ese es el nombre que Amaunac les ha dado. Estamos pisando la moradas de Amaunac. Estamos en el centro del Universo, donde la tierra y el cielo se encuentran y las cuatro estaciones nacen a la confusión. Estamos viviendo el primer instante, el año cero."

Kristóbal y los demás quedaron un largo rato en silencio escuchando el viento, el ruido de las olas puliendo las playas.

"¿Y cual es el nombre de estas tierra sagradas? ¿Cual es el nombre que Amaunac les tiene atesorado desde la eternidad?" Después de tanto entusiasmo Kristóbal permaneció en silencio, esperando que una palabra se apropiara de su lengua mientras sus rodillas se balanceaban sobre la arena movediza. "¡Siberia!", exclamó. "Estas tierras se llamarán Siberia! ". Como ovejas,

todos asienten el nuevo nombre; incluso el sacerdote que tenia pensado o t r o . Hernán Cortes con las rodillas acalambradas, solo atina a rascarse la cabeza y restregarse los ojos, no creyendo el escándalo que está viviendo, fastidiado que el nombre de las tierras empiece sospechosamente como Silón. Y solo atina a mirar con gesto de desagrado a los otros dos Caballeros Negros que han venido con él.

Bonetes colorados

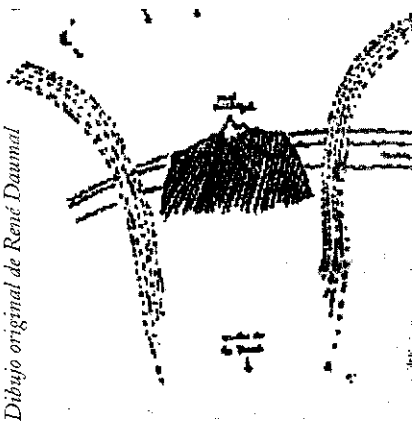
Visitantes harapientos emergen de la selva. Apenas se los puede ver. Hay nubes muy bajas, como una neblina, entre las que como imágenes intermitentes aparecen estos seres. Cuando Kristóbal amaga acercárse, ellos se internan en su selva. Solo queda uno. Parece el más viejo. Está vestido con una capa azul llena de agujeros y una cabeza coronada por una corona roja que le oculta el rostro.

Kristóbal avanza hacia el extraño, lo hace lentamente como los perros cuando sienten el peligro. El extraño tiene ojos redondos que brillan cuando le da el sol y unas cuentas de vidrio en su pescuezo. Tiene una gran boca negra con dientes largos como colmillos. Sus brazos, sus largos brazos casi rozan con sus manos el suelo. Se cruzan las miradas.

¡Buenos días! saluda Kristóbal. El extraño solo gruñe. Kristóbal lleva lentamente su mano a la empuñadura de la pistola que carga en su cintura. Kristóbal imagina mil cosas, que el extraño se le tira encima, que lo muerde, que lo viola.

Una súbita luz, como un fuego solar, revela la identidad del extraño: Un mono, un viejo mono que apenas le da tiempo a sacar la pistola, por que ya se ha extinguido en la selva y frente a Kristóbal han quedado solo las huellas de la bestia en la arena.

Se podía distinguir una selva y más arriba el pico nevado de un volcán, imponente y provocativo como un torso desnudo" Comentario de un marino frente a la nueva tierra.



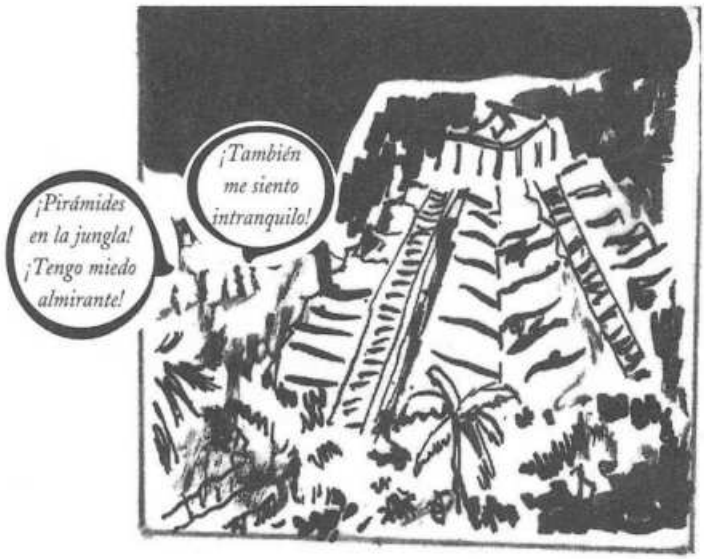
Dibujo original de René Daumal

–Eso ni se te ocurra decírselo a nadie ¡Por favor! -le advirtió Kristóbal que le acariciaba los cabellos y bebía la leche que seguía manando de sus pezones.

–Pero mi amor, no nací ayer, ni soy una tonta - le replicó Mercedes.

capítulo LIII

ANTIGUOS DIOSES



EN LAS PROFUNDIDADES ENCANTADAS DE UNA BELLA Y JUGOSA SELVA, SE ENCONTRÓ ALGO JAMÁS VISTO: PALACIOS DE FORMAS ENCRESPADAS POR LA MARAÑA Y EL GRITERIO DE LOS MANDRILES

Con el Sol cercenando la noche, la expedición abrió a machetazos un sendero en la selva.

De pronto, Kristóbal y sus hombres encontraron una ciudad ahorcada por la selva. Un Sol antiguo desolaba las calles, inundando de una luz opaca los edificios en ruinas. Donde se mirara había columnas derribadas, palacios incrustados por gigantescos árboles, escalinatas devoradas por la maleza, monstruos de piedras anidando pequeños monos en su boca. Monos por doquier. Monos de anchas posaderas, colas delgadas y el agujero de su vientre colorado. Y en lo más alto de la ciudad crecía una pirámide.

En un recinto encontraron estatuas de hombres que al solo tocarlos se convertían en polvo. Y cuando una ráfaga de viento penetró en el

recinto, todas las estatuas se desvanecieron, quedando en el piso una ceniza amarilla que nadie quería pisar.

—¡Amaunac nos ha regalado la mas fina, la más hermosa ciudad. Aquí nacerá mi dinastía, desde aquí regiré los destinos de Siberia, conduciré batallas, aquí crecerán mis hijos: los futuros príncipes herederos de estos dominios! -exclamó Kristóbal, arrodillado frente a la pirámide.

—Almirante, presiento que toda la ciudad es un santuario, un lugar para el descanso de los pálidos dioses, no podemos dormir en sus palacios, comer y hacer el amor en sus templos -advirtió el sacerdote.

—¡No es así, no es así! Amaunac ha dejado que lleguemos hasta aquí. Amaunac ha hablado a mi corazón y pedido que habitemos su ciudad. Mañana mismo arrasaremos la selva que ahoga sus paredes, -contestó Kristóbal medio enojado con el sacerdote.

Cuando las sombras de la noche descendieron sobre el lugar, a todos les entró el miedo a los antiguos dioses y la huida no se hizo esperar. Sólo quedó Kristóbal, caminando como un loco por las calles de la silenciosa ciudad.

...En medio de la selva se lo ve a Kristóbal,en frente de la pirámide. Un espectáculo lleno de remotos cóndores que lo miran a Kristóbal.

Pasar la noche

En la noche Kristóbal se cobija contra una piedra que irradia el calor diurno. Escucha las voces de los antiguos habitantes, el paso de fantasmales caminantes y ve fuegos, batallas y sacrificios de prisioneros.

Corre y trata de escapar de los recuerdos de la ciudad que pretenden anidar en su corazón. Pero... ¿Adonde ir? Lo mejor, piensa, es llegar a la cúspide de la pirámide y de tan alto poder localizar el campamento en la playa. Cuando sube los escalones siente como una sombra en sus espaldas que lo persigue e intenta aferrarlo. Hasta se animaría a decir que miles de muertos han salidos de sus tumbas para darle la bienvenida. Y entre los muertos está el niño azotado con el cadáver, está la expedición silonita de la que nunca se supo nada, está el padre de Mercedes. Pero no quiere mirar, porque juraría que ahí no mas, jadeando en sus espaldas, está Marcos Nordo.

Kristóbal llega a lo más alto de la pirámide. A una suerte de plataforma donde se abre una puerta de piedra. Siente que lo invitan a pasar. No hay elección. Ya adentro desciende escaleras hasta llegar a una sala obscura. A Kristóbal solo le queda esperar el amanecer, hasta que haya luz y con esa certidumbre se recuesta en el piso e intenta dormir. Pero tiene mucho miedo. Y grita y grita hasta que sobreviene la calma. "Aquí estoy. Me entrego. Soy solo un pequeño hombre" grita al eco de las paredes. Kristóbal lentamente se levita mientras una brisa caliente corre por sus huecos huesos y zumba en sus oídos. Un deseó lo toma, lo seduce. Imposible negarse al gozo prometido. Se desnuda y espera la espada del sacrifico que abrirá sus carnes. Aparece Marcos Nordo, quien lo saluda. Marcos, vestido como un supremo sacerdote, cubre su rostro con la mascara de un toro negro de ojos

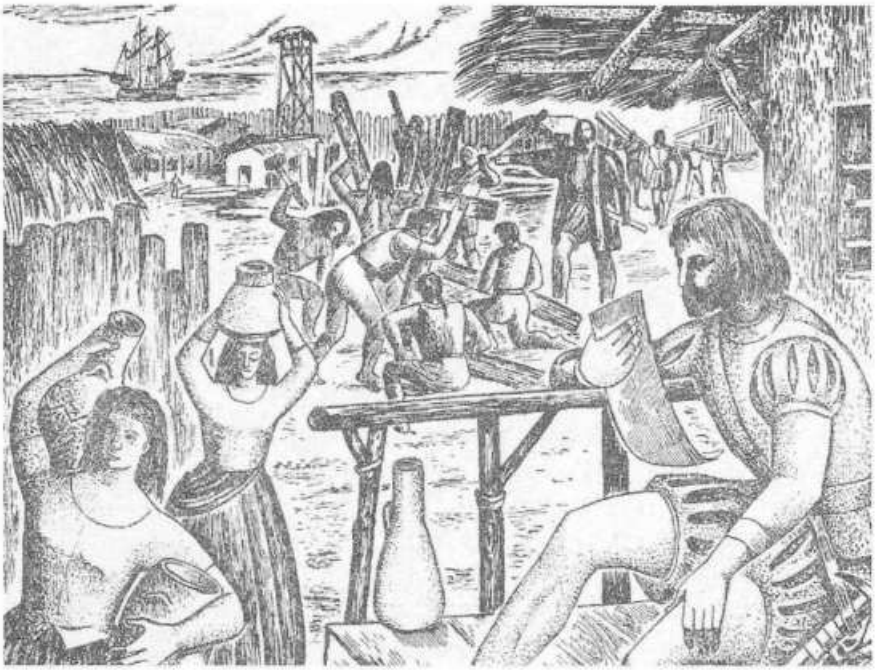
brillantes como la Luna. Marcos abre el pecho de Kristóbal con la espada y arranca su corazón. No hay dolor, solo el gozo prometido. Un deseo que la ceremonia se repita eternamente. Marcos bebe la sangre del corazón y comparte la bebida con soldados de terracota que han tomado vida. Marcos arranca su propio corazón y lo deposita en el pecho vacío de Kristóbal. Como un pájaro congelado que ha vuelto a la vida, el corazón comienza arrullar en su nuevo nido. Los soldados de terracota se arrodillan y Marcos le auspicia a Kristóbal: *Te he dado mi corazón, querido amigo, para que todos los días abras tu pecho y el Sol así lo caliente. Eres ahora el héroe de este nuevo pueblo: Siberia.*

Después Kristóbal cayo en un sueño profundo hasta que el Sol del nuevo día vio sus ojos. Ya no estaba Marcos en la sala y los soldados de terracota permanecían inmóviles, con sus bocas manchadas de sangre. En las paredes estaba pintada una gran batalla. El volcán, en el fondo, derramando un humo blanco sobre los combatientes. Dos ejércitos enfrentados en sangrienta batalla. El aire lleno de flechas en todas las direcciones. En el centro de la pintura, el jefe de uno de los ejércitos, con sus pelos danzados por los vientos, sus ojos de víbora y levantando la espada como puñal de victoria. A los pies del conquistadores: esqueletos vestidos de soldados y demonios sonrientes danzando la música de la muerte.

Y Kristóbal escapó de la ciudad, corrió y corrió en la selva hasta escuchar la primeras voces en la costa. Esa noche para espantar la muerte, Kristóbal le hizo el amor a Mercedes. En el momento mas ardiente, Kristóbal irguió su cuerpo y extendió sus brazos como enormes alas de un cóndor. Mercedes deseando ser solo una boca, un círculo de nubes, apretó el cuerpo de su amado contra el suyo y no lo soltó mientras sentía en sus entrañas la cálida sensación de ser poseída por un héroe.

capítulo LIV

INAUGURAR



Fue necesario talar los árboles que crecían en el interior de las habitaciones. Arrancar las enredaderas que tapizaban las paredes de casas, templos y palacios. Fue necesario limpiar las calles y arrancarles la maleza que crecía entre sus adoquines. Lentamente la ciudad renació de la selva y el Sol volvió a conquistar sus piedras y ladrillos..

Casi todas las estatuas yacían en el suelo. Las aún en pie estaban mutiladas; les faltaban los brazos, la cabeza o con saña vengativa habían quebrado sus torsos. El astrólogo encargado del

renacimiento de la ciudad le preguntó a Kristóbal si no deseaba una estatua:

--Debemos respetar la voluntad del antiguo pueblo que las derribó a mansalva, -contestó Kristóbal.- Por lo que las arrojaremos al mar. Dejen los pedestales vacíos, así cada uno se imagina su propia estatua. No se les vaya a ocurrir erigir mi imagen; no me gustaría el día de mañana ver mí estatua atada a una soga y arrastrada por las calles por un grupo de resentidos. No quiero ese día encontrarme con rostros duros que hasta ayer me saludaban y ahora esquivando la mirada muestran gestos de "arreglar cuentas" o miedo de conocerme.

La limpieza de la ciudad se desarrolló en clima de bronca contenida entre iberianos y silonitas. La cuestión era quién habitaría los mejores sitios. Hernán Cortes empezó a disponer qué habitaciones, templos y palacios ocuparían los iberianos y caballeros Negros. Esto no les gustó para nada a los silonitas y Rafael, en nombre de ellos, se le arrimó a Hernán y le dijo que Kolón y no él iba a determinar la distribución de los lugares. Hernán Cortes hizo de cuenta que no lo había escuchado. No podía creer: primero, que un silonita le hablara sin pedirle permiso, después que se metiera en una conversación que él tenía con su gente y tercero que Rafael usara un cierto tono imperativo. Rafael le siguió hablando. Entonces Hernán desenvainó su espada y se la punteó en el pecho, obligándolo a arrodillarse y pedir perdón, por "... mal educado e insolente." Rafael que en ese momento era mirado por todo los silonitas, no le pidió perdón, tragó saliva, cerró los ojos y resignado esperó una muerte digna. A todo esto, Kristóbal llegó corriendo (alguien le avisó) y obligó a Hernán a soltar a Rafael y dar explicaciones.

—¡Este mugriento (se refiere a Rafael) me viene a decir lo que tengo que hacer o no hacer!- le dijo Hernán.

"ESOS RESENTIDOS QUE BAJAN LA CABEZA MIENTRAS TIRAN DE LA CUERDA Y SE HACEN LOS QUE NO MIRAN A LOS COSTADOS, DONDE LOS VENCIDOS CONTEMPLAMOS MANSAMENTE COMO ARRASTRAN A NUESTROS DIOSES."

—¡Bueno, cálmese Capitán!, puede ser lo que Usted dice, pero no es para ejecutar una persona.

—¡Pero cómo me voy a calmar, si cada día que pasa estos piojosos creen tener más derechos!

Los silonitas se han quedado cerca del incidente, merodeando de costado los acontecimientos y los Caballeros Negros rodeando a su Jefe. Kristóbal se notifica del tono desafiante de Hernán, pero se la deja pasar. Palmea las manos y ordena seguir limpiando la ciudad.

Comerse la Luna

Bastó que Kristóbal pusiera un pie fuera de la ciudad para que empezara un intercambio de insultos entre ambos mandos. Entonces Kristóbal volvió y desde lo alto de la pirámide, teniendo a su lado al astrólogo, convocó a todos y les dijo:

—*Si siguen peleando, yo les aseguro que Amaunac les va a retirar el Universo y para que me crean, esta noche como una advertencia van a ver como desaparece la Luna. Después se van a extinguir las estrellas, una por una, como cuando uno apaga las velas. Después Amaunac se comerá el Sol, las nubes, los árboles, los animales, las montañas, el mar y finalmente la tierra. Y entonces Ustedes van a quedar flotando en un cielo negro. Aburridos eternamente, como los dioses de los pueblos asesinados, sin saber que hacer ni decir.*

Después Kristóbal, subió, a las escalinatas de la pirámide y permaneció sentado en la plataforma superior esperando la oscuridad. A la noche, la Luna comenzó a eclipsar y silonitas e iberianos fueron comprobando la señal con gran asombro. Presos del pánico marcharon a la plaza y pidieron a Kolón que le suplicara a Dios el perdón. Después bailaron todos juntos. Finalmente,

Kristóbal se dignó hablarles, diciendo que ya había suplicado a Amaunac y hecho oraciones por ellos prometiéndole a Dios, en nombre de todos, que de ahora en más se tratarían como hermanos.

¡Siberianos! quiero que mañana inauguren la ciudad, les siguió diciendo *se que están peleando por los mejores lugares, pero un aliento divino ha recorrido mi cuerpo hasta llegar a mi oído para susurrarme como será el reparto de la ciudad: las casas construidas sobre tierra blanca y dulce serán para los que hablen con los dioses, la tierra blanca y astringente para los caballeros Negros, la tierra negra y amarga para los iberianos y la tierra amarilla y picantes para los Silonitas. Yo viviré en la Pirámide que está situada exactamente en el centro del Universo; y desde ese lugar, mi esposa Mercedes, la mujer más bello del mundo, ataviada de suaves y trasparentes sedas negras obtendrá la voluntad de Amaunac, porque él es puro espíritu y al desear a Mercedes se volverá carne. Y a cambio de darle esos pechos de leche, esas aureolas de pezones en los vestidos; Amaunac nos dará buenas cosechas, alejará las tempestades y aplastará a los enemigos de Siberia. Porque no puede haber algo mas poderoso que la alianza de Amaunac con su pueblo. ¡Siberianos por favor, no defraudemos a nuestro dios! Yo he sido elegido para conducirlos por el camino del pueblo elegido y necesito contar con Ustedes. Quiero que mañana los jefes religiosos de silonitas e iberianos inauguren la ciudad y preparen mi coronación para cuando retorne de mi peregrinación al volcán donde he sido llamado por Amaunac. Cuando vuelva, quiero encontrarme la ciudad mas bella de la tierra y lo que es más importante: un solo pueblo, el siberiano...*

Cuando Kristóbal terminó su discurso. La Luna volvió a crecer hasta iluminar a los pequeños y aterrados hombrecillos. Entonces una ráfaga de

NADIE PODÍA CREER QUE LA LUNA LE HICIERA CASO

suspiros voló a los cielos y esa noche todos se abrazaron y besaron, mirando siempre de reojo, por la dudas, a ver si la Luna ostentaba su lugar. Los hombres de palo fueron dejados libres, sin peligro de ser quemados. Hubo encuentros amorosos entre hombres Silonitas y mujeres iberianas. Y también entre mujeres Silonitas y hombres iberianos. Magnetizados por las diferencias de piel, olor y antepasados se poseyeron ferozmente. Sabiendo oscuramente, que un niño en ciernes quebraría toda rivalidad.

capítulo LV

MONTAÑA DE FUEGO

Kristóbal, antes de perpetrar el ascenso al Volcán, le recomienda a Mercedes que se mantenga en todo momento cercana a Pinzón ("El está al tanto de todo", le dice) y que por ningún motivo participe de la ceremonia que harían juntos los dos pueblos (algo se huele Kristóbal). Si le dicen o le preguntan algo, que diga que esa noche tiene que rezarle a Amaunac. Ya en las comisuras de la selva, se despidió de Mercedes con un beso en la frente. Parecía el ultimo beso. Ella ni pudo contener las lágrimas. No quería llorar y menos en ese momento, cuando a Kristóbal le esperaba una pesada misión. Ahora seguro que se va preocupado, pensó Mercedes. Kristóbal camina por una selva desconocida. Su única orientación es la cumbre nevada del volcán. Nordo, se llamará el volcán, en homenaje a su amigo Marcos y lo dejó registrado en su libreta. Al mediodía la selva ha quedado atrás y Kristóbal ya pisa una lágrima de hielo que corona la montaña de fuego. Llega a la entrada

misma del volcán, una enorme gruta que emana gases sulfurosos. Desde esas alturas contempla la ciudad con la pirámide en su centro, adelante el templo y en los costados y atrás las galerías. Todo eso constituye la primer y más elevada terraza. Después está la galería de la segunda terraza, luego la terraza misma. Sigue la galería de la primer terraza conectada con la primera y la segunda por tres galerías que dan a la entrada de la ciudad. La primer terraza, la más baja de todas (" ¿A quien le tocará vivir allí? ",se pregunta Kristóbal.) da con los vestigios de un antiguo muro que habrá que reconstruir. Habrá también que abrir de nuevo el camino, que comunica a la ciudad con la costa. Desde allí arriba el camino es visible, a pesar de estar desfigurado por la maleza. Mas allá está la selva que se escapa por el horizonte. Sigue la playa y luego un mar azul verdoso con las tres carabelas.

Kristóbal se arrodilla en el ultimo borde del volcán, de cara al sol y reza durante un largo rato. Es tanto lo que tiene que agradecerle a Dios, que la noche lo encuentra con las rodillas sumergidas en el fango caliente. Penetra en la gruta oscura del volcán. Se perderá en alguno de sus pasadizos y tendrá la certidumbre de esta muy cerca de Amaunac quien como una sombra escapa al encuentro. Kristóbal llega a una sala en la gruta, iluminada por la fosforescencia de sus piedras. Hay una vejez infinita, una eternidad en el recinto que no alcanza a percibir a Kristóbal. En el centro del salón hay una mesa servida con una olla conteniendo un guiso petrificado. En la sala contigua, sobre un catre, hay dos cuerpos de piedra abrazados, detenidos en el supremo instante del amor. En otra sala de la gruta, hay dos pequeñas camas, hay en el piso un perro verde de madera, una casita de papel y otros juguetes. Kristóbal dormirá en la sala, imaginando a los niños que la habitaban y soñará con cóndores que lo revolotean.

TIERRA AMARILLA

El día que Kristóbal marchó hacia el volcán, todo fue distinto, todo sería distinto. Y nadie, ni aún consultando los sueños, podía decir por qué. Era como estar viviendo en el corazón de lo que sucedería. Ese día todo cambió. La risa no era igual. Y cuando los enamorados buscaron las callejuelas estrechas y oscuras, sintieron en sus espaldas susurrantes y fantasmales presencias. Cuando había aún Sol, cayeron fuegos sobre la ciudad que al tocar los techos hacían un ruido como de cascabeles. En la noche todos durmieron en las calles de la ciudad pues todavía no se hacía el reparto. Y tanto silonitas como iberianas abrieron pozos y hoyos alrededor de sus lechos y los sembraron de estacas agudas. Al otro día todos se la pasaban probando el sabor de la tierra. Interminables discusiones se armaban en cada esquina. Que esta tierra es amarga, que no, que es dulce. Unos y otros querían vivir en las tierras más altas, en la de la tercer terraza donde se erigía la pirámide, el templo y los palacios.

El tratado

Al atardecer se reúnen Hernán Cortés y Rafael, el primero en representación de los iberianos y el segundo de los silonitas. No hay mucho que hablar y Hernán impone a lo silonitas vivir en la tercera terraza, "donde la tierra es amarilla y picante" según él, aunque los silonitas no están muy de acuerdo. A los iberianos les toca la

segunda terraza y a los Caballeros Negros y gobernantes, las tierras de la primer terraza. Rafael se ve obligado a firmar un tratado por el que acepta convivir en paz en las tierras que Amaunac le ha indicado.

—Mire Rafael, le dice Hernán, después que le ha hecho firmar el tratado en la plaza de la ciudad frente a la pirámide, será mejor que Ustedes hagan primero sus sacrificios.

—Pero Kristóbal Kolón dijo que hiciéramos juntos la ceremonia.

—Si, pero va a ser para líos. En todo caso, más adelante, cuando nuestros pueblos se conozcan un poco más. Para nosotros sería mejor que lo hiciera esta misma noche pues mañana queremos hacer el nuestro.

Rafael estuvo de acuerdo y al despedirse tuvo que darle la mano a Hernán y a cada uno de los caballeros Negros quienes se reían entre sí y le daban a este el titulo de nigromante. Rafael se las vio negra para explicarle a su pueblo que les tocaría vivir en la parte baja de la ciudad, donde las aguas servidas detienen su andar y donde siempre hay inundaciones. Las mujeres obligaron a Rafael a usar ropas femeninas y le hicieron trenzas en su pelo. "Qué raro ese de cabello largo y trenzas, se cree el mago de los Silonitas, pero no es más que una mujer como nosotras", le gritaban las mujeres.

Luego, Rafael fue violado por todos los hombres en la plaza y a la vista de los iberianos. Finalmente lo prepararon para el sacrificio de la noche. Ya había un nuevo ambicioso que reemplazaría a Rafael. Un joven que no llegaba a los veinte años. Diego Cristóbal era su nombre.

OJOS DE PLOMO

¿Somos acaso algo?

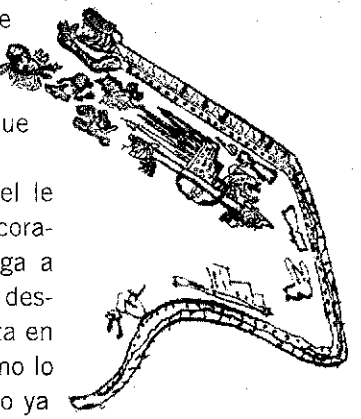
Comienza la noche y ya están los Silonitas en el templo. El templo, hallado por casualidad por un niño Silonita, es una inmensa esfera de metal hundida en la tierra. Se ingresa a él por una pequeña escalera de piedra. Adentro, antiguos hombres han llenado las paredes de bajorrelieves con imágenes de batallas, de sacrificios humanos, de un gigante incendiado y un viaje marino. Diego Cristóbal, el nuevo sacerdote, desciende las escalera del templo, llega al centro del salón y abre un cofre negro. Todos respiran hondo. Del interior del cofre coge un polvo blanco y lo lleva a la boca." Son la cenizas del gigantes ¿Recuerdan?" les pregunta Diego Cristóbal.

Diego Cristóbal con la ceniza espolvorea la cabeza de los concurrentes. Diego Cristóbal deja algo de ceniza para mezclarla con la sangre de Rafael, quien será sacrificados en instantes más. Rafael yace desnudo sobre una piedra, apenas cubierto por un friolento manto de lino.

Diego Cristóbal desenvaina la espada hambrienta de sangre. Pero en lo alto de la escalera irrumpen tres Caballeros Negros que no permitirán el sacrificio humano. Están borrachos y uno cae al tropezar con un escalón. Rafael, todavía vivo, se levanta de la piedra y enfurecido se arroja sobre el Caballero caído ¡Pobrecito de él! Lo toma de los cabellos y lo arrastra hacia la piedra de los sacrificios. Le abre el pecho con la espada, le saca el corazón y lo levanta con sus manos

"Un grupo de silonitas guardaron en un cofre las cenizas del gigante y en un témpano de madera enfrentaron el mar" (de Cap. 8, "Iberia y Silón") "...y el barco encalló contra un cerro y en su cumbre abrí el cofre para que la fragancia de la madera quemada cautivara a los dioses que como moscas se acercaron".

en señal de brindis a Amaunac. Luego le corta pies y brazos y los ofrenda a los presentes. Mete los intestinos en una bolsa y ordena (ya se siente nuevamente mago) que mañana se lo arrojen a lo cóndores.



Diego Cristóbal, se sabe derrotado, Rafael le ganó la partida, ya no es más el mago en el corazón de los Silonitas y en respuesta entrega a Rafael sus vestiduras de mago, y su trasero desnudo como si fuera una sacerdotisa corrupta en celo. Pero no hay tiempo para eso, por ultimo lo que vale para Rafael es el gesto, por ultimo ya habrá tiempo para la venganza, para gozar el rencor, para saciarse con los miedos y la piel de los sumisos.

Los dos Caballeros Negros escapan y corren a contarle a Hernán Cortes como han visto comerse a sus compañero de armas.

"Esta anoche habrá escarmiento", jura Hernán.

Mientras tanto...

Rafael apura la ceremonia, sabe la que se viene. Mezcla la sangre del difunto Caballero Negro con la ceniza del gigante y pide a los Silonitas que marchen a sus casas y que por ningún motivo salgan a caminar la noche.

Dioses de harina

Hernán Cortes y sus caballeros ya están en el templo. Se lo han llevado al sacerdote iberiano. Pero en el recinto solo encuentran a Rafael quien se esta sirviendo a Diego Cristóbal, feliz este aspirante a mago de su nueva condición de hembra sagrada. El sacerdote intenta persuadir a los dos presentes que aquellos ídolos son malos al pedirle sacrificios humanos. Como ciega respuesta, Rafael se arrodillas y reza a la imagen de Amaunac mientras Diego Cristóbal soba sus propios traseros chorreados de sangre y

semen en la áspera estatua de semillas y legumbres amasadas con sangre humana. Ante la insistencia del sacerdote, Rafael le contesta: *Nosotros sabemos a quien se debe la vida, a quien se debe el nacer, a quien se debe el ser engendrado, a quien se debe el crecer, cómo hay que invocar, cómo hay que rogar.*

Hernán le dice al sacerdote que no pierda tiempo tratando de convencer "a estos animales" y de un sablazo derriba la estatua de pan y sangre.

A Hernán le castañetean los dientes frente a la tozudez de Rafael y ordena, incendiado de ira, blanquear con cal todas las imágenes de sacrificios en los bajorrelieve. En el altar vacío, el sacerdote pone la imagen del verdadero Amaunac. El resto de la cal se vierte en un pozo donde son arrojados Rafael y la ahora sacerdotisa Diego Cristóbal, después Hernán invita a los iberianos a visitar el nuevo templo. Cuando estos llegan, se espantan al ver salir del hoyo, hombres de blanco, enceguecidos y llagados por la cal.

-Éstos son los últimos magos Silonitas, a partir de hoy ya no podrán comunicarse más con su Amaunac; en una palabra ellos han muerto para su Dios- se jacta Hernán.

-¡Iberianos! hoy hemos dejado ciego de dioses a los Silonitas,- arenga Hernán,- ya esta gente no tiene razón de existir y es mejor que nosotros apuremos su agonía. Al otro que le llegó la hora es a Kolón, porque esa bestia no merece vivir. El ha traicionado a nuestra Emperadora al pretender hacer de estas tierras un nuevo reino hollado por los sucios Silonitas; quienes por mandato imperial debían morir en alta mar; sí lo que están escuchando, porque nuestra sabia Emperadora no quería que ni un solo Silonita pisara estas tierras sagradas; pero el peor cargo para Kolón, es que ha ofendido a nuestro Amaunac al pretender compartir su espacio

gritos alarman las paredes. Por las callejuelas galopan relinchos nerviosos. Alguien jura haber visto un jinete sin rostro bajar cabalgando las escalinatas de la pirámide. Kristóbal no puede creer en lo que han convertido su ciudad y pide a los sobrevivientes que griten entre el polvo, desde bajo las piedras.

¡Oh, por Dios! No puede ser, grita Kristóbal y busca entre los desperdicios, en los montículos de ceniza alguna respiración sofocada, algún hueso que se mueva entre las sombras frías y ciegas.

De una morada salen gritos y llantos. Hay una niña en un horno. Con su cuerpo lleno de quemaduras y los ojos derretidos. Está entre la vida y la muerte. El astrólogo sugiere dejarla mas tiempo en el horno: "Así no vale la pena vivir", argumenta. De sus ropitas mana humo con olor a pluma quemada. La niña cuenta la matanza. Ella presenció el asesinato de sus padres. Cuenta que el homicida la vio y dijo: "es muy feíta para criarla, además tiene las manos muy pequeñas para ser sirvienta" y decidió quemarla.

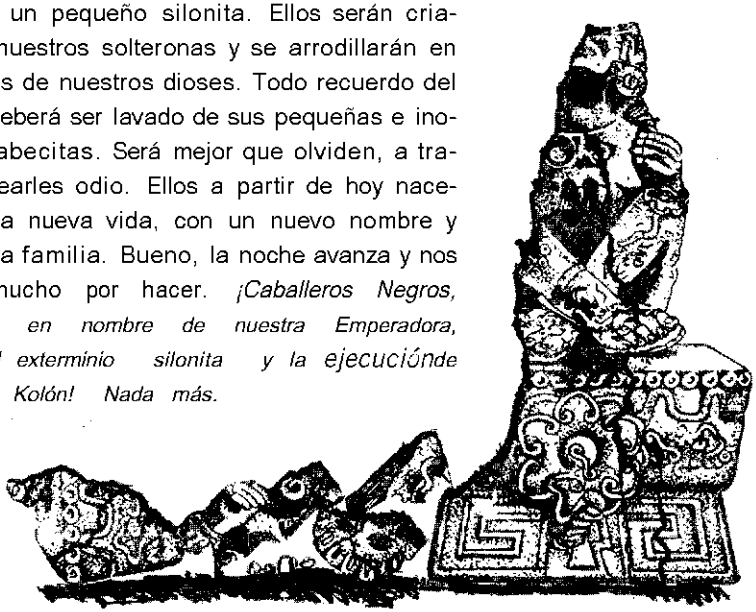
KRISTÓBAL ORDENA QUE CUREN A LA NIÑA Y SE ALEJA DEJANDO HUELLAS COMO TUMBAS VACÍAS EN LAS HARINOSAS CALLES DE LA CIUDAD.

Naves de fuego

A la noche, los siberianos llegan a la playa, solo para ver desmoronarse en el horizonte a la Carabela Santa María iluminada por las dos naves incendiadas por Cortés.

Kristóbal Kolón hizo una estatuilla de cera, a imagen de la Santa María y la quemó en la playa, pronunciando al unísono con todos una oración: "Aquellos que rompieron la promesa de habitar una nueva ciudad y que regaron de sangre las calles de Siberia, se derretirán como esta cera. Pero para los que se han quedado, Amaunac los hará sus elegidos." Los siberianos permanecieron quebrados de rodillas hasta que la marea les llegó al cuello. Las llagas eran ríos secos, cañadones que recorrían su vientre.

sagrado con el dios de la sangre humana, del Dios que goza viendo como le arrancan el corazón a un niño; porque yo me pregunto: ¿Puede haber algo mas sagrado que la vida de un niño? y por ese motivo le ordeno a los Caballeros Negros que no manchen su espada con las vísceras de un pequeño silonita. Ellos serán criados por nuestros solteronas y se arrodillarán en los altares de nuestros dioses. Todo recuerdo del pasado deberá ser lavado de sus pequeñas e inocentes cabecitas. Será mejor que olviden, a tratar de crearles odio. Ellos a partir de hoy nacerán a una nueva vida, con un nuevo nombre y una nueva familia. Bueno, la noche avanza y nos queda mucho por hacer. *¡Caballeros Negros, Iberianos, en nombre de nuestra Emperadora, ordeno el exterminio silonita y la ejecución de Kristóbal Kolón! Nada más.*



capítulo LVIII

ADOBE, LAGARTIJAS Y RATONES

Cautivado por su propio discurso, Hernán Cortes trepa a caballo la jadeante pirámide de ciento veinte gradas. Ya desde lo alto, refunda esas tierras con el nombre de Nueva Iberia. Luego desenvaina su espada incendiada de rencor y ordena comenzar la noche de la masacre Silonita.*

Muchos iberianos que siguen a Cortés se han ido escapando por el camino, aprovechando la noche tan oscura y sus pocas ganas de pelear. Ahora solo un puñado de hombres siguen las huestes de Hernán Cortes.

Los Caballeros Negros rodean el área silonita, cerrando las salidas, los pasos y las entradas. Los silonitas están de fiesta. Ya es el baile. Ya es el canto. En esos preciosos momentos los Caballeros Negros avanzan hundiendo puñales contra los que bailan y le dan un tajo al que estaba tañendo los tambores, cortándole ambos brazos. Luego lo decapitan. Los Caballeros Negros acuchillan, lancean a la gente y les dan tajos. A algunos les acometieron por detrás, inmediatamente cayeron por tierra dispersas sus entrañas. A otros les rebanaron la cabeza. Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos. Todas las entrañas cayeron por tierra y lo que aún en vano corrían iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos. Todos intentaban escapar pero eran apuñalados. Otros se entumecieron entre los muertos, fingiendo ser uno de ellos para escapar.

** Así queda registrado ese hecho en el Libro de los Monos*

Hernán ha ordenado actuar con meticulosidad. Se debe registrar cada casa visitada y las ejecuciones realizadas en cada una de ellas; sexo y edad aproximada del ejecutado. Lo primero que ordena Cortes es que no se maten a los niños. Indica que se debe vendar a las criaturas para que no presencien la muerte de sus padres, después se verá que se hace con estos pequeños. Siempre está la esperanza de salvarlos de la creencia de sus padres. Muchas casas ya están vacías. Enrojecidos están sus muros y los cabellos, pegoteados de costras y sangre, esparcidos por doquier. Muchos Silonitas han logrado escapar ocultándose en la selva.

En una habitación los Caballeros encuentran a los muñecos de madera acurrucando un rincón, temblando de miedo, con lo ojos cerrados y con los bracitos aferrando sus piernas. Los incendian. Arden sus cuerpos, crujen y ese ruido se confunde con sus llantos y gemidos. Hay un humo, un humo blanco y hay un olor a genitales quemados. Ese aroma enloquece al incendiario que corre como si el fuego le estuviera quemando el corazón. Se internará en la selva. No sabiendo a quien pedirle perdón. En algún punto oscuro de la selva quedará dormido; entonces un niño y un hombre se lo comerán hasta dejar solo sus huesos fosforescentes que un cóndor llevará

hasta lo alto de su nido en el volcán. La matanza se detiene unos instantes para presenciar el luminoso esqueleto surcar los cielos. Para todos será un presagio que sabrán callar.

Una mujer corre con su niño en brazos. Un sablazo le triza la cabeza. Después abren su vientre y el niño hambriento se sumerge en la sangre materna. La madre agonizante acaricia la cabecilla del niño y lo ayuda a que succione de sus visceras. Otra mujer, en una habitación desmantelada, da luz a un niño. Una espada arranca la cabeza de la parturienta. La misma espada ensarta al bebe.

El sacerdote como un loco mareado, ronda por el horror de las calles, implorando que cesen las violaciones de mujeres. Que la orden, dice, es el exterminio y no aprovechar la debilidad del enemigo para abusar de sus mujeres.

Has venido a decirme que frene la alegría de mis camaradas, le dice Hernán al sacerdote, y me pides eso por que no entiendes que ha triunfado la virilidad de un pueblo. Si les pido a mis guerreros la vida, no seré yo quien estorbe el placer de ellos. Si les pido el máximo en la batalla, que puedan también darle el máximo a sus instintos.

Lo único que faltaba, hemos dejado niños y hogares y vamos ahora a pedirles a nuestros guerreros que respeten a estos animalitos¡Mis hombres no son monjes, no faltaría mas! Son viriles guerreros y aventureros ¡Fuera de aquí camanduleros y santones! ¡Necesito machos fuertes! Y si roban o violan que se quejen lo enemigos, vocifera Hernán Cortes en la noche, entre los gritos y risas de la masacre, al sacerdote que se siente humillado por las palabras del Capitán, que siente en lo más profundo, un fuerte deseo de pertenecer, de ser la hembra de ese viril guerrero y darle de sus entrañas un hijo. Y ese deseo se manifiesta en su voz quebradiza cuando le contesta a Hernán: *¡Perdonadme una vez más,*

no tengo tu fuerza, tu virilidad, perdonadme os lo ruego!

Hernán no le contesta y lo deja arrodillado en medio del fango, iluminado por las fogatas, los llantos y las risas que se encienden por doquier.

"Gusanos pululan por calles y plazas"

Como huellas de luz, la mañana va tallando una ciudad fatigada por la muerte.

Una fina lluvia empaña los cadáveres y los resucita como luminosos vapores que van de aquí para allá por las calles de la ciudad. Un moribundo, como acto final, abre sus manos para recibir las gotas de lluvia mientras su perro le lame el rostro.

Los exterminadores yacen dormidos en las calles, en las escalinatas y hasta en los pedestales vacíos (como estatuas del futuro) con sus cuerpos sumergidos en el placer que brinda el vino y la sangre derramada.

Noche triste

Hernán Cortes demora su sueño en la sala del templo. Cuando despierta sus ojos dan con los dos magos convertidos en estatuas de cal. Desgrana un mendrugo, se peina en un espejo salpicado de sangre, arregla sus ropas (no encuentra su capa negra, "¿Puede ser que me la hayan robado?, se pregunta) y sale a la calle. En la plaza encuentra a todos los caballos degollados, formando los bordes de una imaginaria calle (las cabezas habían servido esa noche de vengativos disfraces para una ceremonia que los Silonitas sobrevivientes hicieron en la selva). Su caballo blanco no está entre los degollados.

Hernán convoca a sus hombres y les habla: *En*

un acto artero, solapado y escudado en las sombras, los silonitas, mientras dormíamos, han degollado a nuestros queridos caballos. Sin nuestros caballos, somos hombres muertos, no somos verdaderos guerreros. Por eso mismo, debemos prepararnos para partir hoy a Iberia. Allí conseguiremos nuevos animales y volveremos. Y les aseguro que la venganza será minuciosa. De esta gente no quedara ni el polvo... pero algo tenemos que llevarle a la Emperadora; no podemos caernos con las manos vacías; así que capturaremos la mayor cantidad de monos posibles. Ese será nuestro regalo.

Los monos fueron atraídos con vidrios de colores e invitados a subir en la Santa María. Ya arriba, eran atados a sogas por el cuello y arrojados a la bodega de la nave. Los últimos monos, tal vez los jefes por sus abrigos tan ricos que cubrían sus pieles, por sus preciosos collares turquesas y sus plumas de color verde, se dieron cuenta de la trampa e intentaron la pelea, pero bastó que Cortes disparara sus cañones al aire para que los monos huyeran despavoridos.

Al atardecer se ordena la partida. Para obtener la gracia de Amaunac incendian las otras dos carabelas y las arrojan a la deriva con una docena de monos crucificados en los palos.

Hernán Cortes se lleva el bloque de tierra con la pisada de Kristóbal. Dirá a la Emperadora que es la suya. Total, piensa, calzamos igual.

OJOS

Kristóbal Kolón habla a los silonitas e iberianos que vienen a buscarlo, desde lo alto del volcán. También están Mercedes, Fernando Pinzón, los Capitanes de la Niña y la Pinta, el astrólogo y el Juez (seducido por una adolescente silonita que le da amor y leche noche a noche):

Pasó lo que tenía que pasar; mejor así. Ahora no debemos perder tiempo y llegar lo antes posible a la playa para atrapar a Cortes y sus delincuentes ¡Me alegra mucho ver no solo a silonitas sino también a iberianos!

--Escapamos cuando Hernán ordenó el exterminio silonita -explica un iberiano la verdad, es que apenas pisamos tierra, consideramos a los silonitas como nuestros hermanos. Es muy raro lo que sentimos los iberianos que estamos aquí; es como si hubiéramos nacido junto a estas tierras; ahora somos siberianos y si algún sueño tenemos, es que nuestros hijos nazcan en Siberia.

Kristóbal, temblando, caminó hacia los iberianos y los abrazó uno por uno. Después,"y para que no se pongan celosos", hizo lo mismo con los silonitas.

--Quiero pedirles que de ahora en más no se hable de silonitas e iberianos, desde ahora somos todos siberianos -les dijo Kristóbal.

Niña encontrada en el humo

En la ciudad, el viento levanta un polvo cansado que llaga los labios. Algunos gritos, los últimos,

capítulo LX

CONSAGRACION

Todas las precauciones están tomadas para consagrar a Kristóbal Kolón, Emperador de Siberia. Las paredes del templo, donde será la coronación, lucen nuevamente sus bajorrelieves. En el piso yace el polvo de la cal, que lenta y pacientemente fue arrancado de las imágenes.

Empieza la ceremonia

Hay en el recinto sagrado una diáfana luminosidad que transparenta los cuerpos, como los pescados de colores cuando los atraviesa el sol. A los niños se les ve el corazoncito latiendo; a los viejos, las venas azulando brazos y a las mujeres el néctar en sus translúcidos pechos.

-No puedo rechazar este designio de Amaunac. El solo me lo sugirió anoche, pero póngase en mi lugar ¿Puedo acaso decirle que no ?- argumenta Kristóbal desde el altar, desnu-

do, tiritando de frío y con su cuerpo untado de sangre y cenizas.

Sobre la mesa del altar, la gente fue dejando sus ofrendas. Son reliquias del pasado silonita, secretamente custodiadas. Allí están las vestiduras del mago que Kristóbal usará: El bastón de serpiente embalsamada, la espada de los sacrificios (ornamentado su mango con piedras de cuarzo), un collar de piedras verde, la túnica amarilla y un casco de plumas multicolores. Mercedes recibe los regalos y agradece con efusión. Los iberianos, para no ser menos, le traen el caballo blanco y la capa negra de Hernán Cortes que...robaron "la noche triste" (trofeo de guerra).

Esto no me lo esperaba, les agradece Kristóbal a los iberianos, simulando una emoción que no tiene, pero al que se ve obligado por las atenciones recibidas.

Al usar esa capa, se cumple un presagio, le dicen los silonitas a Kristóbal que rezaba: "Llegará de nuevo el tiempo silonita cuando un desconocido rey en una nueva y desconocida tierra vista la capa de un carnicero ".

Ya Emperador, Kristóbal amansa el caballo, haciendo lo que a la bestia más le gusta: Cabalgar por la playa, chasqueando las patas en las babas del mar.

RECEPCION IMPERIAL

Por la llegada de Hernán Cortés a Iberia no se perpetraron bienvenidas apoteóticas, no se pronunciaron discursos memorables, no hubo promesas de estatuas y no se dictó alguna ordenanza especial declarando a Hernán ilustrisísimo ciudadano.

La Emperadora recibió a Hernán Cortes, en una apretada audiencia. Ella, lo primero que hizo fue sacar de su vista y nariz las jaulas con monos taciturnos y pájaros gritones. ¿Y estos bichos es todo lo que habéis traído de las nuevas tierras?, le reprochó la Emperadora derramada en su trono.

Hernán como respuesta le pone a sus pies, un gran bloque de adobe con la huella, de su pisada en el nuevo territorio.

Vino después la hora de la alcahuetería, que Kristóbal Kolón no quiso ejecutar a los silonitas, que le puso nombre a las nuevas tierras sin permiso imperial. Y de Vos, ¡Nada menos que de vos! dijo que....

Pero en ese instante ella le interrumpe. Ella no quiere escuchar ninguna brutalidad. "¿Qué nombre quiso ponerle a esas tierras?", preguntó ella, llena de curiosidad... "Siberia", contestó Hernán. "¿Siberia?... bonito nombre" le pareció a la Emperadora....

--Además Kristóbal se ha erigido en Emperador de esas tierras o mejor dicho cuando ya me venía, empezaba la ceremonia de coronación -acusa Hernán, sintiendo una absoluta precariedad en sus palabras; finalmente intenta el discurso preparado: "IMPULSADO por gigantescas velas y semidioses barbudos, tres carabelas cruzaron un mar lleno de peligros y por primera vez pusieron su cuerpo en maravillosas tierras..." --Hernán no estoy hoy para discursos y el tiempo se acaba -interrumpe la Emperadora-, así que vayamos al grano.

Quiero vuestra ayuda para atacar a Kristóbal Kolón.

--Lamentablemente no tenemos recursos con los que pueda socorrerte. Desde ya, puedes contar con mi apoyo moral. Y lo que si te voy a pedir es que lleves contigo a los Sabios del consejo. Te pueden escribir las crónicas de la epopeya. Quiero también comunicarte que tengo nuevos Caballero Negros; los comanda un joven de anchas espaldas. En tu ausencia, decidí nombrarlo Capitán.

Hernán Cortes y sus Caballeros tampoco despertaron el entusiasmo de los iberianos. Algo tenían los caballeros, algo que se les había pegado de las nuevas tierras. Era como si hubieran nacido en esas remotas tierras (muy a pesar de ellos mismos). Esa guerra, era entonces su guerra y no la de los iberianos.

Y Hernán se las tuvo que arreglar como pudo. Consiguió unos viejos y cansados caballos. Provisiones: apenas para el viaje. Armas: tuvo que robar una noche pólvora y artillería. Los iberianos que volvieron con él, no quisieron saber

nada de regresar. No hubo tampoco apoteóticas despedidas. Hernán fue saludado por Irene, su esposa y María de las Mercedes su hija de cuatro años quien le reprochaba que ya se fuera de nuevo. Él les prometió volver con los primeros calores. "Y me las voy a llevar a vivir a un lugar muy bonito", la consoló a la niña mientras la tenía en brazos. Ni los parroquianos de la taberna salieron a despedir a los expedicionarios y se limitaron a ver la partida, desde una aburrida ventana. La Emperadora, se excusó de no poder concurrir y envío en su representación al Notario Imperial; el que tampoco pudo asistir y en su lugar envío a un escribiente de ojos cansados. Y quedó no más el nombre de Siberia para esas tierras. Si hasta a la Emperadora le había gustado el nombre.

Al atardecer levó anclas la Santa María, llevando en sus entrañas, fantasmales caballeros que no pertenecían a ninguna tierra, a ninguna patria. *Su causa, parecía, una causa perdida.*

¿VOLVERAN?

El palacio que antes usaban los Caballeros Negros sirve de cuartel general. Por una ventana se pueden ver superpuestas, las imágenes de la pirámide y el volcán.

Deliberan la guerra Kristóbal Kolón, Fernando Pinzón, el astrólogo, los capitanes de La Niña y La Pinta (mejor dicho capitanes de barcos de ceniza).

Hay también en la concurrencia, dos jóvenes Silonitas (fueron los que degollaron los caballos en "la noche triste"). Se anota una ausencia: la del Juez.

Hay una deliberación colectiva. Un caos de ideas contradictorias que van y vienen, que luchan por imponerse, unas sobre otras. Y... en ese desorden, Kristóbal que sabe poco y nada de la guerra, va preparando la estrategia. ¿Qué hacemos apenas desembarquen Cortés y su gente? ¿Los atacamos? ¿O mejor esperamos agazapados en la selva? Depende cuantos barcos sean. Si son pocos podemos preparar la resistencia en la costa ¿Pero si son muchos...? Una forma de atacarlos cuando ellos desembarquen sería llenar el cielo de flechas. Bueno, pregunta Kristóbal, pero...¿Tenemos arcos y flechas? ¿Alguien sabe hacer arcos y flechas? Yo se hacer flechas, contesta Fabián, uno de los jóvenes Silonitas. Yo también, contesta Bernardo, el otro Silonita. Bueno entonces manos a la obra, les urge Kristóbal. Se nos viene otro problema, sigue diciendo Kristóbal, ellos van a intentar tomar la ciudad ¿Qué hacemos, los dejamos nomás que la ocupen? Sí, contesta Pinzón, mejor llevar la

VOLVERÁN. SEGURO QUE VOLVERÁN. COMO PERROS RABIOSOS. DEBEMOS PREPARAR UNA BUENA DEFENSA, CONSIDERA KRISTÓBAL

gente a la selva. Buena idea, dice Kristóbal. Me parece que eso no conviene, duda Fabián, si ellos se meten en la ciudad no los sacamos mas, yo pienso que es mejor darles combate en las puertas de la ciudad y si logran penetrar, que nuestras mujeres y niños los reciban con piedras y baldes de grasa hirviendo desde las terrazas; mientras nosotros preparamos afuera un contraataque. Kristóbal se queda finalmente con esta idea y le encarga a Mercedes que organice la resistencia de las mujeres y niños casa por casa. Tengo una idea, dice el astrólogo: por que no fabricamos un arco gigante que lance flechas hasta los barcos, flechas con fuego en sus puntas. Excelente, le dice Kristóbal, póngase ya mismo en el proyecto. Tengo otra idea, dice el astrólogo con sus ojos ya medio delirados mientras se rasca su larga barba llena de bucles que desciende hasta mitad de su pecho, podemos también fabricar catapultas para arrojarles enormes piedras a los barcos, ¡Ah! y podemos usar los cóndores para... ¡Basta! lo interrumpe Kristóbal ya no quiero de Usted ninguna otra idea hasta que no haya realizado las dos primeras.

"LES DAREMOS LA BIENVENIDA CON BALDES DE GRASA HIRVIENDO"

Necesitamos espadas, dice Kristóbal, y no tenemos. Yo algo conozco, dice Julián Alonso, exCapitán de la Niña y me puede ayudar Pedro Castellano, ex de La Pinta; se trata primero de construir un horno donde fundir todo lo que tengamos de metal. Kristóbal los mete de cabeza a los dos en el proyecto. La guerra en papeles, en palabras, sigue hasta medianoche, cuando Kristóbal viendo a la gente muy cansada decide que continúen mañana las deliberaciones. Fabián le dice al oído que están preparando una ceremonia para pedir la buena voluntad de Amaunac en la guerra. Kristóbal contesta que no hay ningún problema; que pueden usar el templo. Pero Fabián, en nombre de los Silonitas, (los siberianos, le corrige Kristóbal) lo quiere a él para conducir la ceremonia. Kristóbal le dice que no

hay ningún problema. Al contrario, que será para él un orgullo presidir esa ceremonia. Fabián le dice que ya han elegido al sacrificio: Una adolescente de catorce años, a quien se la ha visto varias veces con el juez; parece que este hombre se ha vuelto loco por ella y la tiene encerrada durante días enteros haciéndole el amor.

Creo que este sacrificio, le dice Fabián, va a ser mejor para esta muchacha y para Amaunac que sabemos como goza de la carnalidad ajena. Pero, agrega Fabián, hemos tenido algunos incidentes con el Juez, este se niega a entregar a la muchacha, María de las Nieves se llama; y hasta sospechamos que se ha fugado con ella. Si es así, les dice Kristóbal, van a ser dos los sacrificados y esto le va a ser bien a Siberia, en especial el sacrificio de un hombre de la justicia. Bueno continua diciendo Kristóbal, refregándose los ojos, mañana habrá que salir a buscar a los dos.

Hay otro problema, le dice Fabián, y es con los iberianos, ellos no quiere participar de la ceremonia. Y yo que quiere que le diga, le dice Kristóbal. Yo no los puedo obligar y si ellos además quieren hacer su ceremonia, quien se los va a prohibir.

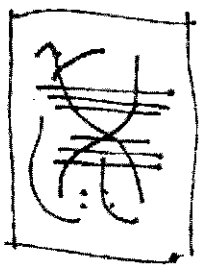
Así terminó la conversación mientras Kristóbal lenta, muy lentamente, escuchando el grillar, el canto de los pájaros y las peleas de los monos, fue subiendo los escalones de la pirámide. Adentro lo aguardaba Mercedes. Ella había engordado y a Kristóbal le costaba ceñirle el cuerpo con sus brazos. Esa noche le sació el corazón de ternura que de tanta indiferencia corría peligro de secarse. Es que Kristóbal solo tenía pasión por los tremendos sucesos o por aquellos que desataban su codicia y por cierto que él la seguía codiciando. Esa noche Kristóbal le hizo el amor con el residuo de energía que le había sobrado del agotador día. Algo le dio de la ternura que ella demandaba. Y en la mañana, sudorosos, despeinados, atropellándose y riendo de si mismos tomaron el desayuno.

JUSTICIA

Finalmente el Juez y María Claridad fueron encontrados en un claro de la selva haciendo vida marital. Sentenciados ambos al sacrificio, la madre de la muchacha pidió clemencia por su hija "es solo una niña.".

"¿Una niña?" replicó Kristóbal,..."que bien sabe como hacer gozar a un hombre, que tiene edad suficiente para saber que no puede escapar de este compromiso divino."

Pero ella ha sido obligada por ese viejo degenerado, le dijo la madre. Mire Señora, le replica Kristóbal, si ella no hubiera escapado y me hubiera venido a ver, tal vez la hubiera salvado del sacrificio, la verdad que es muy jovencita pero yo con mis propio ojos los he visto caminar en la noche abrazados y no solo eso sino como ella le hacía furiosamente el amor al viejo, si digo bien, furiosamente, de otra forma no lo puedo decir, cuando ella montaba al viejo, aullando y profiriendo groserías. ¡Perdónela!, le suplicó la mujer. ¿Y qué le digo a los siberianos?, replicó él, ¿Qué le digo a nuestro Amaunac? ¡Por favor Señora, váyase tranquila a su casa y otra vez cuide más a sus hijos y pierda cuidado que Amaunac, de alguna forma, la va a recompensar por haberla entregado.



La ceremonia fue en el templo. Kristóbal convertido en mago, enmascarado en una cabeza de caballo poseyó a la muchacha y cuando ella jaló el placer, la espada entró por la espalda y al salir dejó a la vista la pulpa de sus pechos. La espada fue bajando hasta llegar a los labios negros untados de sexo blanco. Finalmente cortó su

corazón, como se corta un durazno maduro y bebió su joven sangre. El corazón ya seco fue pasado entre los concurrentes, del que bebieron simbólicamente. Al Juez se ordenó ahorcarlo y cortarle la lengua, sin ceremonia religiosa y arrojándole un humo que no lo dejara pensar.. Pero el Juez tenía el cuello muy delicado y fue necesario, echándole un lazo al cuello, tirando de una y otra parte y dándole patadas en el estómago y el pecho, lo acabasen de matar.

Kristóbal, sorprendido del placer de matar por causa justa, ordenó también cercenar las dos cabezas.

El cuerpo de María Claridad (ya sin su cabeza) fue dejado sobre la cúpula del templo, donde concurrieron los cóndores a cerrar el festín.

Al otro medio día las dos cabezas flotaron en una suculenta sopa servida en la plaza frente a la casa de los dioses. Kristóbal, irreconocible para muchos y en especial para el mismo se encargó de servir la sopa y cuidó que a cada uno le tocara un plato bien lleno. Ese día, los iberianos no salieron de su casa y solo Fernando Pinzón, compartió la mesa con Kristóbal.

Cuando la olla quedó vacía, Kristóbal tomo las dos cabezas por los pelos (cabezas pálidas y ya sin jugos que ofrecer) y juró que: *Pagarán caro los invasores, como estos dos, si se atreven a hollar estas tierras.*

Así entregue mi vida, yo le juro que Hernán morirá Señor, le dijo Fabián lleno de bronca.

Yo solo les digo que ni se les vaya a ocurrir tocarle un pelo a Cortés, advirtió Kristóbal, *lo quiero vivo. A pesar de todo lo necesitamos y se que es buena persona; solo que alguien le ha estado llenando la cabeza.*

¿Buena persona?, salta furiosa Mercedes, *mire Kristóbal yo se que usted lo admira mucho y para Usted él es muy especial, como el hermano que nunca tuvo, pero mi madre siempre me decía que los hombres se conocen en la guerra y*

en esta, el fue un traidor. Vamos hablar claro, Hernán Cortés es una basura. Cien veces usted lo necesito, cien veces le pidió que lo apoyara y cien veces no pudo, cien veces llegó tarde, cien veces se olvidó y ahora nos traiciona yendo a ver a la Emperadora con alcahueterías.

¡Por favor Mercedes!, se exalta Kristóbal, *no es hora de reproches, ni rencores. Lo queramos o no, Hernán es un gran militar y nosotros lo necesitamos a nuestro lado. Yo le voy a dar otra oportunidad. Y le aseguro que si en esta me deja parado, ni el polvo va a quedar de él, eso se lo aseguro como que hay Dios. Eso si, a los consejeros, que son los que le llenan la cabeza, yo les voy a llenar la de ellos pero con plomo fundido y los voy arrojar al hondo mar, borboteando fuego y humo por sus orejas.*

MIENTRAS TANTO EN LAS NAVES DE CORTÉS RUMBO A SIBERIA...

Los consejeros vienen con Hernán; es el "regalito" que le dio la Emperadora. Los consejeros (Licenciado tanto, así les gusta que los llamen) se dedican a escribir lo que consideran será la guerra más importante del imperio y que a ellos les ha tocado vivir de cerca. Primero escriben en borrador y a la noche pasan todo en limpio en un grueso cuaderno de tapas de cuero. Con suerte esas crónicas pasaran a formar parte, como un anexo, del Libro Sagrado de los Monos. En esas crónicas quedarán registradas cada palabra de Hernán: sus ordenes, sus bromas, sus frases inteligentes. Pero a ellos no les basta esa humilde tarea de amanuenses y siempre agregan una frase de su cosecha y se describen a su mismos, como los verdaderos hacedores de la guerra. Sus consejos serán finalmente, la verdadera causa del éxito en la batalla, convirtiendo a Hernán en una simple marioneta, en un músculo torpe que solo sabe manejar flechas y lanzas.

Un día, los licenciados sabios terminan sus escritos casi a la medianoche y se van a la taberna a tomarse unos tragos. Ya con el vicio en la

cabeza, se envalentonan y pronuncian heroicos discursos ante los marinos y Caballeros Negros. Pero no van a llegar muy lejos. Y Hernán aprovecha un pequeño incidente.

"¿Quienes son los que salivan en el piso de la taberna", pregunta Hernán con un enojo que tiene olor a muerte, olor a arreglo de cuentas. Es una vieja costumbre de los consejeros escupir en el piso, es como un privilegio que todos tienen que soportar.

Nosotros Capitán, pero es que la saliva verde, el llamado gargajo, es malo para el cuerpo, lo enferma y llena de agujeritos además no sabíamos nada que estaba prohibido y siempre lo hemos hecho, contesta el presidente del Consejo.

"Hasta que yo pisé uno", le replica Hernán,...pero hoy eso se acabo, o Ustedes se creen que yo soy tonto, que no se lo que Ustedes están tramando". Y sin dejarles defensa alguna, ordena arrojarlos al mar con los cuadernos atados a sus cinturas, incluso el de tapas de cuero. Los cinco consejeros van lentamente descendiendo. Sus corazones estallan al no soportar una sangre que se ha puesto espesa como la cera.

Hernán y los caballeros vuelven a la taberna donde este les hablará: *Quiero esta noche decirles que nos espera un duro combate, que no será fácil tomar Siberia, pero... ¡Qué dicha más grande para un guerrero que la de morir en combate! ¡Qué gracia más preciada de Amaunac para un verdadero Caballero Negro que la de morir empuñando la espada! ¡Sepan que no somos hombres comunes, que por nuestras venas corre sangre de héroes.*

--Si encontrara a Kristóbal Kolón cara a cara -jura el embalsamador, otro de los "regalitos" de la Emperadora-, no dudaría en matarlo, aunque fuera a sangre fría y por la espalda. Y después se lo llevaría a la Emperadora, pero ya... embalsamado.

--Mire, -le advierte Hernán-, si Usted o cualquiera de los aquí presentes llega a tocar, siquiera a rozarlo a Kolón, a ese yo lo voy embalsamar, pero vivo. Y usted ¡Qué me viene hablar de la Emperadora, cuando ha sido ella la que me ha dicho que lo traiga para sacárselo de encima!, ¡Sí, con esas palabras! Así que Usted calladito, que aquí, está de prestado y no lo quiero ver mas por las noches en la taberna mezclado con los Caballeros Negros; por que sepa que Usted es menos que un gusano, usted no existe ¿Me entendió?- terminó de decirle Hernán al embalsamador que sin decir ni a, pegó la media vuelta y escapó.

LOS INVASORES

Kristóbal caminaba por las tibiezas de un oscuro sendero en la selva cuando lo fatigó la noticia de que Cortes y sus chacales estaban abrazando el horizonte de Siberia y que, además, los muy hijos de mala madre cañoneaban ya las playas. Ese barullo de artillería arrojó a los aires cientos de pájaros. Las monas se ocultaron con sus crías en la selva y los cóndores, fastidiados por el ruido, construían círculos en el cielo de la nave enemiga.

"El invasor es una carabela, una sola e insignificante carabela. ¿Y con eso piensan derrotarnos?", ridiculizaba Kristóbal mientras caminaba una selva tan verde y fragante que invitaba a convertirse en monumento abrazado por enredaderas, algas y líquenes.

"Estamos vivos"

Las noticia enreda a la gente en el miedo. Un viejo silonita sube la pirámide para dar malos augurios. "Si los enfrentamos", le cuenta a la gente, atemorizada alrededor de la pirámide, "no van a tener ni clemencia con nosotros, en cambio si nos rendimos y les ahorramos sangre, tal vez seamos sometidos, tal vez seamos de nuevo siervos y nuestros mujeres, aunque tratadas como naipes de baraja, por lo menos estarán vivas".

"Es preferible resistir, defender a nuestros dioses obrando para el recuerdo, aunque el precio sea la muerte, a vivir sin orgullo, sin dignidad", le contesta Fabián al pie de las escalinatas.

La Fragilidad

Kristóbal Kolón trepa la pirámide como una sigilosa víbora. Su cuerpo que se ha cubierto de la ceniza del volcán asestada en los escalones y su capa rizada por el viento, le da un parecido a las mariposas negras. Pronto, piensa Kristóbal, mientras sigue su fatigado ascenso, no le van a quedar ganas al viejo de andar asustando a la gente. Y en punta de pie llega hasta el cobarde (que alcanza a ver la sombra de Kristóbal) y de un fuerte empujón lo vierte al vacío sideral. La caída no ha matado al cobarde, quien pide que lo vuelvan arrojar. Cumplen su deseo. El viejo se arrastra hacia la selva, quiere internarse en sus oscuridades, ser parte de ella, ser sepultado por los escarabajos. Kristóbal no admitirá esa muerte tan bella y ordena su ejecución. Lo atan a la gran flecha construida por el astrólogo y lo lanzan con un arco gigante contra la carabela enemiga. *La fuerza del viento apenas deja respirar al viejo. Bajo sus pies, se extiende un mar verde y más allá, como un puntito, la carabela; ahora ya se ven las arboladuras, se ven sus hombres y hasta juraría haber visto a Hernán Cortés en el castillo de proa. El viejo revienta contra el palo mayor y su sangre tiñe las velas y convierte a los Caballeros Negros en tigres de manchas rojas.*

¡Siberia! grita Hernán estreñido de furia ¡Te destruiré piedra por piedra y jamás un hombre cobijara tus habitaciones!. ¡Los chacales eructarán tus templos y la viciosas telarañas como el pubis de las prostitutas anidará en tus altares!.

Cementerio marino

El ancla de la carabela enemiga inició un oscuro descenso hasta posarse en la osamenta de una vieja y oxidada nave de guerra. El ancla, al chocar, reverberó en decenas de barcos hundi-

dos. En el camarote de una nave habían esqueletos con largas uñas y vestidos de oro. Un diario guardado en un hermético cofre rebelaba una historia: "Con este oro de nuestro cuerpo, dice, gozaremos por anticipado los frutos del paraíso y lograremos el respeto y la servidumbre de los hombres que la habitan." *En la cubierta de otra nave*, yace una olla con forma de huevo conteniendo plomo en sus vísceras. El plomo convertido en líquido por el fuego, era dado a los marinos amotinados. Quienes bebían aquel atroz elixir, arrojaban humo por la boca y sus intestino se derretían mientras creían que el universo estaba desapareciendo ante su propia vista. La creencia era tan grande que sus almas se caían del mundo y era común en las noches estrelladas, escuchar sus voces penar detrás de las estrellas, ver el contorno de sus rostros dibujarse unos instantes en el cielo o advertir como ellos posaban sus manos en ese gran telar negro, como si este fuera un inmenso velo que los separaba del mundo.

NO PASARAN

Kristóbal Kolón conmueve de abrazos al astrólogo. Es que con sus inventos, le dice, tenemos la mitad de la guerra ganada. Pero eso no es nada, alardea el astrólogo, tengo una tercera invención que... Bueno, bueno, bueno lo corta Kristóbal menos charla y más obras en la mano. Pero el arco gigante, en su segundo lanzamiento se partió en dos y la catapulta, emplazada también en la costa, arrojó una roca hasta la playa. "Esto, refiriéndose el astrólogo a la catapulta, puede servir para el combate cuerpo a cuerpo."

Señor astrólogo, ¡¡Usted es un monstruo!! lo increpa Kristóbal es de esos que dejan todo a medio hacer y sabe porque, porque nada le gusta profundamente y por favor no quiero verlo, ni oírlo nunca más, ¡Desaparezca de mi vista!

¿Qué puede haber pasado? se pregunta el astrólogo mientras le queda solo la compañía de la sombra alargada y móvil de Kristóbal mientras se aleja de sus párpados.

Hogar, dulce hogar

Kristóbal ya esta en el interior de la pirámide convertido en hogar. Sentado de la cama, bebe una taza de té mientras contempla a Mercedes, empañada por la humeante bebida. Kristóbal se lamenta de su suerte, de haber sido un respetuoso extranjero, un perpetuo solitario, un escribiente despejado y voluntarioso, un impostor, un equilibrista suspendido entre dos pueblos.

Debí viajar a un pueblito en la montaña, piensa Kristóbal, de cálidos y nevados vecinos y allí en una humilde cabaña, al abrigo de unos leños, hacer el amor con Mercedes hasta que el amanecer nos sorprenda con una ventana escarchada. Debí caminar senderos boscosos. Debí hacer tantas cosas, y aquí estoy... pero tal vez, si hay una derrota...

Mercedes se da cuenta de la profunda tristeza de Kristóbal y como un madre lo desnuda lentamente, lo abriga entre las frazadas y acuesta al lado de su desnudez de pechos tibios y pezones suaves como las plumas de una mariposa. Y Mercedes lo acaricia hasta que Kristóbal descubre que no es un monumento de piedra. Después del amor, Kristóbal, recuperado en sus esperanzas, cae en un bosque de sueños y senderos. Mercedes lo despierta. Afuera los hombres aguardan su conducción. Kristóbal se viste con la túnica amarilla, el casco de pluma multicolores y la capa negra.

"Lo quiero cada día más", le juró Mercedes al despedirlo.

Todos los siberianos, con sus rostros resentidos por la bronca, forman un rígido cuerpo frente a la pirámide. Tienen porras de madera, barras de hierro con ganchos filosos para escarbar cabeza. Tienen lanzas, espadas, arcos y flechas. Tiene ganas de recuperar el honor perdido, vengar la ofensas y demostrar que ellos: los siberianos, valen y valen mucho; tanto como para ser tenidos en cuenta. Y Kristóbal les hablará desde lo alto de la pirámide, con toda la belleza, con todo el esplendor de un nuevo gran Emperador, de alguien que ha gozado el amor con el ser más deseado de Siberia. Con una voz que parece emerger de une estrecho y cavernoso desfiladero. Les dirá que el nombre de todos los guerreros ha sido esculpido en las paredes del templo, que por lo tanto, ya no hay nada que temer, pues ya habitan el reino de los antepasados, el reino

de la transparencia. Ubicado en aquel desierto infinito que oscila en lo alto, muy alto, justo arriba de nuestras cabezas.

Ganada esta batalla, les dirá Kristóbal, invadiremos Iberia y sembraremos cientos de fogata que irán desde sus puertas hasta la torre del castillo. Beberemos en el cráneo de la Emperadora, con sus huesos haremos flautas y con la piel tambores. Después nos queda lo mas difícil: convencer a los iberianos de su maldad. Necesitaremos vociferar nuestras razones en sus calles durante muchas jornadas para que finalmente ellos comprendan nuestra causa y se sumen a ella.

Cuando Kristóbal montó su caballo blanco en lo alto de la pirámide, el animal relinchó provocativamente y lanzó miradas altivas y fogosas; estaba orgulloso de ser cabalgados por un hombre de piedra. Kristóbal aferrado a las crines del caballo, se descuelga desde lo alto, saltando los escalones y ardiendo el brillo del sol en su cuerpo. Cae al medio del torbellino de guerreros. Todos se hacen a un lado, mientras Kristóbal danzando su espada en el vacío, avanza hasta ponerse al frente del ejercito.

"¡No pasaran! ¡No pasaran!", grita Kristóbal Kolón y ese juramento, esa premonición es coreada por todos.

Como una oruga gigante cubriendo todo verdor, avanza el ejercito siberiano, mientras los tambores redoblan los espíritus. La oruga se convierte en una enorme espada al llegar a la playa y los caballeros enemigos al verla se horrorizan, temiendo la llegada del gigante que la empuña.

Pero ese día no hubo batalla y la noche llegó como una bendición.

BATALLA

Un latido de humo y artillería abre la mañana. Con ese ruido en las espaldas, los invasores inician un desembarco seguro. Al mediodía ya están en tierra y preparados para el combate. Ahí los tiene Kristóbal, a no más de trescientos metros; pero no se ha animado a enfrentarlos; no ha sabido aprovechar el momento, cuando los tenía metidos en indefensas barcazas. Pero en vano son los lamentos. Kristóbal no quiere dar la ofensiva.

"Dejemos que ellos la den", indica Kolón. "¡Quien sabe! Si ataco", sigue diciendo," perderé la mitad de mis hombres".

Como ronroneando, ellos se van acercando silenciosos, como gatas en celo, los Caballeros Negros han comenzado su avance. Todos sueñan con aferrar en sus manos una cabellera enemiga. Kristóbal Kolón con la boca seca y el corazón presagiando la muerte, ordena prepararse para el combate. *¡Viva Kristóbal Kolón!* le corean sus hombres con un entusiasmo que da por hecha la victoria *¡Emperador de Siberia!*

¡Amaunac lo ha elegido! ¡Amaunac lo sostiene!

Y se vinieron al galope los Caballeros Negros con Hernán Cortés a la cabeza. Levantando los caballos una llamarada de polvo con sus pies. Los dos ejércitos se encuentran en un lamento de espadas y las flechas como curiosas serpientes muerden a los combatientes.

Caballo

Brioso el caballo de Kristóbal Kolón escarba la tierra con sus cascos y corre al encuentro del enemigo. No conoce el miedo (relincha de él, sonriendo sus dientes blancos) y orgulloso lleva las piernas refulgentes de Kristóbal mordiendo su lomo. Cae en la multitud de armas, en el nido de lanzas y escudos y sus cascos golpean a quien se le pone por delante. Imposible atraparlo. Fracasan todos los intentos. Es como un pescado enjabonado. Y el caballo se da el lujo de danzar entre los enemigos, saltar entre los caballos muertos y bufar en las mismas orejas de Hernán Cortes, llenándolo de baba y mal aliento; como diciéndole a Cortes: *"Me monta el más hombre de los hombres: El Emperador de Siberia."*

El campo de batalla es una nube negra donde se mezclan el humo de la artillería con el polvo que levantan los caballeros y los combatientes. Es una guerra entre ciegos. Una guerra de adivinanzas. Nunca se sabe a ciencia cierta, de quién es el cuerpo donde la espada penetra. Los caballeros Negros revolotean su espada lastimando a veces hasta su propio caballo.

Mas arriba de la nube negra, se extiende el humo azul de la artillería y aún mas arriba, un aire lleno de balas de los cañones con una línea de humo siguiendo su curso y flechas: algunas

LOS SIBERIANOS ESTABAN SIENDO DEVASTADOS. SIN LA CONFIANZA INICIAL, YA NADIE QUERÍA COMPROMISOS Y CADA CUAL BUSCABA SALVAR SU VIDA.

elevándose, otras cayendo y las que parecen suspendidas en el aire.

Un caballo arrastrando el cuerpo muerto de su jinete se aleja del campo de combate dejando en el barro, la huella donde el cuerpo se ha ido apoyando. El jinete luce terribles ojos y las ventanas de su nariz ensanchada, como vociferando al aire que entre.

Yacen muchos hombres con sus huesos quebrados por los cascos de los caballos y alrededor de sus cuerpos: un barro mezclado con sangre.

Un comando siberiano conducido por Fabián llega agazapado hasta la artillería enemiga que cañonea la ciudad. Primero degüellan a los artilleros y cañonean sus cabezas incendiadas hacia el volcán. Los cuerpos son arrojados al mar en una carreta llena de pólvora y tirada por dos caballos blancos. Las olas apenas dejaban ver las cabeza de los dos caballos cuando una explosión disemina la blancura de los animales como plumas de ganso de una almohada rota.

Con un nudo en la garganta y metido en el torbellino, Kristóbal ordena replegarse. Pero su caballo, al caer, aprisiona su pierna derecha. Un siberiano logra desenroscarlo del pesado animal; pero el siberiano conoce una lanza enemiga. Y unas finas gotitas de sangre como un regalo de Amaunac se desplaza a lo largo de la lanza, como si esta fuera un acueducto, llega a la punta y gotea en el rostro de Kristóbal.

¡Rápido mi Emperador! ¡Escape, escape!, aconseja el valiente moribundo.

Pero no puedo dejarlo a Usted así.¡Rápido! Dígame su nombre y graduación, le ordena Kristóbal lleno de culpa.

¡Sargelón, soy solo un soldado! Yo era iberiano, pero esta batalla me ha convertido en todo lo que yo quería ser siberiano, balbucea con una voz confusa como cuando uno habla debajo del agua. Al cerrar los ojos, una imagen se le pega en la cabeza (con la que entrará al reino de los

cielos): Ahí esta su madre con túnica blanca, sonriendo, con sus cabellos negros tejidos con pequeñas trenzas, con una mano acariciándole el rostro. Y él también sonríe en esa imagen, vestido de soldado iberiano, con los ojos bajos y como mirando el corazón de su madre.

Hernán Cortés se arrodilla ante su caballo que agoniza en el campo de batalla. No tiene resentimientos contra el animal y llora su agonía mientras le acaricia la cabeza. El caballo con un bufido agradece el cariño de su antiguo dueño y expira. Kristóbal Kolón y un puñado de siberianos han emprendido la retirada. No les queda otra. Pero Kolón quiere a toda costa ir a la ciudad para defenderla. Lo convencen que eso ya no es posible, que es mejor llegar la volcán, pedir la ayuda de Amaunac y desde arriba lanzarse contra el enemigo.

LANZAS ROTAS
¡OH BAEL!

En el campo de batalla yace un paisaje de lanzas rotas, caballos y guerreros muertos, espadas sin filo y escudos sin dueño.

Hernán Cortés con la noche encima, serpentea entre un reino de cosas muertas. La tarde se va en sepultar Caballeros Negros. En llorar la muerte de héroes como los generales Mirión y Beliat, como los coroneles Agliareth, Sargatanas y Nebiros. *¡Oh! Flaurus, te nos fuistes, siempre te recordaremos con tu cabeza de leopardo aterrando las calles de Iberia. ¡Oh! Agaré, terror de los Silonitas, siempre montado en tu caballo brillante y verdoso como un cocodrilo y con una jauría de soldados a tu alrededor. ¡Oh Bael!, tus* camaradas *te lloran. Tú que supistes mandar hasta 70 legiones de las más turbulentas y terribles.*

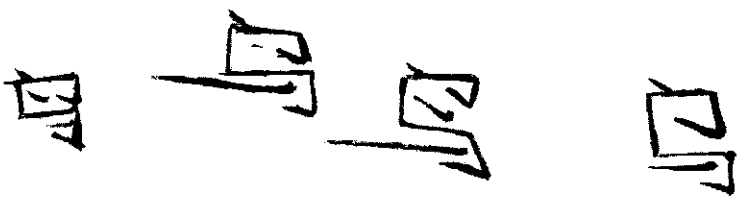
Llega la oscuridad. En la noche, las alucinaciones rondan el campamento. Algunos ven cientos de jinetes que cabalgan las olas. Otros, a la Emperadora caminando por las aguas e invitando a los Caballeros Negros a volver a Iberia. "Lo primero puede ser", ironiza Hernán, "pero lo segundo, créanme que es imposible." Cruel comentario el de Hernán, que deja a los Caballeros convertidos en un ejercito de furiosos fantasmas. Mantener la disciplina ahora, costará mucho. Y no han faltado dos o tres degenerados que requisan los cadáveres tirando en una bolsa todos los objetos de valor o entrando con los sacos en las casas para cargar muebles, pianos, cortinajes, vajillas, porcelanas, alhajas,

cristalería, todo cuanto los espantados siberianos no pudieron llevarse consigo en su huida al volcán. Los vencedores cargarán el barco al límite de hacer peligrar su estabilidad y aquello que no se puedan llevar, recibirá el odio del fuego.

Un Caballero Negro lee una carta que halló entre las ropas de un siberiano muerto. La lectura lo ha convertido al enemigo. Gritando "¡Viva Kolón!", el nuevo siberiano se interna en el bosque. Las flechas iluminadas por la Luna encuentran su cuerpo. Hernán ordena quemar la hipnótica carta. El traidor yace al filo de la selva, con sus delicadas manos abiertas.

Cuando todos duermen, un humo de pescado sale de los cuerpos sumergidos en tierra y cubre el campamento. Al respirar el humo, los Caballeros Negros caen en un sueño donde los guerreros comparten una mesa repleta de corazones. Afuera los dueños de los corazones golpean las puertas y asoman sus ojos por cientos de pequeñas ventanas en el techo y en el piso. Los Caballeros en respuesta se ponen frente a las ventanas haciendo obscenas señales. Hernán encabeza la mesa e invita a comer los corazones. Después como si todos lo esperaran, llegan el niño y el devorador. Los Caballeros Negros se desnudan y esperan ser comidos. Los visitantes le comen a cada uno los ojos, arrancan lenguas y finalmente devoran las entrañas. Al amanecer, los ojos de los Caballeros brillan como perlas luminosas, pero todos, llenos de vergüenza, mantienen la cabeza gacha.

ASTRONAUTAS



Al llegar Kristóbal, a la cumbre del volcán, encuentra al astrólogo rodeado de cóndores. *¡Esta es mi tercera sorpresa, Almirante!* se enorgullece el astrólogo mostrando los cóndores. *Los he amaestrado hasta convertirlos en máquinas de guerra; aferrados a sus garras nos arrojaremos contra los Caballeros Negros y...* Pero ya Kristóbal no lo está escuchando; su mente está en otro lado. Lo deja al astrólogo conversando solo o mejor dicho en esa incomodidad de estar hablando en un tono y un entusiasmo que ahora no condice con los cuatro o cinco subalterno que lo escuchan.

Kristóbal se arrodilla en el borde el volcán e inicia un rezo, una encantación: *Por el fuego, por la sangre que estamos derramando, por el amor que te tenemos ¡Aparece! ¡Aparece! ¡Yo te llamo y te invoco! ¡Aparece! ¡Aparece!* Las montañas, los árboles, todo, comenzó a vibrar. Las langostas, por millones, se lanzaron a los cielos, dejando caer un polvo blanco adherido a sus patas. Era un polvo pegajoso y con un olor como a trapo húmedo. Kristóbal cerro los ojos y pensó en su Mercedes ¿Dónde estará ella?, se preguntaba. Se imaginó a Mercedes, con su piel suave, sus redondeados pechos. De la garganta del vol-

cán polucionó un humo verde que fue descendiendo por la ladera.

Los cóndores oscurecen los cielos

¡Amaunac ha respondido!, exclamó Kristóbal en medio de sus jadeos de satisfacción y con el entusiasmo de un Dios nuevo. Llega hasta el astrólogo y le pide que siga adelante con su idea. Los siberianos, convertidos en aeronautas, cubren su boca con un pañuelo. Y aferrados a las patas de macizos cóndores inician el viaje guerrero. Un alarido es la ceremonia de lanzamiento y las aves extienden sus alas.

Los aeronautas sobrevuelan el volcán y reciben las despedidas de sus esposas, madres e hijos. La punta de las pirámide se diría que casi la pueden tocar. Después vienen la selva y desde aquí arriba se puede ver el sendero que va de la ciudad a la costa. Ahora, vuelan sobre el campamento enemigo, le sigue el campo de batalla. Y llegan hasta la carabela suspendida en un mar transparente. Los cañones de la Santa María inician un intenso cañoneo contra los aeronautas. Una bala da de lleno contra las entrañas de un aeronauta. El cóndor aferrado al moribundo pasajero se sumerge en el mar como si fuera un pez emplumado. Los otros aeronautas ya han hecho pie en la Santa María (apenas tripulada por inexpertos artilleros y unos cuantos marinos).

Con sus espadas van a vengar la muerte de su compañero. Uno de los marinos acuchillados agoniza mientras en sus pómulos cae una llovizna de azufre abriéndole pequeños cráteres.

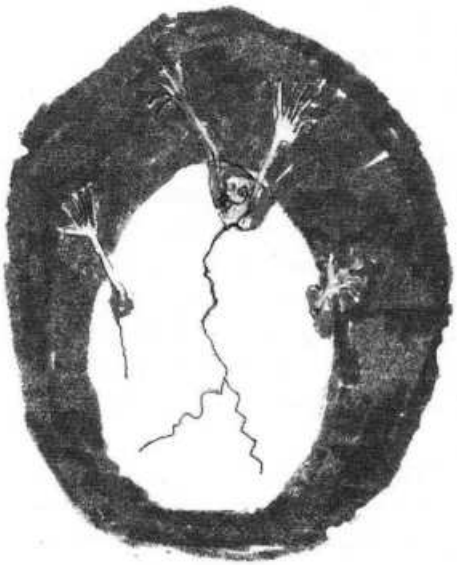
Y en su ultima mirada ve que las estrellas también están por cerrar los ojos. El fuego incendiando por los aeronautas, hace arder las maderas de la Santa María, que como un sol acuático ilumina las profundidades al descender.

¡LA LUZ, CADA VEZ MÁS LUZ!, HASTA ENCONTRAR EN EL VACÍO UN CAMPO DE TRIGO MUY AMARILLO Y MUY CLARO.

Hernán Cortes y sus caballeros contemplan desde la costa, sin poder hacer nada, el hundimiento de la nave con sus tripulantes que saludan con pañuelos incendiados.

Cuando ya victoriosos, los aeronautas regresaban de su misión, el astrólogo habló a Kristóbal de su viaje "al mundo de los números." "Mira hermano (refiriéndose el astrólogo a Kristóbal) no se si me entiendes, pero aquí todo es tan irreal, tan doloroso, que como te digo hermano, me voy muy alto, mas alto que las mismas estrellas." El astrólogo le arrancó las ojos a un cóndor y aferrado a sus patas partió. El cóndor buscando la luz que ya nunca más encontraría se fue elevando y elevando, guiado solo por el calor del sol. Y mientras iba subiendo, el astrólogo arrojó una tira de papel escrita con miles y miles de grandes números. Al mediodía, el cóndor cayo a los pies de Kristóbal. Este lo levantó y trató de darle calor y saliva a su sediento pico. En ese instante, la tierra volvió a temblar y las densas nubes, como gelatina negra, dejaron pasar un rayo de sol que iluminó la cabeza pelada y sarnosa del cóndor.

HUEVO DE CAL



El incendio de la nave, como hecho novedoso, le ha dado a Hernán Cortes el justificativo para adoptar una nueva opinión: Convertirse en Emperador de Siberia. "Ya no hay lazos ni físicos ni espirituales que me unan con la Emperadora," se dice a si mismo pero como justificándose ante una Emperadora que tiene adentro, "haré aquello que me parezca apropiado a cada instante, pues los impedimentos que encuentro a diario son tan grandes y diversos y los secretos que descubrimos tan numerosos, que las nuevas circunstancias impone nuevas opciones y decisiones. Solo espero, sigue diciendo, mientras se rasca la nariz, que mis Caballeros me sepan entender." Pero la Emperadora, desde que partieron las tres cara-

belas ha envejecido de golpe y vive acostada sobre malos presagios que anuncian el retorno de Kristóbal Kolón convertido en Dios. "De donde volverá sino del cielo," le dice ella a sus colaboradores. "Y regresará para castigarme, por haber mandado a los Caballeros Negros en su búsqueda. Pero no le voy a dar el gusto de la venganza."

La Emperadora ordena extender los muros que rodean Iberia hasta hacer de ella una inmensa bóveda de ladrillos y argamasa sin puertas ni ventanas. Pone a todo el pueblo en la tarea de hacer crecer las suicidas paredes. Los guardias tienen orden de ejecutar a los que intenten escapar. Pero ayudados por la noche y la codicia, algunas familias consiguen huir. Cuando llegó el ladrillo que cierra la ultima gotas de sol; los guardias iniciaron la ejecución de los iberianos, hombre por hombre, familia por familia, niño por niño.

Los guardias se reservaron en la ultima noche una sopa venenosa y entre llantos y despedidas caían fulminados sobre la mesa, en el piso y algunos sumergidos en la olla del brebaje y pronto no se escuchó nada, nada más que el soplido del viento contra los muros de la enceguecida ciudad. *La Emperadora y el embalsamador son los únicos seres vivos en la bóveda de ladrillos.* Ella tiene las piernas arrugadas y cubiertas de venitas como un viejo manuscrito. Sus dientes parecen higos secos y su ojo izquierdo cegado a la luz, es como un huevo podrido. Su habitación huele a queso rancio (ya hace mucho que no se baña) y vive rodeada de escupideras, orinales y penes embalsamados. Ella le ordena al embalsamador que la prepare para la inmortalidad, además quiere estar hermosa para cuando arribe su dios barbudo. Se recuesta en la cama y llama al embalsamador. Pero el que acude es Amaunac, aleteando sus alas negras, con su cuerpo cubierto de largos pelos por los que cho-

EN EL ABISMO, EL MONSTRUO PERSEVERARÍA EN SU FORMA HASTA EL FINAL DE LOS TIEMPOS

rrea una baba verde. Su cabeza es una larga lengua con un orificio en la punta que lo introduce suavemente en la boca de la Emperadora y le chupa sangre, intestinos, corazón, hígado y todos los huesos. Queda sobre la cama una bolsa de piel que el embalsamador llenará de cera caliente.

La obra terminada es una Emperadora informe como un globo de tripa y desbordando cera negra por los ojos y la boca. "Para que Kristóbal te encuentre bonita", se burla el embalsamador, alargando y afeminando la voz mientras mastica un trozo de pan. Para evitar el aburrimiento, embalsama a todos los ciudadanos. A cada uno, en su tarea habitual :las familias compartiendo la mesa, los niños jugando en la plaza, los guardias vigilando el castillo, los consejeros discutiendo y a la Emperadora, en su cama haciendo obscenamente el amor consigo misma mientras sus sirvientes la contemplan inmutables.

Algunos iberianos serán rellenados con cera, otros con tierra caliente, y otros con aserrín. Va probando, va ensayando cual es el mejor material que evite, por ejemplo, que la piel se resquebraje y así pueda permanecer lozana hasta el fin de los tiempos. Cuando los iberiano sobrevivientes, los que habían escapado, regresaron a la ciudad y demolieron la inmensa bóveda de ladrillos, atraparon al embalsamador y lo obligaron a beber cera caliente hasta que su cuerpo quedó duro como una estatua. Entre llantos y lamentos, los iberianos enterraron a sus seres queridos. Maldijeron a la Emperadora y la arrojaron al mar junto al monstruo que crecía en su intestino de cera, fruto de su amor con Amaunac. Pero no se podía vivir en una ciudad que en las noches se llenaba de fantasmas furiosos o aparecían en lo pedestales vacíos estatuas que incitaban a los sacrificios humanos mientras el ruido del viento siseaba entre sus dedos de bronce. Entonces en una racha de furia, los ibe-

rianos incendiaron la ciudad y fundaron otra muy lejos. El nombre de la Emperadora, de Hernán Cortes, de Kristóbal Milor, de los Caballeros Negros y de Silón o cualquier referencia al descubrimiento de las nuevas tierras; todo fue borrado de los libros de historia y prohibida su mención. Quedó una oscura y fantástica leyenda que los viejos solían contar a los aterrados niños. "Había una vez, una Emperadora de cera que..." fascinaban los ancianos a los niños en las frías noches. Noches en que los niños escondidos en sus madrigueras apenas podían dormir.

"¡ALLÍ ESTÁ, ALLÍ ESTÁ, NUESTRA EMPERADORA, LA MADRE DE LAS PROSTITUTAS, CON SUS PIERNAS ABIERTAS, PARIENDO UNA BESTIA DE SIETE CUERNOS."

CONDOR CIEGO

A pesar de las cenizas en el viento, a pesar de un latido creciente en las entrañas de la tierra, la mañana llegó tibia, apacible y definitivamente hermosa en Siberia, hacia donde marchaban los Caballeros Negros con la orden de "...arrasarla, dejar sus muros como pómulos enrojecidos y sus calles cubiertas de siberianos reptando sus intestinos como si fueran plagas de gusanos."

Hernán Cortés va al frente de la columna, tiene los ojos como perdidos y se deja llevar por su caballo. Es que viene pensando que ya es hora de dejar esa vida de a caballo, "...aunque ya no siento para nada los años," se defiende. Piensa en su esposa, su hija, en una vida más tranquila. A su lado viene el sacerdote con el que empieza a conversar acerca de la ceremonia y festejos para la inauguración de la ciudad.

El sacerdote le dice que es necesario sacrificar no menos de cien monos, dada la importancia del evento, "pero hay algo Hernán", le siguió diciendo el sacerdote, "algo que me preocupa más: las mujeres... debes conseguir mujeres para la ciudad, si no las consigues, los hombres harán el vicio consigo mismo; lucirán pálidos y ojerosos de tanto forzarse a imaginar mujeres huecas y con la fragilidad del cuerpo de una langosta. O puede suceder algo peor: que los hombres más débiles, los de... manos suaves, los que nunca levantan la voz, aquellos que llevan un perpetuo miedo en sus corazones como los perros que andan con la cola entre las patas, que esos hombres sean obligados a usar ropas

"NO SE ESCUCHABA ABSOLUTAMENTE NADA, NADA MAS QUE EL SOPLIDO DEL VIENTO"

de mujer, a exasperar su debilidad, sus delicados movimientos, para dar toda la ilusión de una mujer. Bueno, puede ser que por un tiempo los Caballeros Negros se conformen con estas "mujeres" si así se las puede llamar, hasta incluso que las encuentren más femeninas y deseables que las de verdad. Puede ser también que estos hombres afeminados gocen vistiendo ropas femeninas y cubriendo sus rostros con cremas y afeites para ocultar su barba. Pero Hernán, tu imperio, finalmente desaparecerá, será un imperio habitado por viejos que ya no podrán montar un caballo, será un imperio sin niños...¿Puedes imaginar ese triste futuro Hernán?".

Hernán, convencido por las palabras del sacerdote, detiene la marcha y da una contraorden: "Debemos mostrar buenos modales con las mujeres en Siberia, hablarles con cortesía, en una palabra: seducirlas; si esto fracasa, bueno... ya veremos, pero en principio debemos tener conciencia que ellas serán nuestras esposas y las madres de nuestros hijos. Pero a los hombres nijusticia".

Los Caballeros Negros avanzan fundidos a sus corceles, sintiendo a cada tranco una alegría aérea. Y agachados sobre el caballo arremeten como cóndores contra el viento que les arde en la frente.

Ya están en Siberia

Siberia parece una ciudad abandonada, sus silencio se derraman por las calles. Cuatro mujeres en el umbral de una casa invitan a los Caballeros a entrar,"pero", aclaran, "de a uno".

Adentro el hombre es invitado a desnudarse y pasar a un cuarto donde lo espera el amor. Pero hay una trampa. Le tapan la boca y lo meten en una olla de aceite hirviendo. Y es demorado allí

hasta convertirlo en un muñeco que no llega a la rodilla, con rostro de Dios desnucado. Tres o cuatro más caen en la misma trampa, hasta que alguien se da cuenta.

Hay otro hecho lamentable que cambia la paciencia de Hernán: los hoyos en las calles llenos de estacas, cubiertos con tierra y ramas, donde caen y mueren caballos y jinetes. Hernán ordena raptar a las mujeres, buscarlas casa por casa y "...traerlas por las buenas o las malas". Finalmente las encuentran con sus niñitos apretujados entre las piernas por debajo de las faldas; están todas encerradas en el templo y no hay modo de convencerlas para que abran la puerta. Y cuando nadie lo esperaba (¡Quién se lo iba a imaginar!), un hongo de humo sulfurosos arrancó la claridad de los cielos. El volcán había despertado. Y por su boca, por su bien abierta boca, emergió lenta y lascivamente una masa verde, viscosa de vetas sanguinolentas. Era algo así como el feto de un monstruo marino cubierto de placenta. Y esa cosa indefinida, cambiante, de infinitos parecidos, estalló, llegando más alto que las nubes para caer convertido en una lluvia verde que laceraba los brazos y quemaba los ojos. Esa fue una tragedia que nadie esperaba !Oh Dios! !Oh dios! No se contaba con el incendio de la tierra. Los arboles arden. El pasto arde. Los Caballeros Negros buscaron resguardo en la pirámide, pero de nada les valió cerrar bien la puerta, sellar toda hendidura o llenarse la nariz de trapos, pues lo mismo les llegó un olor a podrido, a basura quemada, un vaho putrefacto que los condenó a la asfixia, a las manos que preferían ahogar su cuello, a devorarse los dedos, a las espada suicidas y a las rodillas del sacerdote pidiendo clemencia al vacío.

Y los caballos, los monos, los lobos, las serpientes y también las hormigas, las abejas, las cucarachas y en último lugar las orugas buscaron salvación en el alivio del mar. La baba

caliente convirtió las patas de un caballo en agujas de cristal. Ahora la bestia solo podía mover su cola para espantar las moscas que le agusanaban las heridas.

Como bendecido por la lluvia verde, sin sentir sus laceraciones, caminaban por las calles desiertas de Siberia un niño y un hombre.

capítulo LXXI

PERRO DE MADERA

Como sea, se dice Hernán, tengo que llegar

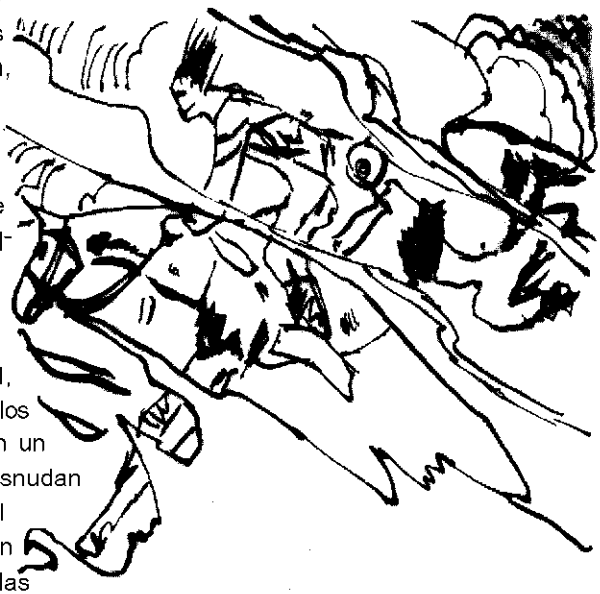
La baba verde, que cubre la empinada ladera, va gastando las patas del animal hasta cabalgar las rocas con lo huesos de las patas y el dolor relinchando en cada tranco. Más o menos a mitad de la montaña, el caballo se desmorona. Hernán se recuesta sobre unas piedras y cubre con su poncho al moribundo animal. Más tarde, Hernán ya medio aliviado, pero con mucha sed, abre la yugular del caballo y bebe copiosamente la sangre que borbotea espumosa y humeante. Besa agradecido la cabeza de la bestia y sigue su ascenso.

Los ojos del caballo espejan la imagen de Hernán que se va alejando hasta ser un puntito. Llega a una gruta del volcán. Se perderá en alguno de sus pasadizos cubiertos de niebla verde. Tendrá la certidumbre de estar muy cerca de

Kristóbal, que siempre está escapando, siempre dejando el contorno vacío de su figura, el espacio hueco donde nace el extrañar.

Hernán llega a una sala iluminada por la fosforescencia de sus piedras; en el centro hay una mesa servida. En la sala contigua hay un catre con dos cuerpos de piedra entrelazados. Hernán se abraza a ellos y en un supremo deseo de darles vida, los llena de besos y lágrimas. Llega a otra sala donde hay dos camas pequeñas. En sus lechos vacíos, Hernán imagina a los dos niños... se recuesta en una de las camas y fantasea con el perro de madera que hacia tac, tac, cuando caminaba, los leones de piedra en el puente sobre el río marrón, el olor a naranjas y el ruido de balanzas en el mercado, un perro flaco saltando como langosta sobre pastizales, los tesoros escondidos en un árbol caído y los minutos finales de la abuela, con su tranquilidad, su sonrisa, su pregunta si estaba lloviendo, su mano aferrada a la de él que se fue soltando poco a poco, su cuerpo desnudo, verde y liso como una manzana. Hernán fantasea con la muchachita que le acarició sus cabellos mientras bailaba; sueña con Elsa, la niña huérfana que se hizo mujer lavando y planchado, cosiendo vestiditos para su muñeca de cerámica, fregando y ocultando vergüenzas, criando y amando niños ajenos. Hernán oye pasos, pregunta si es Kristóbal, pero nadie responde. A los pies de la cama, aparecen un niño y un hombre que desnudan a Hernán y untan su piel con aromáticos. Le comen sus ojos y allí colocan bellas

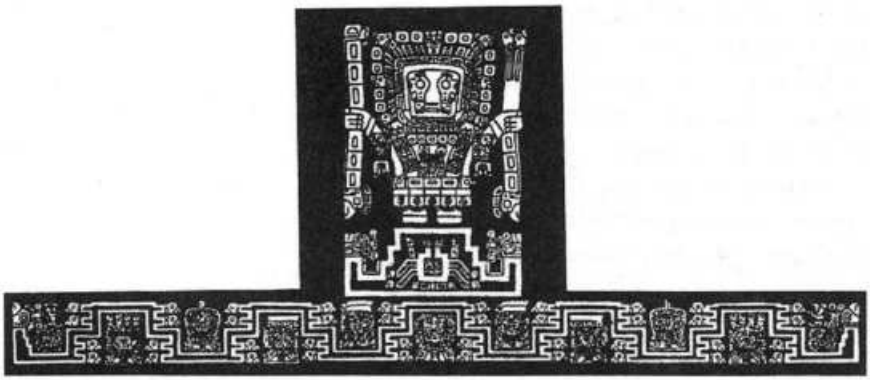
Zurcando una nube de polvo, Hernán Cortes cabalga hacia el volcán. Donde, si Dios quiere puede estar Kristóbal Milor. Ya el humo no lo molesta, ni tampoco estar rodeado por el fuego



perlas. Le arrancan la lengua y dejan que la sangre llene dos platos. Abren su pecho con un cuchillo de cristal, lo despellejan y le arrancan el corazón palpitante. El hombre se pone la piel de Hernán como disfraz y arroja el corazón en la garganta del volcán. El corazón desciende por un torbellino de humo y lava.

capítulo LXXII

BONITO NOMBRE



Con un sol empeñado en darle un poco de alegría al devastado paisaje, los sobrevivientes se fueron juntando en la costa. La selva era ahora, un árbol sin hojas aquí, otro quebrado más allá y en el piso una pasta caliente de moco y barro. En la playa y balanceados por el mar, había una larga franja de monos, caballos y hombres muertos.

Todo en ausencia de los pájaros, está marcado por un remoto silencio y cuando la gente habla, esas palabras suenan metálicas, sin vida.

Cada uno fue contando su historia: algunos se salvaron en alguna gruta, otros arriba de un árbol. Las mujeres y los niños en el templo.

Kristóbal y Mercedes caminan por la playa, sin saber donde mirar. Ella viste un manto azul bordado en seda. Hay cenizas en su rostro y dos cortes en su pómulo derecho. Kristóbal viste su viejo uniforme de Almirante con las charreteras sin flecos, los pantalones hecho jirones y la capa negra. Ahora, por fin, no soy más que un guerrero inmensamente cansado y solo quiero que nos

vayamos a vivir a un lugar remoto donde el amor sepa explicar el tedio de pasar infinitas horas cuidando un bebé le dice Kristóbal a Mercedes, quien acepta su decisión y lo abraza tratando de darle el calor que ya no tiene.

Kristóbal les anuncia una decisión que ha tomado: "Lo he estado pensando despacito, con detenimiento, pacientemente y he decidido renunciar como Emperador y entregarle mi trono de plumas y la túnica amarilla a Fabián. Se que Fabián sabrá conducirlos al destino que Siberia se merece." Se despide de cada siberiano con un abrazo diciéndoles que algún día volvería. "Lo estaremos esperando" le contestó Pinzón, su ahora entrañable amigo.

"Te voy a extrañar mucho Pinzón y quiero que sepas, amigo mío, que siempre estarás en mi corazón."

"Esta es su tierra, le dijo Fabián, y para no olvidarlo haremos su estatua y la adoraremos en el templo. Estatuas se les hace a los fantasmas y ya estoy cansado de vivir como un fantasma. Tampoco me gustaría tener seguidores, y con sinceridad... me conformo con que me lleven en el corazón. En una pequeña nave Kristóbal y Mercedes fueron olvidando la costa llena de sonrisas y brazos estirados. En la noche ya no hubo costa, solo un mar silencioso y un cielo estrellado al que Kristóbal dirigió su vista en búsqueda de un nuevo sueño al que apostar. Kristóbal apoyó su cabeza en el regazo de Mercedes y se quedó medio dormido. Ella le acarició sus cabellos y le habló muy despacito: ¿Le gusta Fernando si es nene? ¿Verdad que es bonito nombre?